

EL BRAZO DE DIOS

UNA VISIÓN CRISTIANA DE LA HISTORIA

George Huber

PROLOGO DE MONS. MARCELO GONZÁLEZ MARTIN.....	3
LA RAZÓN DE ESTE LIBRO	4
Libertad del hombre y omnipotencia de Dios	5
El eterno problema del mal.....	5
Una confidencia de Juan XXIII	6
El mayor mérito de León XIII	7
¿Cómo proceder en este estudio?	7
Tres órdenes de certeza.....	8
La música escrita y la música cantada	9
SUJETAR LOS DOS EXTREMOS DE LA CADENA	11
No abandonar jamás las verdades una vez conocidas	11
«... Como si viera lo invisible»	12
El cirujano y el bisturí	13
Satán y el Dueño de la historia.....	13
Tras nuestras alegrías y nuestras penas.....	15
El general y sus tropas.....	15
Vocablos ambiguos	16
Violador de los mandamientos y ejecutor de los decretos.....	16
Azar y destino.....	17
Plan concebido sin los hombres, pero ejecutado por los hombres.....	17
Realismos y realismos.....	18
«El drama de nuestra época»	18
Una nueva idolatría	19
LAS MANOS DE DIOS	20
El leñador y el hacha.....	21
«Si Dios abre, nadie cerrará»	22
«Cuando hablo, le traiciono»	23
De la ciencia que ignora a la ignorancia que sabe	23
Como leones cegados.....	24
La causa profunda de cada acontecimiento	26
«Se hace de Dios una super-criatura»	26
¿Cómo explicar este engranaje?.....	27
«Cuando tú no me conocías...».....	28
«Dios había dicho: ¡Basta!»	29
«Curadme y seré curado»	30
«Obra todas las cosas en todos»	31
El brazo de Dios y la mano de Judit	31
Para fortificar la f e de Moisés	32
«Este hombre es un vaso de elección»	33
Dios manipula a los manipuladores.....	33
«Tratan de interpretar a su modo las Escrituras».....	34
¿Destruir... para salvar?	35
En la fuente de la fuente.....	35
El más ausente y el más presente	36
Como el Sol emite sus rayos.....	37
«Yo vi el universo reposando en su mano».....	38

La roca y las rocas	39
La impotencia de los poderosos.....	39
Tan pequeño como una avellana	40
Una página de la Gran Enciclopedia Soviética.....	41
Una gran potencia desconocida	42
Nerón, «Señor del mundo entero»	43
La sonrisa de los ángeles.....	44
«Combatida, ella triunfa».....	45
Los seminarios superpoblados de Polonia	46
Voltaire trabajó para el Código de Derecho Canónico	48
Los guías de la Revolución francesa.....	49
La realidad suprema desconocida por el comunismo	50
Como un tiro de artillería	50
«Cuanto más santa es una mujer...».....	51
El encuentro misterioso de lo infinito y lo finito.....	52
Un desprecio de Mussolini	53
Cuando Stalin y Hitler invadieron Polonia	54
EL ANGUSTIOSO PROBLEMA DEL MAL.....	54
«Se verá del otro lado»	55
Es bueno hasta cuando castiga	56
¡Feliz culpa!	56
«Si os conociéramos bien... »	58
Dios no duerme	59
«Imposible para ti; posible para mí».....	60
A la manera de un buen médico.....	63
De un lado, repelente; de otro, atrayente	63
Una, gime; la otra, exulta.....	64
Stalin al servicio del Señor de la historia	65
¿Quién es responsable de las disonancias?	66
Internado en un hospital	67
¿Por qué quejarse?	68
Los forzados de las galeras de Dios	68
En los mares del Japón y de la China	69
PARA LLENAR EL CIELO DE ELEGIDOS	70
«La Iglesia es el fin de todas las cosas»	71
Un patrimonio del cristiano	72
¿El destino, el dinero o la política?	73
Hegel, Marx, Mao.....	73
Como un solo hombre que avanza.....	74
¿Catástrofe... o bendición para la Iglesia?	75
La Historia vela y desvela.....	77
Guevara y Castro, ¿agentes de Dios?	77
El Concilio Vaticano II y el misterio de la Historia.....	79
DE LA DOCTRINA A LA VIDA.....	79
Un hombre feliz	81
La mano por encima de todas las manos.....	82
Dios se sirve de un oso	83
«Dueño de las rentas y de los renteros»	84
No adelantar a la Providencia	85
Ganar perdiendo	85

El padre Kolbe y el progreso	86
Una lima de perfección.....	87
Dios tortura a los santos.....	88
Afligirnos por lo que nos debería alegrar.....	89
«Jamás he visto cosa igual»	91
Una palabra del canciller de Austria, Seipel.....	92
«Yo soy los acontecimientos»	93
Una buena comida, un buen lecho.....	95
De la carretera al sendero de montaña	96
.Ni vacaciones ni retirada... ..	97
Ir del todo a Dios	98
La contemplación desciende a las calles... ..	99
Antes de subir al cadalso	100

PROLOGO DE MONS. MARCELO GONZÁLEZ MARTIN

He aquí un libro que conmueve el corazón del lector culto y aporta a su capacidad de reflexión elementos de juicio a los que una inteligencia serena no puede ser indiferente.

Conozco hace años al autor, y creo poder decir que una fuerza secreta mueve su espíritu: el amor al hombre, a la humanidad de hoy, lo que, en este caso, no significa carencia de rigor en el pensamiento ni en el análisis de un tema profundo como el que se ha propuesto esclarecer.

Lo que ocurre es que cuando se toma como punto de partida para la reflexión la fe en la acción de Dios sobre el hombre -visión cristiana de la historia-, el que escribe llega a sentirse identificado con el misterio de esa acción divina, toda ella traspasada de amor, que es como la melodía que resuena continuamente en la Sagrada Escritura, en la historia de la salvación. Esto supuesto, un escritor como Georges Huber, periodista se llama él mismo, que contempla la actualidad del momento y en ella a los hombres contemporáneos que se debaten entre tantas contradicciones e incertidumbres, se acerca a éstos con un deseo clarísimo de ofrecer luz y certezas. Eso es amar. No doy otro significado a la palabra en este momento. Y por eso mismo, la lectura de estas páginas conmueve.

Mas si se quiere ofrecer luz, no basta conmover: es preciso presentar los motivos hondos que existen para justificar una determinada visión que disipa las tinieblas. Entonces entra en juego, inevitablemente, la Teología, que también es ciencia. Ciencia de Dios y de la marcha del hombre y de la humanidad hacia una «plenitud» final, en lo cual, para un cristiano, consiste la historia. ¡Cuánta luminosidad orientadora para el hombre que sufre puede brotar de la pluma de un escritor sagaz que aplica su reflexión teológica a los acontecimientos del mundo en que él vive, como lo hace Huber, y a los problemas permanentes de cualquier época y condición, como son todos los que se derivan del misterio del mal!

El libro -dice el autor- no se dirige a los filósofos o teólogos, sino a los católicos fervientes comprometidos en el apostolado. Y para ofrecerles puntos de reflexión prefiere las «sólidas oscuridades de los misterios de la fe» a las interpretaciones subjetivas. La fe es el más seguro refugio del amor, porque el Espíritu Santo es entonces luz, dice con nuestro San Juan de la Cruz. Esta fe es la que lleva al cristiano a ver a Cristo como Maestro del Universo y a tener la convicción de que «su brazo conduce la Historia» sin violentar su libertad.

El cristiano tiene la conciencia de vivir en Cristo. Ante el panorama que se ofrece a su alrededor, sea el que sea, ve a Cristo como Señor de la Historia. Le tiene por origen y término no sólo de cada existencia individual, sino de la Historia universal. En los Hechos de los Apóstoles, los primeros discursos de la joven conciencia cristiana presentan claramente este sentido de «posesión» de la Historia: la Historia pertenece a Cristo. Él ha asumido totalmente el destino humano para transformarlo en una historia de salvación. La Historia es, para el creyente cristiano, la Historia sagrada de la salvación de la humanidad. Posible gracias a la acción del Espíritu vivificador. Cristo al morir y resucitar ha cumplido la historia antigua y ha

empezado la nueva. Es el Corazón vivo de todos los acontecimientos. Primogénito de toda criatura, todo fue hecho por Él y para Él. Sin Él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas. «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Io 14, 6). Nunca agotaremos la profundidad de estas palabras.

El descubrimiento del sentido profundo de la historia es un privilegio del cristiano. Cristo, dice San Pablo, es la forma viviente de la existencia cristiana. Al hacerse cristiano el hombre recibe una nueva forma que se adueña de todo cuanto somos: cuerpo, espíritu, actividades. Como el espíritu informa la realidad corporal, Cristo modela el ser humano según su propia imagen. «Mirad que nadie os engañe con filosofías falaces y vanas, fundadas en las tradiciones humanas, en los elementos del mundo y no en Cristo. Pues en Cristo habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente, y estáis llenos de él, que es la cabeza de todo principio y potestad» (Col 2, 8-10).

La idea del autor es nítida: la Biblia, como la Iglesia interpreta desde el Génesis al Apocalipsis, proclama la soberanía de Dios sobre el movimiento de la Historia. Los doctores la explican. Los santos la han vivido. Los místicos la han experimentado y manifestado en su lenguaje de fuego. «El brazo de Dios» conduce al hombre. La forma de conducirlo se revela en Cristo. Su vida, muerte y resurrección son causa de la vida en libertad de los hijos de Dios, y manifiestan su destino y bienaventuranza. La plenitud queda infusa en la estrechez y en el dolor de la tierra; es el hombre nuevo del Evangelio que vive en el acontecer de la Historia.

El autor se sitúa en la misma línea de San Agustín, Paulo Orosio, Hidacio, San Isidoro de Sevilla. Cita con preferencia -¡cómo no!- a Santo Tomás de Aquino. Y es que en una visión cristiana de la historia, la teología empapa y fecunda las más sutiles y profundas exposiciones doctrinales y ayuda a encontrar las últimas finalidades de los acontecimientos que se van sucediendo.

Esta es la noble tarea a que se entrega Huber en su libro, escrito en el más bello estilo y con aplicaciones y comentarios a temas de nuestros días. No va más allá y tampoco le interesa; quiero decir que él no pretende hacer historia, ni siquiera hablar de historia. No confunde «visión» y «método», porque, sencillamente, sobra el instrumento de una ciencia cuando se pretende solamente verla, no hacerla, ni escribirla. Y verla desde una altura que considera la mejor y única para tal cometido.

Desde aquí, no traspasa los límites de su planteamiento: en la Historia de la Humanidad actúa Dios con las causas segundas, para fecundar, engrandecer y transformar los acontecimientos. La Historia queda para los historiadores. El autor nos presenta una manera de ver los hechos; para el cristiano, «la manera» de verlos.

Creo que en permanecer fieles a la distinción de que venimos hablando puede estar el secreto del por qué grandes historiadores lo siguen siendo, por encima de sus aciertos y sus errores históricos, y les pone nerviosos un cierto prurito ensayístico existente en la historiografía actual. «La historia no es tierra de nadie sobre la que todos creen tener derechos, ni dehesa de Concejo a la que todos pueden enviar a pastar su ganado, ni tarea fácil para la que todos pueden sentirse preparados» (Claudio Sánchez Albornoz).

Merecen la más cordial felicitación los escritores que, como el autor de este libro, nos ayudan a todos a encontrar el brazo de Dios que nos guía y nos sostiene. Su trabajo es como una vigorosa confirmación de la frase rotunda con que Juan Pablo II inicia su Encíclica Redemptor Hominis: «El Redentor del hombre, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la Historia».

LA RAZÓN DE ESTE LIBRO

El cristiano, preocupado por testimoniar su fe en la acción de la Providencia, se expone tanto a sorpresas agradables como a algunas decepciones. A veces tiene la satisfacción de poder proporcionar a sus hermanos algo así como oleadas de aire puro, al referirles su convicción de que Dios tiene en su mano el corazón de los hombres, que Él rige los acontecimientos de la historia y que «hace que todo suceda en beneficio de sus amigos».

Otros cristianos, por el contrario, rechazan cualquier alusión a la Providencia, por mínima que sea. Literalmente obsesos por la preocupación de salvaguardar la libertad rechazan, como inconciliable con la autonomía del hombre, la intervención eficaz de Dios en los asuntos humanos. Esta es una obsesión que he constatado muchas veces en mis contactos con seglares cultivados y hasta con eclesiásticos.

Libertad del hombre y omnipotencia de Dios

Así, por ejemplo, invitado a almorzar por el superior general de una determinada Congregación, escuché a mi anfitrión hablar de las dificultades casi insolubles que encontraban sus religiosos en un país del Próximo Oriente. Queriendo manifestarle mi interés y simpatía, señalé que el Señor utiliza todas las cosas en beneficio de sus amigos y que Él sabría el modo -si así lo quería- de plegar las voluntades opuestas a sus designios. «Señor, ¿y qué hace usted con la libertad del hombre?», replicó el superior general. como si mis palabras le hubiesen herido. «Sí, ¿qué hace usted con la libertad del hombre?»

Me disponía a explicarme, cuando mi mirada se encontró con la de uno de los asistentes generales. Sus ojos parecían insinuar: «No contraríe a nuestro superior general. Él conoce bien la teología. Seglar, no se aventure en un terreno que no es de su competencia.» Puesto en guardia de este modo, cambié de tema...

Más o menos por entonces, el editor de la traducción alemana de mi biografía de Pablo VI me envió una recensión del libro aparecida en uno de los principales diarios alemanes. Redactada por un pastor protestante, era muy positiva, salvo en un punto concreto, en el que expresaba sus reservas. Desde la primera página del libro, yo había señalado que toda la vida de Monseñor Montini aparecía como una preparación providencial para el Pontificado. Consciente de que mis lectores se sentirían sorprendidos por tal afirmación, me había cuidado de apoyarme en citas bíblicas de las que se deduce que Dios prepara desde atrás a los jefes de su Pueblo. ¡Precaución inútil! Con una punta de ironía mi censor me reprochaba el que sacrificase la libertad de los hombres a la omnipotencia de Dios: los hombres que desde el 27 de septiembre de 1897 al 21 de junio de 1963, es decir, desde su nacimiento a su elección como sucesor de Juan XXIII, influyeron sobre Juan Bautista Montini, eran, sin duda, libres. ¿Cómo Dios podía servirse de ellos para preparar al futuro Papa para su misión?

El eterno problema del mal

La repulsa del padre general y la crítica del censor alemán no fueron, sin embargo, más que un ligero arañazo en comparación con lo que hube de sufrir por parte de un prelado en un congreso internacional de enfermos y minusválidos. Había cerca de cuatrocientos en el anfiteatro donde se celebraban las sesiones plenarias. Entre ellos se encontraban hemipléjicos, parapléjicos, poliomielíticos. Treinta y dos en camillas, setenta en sillas de ruedas, un centenar llevaban muletas y bastones. En suma, era un espectáculo desgarrador el que ofrecían aquellos centenares de personas físicamente disminuidas, reunidas en la Ciudad Eterna para encontrar, en un intercambio de experiencias y en la plegaria común, alivio a sus sufrimientos y estímulo para su apostolado.

Era natural que uno de los temas del Congreso versara acerca del problema del mal. Y que las soluciones propuestas no satisficieran a todos los enfermos. El presidente de la peregrinación, un prelado, fue invitado a tratar en una de las sesiones plenarias este candente tema: ¿Tiene Dios alguna relación con la enfermedad? ¿Juega la enfermedad algún papel en los planes de la Providencia?

He aquí la respuesta del prelado a estas cuestiones:

Dios es el creador de todo cuanto existe. Dios deja obrar a cada uno de los seres, una vez creados, según sus propias leyes. No interviene en sus actividades, salvo en caso excepcional, es decir, en el caso del milagro. Principio universal de la existencia y del dinamismo, Dios respeta la autonomía de las cosas y la libertad de los hombres.

Y el prelado puso en guardia a su auditorio contra «una concepción infantil que ha debilitado la fe de muchos y en particular de los enfermos, ante el problema del sufrimiento»; fuera de sus intervenciones milagrosas, Dios se abstiene de toda influencia sobre las vicisitudes humanas y sobre el desarrollo de la historia; solamente funcionan las leyes de la naturaleza y de la psicología.

Quedaba por explicar lo que hay que entender por «el plan de la Providencia» en relación con los enfermos. El prelado habló de un diálogo: un llamamiento de amor dirigido por Dios a los hombres desde su infancia, con el respeto de su libertad, y una respuesta de los hombres a través de las vicisitudes felices y desgraciadas de su vida.

Los cuatrocientos enfermos y disminuidos llegados a Roma en peregrinación esperaban la luz y el consuelo de la fe y se les servían sólo generalidades vagas. Esperaban pan y se les ofrecía madera seca. Preocupado y apenado por las palabras del prelado, que fue inmediatamente acaparado y arrastrado fuera de la sala, me acerqué al vicepresidente de la peregrinación:

-Permítame, Monseñor, que le exprese mi dolorosa sorpresa ante los puntos de vista de su colega. Es justamente lo contrario de la actitud de Job, que veía la mano de Dios en el origen de sus pruebas: «Dios me ha dado estos bienes, Dios me los ha quitado... » Las palabras de Monseñor X se oponen a la interpretación que dieron al Libro de Job San Agustín, San Gregorio y Santo Tomás, sin contar a los maestros espirituales.

Con una calma que contrastaba con mi emoción, el vicepresidente de la peregrinación se ocupó de señalar mi equivocación: «Yo interpretaba mal las Escrituras, porque hoy todos los exegetas reconocen que los libros del Antiguo Testamento atribuyen a la Causa primera, es decir, a Dios, lo que en realidad es obra de las causas segundas, es decir, las criaturas: hombres, animales, cosas, acontecimientos...» Llegado a este punto, nuestra conversación se interrumpió bruscamente, porque llamaron a mi interlocutor al teléfono.

Felizmente, al día siguiente, un discurso del Papa restableció la verdad. De acuerdo con las Sagradas Escrituras y la Tradición, Pablo VI recordó a los cuatrocientos peregrinos que la enfermedad y las pruebas difíciles que se presentan en nuestra vida proceden de los decretos de la Providencia y que éstos se inspiran también en el amor, un amor misterioso, cuya realidad es percibida por la fe.

Una confianza de Juan XXIII

Algunos meses más tarde, una conversación con un profesor de teología constituyó para mí una sorprendente revelación. Tuvo lugar también en Roma, en la sala del Centro Cultural San Luis de los Franceses, antes de una conferencia. Tenía yo como vecino a un eclesiástico vestido con traje de «clergyman». Presentaciones recíprocas. El sacerdote era profesor de dogmática en una universidad pontificia.

-Me alegro por usted -le dije-. Porque al enseñar dogma se encontrará usted situado en el corazón de las ciencias religiosas y tendrá la satisfacción de iniciar a los futuros sacerdotes en el dogma, tan actual, de la Providencia.

--¿La acción de la Providencia? Oh, hablo poco de ello; lo menos posible.

-¡Ah!

-Es una cuestión que molestaría a los estudiantes...

-Y ¿les habla de la Predestinación?

-¡Jamás!

La respuesta me indignó y buscaba, para expresar mi estupor, palabras que expresaran la verdad sin herir el amor propio de un profesor universitario, cuando una voz sonó desde el estrado: «Excelencia, señoras, señores, tengo el honor de presentarles... » La conferencia comenzaba.

En vez de escuchar al orador, yo proseguí interiormente mi reflexión. Pensaba en aquel profesor de dogmática que hablaba «lo menos posible» de la Providencia, y en las consecuencias funestas de ello. ¿Acaso no afirma el Doctor preferido de la Iglesia, Santo Tomás de Aquino, que la doctrina cristiana se reduce a dos puntos, la existencia de Dios. y su Providencia? ¿Qué tipo de formación se proporciona a los futuros sacerdotes si apenas se les habla de una verdad

básica? Y ¿cómo preparar a los jóvenes clérigos contra el desaliento, cómo inmunizarles contra las seducciones de las teorías aberrantes acerca de la historia, si les distribuye con escasez y parquedad las luces que la Revelación proporciona abundantemente sobre el sentido de la historia?

Podría seguir citando otros muchos episodios de mi vida de periodista para señalar la difusión de puntos de vista inexactos o falsos sobre la Providencia, incluso por parte de personas, clérigos y seglares, encargadas de educar y de conducir a otros. Y también podría citar las reacciones tonificantes de cristianos que creen en la acción de la Providencia y que viven de esta fe. Baste un solo ejemplo, de una simplicidad y profundidad evangélicas: «Conoced el secreto de mi serenidad continua, dijo el Papa Juan XXIII a un grupo de visitantes, pocas semanas antes de su muerte, y cuando ya se sabía condenado. Estoy convencido de que es la mano de Dios la que conduce los corazones de los hombres y los acontecimientos de la historia, pequeños y grandes.» «Esta fe en la acción de la Providencia me mantiene en una paz inalterable.»

El mayor mérito de León XIII

Diferentes experiencias, unidas a una reflexión que dura ya largos años, han hecho madurar en mí el proyecto de un ensayo acerca de Dios, «maestro de la historia». Este estudio no es ni un libro de apologética ni un tratado de dogma o de teodicea. Asimismo, no está dirigido a los teólogos, sino al pueblo cristiano que admite la autoridad del Magisterio y de la Tradición. Querría con ello ayudarle a conocer, no solamente con el auxilio de la inteligencia, sino también con los ojos de la fe, el brazo omnipotente de Dios que conduce las manos de los hombres, con total respeto de su libertad. Este ensayo querría ayudar a mis hermanos a sentir la invisible presencia de Dios en los pequeños detalles de su vida cotidiana tanto como en los grandes acontecimientos políticos, económicos y militares que se desarrollan en la escena del mundo. En resumen, este estudio querría proporcionarles la serenidad que se deriva de una visión cristiana del sentido de la historia.

¿Cómo proceder en este estudio?

En primer lugar, señalando las dificultades que el cristiano de hoy encuentra para adherirse plenamente a la doctrina de la Iglesia acerca de la acción de la Providencia. Una vez desbrozado este terreno, intentaré presentar esta doctrina del modo más simple y más claro, empleando con frecuencia el lenguaje periodístico.

Por último, como este libro está destinado a cristianos sometidos a las pruebas de la vida, abordaré algunos problemas concretos de la vida cotidiana.

Aquí se plantea una cuestión: ¿qué maestros seguir en este estudio? ¿Acaso no se preconiza hoy el pluralismo teológico? Entre las diferentes vías que pueden ser seguidas, ¿no son unas más seguras que otras?

Entre las múltiples teorías que pretenden hoy revelar el sentido de la historia, el cristiano puede dudar desde el principio para terminar por no preferir ninguna teoría concreta o por elegir mal y extraviarse. Felizmente para nosotros, la Iglesia se ha pronunciado a este propósito. Nos presenta a Santo Tomás de Aquino no como el intérprete exclusivo, pero sí como el más seguro en su pensamiento. Más aún, la Iglesia, en la encíclica *Studiorum Ducem*, de Pío XI. hace un elogio especialísimo de la doctrina del Doctor Angélico acerca de la Providencia y del gobierno divino.

Ahora bien, ¿no parecerá acaso algo singular el que hoy, en este tiempo del triunfo, de la técnica y de las ciencias humanas, un seglar, periodista de profesión, tome por guía de sus estudios sobre el sentido de la historia a un doctor de la Edad Media? Mas, ¿y si ocurriera que, de hecho, este Doctor, colmado por Dios de los dones de la naturaleza y de la gracia, sobrepasara con mucho a todos los demás pensadores? ¿Y si ocurriera que, tal como lo afirma

Pío XI, como un eco de León XIII y de Juan XXIII, que «Santo Tomás ha iluminado él solo a la Iglesia mucho más que todos los demás doctores juntos»?

Una observación hecha por Pío XI a propósito de la obra de León XIII revela la importancia primordial atribuida por la Iglesia a la difusión de la doctrina filosófica y teológica de Santo Tomás. León XIII, que gobernó la Iglesia durante un cuarto de siglo (1878-1903), es universalmente conocido como el autor de encíclicas sobre la cuestión social, sobre el Estado y la libertad, sobre el Espíritu Santo, alma de la Iglesia. Es sabido que a través, de una docena de encíclicas, relanzó la devoción mariana en el pueblo cristiano; que desarrolló el culto al Corazón de Jesús. Se sabe igualmente que preconizó un acercamiento entre la Iglesia y el mundo moderno, y que favoreció el movimiento ecuménico, especialmente en Gran Bretaña y en el Próximo Oriente. Pues bien, según Pío XI, ninguna de las obras de León XIII es comparable a la que fue objeto de una de las primeras encíclicas (*Aeterni Patris*) de su predecesor y de su preocupación continua: la restauración del tomismo en los seminarios y las universidades: «Estamos convencidos en este punto de que éste fue el mayor de todos los servicios, tan eminentes, que León XIII rindió a la Iglesia y a la sociedad, y que a falta de otros méritos, este solo título sería suficiente para inmortalizar el nombre del gran Papa». ¿Y esto por qué, sino porque esta iniciativa, de León XIII se dirigía a atacar la raíz del mal?

Para actuar bien es preciso pensar bien. Una teología bien estructurada presupone una filosofía sana. Una catedral gótica necesita fundamentos sólidos: las flechas de sus agujas no pueden subsistir en el aire como los rayos de sol; necesitan un apoyo. Por lo mismo no hay que extrañarse de que con ocasión de celebrarse el séptimo centenario de la muerte de Santo Tomás, el Papa Pablo VI, en una alocución a los fieles reunidos ante su residencia de Castelgandolfo, recomendase el estudio del pensamiento del Doctor Angélico incluso a los «estudiantes, a los maestros y profesores, a los políticos y a los periodistas». No, el «doctor universal» de la Iglesia no es patrimonio de los clérigos ni siquiera de los teólogos y los filósofos cristianos; es un maestro en el pensar para todos cuantos tienen a su cargo la educación y dirección de los demás.

Tres órdenes de certeza

Así, según Pío XI (*Studiorum Ducem*), uno de los méritos de Santo Tomás consiste en haber respondido, más que cualquier otro doctor, a la vez a las exigencias de la fe y a los imperativos de la razón. Supo «tener siempre los dos extremos de la cadena» sin sacrificar jamás las adquisiciones ciertas de la inteligencia o los datos auténticos de la fe. En él no se da, en absoluto, una «doble verdad». El ejemplo de Santo Tomás pone de manifiesto que no es preciso desdeñar la razón para exaltar la fe -lo que sería caer en el fideísmo- ni despreciar la fe para exaltar la razón y las ciencias -lo que sería dar en el racionalismo.

Fe y razón no pueden contradecirse, puesto que, aunque por vías diferentes, las dos proceden de Dios. Tampoco pueden fundirse la una en la otra, ya que, como dice el cardenal Charles Journet, «un abismo las distingue. Son dos géneros diferentes, según la frase de Pascal».

Esta diferencia de orden entraña una diferencia de certeza. «La certeza que da la luz divina, afirma Santo Tomás, es mayor que la que proporciona la luz de la razón natural». «Frecuentemente, observa por su parte Pablo VI, las experiencias espirituales nos proporcionan una certeza mayor que los silogismos de nuestros razonamientos».

He aquí unos principios decisivos para abordar el problema de la Providencia y del sentido de la historia. Si es verdad que tiene voz en el asunto, la razón no debe, empero, pronunciar la última palabra y zanjar con autoridad el debate. Junto a ella se encuentra algo más elevado que ella misma: la fe, participación del hombre en la ciencia de Dios. La fe sobrenatural permite al cristiano penetrar el plan de Dios con los ojos de Dios.

En algunas trágicas circunstancias de la vida de los pueblos y en las horas dolorosas de nuestra existencia, la razón parece perder pie. La situación la anonada. El hombre puede sentirse empujado al absurdo, a la revuelta o a la desesperación. Es entonces cuando la fe puede y debe intervenir para suplir las insuficiencias congénitas de la razón y buscar una salida por una inmersión ciega en Dios y en sus atributos: sabiduría que dispone todas las cosas, poder que

domina todas las fuerzas, amor que, en fin de cuentas, conduce todos los acontecimientos al bien de los elegidos.

Pero aún hay más. Más allá de la razón y de la fe existen otras fuentes de verdad. Como lo hace notar Raissa Maritain, «Santo Tomás ofrece el ejemplo de la unión más armoniosa y eficaz entre las luces de la razón, de la fe y de la experiencia mística».

Reconocida en su autenticidad por el magisterio, esta experiencia ofrece al investigador cristiano unas ventajas que están ausentes en la obra de los teólogos que no son más que teólogos. Las experiencias de los auténticos místicos contienen una luz y un calor peculiares que mucho más que una rigurosa argumentación teológica, penetra, esclarece y arrastra las almas bien dispuestas. Es como un fenómeno de simbiosis. Del alma del místico, la vida se desborda en cierta manera en el alma de los lectores. Al lado del filósofo y del teólogo, el místico, de buena ley, tiene, pues, su lugar en nuestros estudios sobre la Providencia, sobre todo si la Iglesia le ha discernido el título de doctor, como lo hizo Pablo VI con Catalina de Siena y con Teresa de Ávila.

La música escrita y la música cantada

¿Se le ha concedido siempre a los verdaderos místicos la importancia que merecen? «Faltaría a la Iglesia algo casi esencial si la verdad de la fe hubiera sido comunicada, con la garantía del magisterio, únicamente bajo la forma de los análisis abstractos», afirma el cardenal G. M. Garrone (conferencia del 29 de octubre de 1971 a propósito del doctorado de Santa Catalina de Siena y Santa Teresa de Ávila). «Es preciso, y Dios lo ha previsto así, que aquella fe nos llegue también por otra vía: la de una experiencia que analiza, si puede decirse así, de lo que la Iglesia enseña, no ya en fórmulas impersonales, sino en el lenguaje vivo de un alma que mira dentro de sí misma y nos enseña lo que descubre. Una forma tal de enseñanza es, a decir verdad, indispensable, de manera complementaria con la enseñanza teórica».

El Espíritu Santo está en la obra, siguiendo la bella anotación de Santo Tomás, y comenta a través de los santos la doctrina que él mismo ha inspirado en la Escritura. Del mismo modo que es él quien habla por los escritores sagrados, es también él el que habla a través de los santos. Entre la Sagrada Escritura y la vida de los santos, decía San Francisco de Sales, no hay otra diferencia que la que existe entre la música escrita y la música cantada.

Esta teología, que surge fulgurante en los escritos de los grandes místicos brilla también, más modesta, en la existencia de los cristianos generosamente fieles a su Dios. La reacción de fe de una pobre campesina ante una cruz o el voto de un general tras una victoria pueden instruirnos sobre la Providencia mejor que el sermón de un predicador dotado únicamente de un saber nocional o que la argumentación de un teórico sin experiencia íntima de Dios.

Fidelidad a las legítimas exigencias de la razón, uso reiterado de la Revelación, utilización de las experiencias de los místicos, siempre en una filial sumisión al magisterio de la Iglesia y atendiendo siempre a las corrientes de ideas y a los problemas de hoy: tales son mis criterios en este ensayo sobre Dios, dueño de la historia. Escrito por un seglar y destinado sobre todo a los seglares, este ensayo evitará lo más posible los términos técnicos sin caer por ello en imprecisiones.

Sin embargo, me será imposible renunciar al empleo de algunas expresiones filosóficas: causa primera, causas segundas; predominio de la causa primera, que es Dios, sobre las causas segundas libres, los hombres y los ángeles, buenos y malos. Renunciar al empleo de tales términos sería privarse de instrumentos que permiten penetrar en el corazón mismo de la doctrina cristiana sobre la Providencia, sin que por ello podamos elucidar todo su misterio.

Estas expresiones -causa primera, causas segundas- aparecerán, pues, con frecuencia; lejos de mí la idea, sin embargo, de excusarme por ello ante mis lectores. Me parece, en efecto, que es preciso insistir sobre la naturaleza propia de cada uno de aquellos dos órdenes de causas, y poner de relieve sin cesar, como lo hace la Escritura, la absoluta soberanía de la causa primera sobre las segundas, es decir, de Dios sobre el movimiento de la historia, lo que algunos predicadores ponen a veces en cuestión.

Debe señalarse que toda la Biblia, tal como la Iglesia la interpreta, desde la Génesis hasta el Apocalipsis, proclama esta verdad. Los doctores la explican. Los santos la han vivido. Los

místicos la han experimentado y expresado en su lenguaje de fuego: el brazo de Dios conduce las manos de los hombres. O, como escribe Fénelon: «El hombre se agita y Dios le conduce.» O también, como un proverbio popular, inspirado en la Escritura: «El hombre propone y Dios dispone.» Esta frase, admitida sin dificultad por quienes componen el «buen pueblo cristiano» (Pablo VI), responde, con una profundidad incomparable y una maravillosa simplicidad al problema angustioso que se plantean, en nuestros días, sin encontrar respuesta adecuada, tantos contemporáneos nuestros: ¿cuál es el sentido de la historia? Aquella frase, aquel sencillo refrán, más esclarecedor y más liberador que tantas disertaciones eruditas, lleva muy lejos, tiene una potencia inaudita. Vamos a verlo.

SUJETAR LOS DOS EXTREMOS DE LA CADENA

En el primer Concilio Vaticano, durante los debates acerca del proyecto de constitución sobre la fe, un Padre propuso una enmienda, concerniente a la Providencia. Esta enmienda, que fue aceptada, decía así: «Dios conserva y gobierna todas las criaturas que ha hecho, desplegando su fuerza de un extremo a otro del mundo y disponiéndolo todo con cuidado. Porque todas las cosas están desnudas y descubiertas ante sus ojos, incluso aquellas que se producirán en el porvenir por la libre acción de las criaturas». «En muchos países -declaraba aquel Padre conciliar, autor de la proposición- se ve incluso a teólogos católicos poner en duda la previsión divina de los hechos contingentes, es decir, de las acciones libres de los hombres».

Al insertar esta enmienda en la Constitución dogmática sobre la fe, los Padres del Concilio Vaticano I no llevaban a cabo innovación alguna, observaba un teólogo alemán; no han hecho otra cosa sino poner de relieve una verdad claramente expresada en la Revelación, creída siempre por los fieles y enseñada siempre por la Iglesia.

Si los teólogos a los que se referían los Padres conciliares dudaban de la presciencia divina es porque no veían cómo ponerla de acuerdo con la libertad de los hombres. Mas, no obstante la definición del Vaticano I, esta dificultad subsiste aún en nuestros días. Y es, por cierto, uno de los principales obstáculos que los cristianos encuentran en su esfuerzo para adherirse a la doctrina tradicional sobre la Providencia. Otra dificultad, también clásica, se refiere al problema del mal: ¿cómo conciliar la existencia de una Providencia amorosa con la presencia del mal en el mundo?

A estos dos obstáculos de todos los tiempos vienen a añadirse otros característicos de nuestra época. Tienen su origen en el desarrollo de las ciencias y de la técnica, en la secularización y asimismo en las concepciones inexactas respecto al azar y a la fatalidad.

No abandonar jamás las verdades una vez conocidas

Estas dificultades merecen un detenido examen. Puestas a la luz, ellas ayudan a comprender mejor la acción de la Providencia y, asimismo, a comprender mejor a nuestros hermanos bloqueados en su marcha hacia la plenitud de la verdad.

«Mire, pues, no caiga el que piensa que está firme», advierte la Escritura. Cuando el alpinista prudente conoce el emplazamiento de las grietas las rodea y avanza más seguramente sobre el glaciar. El esfuerzo que consagramos a poner de manifiesto los obstáculos no es tiempo perdido; evita que demos pasos en falso y previene las caídas.

Resulta inapreciable el consejo de Bossuet para el estudio de las relaciones entre la libertad del hombre y la omnipotencia de Dios: «La primera regla... es que jamás se deben abandonar las verdades una vez conocidas, aun cuando sobrevenga alguna dificultad al quererlas conciliar entre sí; por el contrario, hay que sujetar fuertemente, por así decirlo, los dos extremos de la cadena, aun cuando no lleguemos a ver lo que hay en medio, allí donde se realiza el encadenamiento»'.

Sujetar, sujetar fuertemente los dos extremos de la cadena; es decir, adherirse, adherirse con toda el alma, conjuntamente, a dos verdades, atestiguadas la una por nuestra experiencia personal, la otra por la Revelación: el hombre actúa libremente, la omnipotencia de Dios abraza y conduce todo lo existente y, por ello, la libre actividad del hombre. La adhesión simultánea a estas dos verdades es una exigencia fundamental para penetrar en la doctrina de la Providencia.

Sujetar fuertemente el extremo de la cadena que es la libertad del hombre no parece difícil; es una cuestión de buen sentido. El hombre normal no tiene dificultad en admitir que obra libremente. Pero asir con fuerza también el otro extremo, la omnipotencia de Dios, puede ser extremadamente difícil. A veces esta adhesión supone una fe heroica, un desgarramiento interior, una de esas luchas como la que hubo de librar Abraham invitado por Dios a inmolar a su hijo Isaac. Decir «sí» a Dios, bajo la moción de la gracia, mientras en nuestro interior todo se revuelve y grita: ¡no!, ¡no!, es un tremendo y desgarrador drama.

Se ha dicho justamente que es solamente una palabrita, la conjunción y la que caracteriza la doctrina católica: naturaleza y gracia, acción y contemplación, libertad y autoridad, Jesús y María.

«La fe abraza muchas verdades que parecen contradecirse, señala Pascal... Hay, pues, un gran número de verdades tanto de fe como de moral, que parecen repugnantes entre sí y que subsisten, sin embargo, todas ellas en un orden admirable. La fuente de todas las herejías es la exclusión de algunas de estas verdades... Ocurre de ordinario que al no poder concebir la relación entre dos verdades opuestas y creyendo que la confesión de una encierra la exclusión de la otra, ellos (los heréticos) se adhieren a una y excluyen la otra... ».

«... Como si viera lo invisible»

Este rechazo de una verdad «que parece repugnante», acompañada de la adhesión exclusiva a la verdad complementaria se produce con frecuencia cuando se trata de conciliar la libertad del hombre con la omnipotencia de Dios, con su existencia y con la presencia del mal.

«Lo más difícil para nuestros contemporáneos es concebir una dependencia de Dios que no sea una alienación», escribe el abate Michel Lépine. «Plantear la cuestión de la libertad y de la Providencia es algo infinito -observa, por su parte, el P. Bro, O. P.-. Se tiene miedo. ¿No sería, acaso, mejor no añadir a la dificultad cotidiana una inútil angustia intelectual, la que levantan los nombres que se enfrentan a la libertad: Providencia, predestinación, etc.? Estas palabras son trampas; por ello, prescindamos de debates inútiles. Pero la cuestión sigue planteada, a pesar de todo, y no podemos ser neutrales».

Mas si en el ámbito de la razón la cuestión de la armonía entre libertad y omnipotencia divina resulta inextricable, encuentra una salida en el plano superior de la fe. La Sagrada Escritura y la experiencia de los santos lo atestiguan. Cosas invisibles a la simple mirada del ojo humano se hacen visibles con el telescopio. Así como este instrumento es indispensable para estudiar los astros, la fe es necesaria para la adhesión a las verdades reveladas. En los santos no se plantea problema alguno acerca de la perfecta armonía entre la libertad de los hombres y la omnipotencia de Dios; para ellos es un dato casi evidente. La Escritura afirma de Moisés que «tuvo confianza en el Invisible, como si le viera ya». Moisés sujetaba fuertemente los dos extremos de la cadena.

El problema del mal plantea dificultades aún más inquietantes, ya que pone en movimiento nuestra sensibilidad a costa de un funcionamiento ordenado de la inteligencia. Un cronista ha descrito las reacciones de los sarracenos ante las terribles pruebas sufridas por San Luis durante su cautividad en Egipto. Minado por el escorbuto y la disentería, aislado de los suyos, sometido a la presión de sus carceleros, mortalmente inquieto por la suerte de su mujer, de sus hijos y de su «gente», el rey estaba continuamente en oración, «sin murmurar de nada». Y los musulmanes se maravillaban de su paciencia, diciendo que «si su Mahoma les hubiese permitido sufrir tanto infortunio como el que Dios le había hecho padecer al rey, jamás le hubiesen adorado, ni hubieran creído en él» ¡Cuántos cristianos razonan hoy como aquellos musulmanes del siglo xiii!

«Para mí -escribe un bautizado-, a pesar de todas las acrobacias teológicas posibles e imaginables -y yo las conozco-, la existencia del mal, del sufrimiento y de la muerte es radicalmente incompatible con la existencia de un Dios infinitamente bueno. Se puede, en rigor, admitir la existencia del Gran Relojero, pero nada más» . Y Gabriel Marcel afirma que «a pesar de todas las argumentaciones a las que han recurrido los teólogos y los filósofos desde los orígenes, es en la existencia del mal y en el sufrimiento de los inocentes donde el ateísmo encuentra su base permanente de reabastecimiento».

Ciertamente, se trata de observaciones pertinentes. En efecto, ni los análisis de los filósofos, aun de los cristianos, ni las argumentaciones de los teólogos, por famosos que sean, serán bastantes para convencer a un hombre presa de atroces sufrimientos de que el Dios que le golpea es un Dios de amor. Cuando la sensibilidad se conmueve, la lógica de un razonamiento impecable no es bastante para esclarecer el espíritu. Hace falta el golpe de ala de una fe vigorosa.

Para los santos, es decir, para aquellos hombres y mujeres que viven de fe y habitualmente se encuentran bajo la moción del Espíritu Santo, no se plantea el lacerante problema del mal: han encontrado la solución en regiones superiores. Lo ven, en cierta manera, con los mismos ojos de Dios, dueño soberano de la historia. El águila volando por encima de las cumbres tiene una visión de la que carece un gallo de corral.

Problemas sin solución, el problema del mal y el problema de la aparente oposición entre la libertad del hombre y la omnipotencia de Dios, ejercen una influencia inhibitoria, especialmente en los espíritus cultivados. Y traban el vuelo de su vida religiosa. Les impiden el que se eleven hasta la tranquilidad que proporciona una confianza ciegamente depositada en Dios. Les cierran el acceso a las regiones superiores de la serenidad. ¿Cómo pueden estos cristianos encontrar la paz del alma y cómo pueden irradiarla a su alrededor si están interiormente desgarrados? ¿Cómo podrán gustar de la alegría de la luz si permanecen aprisionados en las oscuridades de la duda?

↑El cirujano y el bisturí

Con frecuencia ciertas nociones inexactas se añaden al peso de estas inhibiciones. Estas nociones conciernen notablemente a las relaciones entre la causa primera y las causas segundas. Dios es llamado la Causa primera, y las criaturas, y especialmente los hombres, las causas segundas. Y esto por razones no de orden cronológico, sino de naturaleza jerárquica. En efecto, si la causa primera es soberanamente independiente, las causas segundas son esencialmente dependientes. Dios no depende de nadie, pero los hombres dependen de Dios en todo y por todo como el instrumento depende del artesano que lo maneja.

Cuando se trata de acontecimientos históricos, Causa primera y causas segundas actúan a la vez. Podría decirse que son las piezas de una misma máquina que funcionan simultáneamente. O, más exactamente, las causas segundas son a la Causa primera lo que los instrumentos son al obrero: su eficacia la obtienen principalmente de él. Colaboran con él no en un plan de igualdad, sino de subordinación. La obra que resulta es el fruto de una cooperación. «Lo que nosotros tenemos por actividad de las criaturas es también la actividad del Creador», ha escrito un teólogo contemporáneo. «Es una actividad causada». Lo que nosotros llamamos acción del hacha es también la acción del leñador; lo que denominamos la obra del bisturí, es también la obra del cirujano. En resumen, la Causa primera y las causas segundas concurren a la producción del mismo efecto cada una en su lugar y cada una a su modo. En una operación, el cirujano consigue resultados que sus instrumentos, por sí solos, no podrían conseguir, puesto que no pueden ver, ni deliberar, ni decidir, ni moverse; el bisturí, por su parte, produce efectos que el cirujano no podría producir sin instrumentos. Simultaneidad de la acción de la Causa primera y de la acción de las causas segundas; preponderancia de la Causa primera sobre las segundas; atribución de los resultados, a la vez, a una y otras, bien que a diferentes títulos; he aquí otras tantas distinciones capitales. Si todo ello deja de tenerse en cuenta al considerar el problema de la Providencia se caerá fácilmente en graves errores: menosprecio en la interpretación de la Sagrada Escritura; reducción, si es que no negación, de la soberanía irresistible de Dios sobre la historia. Se reconoce que «el hombre se agita», pero no se añade con la misma convicción que «Dios le dirige». Parece que la objeción «¿Qué se hace con la libertad del hombre?» es definitiva.

Y, sin embargo, el cristiano no puede leer la Biblia y muy especialmente el Antiguo Testamento y el Apocalipsis, sin sentirse impresionado por la frecuente atribución a la causalidad de Dios de los fenómenos naturales e incluso de la acción de los hombres. Esta atribución es unas veces del mismo autor sagrado y otras de los personajes que pone en escena.

Satán y el Dueño de la historia

Rico propietario despojado de sus bienes, privado de sus hijos, cruelmente golpeado en su salud, Job es un ejemplo clásico. Este «santo del Antiguo Testamento» atribuye todas sus pruebas a Dios: «El Señor me lo dio todo; el Señor me lo ha quitado; se ha hecho lo que es de su agrado; bendito sea el nombre del Señor». Por su parte, la esposa de Job imputa sus males a Dios y se revuelve contra Él: «Maldice a Dios y muérete», le dice a Job. Todavía hay más. Aunque sea él el iniciador de estas pruebas, Satán las atribuye a Dios, como, por otra parte, lo hará el propio autor sagrado al final del libro (42,11). La concordancia de estas cuatro voces tan diversas, Job, su mujer, Satán, el mismo Dios, principal autor de los Libros Sagrados, es muy significativa. ¿Acaso no aparece Dios como el protagonista de este drama tan angustioso?

Dios determina las leyes que rigen el orden natural: las circunvoluciones de los astros, la frecuencia de las lluvias, el tiempo de la recolección, el momento de las generaciones, los límites impuestos al mar. Todo el universo obedece a sus órdenes. Es de Dios de quien Judit esperará la realización de su misión en el campamento de Holofernes y es a Dios a quien ella atribuye el éxito de su empresa. Hablando como un excelente teólogo católico de la historia, Judit afirma que

Dios es el autor del pasado, del presente y del porvenir: «Es el Señor quien dirige los pasos de los hombres, y ¿qué hombre hay que pueda por sí conocer el camino que debe llevar?». «Yo soy el Señor y no otro que Yo: no hay un dios fuera de Mí... Yo he formado la luz y creado las tinieblas; hago la paz y envío los castigos: Yo, el Señor, que hago todas estas cosas». «De Dios vienen los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza». «¿Descargará alguna calamidad sobre la ciudad que no sea por disposición de Dios?».

Se podrían llenar páginas enteras con citas bíblicas relativas a la soberanía de Dios sobre los hombres, sobre los acontecimientos y sobre las cosas. Como un leitmotiv, la afirmación del predominio de la Causa primera sobre las causas segundas atraviesa los Libros Sagrados. Verdaderamente, el Creador conduce sus criaturas hacia el fin que les ha asignado; este es el sentido de la historia.

Nos encontramos aquí en presencia de una revelación formidable, de orden sobrenatural, y que estaba oculta a los pueblos de la antigüedad. Solamente Dios podía apartar el velo que la cubría a los ojos de los hombres. Solamente Dios podía revelarla. Abandonada a sus propias fuerzas la razón, ciertamente, puede descubrir la existencia de Dios, tal como lo enseña el Concilio Vaticano I, aun cuando este descubrimiento sea muy laborioso y reservado a una «élite». Pero, por sí misma, la razón del hombre no sería capaz de conocer la existencia de un Dios de amor cuyo poder se extiende de un confín del mundo al otro, cubre la historia universal y ordena irresistiblemente todas las cosas hacia Él como un fin: la edificación del Cuerpo Místico. Para llegar a conocer esta Providencia desconocida por un Platón, por un Aristóteles, por un Cicerón, la humanidad tenía necesidad de una intervención de lo alto; hacía falta que el propio Dios levantase un ángulo del velo que envolvía sus designios y su incesante actividad en el mundo.

El descubrimiento de la acción de la Providencia, Señor de la historia, es uno de los más preciosos frutos que ofrece la familiaridad con la Sagrada Escritura. Este descubrimiento provee al hombre de luces proporcionadas a las dimensiones del cosmos. Proporciona asimismo al cristiano un íntimo confortamiento que jamás le procurarían todas las especulaciones filosóficas. Le ilumina sobre el verdadero sentido de la historia. «Los centenares de libros que he leído, confesaba el padre de la filosofía moderna, Manuel Kant, no me han proporcionado tanta luz y consuelo como estos versos del Salmo 23: `El Señor es mi pastor; nada me falta... Aunque camine por las tinieblas de la muerte, no temeré ningún mal, porque Tú estás conmigo.»

Y sin embargo, resulta evidente que muchos cristianos ignoran estas verdades liberadoras.

En vez de proclamar esta revelación que nos exalta y pone de manifiesto la causalidad universal de Dios y su soberanía sobre la historia, muchos predicadores y exégetas se erigen en censores del autor inspirado y en correctores de los Libros Sagrados. Desprecian el genio semítico que, según ellos, era incapaz, por su subdesarrollo cultural, de distinguir entre la Causa primera y las causas segundas y que atribuyó al mismo Dios lo que, sin embargo, es la obra de los hombres.

Es fácilmente admisible que los Hebreos tuviesen un lenguaje menos rico en vocabulario y de menores matices que los modernos y que, por otra parte, careciesen de términos apropiados para designar determinadas precisiones filosóficas o teológicas. Pero ya no lo es tanto el que se trasponga esta pobreza desde el dominio del vocabulario al del pensamiento y que se acuse a los autores inspirados de confundir lo que es obra de los hombres y lo que es privilegio de Dios. Si la palabra de Dios reclama una interpretación, bajo la dirección del magisterio, ello no supone que hayan de hacerse correcciones a aquélla, ni siquiera de los progresos de la ciencia.

Los Padres y los Doctores de la Iglesia presentados por la encíclica de Pío XII sobre los estudios bíblicos (*Divino afflante*) como exégetas ejemplares, no obraban precisamente de aquel modo. En su lectura contemplativa de la Biblia daban a Dios lo que es de Dios y a las criaturas lo que pertenece a ellas. Sabían atribuir a la causalidad primera y universal de Dios lo que le pertenece, sin que por ello disminuyesen la parte correspondiente a las causas segundas. Intérpretes de la Biblia, los Padres y los Doctores de la Iglesia afirman la soberanía universal de Dios sobre la historia.

Tras nuestras alegrías y nuestras penas

Asimismo, San Agustín, comentando el salmo 66, no dudaba en presentar a sus fieles este punto de vista superior de los acontecimientos de cada día: «Dios es el autor de todo lo que sucede, acontecimientos agradables o funestos... Y todos los bienes que los enemigos de Dios reciben, de Él los reciben; y cuando se los piden a otros, si los reciben, es de Él de quien, sin saberlo, los reciben. Si son castigados, se imaginan que son castigados por otros; sin embargo lo son por la acción de Dios, sin que ellos lo sepan; y cuando disfrutan de fortuna, de salud, de seguridad, sin mesura, pueden, por ignorancia, atribuirlo a los hombres, o a los demonios, o a los ángeles; pero no lo reciben (originariamente) sino de Aquél, en quien reside el poder sobre todas las cosas».

Por sorprendentes que puedan parecer estas consideraciones de San Agustín, no son, en fin de cuentas, sino la aplicación a la exégesis de un principio filosófico: de una parte, la Biblia nos presenta a Dios como la Causa primera universal; de otra parte, la filosofía afirma la dependencia total de las causas segundas en relación con la Causa primera. Ésta decide, aquéllas ejecutan. Las causas segundas completan, cumplen los designios de Dios sin saberlo, con plena autonomía, bajo su propia responsabilidad. Verdad misteriosa, es cierto, situada más allá de las aprehensiones de los psicólogos y de las encuestas del sociólogo, pero verdad garantizada por la Escritura. Dios, autor principal de la Biblia, no puede engañarse ni engañarnos. Toca a los creyentes elevarse hacia las alturas de su palabra con las alas de la fe y no de rebajar esta palabra, por una interpretación racionalista, al nivel de un mundo secularizado.

El misterioso encadenamiento de la Causa primera y de las causas segundas, afirmado tantas veces por los libros sagrados, requiere un análisis. En el próximo capítulo intentaremos penetrar un poco en este abismo insondable; por el momento, sin embargo, trataremos de despejar el terreno, siguiendo las normas establecidas por Santo Tomás para la exégesis de los textos aparentemente paradójicos de la Biblia que parecen atribuir solamente a Dios lo que es, manifiestamente, también obra del hombre.

En primer lugar, una norma filosófica: «En una acción cualquiera, la causa más real es menos la que actúa que aquella por cuya virtud ésta actúa. Así, pues, la causalidad del agente principal es más fuerte que la del instrumento. Dios es, pues, principalmente causa de toda acción más que las causas segundas agentes.» Después, una verdad revelada: de aquí la palabra de Isaías (26,12) «Todas nuestras obras, Señor, tú las hiciste en nosotros», y esta palabra del Evangelio de San Juan: «Sin mí nada podéis hacer» (15,5), y también lo que dice San Pablo en la Epístola a los Filipenses (2,13): «Pues Dios es el que obra en vosotros por su voluntad, no sólo el querer, sino el ejecutar.»

Como puede verse, Santo Tomás procede con un riguroso método. No se precipita. Se ocupa de establecer su argumentación sobre verdades irrefrenables tomadas, unas, de la filosofía; otras, de la Revelación. «Es precisamente por esta razón, afirma, por lo que las Escrituras atribuyen frecuentemente a la operación divina los efectos de la naturaleza, porque es Dios quien da a todo agente la capacidad de obrar por su naturaleza o por su voluntad, según la palabra de Job (10,11). `Tú me has revestido de piel y de carne; tú me has tejido de huesos y de nervios', y esta otra del Salmo: `Y tronó el Señor desde lo alto del Cielo, y el Altísimo dio una voz como suya y cayeron piedras y ascuas de fuego' (Ps 17,14)».

El general y sus tropas

Al atribuir aparentemente la Sagrada Escritura todas las cosas a la causalidad de Dios, precisará después Santo Tomás, la Escritura no pretende en modo alguno excluir la acción de las demás causas, sino que quiere, simplemente, afirmar la primacía de la acción de Dios. Decir causalidad primordial no significa decir causalidad exclusiva. Atribuir determinadas victorias militares a Foch o a Montgomery no equivale a negar el mérito de sus tropas, artesanas de la victoria; esta atribución reconoce simplemente la preponderancia del papel de Foch o de Montgomery.

Henos aquí en el corazón del problema de la Providencia. Estas citas hacen relación a los acontecimientos, notablemente en lo que concierne a los lazos entre la libertad del hombre y el poder irresistible de Dios, y al problema, tan delicado, de las relaciones entre la Providencia y el mal.

Nos limitaremos a una constatación: al atribuir principalmente -pero no «únicamente» a la causalidad de Dios los acontecimientos de la historia, agradables o desgraciados, y los fenómenos de la naturaleza, felices o funestos, los autores y los héroes de los libros sagrados no se expresaban como inteligencias frustradas, incapaces de distinciones. Iluminados por el Espíritu Santo, disponían de una visión más penetrante de los hombres y de las cosas. Y se expresaban como hombres superiormente inteligentes.

Cuando Judit de Betulia y la reina Esther atribuyen a Dios el éxito de sus acciones para salvar a su pueblo; cuando Gedeón, Josué y David atribuyen a Dios sus victorias militares; cuando los profetas Isaías, Jeremías y Daniel y el autor del Apocalipsis muestran que Dios utiliza para sus fines a las grandes potencias políticas y militares, todos estos personajes bíblicos no se expresan como hombres primitivos cegados por los mitos. Hablan más bien como seres privilegiados que el mismo Dios ha iluminado acerca de sus designios trascendentes. Se expresan como maestros calificados para dar respuesta al angustioso problema del hombre moderno: ¿Adónde vamos? ¿Cuál es el sentido de la historia? ¿Qué fuerzas conducen los acontecimientos?

Vocablos ambiguos

Entre las dificultades que obstaculizan el movimiento de adhesión a la doctrina católica de la Providencia, hay que citar también las ambigüedades del lenguaje. Así, conviene distinguir netamente la voluntad-mandato de Dios de su voluntad-designio, así como tampoco conviene confundir el establecimiento de los planes de Dios con su ejecución. Asimismo, la expresión «Dios respeta la libertad del hombre» requiere esclarecimiento so pena de prestarse a conclusiones que conducirían a una negación de la absoluta soberanía de Dios sobre la historia.

Si hay que creer a ciertos autores, los hombres habitualmente en estado de gracia formarían una minoría; la mayor parte viviría en el ámbito de los sentidos. Por otra parte, la Escritura afirma el imperio total de Dios sobre los hombres y sobre las cosas: nada resiste a sus designios, todo concurre a la realización de sus planes. Ni un cabello cae de nuestra cabeza sin que Dios lo haya dispuesto. Los hombres, así, pueden mentir, robar, matar, fornicar, blasfemar, sin que hayan realizado el menor acto que Dios no haya previsto y situado previamente en sus planes. En otros términos, en un mismo hombre y en el mismo instante, la violación de un mandamiento de Dios puede coexistir con el cumplimiento de los designios de Dios. Al vender su hermano pequeño a los mercaderes que marchaban a Egipto, los hijos de Jacob violaban la ley de Dios; pero al mismo tiempo y por el mismo acto, ejecutaban sin saberlo un decreto de la Providencia. El propio José se lo revelará después de la muerte de su padre Jacob: «Vosotros pensasteis hacerme un mal, pero Dios lo convirtió en bien» .

Otro ejemplo, aún más impresionante, de esta coexistencia en los mismos sujetos y al mismo tiempo de la violación de la ley de Dios y del cumplimiento de sus designios. Todas las autoridades responsables del arresto, la condena y la crucifixión de Jesús se hicieron culpables del más horrendo de los crímenes: el deicidio, la condena a muerte del Inocente por excelencia. Sin embargo, al hacer esto, aquellas autoridades ejecutaban un decreto eterno de Dios. Es verdad que ellos lo cumplieron sin saberlo, como los hermanos de José, figura de Cristo, pero lo cumplieron. La Sagrada Escritura lo afirma con una claridad tajante: al evocar las maquinaciones y los complots urdidos contra Jesús por Pilatos y Herodes, por los gentiles y por los judíos, la primera comunidad cristiana constata que se hizo así «para ejecutar lo que la mano y el consejo de Dios habían decidido que se hiciese»'.

Violador de los mandamientos y ejecutor de los decretos

Este texto inspirado lleva muy lejos. Es un faro que esclarece toda la teología de la historia. Tiene un valor general: pone de manifiesto que una misma multitud, un mismo jefe, por un mismo gesto, puede ser al mismo tiempo trasgresor de los mandamientos de Dios y ejecutor de los decretos de su Providencia. Del mismo modo, la expresión frecuente voluntad de Dios puede revestir dos sentidos diferentes: puede significar mandamiento, es decir, orden terminante de buscar el bien y rechazar el mal: «la voluntad de Dios es que os santificuéis». Pero también puede significar el decreto de Dios, la decisión decretada desde toda la eternidad. Esta decisión engloba el bien y el mal: Dios suscita el bien, pero no impide siempre el mal moral. Deja que surja y crezca para utilizarlo secretamente con vistas a la eclosión del bien, como un florista se sirve de abono y estiércol para el cultivo de las rosas y los tulipanes.

La misma ambigüedad del término voluntad de Dios aplicada, ya a los mandamientos divinos, ya a sus designios, invita a la vigilancia. Hay que distinguir para no confundir. Existe el riesgo de sustraer el mal a la soberanía de Dios y tener, así, una visión parcial de la acción de la Providencia sobre el mundo, sustrayendo de este modo inmensas zonas al imperio de Dios, Señor de la historia, y estrechando la concepción bíblica de la Providencia.

Se impone también una segunda distinción, también absolutamente necesaria: una cosa es la concepción del plan de Dios por Dios mismo y otra la ejecución de este plan a través de las criaturas. Santo Tomás reserva el nombre de Providencia al establecimiento del plan y denomina gobierno divino a la ejecución de este plan, que se realiza a lo largo del desarrollo de la historia. Hoy el lenguaje cristiano no hace esta distinción y con el nombre de Providencia designa tanto la concepción del plan en la eternidad como su ejecución en el tiempo. Esta distinción es algo más que una sutileza de los teólogos, más apta para complicar que para iluminar a los simples fieles. Tiene un valor de profilaxis. Impide que el creyente se deje ofuscar por las apariencias olvidando que por muy emprendedores que los hombres se muestren en la escena del mundo, no son sino los ejecutores, frecuentemente a pesar suyo, del plan de la Providencia. Al realizar sus obras, los hombres realizan, sin saberlo, las obras de Dios.

Azar y destino

Entre los términos ambiguos, que dificultan el movimiento de adhesión a la doctrina cristiana acerca de la Providencia, conviene citar asimismo palabras como azar, fortuna, destino y suerte. Tienen diferente sentido según que se atribuyan a Dios o que se relacionen con una cierta misteriosa y vaga potencia que dirigiría el curso de los acontecimientos.

El azar no existe para Dios y para quien ve los acontecimientos «con los ojos de Dios»: «Lo que es azar a los ojos de los hombres, es designio, plan determinado, en la consideración de Dios» (Bossuet). Los encuentros inesperados y las coincidencias imprevistas que el no creyente imputa al azar, el creyente los atribuye a Dios que desde toda la eternidad los ha insertado en sus planes. Si con la Revelación la palabra «Providencia» se ha convertido en el «nombre de bautismo del azar», la palabra «azar», en un mundo secularizado, se ha convertido en el «apodo de la Providencia» (Chamfort). «No hablemos más de azar ni de fortuna -escribe Bossuet-, o hablemos de ello como de un nombre con el que encubrimos nuestra ignorancia. Lo que es azar ante nuestros conocimientos inciertos es un designio concertado dentro de un consejo más alto, es decir, dentro del consejo eterno que encierra en sí todas las causas y todos los efectos en un mismo orden. De esta suerte, todo concurre a un mismo fin, y es esta incapacidad para conocer y comprender el conjunto lo que nos hace encontrar como producto del azar o de la irregularidad nuestras experiencias particulares ».

La palabra destino reclama las mismas precisiones. «En tanto que las cosas que acontecen aquí abajo están sometidas a la divina Providencia, que las preordena y, por así decirlo, las dice previamente, nosotros podemos admitir el destino.» Junto con otros Doctores de la Iglesia, Santo Tomás reprueba, sin embargo, el uso de la palabra destino, cuya significación ha venido a ser ambigua «a causa de quienes se han servido abusivamente de ella para designar la virtud atribuida a la posición de los astros». Con San Agustín, el Doctor Angélico concluye: «Si alguien atribuye al destino las cosas humanas, designando por este nombre la voluntad y el poder de Dios, que... corrija su expresión». Es decir, que si el pensamiento es exacto, la expresión, en cambio, resulta ambigua.

Plan concebido sin los hombres, pero ejecutado por los hombres

Los planes de Dios han sido decretados solamente por Dios. No ha tenido necesidad de consejero alguno, insinúa el Apóstol con una cierta ironía. Dios no se ha rodeado de expertos como hacen los grandes industriales, los políticos y hasta las conferencias episcopales. Cualquier colaboración, humana o angélica, hubiera sido imposible, puesto que el establecimiento de aquellos planes divinos se sitúa en las profundidades de la eternidad, cuando los ángeles y los hombres no existían aún sino en el pensamiento de Dios.

Ahora bien, Dios ha establecido sus planes a la manera divina, es decir, de una manera que sobrepasa infinitamente todas las posibilidades de comprensión del hombre. «Cuanto se eleva el cielo sobre la tierra, así se elevan mis caminos sobre vuestros caminos y mis pensamientos sobre vuestros pensamientos» . «Mis pensamientos no son vuestros pensamientos». Sería más

fácil que un niño comprendiese el mecanismo de una calculadora electrónica que el que el más erudito de los teólogos comprendiese los planes de Dios, que desafían toda inteligencia humana y si sitúan más allá de sus posibilidades de aprehensión. Solamente Dios puede comprender los planes de Dios. El no creyente puede tacharlos de locura; hasta tal punto se alejan de su concepción de la sabiduría, pero es que está tratando de cosas que están por encima de él. De estos planes eternos, impenetrables para el espíritu del hombre, solamente percibimos algunos fragmentos. Dios los ejecuta en el tiempo, a medida que se va desarrollando el curso de la historia, sirviéndose del concurso de los hombres y sin que la mayor parte de ellos tengan conciencia de esta situación. Podría compararse esta realidad con un director de orquesta que dirigiese la ejecución de una obra compuesta por él mismo sin que lo supieran los músicos que la ejecutan.

Ocurre, así, que un velo de misterio cubre la historia. Nosotros no percibimos sino el exterior, en tanto que se nos escapan las grandes líneas del proceso. La historia, que es obra de los hombres, es también la ejecución de los planes de Dios. Y esto, de un modo primordial. San Agustín compara la historia a un canto cuya belleza no se aprecia hasta que se han escuchado las cadencias finales. De este modo, Dios atraviesa de incógnito la historia. La conduce con una fuerza irresistible sin que el ojo sea capaz de aprehender su presencia. Omnipresente, parece ausente. Omnipotente, parece a veces impotente, hasta tal punto las fuerzas del mal parecen haberlo oscurecido. Pero no se trata más que de una apariencia. Él domina soberanamente a los dominadores.

Los hombres se agitan, y Dios los conduce y guía. Las manos de los hombres trabajan e intrigan, hacen y deshacen, construyen y abaten, y, al mismo tiempo, obedecen, sin saberlo, al brazo invisible de Dios. Al ejecutar los designios humanos, los hombres ejecutan los de Dios.

Realismos y realismos

¿Son éstas unas consideraciones quiméricas, incompatibles con una visión realista del mundo? De ningún modo; estas consideraciones se apoyan en la Sagrada Escritura. En muchos pasajes, la Escritura afirma la soberanía de Dios sobre los hombres o, para emplear una fórmula filosófica, la preponderancia total de la Causa primera sobre la universalidad de las causas segundas. Lejos de contradecir una visión realista de las cosas, estas consideraciones la suponen. Por encima del realismo de los hombres que no abarca sino a sectores del cosmos y franjas de la historia, se sitúa el realismo de Dios, que abraza la universalidad de la creación y la totalidad de la historia. La Revelación hace participar a los creyentes de esta visión realista de las cosas: Dios les concede el que vean un poco el mundo con sus ojos. Desde las terrazas del Pincio el turista descubre una parte de la Ciudad Eterna; pero desde un avión que cruce el cielo de Roma, gozará de una visión total y completa.

Así es como un conocimiento de la historia bajo la iluminación de la Biblia es superior a un conocimiento que repose solamente en el examen de los acontecimientos con sus circunstancias y relaciones inmediatas. La historia viene de muy lejos y va muy lejos: desciende de la eternidad de Dios y se dirige a la eternidad de Dios.

«El drama de nuestra época»

En nuestro diagnóstico de las dificultades que se encuentran hoy para adherirse a la doctrina cristiana de la Providencia merece especial mención un elemento característico de nuestro tiempo. Se trata de una cierta manera especial de considerar las cosas, compuesta de una excesiva admiración por la técnica y las ciencias y de una alergia a la filosofía, a la teología y a la espiritualidad. Si esta mentalidad reina en su estado puro en el ámbito de los no creyentes, llega a contaminar también, en muchas ocasiones, incluso a creyentes cultivados hasta tal punto que el Papa Pablo VI lo puso de relieve no pocas veces ante los fieles en las audiencias de los miércoles.

Así, el Papa ve el «drama de nuestra época» en el enfrentamiento entre una concepción del mundo inspirada en el dogma de la Providencia y otra basada en una formación científica que prescinde del Creador. «La Providencia es, en efecto, el reflejo del pensamiento de Dios en el mundo y en la historia; es su sabiduría, manifiesta u oculta, la que impregna todas las cosas. La doctrina de la Providencia nos pone de manifiesto que la razón de ser del mundo y su significación total procede de Dios. En el otro extremo, una formación científica basada

únicamente sobre el análisis psíquico, conduce a muchos contemporáneos nuestros a pensar que el determinismo es la única ley y la única explicación de la naturaleza».

Este «drama de nuestra época» se explica por una saturación de las cosas visibles, unida a una deficiente formación espiritual. «Hoy, el espíritu de las gentes está saturado de conocimientos concretos, tanto empíricos como científicos. Solamente se interesa por las cosas útiles, las máquinas, por ejemplo, o por las cosas banales, como el placer. Se diría que no les falta nada: el mundo de la economía y del placer, el mundo experimental y sensible, el mundo de lo que suele denominarse las verdaderas realidades, las realidades tangibles y mensurables por la experiencia, y esto les basta. Ni desean ni necesitan ahondar en el mundo de lo invisible, de lo trascendente, del misterio, en busca de aquello que podría llenar su vida interior, vida que, por otra parte, no existe para ellos».

En otro de sus discursos de los miércoles, el Jefe de la Iglesia denunciaba el desequilibrio producido en el hombre moderno por el culto excesivo de las ciencias positivas. «Lo que prima hoy es el conocimiento racional y científico e incluso el conocimiento físico, cuantitativo, experimental, que satisface indebidamente al espíritu humano. Con ello se sienten seguros, con una suerte de certeza connatural al espíritu humano. Pero, al detenerse en este nivel, la inteligencia humana no se apercibe de que abdica de una de sus prerrogativas: la utilización de sus facultades para conquistar la verdad superior, es decir, la verdad esencial y metafísica. Esta se sitúa en aquel nivel verdaderamente humano y espiritual en el que el encuentro con Dios, ya sea de un modo natural, ya por la Revelación, puede realizarse en una medida cierta y adecuada» .

No nos extrañemos, pues, entonces, de que la «capacidad especulativa del hombre de hoy sea rudimentaria» de que «tenga miedo de la trascendencia» y de que sea «como un analfabeto en el dominio espiritual y religioso» .

Una nueva idolatría

Aparte de que desvía el espíritu de las regiones del saber superior, la mentalidad positiva lleva al hombre a una especie de embriaguez. Fomenta en él un orgullo basto, el orgullo del hombre que piensa bastarse a sí mismo y que, desde la altura de su presunción, desprecia la fe y la plegaria.

«Hemos menospreciado los caminos de la sabiduría para seguir los caminos de la ciencia. Y no es que la sabiduría y la ciencia se excluyan recíprocamente; por el contrario, se postulan la una a la otra, pero es un hecho que la mentalidad moderna se contenta con la certeza y la utilidad práctica de su racionalismo nocional y científico, a costa del razonamiento filosófico y de la búsqueda de la verdad por los senderos de la honestidad moral».

«Todo esto hace más difícil la vida cristiana y la aceptación de la fe. Un error de método, un pecado de omisión, una desviación de orden pedagógico pesan sobre la mentalidad común de hoy. Un laicismo exclusivo, una ceguera materialista refractaria al uso de las facultades espirituales superiores han impedido al hombre de hoy entrar en contacto con el mundo religioso, con la Realidad indispensable que aquél contiene y que revela únicamente a quienes buscan con humildad la luz de Dios».

«El lugar del que la fe ha sido expulsada es ocupado entonces no por la razón, sino por la irracionalidad más desbordada y más segura de sí misma, observa el profesor Sergio Cotta; podríamos incluso añadir que este espacio ha sido ocupado por el conformismo ideológico más mediocre y servil».

El culto del verdadero Dios ha sido sustituido por una idolatría nueva. «Hombres de hoy, estamos particularmente dispuestos a esta idolatría. De toda aspiración, de todo ideal abstracto de unidad, de verdad, de bondad, incluso de la idea misma de felicidad, de poder, de arte, de belleza, de amor, hacernos un bien supremo, un absoluto que nos domina; volvemos a caer en lo humano no menos puerilmente que los hombres de la antigüedad, adoradores de las cosas sensibles de los fenómenos naturales. Pero el hombre no le basta al hombre»

Así, a menos que no estén inmunizados por un firme sentido común, una sólida formación religiosa y sobre todo por una vida espiritual intensa, los cristianos, en contacto continuo con el

espíritu positivista, se infectan rápidamente. El contacto lleva consigo el contagio y el mal se transmite de una manera casi fatal. Es así como el positivismo contamina a los cristianos, seculares y religiosos, y a través de ellos penetra en la Iglesia.

¿Qué pensar, por ejemplo, de los predicadores que se mofan de la ceremonia de las Rogativas y de las oraciones para implorar la lluvia? ¿Qué decir de los profesores de los seminarios que anuncian la «muerte de Dios» y niegan la resurrección de Cristo? ¿Qué decir de los teólogos que miden las realidades espirituales y hasta al mismo Dios con el rasero de su propio espíritu? «Cuando un hombre no quiere reconocer más que aquello que domina su inteligencia y afirma, por ejemplo, que lo que no es científicamente explicable pertenece al orden de la imaginación, en realidad debería poner en tela de juicio el ejercicio mismo de su inteligencia porque un tal ejercicio de ella no es un ejercicio legítimo, sino una pretensión de la inteligencia de hacerse ella misma la norma y la ley de la realidad».

Se comprende de este modo que ofuscados por estos hombres que el cardenal Jean Daniélou llamaba «asesinos de la fe» y Pablo VI «homicidas espirituales», legiones de cristianos se resistan a aceptar la doctrina de la Providencia tal como aparece en la Sagrada Escritura y como la elaboraron aquellos conocedores de la Biblia que fueron, por ejemplo, San Agustín y Santo Tomás de Aquino. A juicio de algunos, tal doctrina no sería moderna, ni estaría de acuerdo con los progresos de la ciencia y, en fin, repugnaría a la mentalidad moderna.

Adherirse de todo corazón a la doctrina de la Providencia significa hoy exponerse a la conmiseración, si es que no a las ironías de los espíritus que se creen al día y pretenden marchar en el sentido de la historia... Pensar así, a los ojos de muchos, sería parecerse al propietario de un vasto dominio rural que se obstinase en mantener métodos de trabajo anteriores a la mecanización de la agricultura.

Esta actitud, tan difundida, ¿debe ser para nosotros un motivo para cambiarse de chaqueta? ¿Es que habrá sonado la hora de dejar la auténtica tradición de la Iglesia para seguir determinados movimientos intelectuales en boga? Creemos, por el contrario, que tal actitud y, sobre todo, el espectáculo de la confusión de tantos cristianos que ignoran la reconfortante doctrina de la Providencia deben llevarnos a una actitud opuesta: profundizar en la doctrina de siempre y descubrir mejor su solidez y fecundidad para nuestra vida de cristianos comprometidos.

LAS MANOS DE DIOS

Existe, condensada en una veintena de líneas y accesible al común de los cristianos, una presentación autorizada de la doctrina católica acerca de la Providencia. Se trata del Catecismo del Concilio de Trento. En etapas sucesivas, el lector va siendo introducido en las profundidades misteriosas de Dios y de su acción en el Universo. El texto explica en primer lugar que Dios no solamente crea todas las cosas, materiales y espirituales, sino que las conserva continuamente. Y añade que el Creador no sólo mantiene en la existencia a todo lo creado, sino que le comunica el movimiento y dirige todas y cada una de las cosas creadas.

He aquí el texto del catecismo: «Al reconocer que Dios es el autor y creador de todas las cosas, no vayamos a creer que, una vez que Dios ha terminado su obra, ésta puede subsistir sin su potencia infinita. En efecto, así como para existir todo tiene necesidad de la potencia soberana, de la sabiduría y de la bondad del Creador, así también es necesario que la acción de la Providencia se extienda constantemente sobre todo lo creado. Y si Dios no conserva su obra con la misma fuerza que ha empleado para formarla, aquélla volvería a la nada. La Escritura nos lo manifiesta claramente, cuando dice a Dios: «¿Y cómo pudiera algo subsistir, si tú no lo quisieras? O ¿cómo se conservara, a no ser por ti llamada?» (Sab 11,26).

Resulta evidente que determinados puntos de vista corrientes entre los cristianos no encajan con esta enseñanza. Si admiten que Dios ha creado el universo, ¿reconocen todos que para subsistir, hombres y cosas, pájaros del cielo y lirios del campo, necesitan de una intervención continua de Dios, so pena de volver a la nada? ¿Reconocen que la obra de la creación se continúa en cierto modo por una obra de conservación? Si durante la noche la central eléctrica cesa de alimentar las lámparas que iluminan nuestras calles, las ciudades quedarían sumidas en las tinieblas.

Para apoyar estas afirmaciones, el catecismo no recurre a la filosofía que no convencería sino a una minoría y dejaría indiferente al común de los fieles. El catecismo invoca un argumento mucho más sólido, convincente para todo cristiano: la palabra de Dios. Y ésta ha revelado que sin su intervención continua, las cosas creadas no podrían subsistir. Así, pues, «la certeza que proporciona la luz divina es mayor que la certeza debida a la luz de la razón natural».

Pero la revelación nos conduce mucho más allá en el misterio de Dios y en las profundidades de su acción sobre los hombres y los acontecimientos: «Dios, por su Providencia, no solamente sostiene y gobierna toda la creación, sino que él es quien en realidad comunica el movimiento y la acción a todo lo que se mueve y a todo lo que actúa. Y lo hace de tal modo que domina, sin que por ello la constriña, la influencia de las causas segundas. Es un poder o virtud ocultos que se extiende a todo, y como dice el Libro de la Sabiduría, «actúa fuertemente de un extremo a otro y lo dispone todo con la dulzura y suavidad convenientes.» Lo que ha hecho decir al Apóstol, cuando predicaba a los atenienses acerca del Dios que adoraban sin conocerlo: «No se halla lejos de cada uno de nosotros. Porque en Él vivimos, nos movemos y existimos» (Hechos, 17,27-28).

Estas palabras del catecismo del Concilio de Trento, apoyadas y aclaradas por la predicación de San Pablo en el Areópago nos hacen penetrar en pleno corazón del misterio de la Providencia: Dios no solamente mantiene en la existencia a los hombres y a los animales, sino que comunica el movimiento a todo lo que se mueve y la acción a todo lo que actúa. Por lo tanto debe decirse que es de Dios de donde el hombre recibe continuamente tanto su existencia como su actividad: Dios actúa sin cesar en el hombre.

Debe hacerse una precisión, omitida por San Pablo en su discurso a los Atenienses, a quienes no interesaba el problema de las relaciones entre la omnipotencia de Dios y la libertad del hombre: esta secreta acción divina ni impide ni limita la acción del hombre, sino que más bien la pone en marcha y la dirige hacia un fin. Y es aquí donde cabe una afirmación de una fuerza inaudita: por su acción continuada sobre la totalidad de los hombres y de las cosas, Dios es verdaderamente «el Señor de la historia» según la expresión de Pío XII.

Se habrá advertido que a pesar de renunciar a una argumentación filosófica, el catecismo del Concilio de Trento emplea, sin embargo, un término filosófico: las causas segundas. Este empleo extrañará tanto más cuanto que en el pensamiento de los Padres que dirigieron su redacción, el catecismo se dirigía no precisamente a los profesores de seminarios, sino a los párrocos. Esto quiere decir que para reconocer la mano de Dios en los acontecimientos incluso los simples fieles necesitan poseer una noción exacta de la Causa primera o principal y de las causas segundas.

El leñador y el hacha

¿Qué es lo que distingue entre sí a ambos géneros de causas? Simplificando las cosas se podría comparar la causa segunda a un instrumento y la primera a un artesano. El instrumento no se mueve por sí mismo, sino que es manejado por un artesano. De suyo, el hacha es un objeto inerte; blandida por el leñador, corta las ramas y abate los árboles. El hacha se convierte en algo eficiente gracias al cerebro y a la mano del hombre que la utiliza.

Junto a la causa segunda instrumental se distingue también la causa segunda ministerial. Cuando un hombre se sirve de otro para la ejecución de un trabajo, el primero es denominado causa principal y el segundo causa ministerial. Así, cuando un jefe de empresa da una orden por medio de su secretario o cuando un maestro dirige la ejecución de una composición por una coral, secretario y coral son causas segundas ministeriales al servicio de una causa principal.

¿A quién atribuir el fruto de la cooperación de una causa principal con causas segundas ministeriales? ¿A quién atribuir el resultado de la utilización, por una causa principal, de causas segundas instrumentales? ¿A quién hay que felicitar por la perfección de un concierto, al maestro o a la orquesta? La gloria de una victoria militar, ¿pertenece al general o a sus tropas? La tala de un árbol, ¿es debida al leñador o al hacha? El éxito de una operación quirúrgica, ¿es debido al cirujano o a su bisturí? La respuesta salta a la vista: el mérito corresponde ante todo a la causa principal: al director, al general, al leñador, al cirujano. Pero no a ellos exclusivamente, porque el mérito corresponde también, aunque de un modo subordinado, a las causas segundas, instrumentales o ministeriales: la coral, la tropa, el hacha, el bisturí.

Es así como lo piensa el buen sentido. Una orquesta ejecuta con maestría un concierto de música clásica. El auditorio aplaude. El director se vuelve, sonríe, se inclina y después, con un gesto amplio, designa al conjunto de los músicos, como diciendo a los asistentes: «Señores, son ellos quienes merecen los aplausos.» Los aplausos arrecian. Entonces el primer violín se levanta, se inclina y, con una amplia sonrisa, da las gracias al auditorio, no sin designar, al fin, al director, como queriendo significar: «Él es quien merece principalmente los aplausos.»

¿Quién tiene razón? ¿El director o el primer violín? ¿A quién atribuir el éxito del concierto? La respuesta es clara. Todos han contribuido igualmente, cada uno a su nivel: el director y los músicos. Sin embargo, la contribución del maestro tiene un mayor peso que el de sus colaboradores; su causalidad es preponderante, sin que por ello sea exclusiva.

Otro ejemplo: en una carrera de caballos, un jockey consigue una resonante victoria. ¿De quién es el mérito? ¿Suyo o del caballo? ¿A quién se dirigen las miradas? ¿Sobre quién se vuelven las cámaras de televisión? La imagen del hombre y del caballo aparecerán en las pantallas, pero es sobre todo la del caballero la que ocupará los comentarios de la prensa, porque él fue el artífice, no exclusivo, pero sí principal, de la victoria.

Así, la Sagrada Escritura compara a veces a Dios con un artesano y a los hombres con los instrumentos utilizados por Él para la realización de sus designios. Dios aparece así como la Causa principal (o primera) y los hombres como causas segundas. Sirviéndose de la malicia de los hermanos de José, la Providencia lleva a este joven desde la tierra de Canaán hasta Egipto, donde llegará a ser primer ministro del Faraón. Por medio de Moisés, Dios libera a los israelitas de la esclavitud y a través del desierto los conduce hasta la Tierra Prometida. Así, la cuestión propuesta más arriba se plantea de nuevo. ¿A quién atribuir el fruto de estas operaciones? ¿A Dios, Causa primera, o a las causas segundas de las que se ha servido? ¿Fue Dios quien llevó al joven José a Egipto o fueron los hijos del patriarca Jacob? ¿Fue Dios quien liberó a los israelitas del yugo del faraón y los encaminó hacia la tierra de Canaán, como en tantas ocasiones lo afirman los Salmos, o esta liberación fue solamente obra de Moisés?

«Si Dios abre, nadie cerrará»

Plantear esta cuestión no es cortar un cabello en cuatro ni perderse en vanas sutilezas, sino más bien penetrar en el corazón del problema de la teología de la historia.

La respuesta brota, clara como el agua de la fuente: la llegada de José a Egipto y la liberación de los israelitas es, a la vez, la obra de Dios y la obra de los hombres. El uno y los otros han contribuido a la realización de ambos acontecimientos. Pero Dios, causa primera, ha contribuido a ellos de manera más decisiva que los hombres, causas segundas ministeriales. Éstas han actuado bajo su secreta dirección, pero, por otra parte, con plena libertad. La causalidad de Dios ha sido preponderante: el drama de José y la epopeya de la liberación de los israelitas son, primordialmente, obra suya, y secundariamente, obra de los hombres.

Notemos, sin embargo, una diferencia capital entre el modo como Dios utiliza los hombres y las cosas para sus fines y el modo como un obrero maneja sus instrumentos o un general conduce a sus tropas al combate. En razón de su omnipotencia, a la que ninguna criatura puede resistirse, Dios tiene un dominio perfecto sobre los hombres y las cosas: las maneja como quiere, sin violentar su naturaleza. Actúa como Dios; no está condicionado por resistencias. El hombre, por su parte, actúa como hombre, es decir, como un ser imperfecto. No basta que el trabajador disponga de útiles excelentes; ha de saber cómo manejarlos. No es suficiente que el general disponga de tropas, sino que debe saber entrenarlas, conducir las y comunicarles su entusiasmo.

Ordinariamente, el hombre queda siempre del lado de acá de sus propósitos. Muy raras veces supera lo que proyecta, sino que las más de las veces se queda corto. Dios, por su parte, cumple siempre plenamente sus designios. Realiza sus planes hasta en los detalles más pequeños, ya que, según la palabra de Cristo, ni un solo cabello de nuestra cabeza cae sin que Él lo haya dispuesto.

Los embajadores al servicio de un gobierno siguen las directrices del Ministro correspondiente y lo hacen más o menos fielmente, según sus aptitudes profesionales y su buena voluntad. En estas condiciones sus actividades pueden no responder exactamente a las directrices de sus gobiernos. Otra cosa ocurre con los agentes de los que Dios, «el Rey de reyes», se sirve para la

realización de su «política». Estos agentes no hacen ni más ni menos que lo que Él ha decretado; no se quedan del lado de acá de sus designios ni van más allá de ellos, ni siquiera unos milímetros. «Mis proyectos permanecen y todo lo que me place llevo a cabo». Por otra parte, Dios predice el fracaso de todo propósito del hombre extraño a sus decretos eternos: «Dad una orden y no subsistirá». Es decir, si Dios «abre, nadie cerrará, y si cierra, nadie abrirá».

Siempre y por todas partes, la influencia de Dios, Causa primera, sobre el curso de los acontecimientos, es preponderante. Las causas segundas se agitan sobre la escena del mundo, pero la Causa primera las dirige.

«Cuando hablo, le traiciono»

He citado muchas veces a Santo Tomás y le seguiré citando, pues su doctrina aclara profundamente el sentido de la historia. Sin embargo, para aprender bien su pensamiento, debemos hacer referencia a su última lección, que aclara toda su enseñanza.

Fue en Nápoles, el 6 de diciembre de 1273, en la casa de estudios de los Dominicos. En el curso de la misa, el Maestro Tomás experimentó un éxtasis que le transformó. A partir de entonces, dice su primer biógrafo, aparecía como ausente, como enajenado, como «atontado». A pesar de las instancias de los religiosos, dejó de enseñar y de escribir: «En comparación con lo que me ha sido dado entrever, confié al Hermano Reginaldo, su secretario, todo lo que he escrito me aparece como paja, velut palea.» El Maestro Tomás no había visto, ciertamente, a Dios, porque aquí abajo «no se puede ver a Dios sin morir», pero le había sido dado el penetrar más profundamente en el misterio de Dios y lo que percibió le había permitido medir el abismo que separaba su enseñanza acerca de Dios de la realidad divina apenas entrevista. Esta es la gran lección de silencio del «más santo de los sabios y del más sabio de los santos» .

Si Santo Tomás compara con la paja sus tratados de teología, pues hasta tal punto expresan pobremente las realidades divinas, Ángela de Foligno califica de nada y hasta de traición lo que decía de Dios. «Mis palabras, confesaba cuando salía de la contemplación, mis palabras me hacen el efecto de una nada. ¿Qué digo? Mis palabras me horrorizan. ¡Oh, suprema oscuridad! Mis palabras son maldiciones; mis palabras son blasfemias. Silencio, silencio.» «Oh, suplicaba a sus amigos después de un éxtasis, no me hagáis hablar. Yo no hablo, yo blasfemo; y si abro la boca, en vez de manifestar a Dios, le voy a traicionar» a.

Así, pues, la mística franciscana y el Doctor Angélico expresan lo mismo: lo que éste calificaba de paja -los conceptos de un santo acerca de Dios-, aquélla lo define como una traición, una nada, una blasfemia. ¿Acaso no hemos de ver en estas palabras otra cosa que la expresión de una humildad sublimada, sujeto de repulsión para el hombre de hoy, tan consciente de su dignidad personal? O, por el contrario, estos extremos verbales, ¿no cubrirán una profunda verdad, con frecuencia olvidada por los teólogos, los predicadores y los catequistas? ¿Qué piensa de ello la Iglesia?

De la ciencia que ignora a la ignorancia que sabe

Dios es lo incognoscible por excelencia: le conocemos tanto mejor cuanto más incognoscible le reconocemos, y le conocemos tanto peor -le traicionamos tanto más, como diría Ángela de Foligno- cuanto más creemos conocerle. En este dominio, una cierta ignorancia es la cumbre de la ciencia, así como una ciencia teológica cierta, que se jactase de haber comprendido la realidad divina, sería el colmo de la ignorancia.

Imaginemos que, dotadas milagrosamente de inteligencia por un momento, las ranas de una charca se pusieran a disertar acerca del mar y los topos del contorno a discurrir sobre el sol. ¡Qué estupideces dirían unas y otros sobre la inmensidad de los mares y sobre la luz y el calor del sol! Las ranas y los topos de nuestra hipótesis estarían enormemente alejados de la realidad. Pues bien, los hombres, abandonados a la sola luz natural de la razón, se hallan infinitamente más lejos aún de la realidad divina.

Acerca de Dios, nosotros podemos saber naturalmente que existe y que posee determinados atributos como la bondad, la sabiduría, la omnipotencia. Esto es todo. La naturaleza de Dios permanece impenetrable a la inteligencia del hombre. Nuestros pensamientos y nuestras ideas en torno a Dios se encuentran bloqueadas en el umbral de su misterio. Incluso iluminados por la

Revelación no podemos en nuestro estado comprender la naturaleza de Dios. Un vaso de oro recubierto de una cubierta de plata: ésta es la comparación de que se sirve San Juan de la Cruz para expresar la diferencia entre la sustancia de Dios y los reflejos de Dios; entre el Dios conocido por la visión beatífica y el Dios conocido por la fe. Las superficies plateadas, dice, son las fórmulas dogmáticas que iluminan la inteligencia; el vaso de oro representa la misma verdad y su sustancia divina. De este modo la fe del creyente puede aprehender algunos destellos de Dios sin que por ello comprenda su naturaleza profunda.

Si el místico desciende más profundamente que los teólogos en el misterio de Dios es también para retornar aún más consciente que ellos de la inefabilidad de Dios. El desconocimiento de Dios fue un tema particularmente grato a uno de los más grandes pastores de los primeros siglos del Oriente cristiano, San Juan Crisóstomo. El obispo de Constantinopla se mostraba inagotable acerca de la «incomprensibilidad» de Dios. «Supongamos, decía a sus fieles, supongamos dos hombres discutiendo sobre la extensión del cielo, que ambos pretenden conocer bien. El primero dice que esta extensión no podría ser abarcada por el ojo humano, mientras que el segundo afirma que es posible medirlo todo entero con la palma de la mano. ¿Cuál de los dos, pensáis, conoce la extensión celeste: el que pretende saber cuántos palmos tiene el cielo o el que confiesa ignorarlo? Si, cuando se trata del firmamento, el que se impresiona ante su inmensidad es también el que mejor lo conoce, ¿no habríamos de mostrar nosotros la misma circunspección cuando se trata de Dios? No hacerlo así, sería el colmo de la demencia» .

San Juan Crisóstomo distingue entre la existencia de Dios, accesible a nuestra razón, y la naturaleza de Dios, inaccesible a nuestra ciencia. «No sabemos lo que es Dios, pero sabemos que es. No sabemos qué es la sabiduría de Dios, pero sabemos que es sabio. No ignoramos que Dios es grande, pero se ignora cuánta es su grandeza. Se sabe que su Providencia mantiene y dirige todas las cosas, pero no se sabe de qué manera lo hace» .

Sabemos de Dios algo, pero muy poco. Una cosa es saber que ha existido un Dante, un Pascal, un Mozart, un Vicente de Paúl, un Juan XXIII, y otra muy distinta conocer su personalidad y sus obras. De la noción sumaria de la existencia de un gran hombre al conocimiento profundo de su vida media un abismo.

Como leones cegados

Esta alta idea de Dios no se adquiere ordinariamente sino al término de una vida de estudio, de oración y de contemplación. Para pasar «del conocimiento que ignora a la ignorancia que sabe» , es decir, para elevarse del saber libresco al no-saber místico, incomparablemente superior, es preciso haber recorrido un camino muy largo. «La última etapa del itinerario de nuestro conocimiento de Dios es reconocer que no le conocemos». Este desconocimiento viene a coronar el conocimiento.

Un teólogo norteamericano moderno, John Courtney Murray, observa justamente que este desconocimiento no es ignorancia, sino algo que está más allá del conocimiento. Y añade, con humor, que nada sería más desastroso en la vida de un teólogo que un desconocimiento prematuro de Dios... . La conclusión no puede preceder a las premisas. Solamente al final de su vida como maestro, Santo Tomás comprendió los límites de su obra; por grande que pareciera, era «como paja» frente a la realidad divina que trataba de expresar. «Cuando se trata de Dios - escribe Pío XI, citando al Doctor de la Gracia-, el pensamiento es más verdadero que la palabra, y la realidad es aún más verdadera que el pensamiento.».«¿Qué realidad expresamos cuando hablamos de ti, Dios mío?», clama San Agustín. Y, sin embargo, «pobres de los que no hablan de ti».

También es «siempre peligroso hablar de Dios, observa un teólogo contemporáneo, concedor de los Padres de la Iglesia. La situación trágica de quien debe hablar de Dios es que conoce muy bien, como dice Karl Barth, `que sólo Dios habla de Dios'. Un hombre que habla de Dios siente siempre que lo que dice manifiesta, pero a la vez oculta, aquello de lo que quiere hablar..., que todo lo que no puede ser absolutamente transparente corre el riesgo de ser pantalla. Dios es una maravilla tal que todas las palabras abaten, hunden, aquello que precisamente querriamos hacer percibir. Y, sin embargo, hay que hablar de Dios» .

«Nuestras pobres palabras de hombres, cuando las aplicamos a Dios, son como leones que se hubiesen quedado ciegos y que trataran de hallar una fuente en el desierto»: esta frase, de Leon Bloy resume en una imagen sobrecogedora lo mejor que el pensamiento y la santidad han acumulado durante siglos. El cristiano sabe cuando habla de Dios que su lenguaje es muy pobre: las realidades divinas hacen estallar nuestras palabras y nuestras ideas como el globo rojo que un niño quiere hinchar demasiado» .

«No se tiene a Dios en la mano para medirlo y sopesarlo; no se somete a nuestra investigación, no se encierra en nuestros cuadros, no se reduce a ellos ni tampoco a nuestros análisis. Es un viviente, el Viviente». Dios es tan grande que sobrepasa nuestra ciencia. Es «el incomparable». Pero es preciso llevar más adelante nuestra reflexión y aplicarla a las realidades de la vida cotidiana. «El que es, es también el que obra», decía Santa Catalina de Siena. Ser y obrar se identifican en Dios. Si su naturaleza es incomprensible para nosotros, su acción en la historia también lo es. Si la inteligencia del hombre no puede captar la naturaleza de Dios, tampoco penetra en la naturaleza de sus actividades. Sus conductas son tan impenetrables como sus atributos.

«Alabad al Serllor, exaltadle cuanto podáis, pues supera toda alabanza. Los que le magnificáis, renovad vuestra fuerza, mas no os canséis, porque no lo lograréis». Este pasaje del Eclesiástico inspira a Santo Tomás estas bellas reflexiones. «Nuestra fe está regulada según la verdad divina, nuestra caridad según la bondad de Dios, nuestra esperanza según la grandeza de su omnipotencia y su misericordia. Es, pues, una medida que sobrepasa toda capacidad humana. Así, no podemos nunca amar a Dios tanto como debe ser amado, ni creer o esperar en él tanto como se debe».

«El amor de Cristo -observa, por su parte, un exégeta contemporáneo, comentando las palabras de San Pablo acerca de la incomprensibilidad de Dios- es incomparable, inconmensurable en relación con todos los bienes humanos. Los cristianos son introducidos en él no para comprenderlo como algo de grandeza limitada, sino para reconocer que sobrepasa toda ciencia; que es más ardiente que el sol, más profundo que el mar, más alto que el cielo, más allá de todo nombre y de toda medida. Los mismos elegidos estarán siempre explorando y descubriéndolo en su eterna novedad».

El misterio de Dios es un abismo. Cuanto más se intenta sondearlo más insondable aparece, del mismo modo que cuando más escruta la astronomía los espacios infinitos más constelaciones nuevas descubre. Si, pues, la sabiduría, el amor y el poder de Dios sobrepasan infinitamente las concepciones de los más grandes teólogos, la «política» de Dios será igualmente incomprensible. El mismo Dios proclama esta trascendencia en Isaías, «teólogo de la historia» antes de la venida de Cristo. «Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos ni vuestras sendas las mías. Mas así como los cielos son más altos que la tierra, así mis caminos son más elevados que vuestros caminos y mis pensamientos más que vuestros pensamientos»

Tan cierto y verdad es que Dios gobierna el mundo como que el mecanismo de este gobierno resulta impenetrable. Sin embargo, propongamos la cuestión. ¿Cómo hace Dios para mover nuestras voluntades y para conducirnos a Él según sus fines sin usurpar nuestras libertades y sin apartarnos de nuestros objetivos? ¿Cómo maneja nuestra voluntad sin violentarla? ¿Cómo da la existencia, la vida y el movimiento al pecador, incluso en la realización de sus pecados, sin hacerse en absoluto cómplice del mal?

Para responder importa más que nunca «mantener fuertemente los dos extremos de la cadena» -afirmando la omnipotencia de Dios, al servicio de su amor, y la plena libertad del hombre-, sin ver el medio «por el que el encadenamiento continúa». Aunque nosotros no la podamos aprehender, la armonía existe sin duda. Mejor que obstinarse en querer aprehender una verdad impenetrable, los creyentes, según San Juan Crisóstomo, deberían ponerse de rodillas en un acto de adoración y exclamar con San Pablo: «¡Oh, profundidad de la riqueza y de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e irastreables sus caminos!» (Rom 11,33). El obispo de Constantinopla vuelve una y otra vez sobre este texto inspirado. La solución que indica a sus fieles enfrentados a un problema insoluble es el acto de fe y de adoración. Y les aconseja elevarse por encima del problema al plano sobrenatural.

San Agustín daba a los cristianos de Hipona, frente a las mismas dificultades, la misma consigna: que la fe supla las insuficiencias de la razón.

La causa profunda de cada acontecimiento

La impronta de Dios sobre los acontecimientos es tal que Santo Tomás, tan preciso en su lenguaje, llega a afirmar que «Dios obra en todo ser que obra». Se sigue de ello que «todo agente es el instrumento de la fuerza de Dios que actúa en él». Por esta acción, tan eficaz como secreta, «Dios conduce todas las cosas hacia el fin que les ha asignado». Asimismo se puede afirmar que «la voluntad misma de Dios es la causa profunda de todo lo que se hace sobre la tierra y en el cosmos. Todo está sometido a esta soberana voluntad; ella lo regula todo, y nada se hace fuera de sus planes.

Así pues, es Dios, Causa primera, quien hace que las criaturas, causas segundas, actúen de tal o tal manera, provocando el bien que ellas realizan, tolerando y controlando el mal que hacen. Las criaturas, según ello, no actúan, sino en el cuadro de las disposiciones de la Providencia. Puede decirse, entonces, que en fin de cuentas, la Providencia es la que produce los efectos por la operación de las causas segundas. Si algo tiene lugar en el curso de la historia, es que ello entra en las disposiciones de la Causa primera; y si algo no sucede, es que no entra en estas disposiciones. Si el Señor no quiere que se construya una casa, arquitecto y albañil lo intentarán en vano. La casa no se construirá.

San Roberto Belarmino, doctor de la Iglesia, hace a este propósito una puntualización importante para un teólogo de la historia: Dios, dice, es el autor no solamente de lo que hace él mismo, sin el concurso de las criaturas, sino también de lo que realiza con la ayuda de ellas. En este último caso es el autor no exclusivo, pero sí el principal. «Aunque Dios utilice el ministerio de las criaturas, es, sin embargo, la causa principal, sin la cual las otras causas no pueden absolutamente nada». Fruto de la razón iluminada por la Revelación, las consideraciones de Santo Tomás y de San Roberto Belarmino parecerán evidentemente inconsistentes a los ojos de quienes no han recibido la gracia de la fe o de quienes, aun siendo creyentes, tienen una fe debilitada. ¿Para qué recurrir, en la explicación de la historia, a una causa trascendente, cuando todo parece explicarse por las causas próximas? ¿Para qué hacer intervenir lo invisible, cuando parecen suficientes los factores visibles? Y sin embargo, todo parece explicarse, pero no se explica todo: la explicación es puramente superficial. Se detiene en lo inmediato. No responde a las grandes preguntas. No descende al origen de las cosas e ignora su fin último. Es una clarificación que no lo aclara todo y que deja hambrientos a los espíritus profundos.

«Se hace de Dios una super-criatura»

Entre el agnóstico privado de las luces de la Revelación y el católico que lee la Escritura bajo la iluminación del Magisterio, se sitúa el cristiano que aborda la Biblia con un espíritu más o menos racionalista. Es una recaída en la gnosis, primera herejía cristiana y herejía de todos los tiempos, que intenta conducir las verdades de la fe a verdades constatadas por la razón. El actual movimiento de secularización agrava esta tentación. ¿Acaso no se llega a hablar de «la muerte de Dios» y de una religión sin Dios?

Mientras que por un acto de fe sería preciso elevarse hasta las verdades reveladas para adherirse a ellas con la simplicidad de un niño, se rebaja a veces al nivel de categorías humanas las sublimes verdades de la Sagrada Escritura. Como escribe Bossuet, algunos «hacen pensar a Dios a nuestra manera y quieren encerrar en nuestras reglas la inmensa infinidad de su Providencia». Querrían «que su sabiduría siguiera nuestras reglas». «Dejemos actuar al Eterno siguiendo las leyes de su eternidad, y lejos de reducirlo a nuestra medida intentemos más bien entrar en su inmensidad».

El P. Bernard Bro analiza este error: «Sin duda imaginamos a Dios como infinito, omnipotente, pero dentro del cuadro de lo que es el hombre, de lo que el hombre experimenta: imaginamos solamente una cantidad más grande, una cantidad muy grande, infinitamente grande, de

conocimiento, de bondad, de poder. Se hace de Dios una super-criatura, pero se permanece en el orden de la criatura, se recrea a Dios a la imagen del hombre; esto es, antropomorfismo». Del mismo modo H. U. Balthasar pone de relieve que si «fuera posible contar una historia teológica del Reino de Dios, no podría estar dirigida, en el mejor de los casos, sino a los creyentes».

Por vigoroso que sea un león y por rápida que aparezca una gacela, ni el uno ni la otra serían capaces de elevarse por los aires a la altura de un pajarillo. Les faltan las alas. Por muy poderosas que sean ciertas inteligencias, por eruditos que parezcan ciertos espíritus, no serían capaces de elevarse en la esfera sobrenatural y penetrar las verdades reveladas acerca del gobierno divino del mundo, sin las alas que una fe viva procura a los cristianos. Una vieja campesina iletrada, pero profundamente creyente, posee, en el seno de la historia, puntos de vista infinitamente superiores a las de un filósofo de moda o un historiador famoso desprovistos de este suplemento de saber que aporta la fe. Esta anciana sabe de dónde vienen los hombres y dónde van, y sabe también que Dios conduce todos los acontecimientos, felices o desgraciados, al verdadero bien de sus amigos. Esta convicción reemplaza a una biblioteca que hubiera arrojado a Dios al ostracismo.

A la soberanía de Dios corresponde naturalmente la subordinación de los hombres y de las cosas. A la totalidad de la soberanía del Creador corresponde la totalidad de la sujeción de las criaturas. Todo lo que realizan las causas segundas depende de la autorización de la Causa primera. Nada se hace aquí abajo sin que Dios lo quiera o lo permita. «La Iglesia católica sabe que todos los acontecimientos se desarrollan según la voluntad o el permiso de la divina Providencia y que Dios persigue sus objetivos en la historia».

Esta dependencia innata de las causas segundas por relación a la Causa primera no ha sido afirmada por ningún doctor con la claridad y precisión que lo hizo el «príncipe de los teólogos». «La «densidad metálica» de sus fórmulas no se presta a ningún equívoco. «Toda acción de la criatura proviene de Dios». «Todas las fuerzas creadas activas no operan, sino en cuanto son dirigidas y movidas por el Creador». «Un efecto no proviene de la causa segunda sino por la operación de la Causa primera». O, para emplear un lenguaje más imaginativo, «un instrumento no puede operar si no es movido por el obrero».

Esta sujeción de las criaturas en relación con Dios es total. Un perro, perfectamente amaestrado, un sirviente dedicado totalmente su señor, una sirvienta que no viva sino para su señora: todos estos ejemplos de obediencia son una débil imagen de la docilidad perfecta de las criaturas a los decretos del Creador. Un perro puede ser distraído por la aparición de otro perro o... por el paso de un gato; un criado está sujeto a olvidos y a negligencias involuntarias; una sirvienta puede fatigarse. Ninguna de estas deficiencias aparece en la docilidad de las causas segundas a los designios eternos de la Causa primera. O, más exactamente, las deficiencias se encuentran incluidas y utilizadas en los decretos de Dios. Estos engloban hasta los menores detalles de la historia. Dios ha previsto lo que la ignorancia de los hombres denomina «lo imprevisto» y lo ha integrado en su plan desde toda la eternidad.

Asimismo hay que tomar a la letra en lugar de tratarlas con displicencia o de considerarlas como «un modo de hablar» las palabras de la Sagrada Escritura: «Todas las cosas os sirven, Señor.» O esta máxima de Santo Tomás: «Todas las cosas obedecen al menor signo de Dios.» O también esta reflexión de San Roberto Belarmino: «Todas las criaturas son como soldados al servicio de Dios.»

¿Cómo explicar este engranaje?

Estos principios, tan simples en su enunciado y tan abstractos en su formulación, son de una trascendencia práctica inconmensurable. Revelan, por ejemplo, la inconsistencia de la afirmación de Jean Rostand, quien no quiere «que se haga intervenir a Dios en la cadena causal». Según Rostand, no tenemos por qué reivindicar como necesitado de una intervención directa de Dios lo que nos parece explicable en el orden de los fenómenos. Las causas inmediatas actúan, es cierto, pero, ¿acaso no están a su vez bajo la moción de la Causa primera, que actúa con ellas y por ellas? Esta dependencia es manifiesta para el creyente que aplica a las

realidades del mundo físico las palabras de San Pablo ante la inteligentsia de Atenas: Dios es la causa de la existencia, de la vida y del movimiento de todo lo que existe, vive y se mueve. Desprender a las criaturas de esta causa sería dejarlas hundirse en el abismo de la nada. La Escritura lo afirma a propósito de los animales: «Si retiras tu aliento, ellos fenecen y de nuevo se tornan a su polvo».

Y ¿qué decir del alcance de este principio -la docilidad constante de las criaturas a los designios del Creador- en la vida cotidiana? Todo lo que puede perjudicarme, lo hace con el permiso y el concurso material de Dios. Comentando las palabras del Señor: «No temáis a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma» Santo Tomás observa: «No son de temer, porque lo poco que pueden, no lo pueden sino por una disposición de la Providencia de Dios.»

Esta soberana empresa no excluye, sin embargo, la actividad propia de las causas segundas, como algunos parecen temer. El Creador se sirve de la cooperación de las criaturas y al hacerlo así no lastima su actividad. Esta es obra de Él en tanto que la suscita y la orienta y al mismo tiempo es la actividad de las criaturas, en tanto que ellas la ejercen realmente. «Dios no suplanta las causas segundas, no perjudica su eficacia. Por el contrario, la acción de Dios coexiste con la de las causas segundas para darles poder de causar y para mantenerlas en esta virtud».

La Causa primera se engrana en las causas segundas. ¿Cómo explicar esta imbricación? ¿Cómo analizar este encadenamiento de la acción del Creador y de las actividades de las criaturas produciendo la una y las otras los mismos efectos? Este mecanismo misterioso escapa a la observación racional del hombre. Para comprenderlo haría falta conocer a Dios y su modo de obrar. Pero la fe nos asegura la existencia de este engranaje y este conocimiento de fe puede alcanzar en el creyente una intensidad de convicción que no producen los conocimientos profanos". Por la fe, el creyente participa de la ciencia de Dios, superior a la del hombre. Hay que repetirlo una y otra vez: nos hallamos aquí en el dominio de lo sobrenatural. Rehusar estas luces de la fe es condenarse a ignorar una verdad, la única verdad que explica la historia, la historia de los individuos y la de los pueblos y la de Iglesia en marcha hacia la perfección del Reino de Dios.

Dios aparece así como «el rey de reyes y el señor de los señores», como el dueño de la historia a cuyo imperio nadie puede sustraerse, como un soberano cuya potencia irresistible conduce todas las cosas según sus designios, pero como un señor invisible, un soberano que se desplaza perpetuamente de incógnito en su imperio. Dios es el protagonista de la historia universal y, sin embargo, parece estar totalmente ausente. Es el ser más real que existe, es «el existente» por naturaleza, es «el que es», es la fuente de toda realidad fuera de él mismo; y, sin embargo, parece «el gran ausente», el ser menos real, hasta el punto de que, en nombre de la ciencia, algunos creen poder negar su existencia.

«Cuando tú no me conocías...»

En muchas ocasiones, la Sagrada Escritura pone de manifiesto que ciertas personas, sin saberlo, jactándose de realizar sus propios propósitos, ejecutan a la vez el plan de Dios. Lo que el segundo capítulo de Isaías revela sobre Assur, gran potencia al servicio de la política universal de Dios, puede aplicarse, mutatis mutandis, a dictadores como Hitler y Stalin. Realizaron su propia política, es cierto, pero al mismo tiempo, y sin saberlo, ejecutaron los misteriosos designios de Dios.

«Ay de Assur, vara de mi cólera, y la estaca de mi furor está en sus manos, declara Dios por boca de Isaías. Contra un pueblo impío le remito, y contra el pueblo objeto de mi furor le mando, para que coja botín y haga presa y lo convierta en cosa hollada como inmundicia de las calles. Pero él no piensa así y su corazón no lo estima de este modo, sino que en su corazón encierra intentos de destruir y de extirpar no pocas naciones... »

Así, cuando el Señor acaba toda su obra en el monte Sión y en Jerusalén, castigará el fruto del corazón arrogante del rey de Assur y la insolencia de sus miradas altaneras. Porque el rey dice: «Con la fuerza de mi mano lo he hecho y con mi sabiduría, pues soy inteligente, y he hecho retroceder las fronteras de los pueblos y saqueado sus riquezas, y derribé, como un valiente, a los habitantes. Mi mano alcanzó, como se alcanza un nido, la riqueza de los pueblos, y como se

recogen huevos abandonados he recogido toda la tierra sin que hubiera quien moviese las alas, ni abriese la boca y piase.»

A esta fanfarronada del rey asirio, Isaías, o mejor dicho, Dios, que habla a través de Isaías, opone, bajo una forma interrogativa, esta verdad fundamental: los grandes de la tierra son instrumentos utilizados por la Providencia para la realización de sus designios. Dios domina a los dominadores: «¿Se va a vanagloriar el hacha contra quien corta con ella? O ¿se enorgullecerá la sierra contra el que la maneja? ¡Como si el palo blandiese a aquel que lo alza; como si el bastón levantara a quien no es madera! » '. La Biblia proclama así la soberanía de Dios sobre los poderosos de la tierra y lo hace con una tal riqueza de imágenes que, si no se lee esta página desde la perspectiva de la fe, se corre el riesgo de dejarse deslumbrar por las metáforas y no darse cuenta de la teología de la historia de la que son expresión poética.

Lo que Isaías afirmaba de una gran potencia asiática de su tiempo podríamos aplicarlo a los jefes militares y políticos de todos los tiempos: Alejandro y Aníbal, Antonio y César, Gengis Kan y el sultán Mahomet, Federico el Grande y Napoleón, el Führer y el Duce, Stalin y Krutchev, para no citar más que algunos nombres, no han sido sino hachas y sierras, bastones y palos en las manos de la Providencia. Todos, a la vez que realizaban sus propios planes más o menos perfectamente, ejecutaban perfectamente los designios de Dios.

«Yo te he hecho tomar las armas cuando tú no me conocías aún», podrá decir el Señor a cada uno de estos grandes el día del juicio final. Y todos comprenderán entonces la profundidad de estos versículos de la Escritura: «Yo soy el Señor y nadie más. Yo que formo la luz y creo las tinieblas, doy salvación y creo perdición; yo, el Señor, soy quien hace todo esto» por medio de las criaturas. Todos comprenderán entonces la verdad profunda de estas palabras de Dios a Moisés: «Ved que soy yo, yo mismo; y que no existe más Dios que yo; yo mato y resucito, hiero y curo, y escapar de mis manos nadie logra.

«Dios había dicho: ¡Basta!»

En sus Memorias sobre el Cónclave de 1903, el cardenal Langenieux, arzobispo de Reims, relata la conversación durante los funerales de León XIII entre un eclesiástico italiano y el abate Cintra, muy relacionado con el secretario de Estado del Papa difunto. Como el eclesiástico hubiese hecho referencia a la fatal enfermedad del Papa, consecuencia de un paseo imprudente por los jardines del Vaticano, «Cintra dio esta bella respuesta: Non é la vera ragione! Dio aveva detto: Basta!» .

En otros términos, la enfermedad contraída por el Papa nonagenario como consecuencia de una imprudencia no había sido la causa profunda de su muerte; la verdadera razón, la vera ragione, fue una decisión de Dios, Señor de la historia, que había fijado el 20 de julio de 1903 como el final del pontificado de León XIII. La enfermedad había sido un instrumento para realizar aquel designio. Por paradójica que pareciese la respuesta de Cintra, era de un realismo perfecto; descendía hasta las profundidades de la Causa primera, en tanto que el común de los hombres se detiene en las causas próximas; sin ver que éstas son los instrumentos de Dios. La explicación del abate Cintra se sitúa en plena línea de la Revelación según la cual, «los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y el bienestar provienen igualmente de Dios» Dios decide, y las criaturas ejecutan.

De este modo, para los creyentes hay algo más que una banalidad convencional en las fórmulas de las esquelas mortuorias que anuncian que Dios ha llamado a su seno a una persona a tal edad y como consecuencia de tales y tales circunstancias. Tal como la respuesta de Cintra esta fórmula va al fondo de las cosas. Coloca en su nivel de causa subordinada el papel fatal de un accidente o de una enfermedad en la muerte de un ser querido. El accidente o la enfermedad han sido como la mano de la que Dios se ha servido de manera invisible para «llevarse» al difunto. Tal modo de hablar y de pensar es plenamente actual, en pleno siglo xx, en la época de la energía nuclear. Y no se trata de un «modo semítico de hablar», sino que más bien revela un profundo sentido de Dios y una visión superior de la historia, llegando hasta la raíz de los acontecimientos, esta raíz que solamente Dios puede revelar a las interrogaciones de los hombres.

De igual manera, tampoco es un «modo de hablar» inexacto, sino formular una reserva la expresión de un proyecto para el futuro cuando decimos: «Pasaremos nuestras próximas vacaciones en España, si Dios quiere», o «La semana próxima, si Dios quiere, iremos a ver a mis primos». Es verdad que esta fórmula puede perder fuerza por un uso rutinario; se trata de un peligro inherente a la naturaleza humana caída. Pero no es menos verdad que esta fórmula, al conocer la independencia total del hombre y de sus proyectos en relación con Dios, es la aplicación de una norma indicada por Dios mismo en la Escritura: «Ahora pues, los que decís: 'Hoy o mañana iremos a tal ciudad, y pasaremos allí un año, y comerciaremos y ganaremos'; vosotros que no sabéis lo del día de mañana. Pues ¿qué cosa es vuestra vida? Porque sois una emanación vaporosa que por un instante aparece y luego desaparece. En lugar de decir: 'Si el Señor quisiere, viviremos y haremos esto o aquello'. Mas ahora os jactáis con vuestras fanfarronadas. Toda jactancia semejante es mala».

El mismo Dios viene así a denunciar la inconsistencia de los proyectos de futuro formados al margen de sus decretos y que son los únicos que se realizan. «Hay muchos pensamientos en el corazón del hombre; sólo el designio de Dios se realizará». Piénsese en un jefe de gobierno que presenta un ambicioso programa a la asamblea parlamentaria; en un industrial que proyecta conquistar un nuevo mercado; en una madre que ambiciona un brillante matrimonio para su hija. Pienso aquí en un prelado, relativamente joven, que, salido del consistorio con la púrpura cardenalicia, radiante de salud y de dinamismo, convocó a sus colaboradores y les expuso las líneas de un plan de acción pastoral de gran envergadura. «¡Señores, tenemos veinte años ante nosotros, vamos a trabajar de firme!» Dos meses más tarde, el brillante cardenal moría... Olvidando que no era sino «un vapor que aparece un instante», había hecho proyectos sin contar, parece, con el Señor de la historia quien en todo, dice la primera y la última palabra: «No sabéis qué será mañana vuestra vida... »

Más inspirados, sin duda, que este cardenal de la era atómica, estaban los rudos montañeses que en plena Edad Media, el 1 de agosto de 1291, representando a las comunidades de Uri, de Schwyz y de Unterwalden, en el corazón de la Suiza actual, añadieron esta reserva al final de su pacto de alianza:

«Las obligaciones estipuladas aquí han sido asumidas por el interés común para que duren, si Dios lo quiere, perpetuamente.» Por rudas que fuesen sus costumbres, estos montañeses cristianos sentían toda la fragilidad de sus iniciativas políticas y militares y su necesidad de apoyarse sobre el brazo de Dios.

Curadme y seré curado»

Gran maestra, la Sagrada Escritura no se cansa de afirmar que en todas sus actividades las criaturas juegan un papel ministerial al servicio del Creador. La Biblia lo hace frecuentemente con una misma frase, empleando a veces palabras de una misma raíz, aplicadas unas veces a la acción del Creador y otras a las actividades de las criaturas. Dios construye con los que construyen, vela con quienes velan, actúa en quienes actúan, cura por aquellos que curan. «Si el Señor no edifica la casa, en vano se esfuerzan quienes la edifican. Si el Señor no guardare la ciudad, en balde vigilan las atalayas». Lo que es tanto como decir que la construcción de una casa es la obra de dos constructores, uno invisible y director, Dios; el otro visible y ministerial, el hombre.

Jeremías expresa esta verdad de un modo más vigoroso aún: «Curadme, Señor, y seré curado; salvadme y seré salvo» . «Se trata menos de enfermedades propiamente dichas, comenta un exegeta moderno, que de peligros, los cuales, como una enfermedad, ponen la vida en peligro.» Así, Jeremías no parece esperar un milagro de Dios sino más bien su acción a través de los hombres y los acontecimientos. Sabe que no será liberado hasta que el mismo Dios tome en su mano su liberación por el juego de las causas segundas.

El Arcángel Rafael nos revela, también, este misterioso engranaje: «Está próximo el tiempo en que Dios te curará», anuncia al viejo Tobías ciego antes de su partida para la Media. «El Señor me ha enviado para curarte», dirá a su vuelta. Así, una misma acción, la curación de la ceguera, es atribuida por Rafael primero a Dios, después a sí mismo. Un lector superficial podrá denunciar una contradicción, señalar algún error de transcripción del texto, o pasar alegremente por encima

de la primera afirmación -«Dios te curará»-, considerándola como un modo primitivo de hablar, indigno de personas evolucionadas. Sin embargo, los doctores de la Iglesia y los santos no pensaban así.

«Obra todas las cosas en todos»

«Señor, tú nos procuras la paz, pues todas nuestras obras eres Tú quien las haces por nosotros», se lee en un cántico de acción de gracias de Isaías. «Omnia opera nostra operatus est in nobis», traduce la Vulgata, empleando dos palabras de la misma etimología: lo que es obra nuestra, Dios también lo opera en nosotros

. De esta pequeña frase, un exegeta contemporáneo saca la siguiente conclusión: «Toda la historia de Israel es la historia de los gestos de Yahvé. «La idea profundizada e interiorizada encontrará su expresión perfecta en la Epístola de San Pablo a los Filipenses: es Dios quien opera en vosotros así el querer como el obrar. Esta traducción no ha podido expresar un matiz del texto original griego que emplea dos veces el mismo verbo, primero en participio de presente (energon) y después en infinitivo (energein) y que podría traducirse literalmente así: «Dios es quien hace en vosotros así el querer como el obrar».

En la primera Carta a los Corintios, San Pablo emplea de nuevo en una misma frase dos palabras de la misma cepa, como para subrayar mejor la causalidad preponderante de Dios: «Hay (en la Iglesia) distribución de operaciones, pero un mismo Dios quien obra todas las cosas en todo.» Se podrá objetar que esta operación, común a los dos agentes, Dios y el hombre, no se realiza sino a nivel sobrenatural, como es manifiestamente el caso en un famoso texto de San Pablo: «Yo vivo, mas no soy yo, sino Cristo, quien vive en mí». Pero los textos del Antiguo Testamento citados más arriba que se refieren a las actividades naturales (construir, vigilar, batallar...) descartan esta interpretación restrictiva. Por otra parte ¿acaso San Pablo no se dirigía a intelectuales paganos cuando en el Areópago afirmaba que tenemos en Dios la vida, el movimiento y la existencia?

El brazo de Dios y la mano de Judit

En otros pasajes de la Escritura, sin emplear dos palabras de la misma etimología, se mencionan a veces en una misma frase tanto la Causa principal como las causas secundas. Estos pasajes revelan que Dios ha operado tal cosa determinada por medio de tal determinado instrumento. «Habéis conducido como un rebaño a vuestro pueblo (liberándolo de los egipcios y encaminándolo a través del desierto hacia la Tierra Prometida) por la mano de Moisés y de Aarón».

Es el brazo de Dios el que conduce las manos de los dos jefes. Evocando el episodio más maravilloso de esta historia, Josué recuerda a los israelitas que «Dios hizo venir sobre los egipcios el mar, que los cubrió». Es Dios quien se sirvió de las aguas del mar para destruir el ejército egipcio. Así, las olas del Mar Rojo ejecutaron una sentencia de muerte pronunciada por Dios.

En la oración que, revestida de un cilicio y con la cabeza cubierta de cenizas, hace Judit antes de dejar Betulia para llegar al campamento de Holofernes y cumplir su intento, la heroína se muestra consciente de su fragilidad fundamental. Judit no espera nada de ella misma, sino que es de Dios de quien lo espera todo, y quien se servirá de ella como de un instrumento para la liberación de la ciudad. Judit se sabe y se siente causa instrumental del Todopoderoso. De aquí su humildad y su audacia. Victoriosa en la empresa, Judit, en su cántico, tendrá buen cuidado de no atribuirse a ella misma el mérito principal de esta operación de guerra: «(Assur) dijo que incendiaría mis confines, que mataría mis jóvenes a espada, que hollaría con sus pies mis niños de pecho, que entregaría mis infantes a la presa, que mis doncellas serían su botín. El Señor omnipotente le dejó burlado, fracasado por mano de mujer».

Imaginemos ahora que, por milagro, los operadores de cine del siglo xx, lanzados en paracaídas en Betulia y en el campo de Holofernes, hubieran podido filmar toda la epopeya de Judit: sitio de la ciudad, terror de los habitantes, reunión de notables, intervención de Judit, entrada de la heroína en el campo enemigo, encuentros con Holofernes, banquete, muerte del rey, vuelta a Betulia, gozo de la población, derrota del ejército, celebración de la victoria. Verdaderamente es materia suficiente para una película apasionante. Pero por muy fielmente que hubiesen sido tomados los diversos episodios, por dramática que hubiese aparecido la escena de la muerte de Holofernes en su tienda, el filme hubiera dejado forzosamente en la sombra -donde Él se oculta siempre- el protagonista de esta epopeya: «el Todopoderoso que hace fracasar a los enemigos por la mano de una mujer».

También David es plenamente consciente del papel decisivo del Señor de la historia en los campos de batalla: «Por Dios valientemente nos batiremos y Él ha de hollar a nuestros enemigos». San Roberto Belarmino comenta así este versículo, que revela el secreto de las victorias militares: «es Dios el que arrolla a nuestros enemigos sirviéndose de nuestras manos como de un instrumento».

Para fortificar la fe de Moisés

En las páginas del Éxodo que describen la terquedad del Faraón oponiéndose a la partida de los israelitas, el autor sagrado no atribuye menos de diez veces este endurecimiento del soberano al mismo Dios. Tal obstinación, ciertamente, era la obstinación del monarca, pero dependía también y sobre todo de Dios, quien hubiera podido impedirla; ¿acaso el corazón del rey no estaba en las manos de Dios que puede modificar los movimientos como quiera desde dentro, sin violentar la libertad? ¿Por qué la insistencia del Éxodo en atribuir a Dios el endurecimiento del monarca?

Un exegeta lo explica así: «Este endurecimiento es atribuido a Dios hasta diez veces; otras tantas veces se dice que el Faraón `afirmó' o `entorpeció' o `enmudeció' su corazón, de manera que todo ello venía dado como procedente a la vez de Dios y de sí mismo.» «La razón por la que la parte de Dios en la resistencia del Faraón se menciona aquí más bien que la del mismo Faraón es porque estaba dirigida a fortificar la fe y el valor de Moisés y de los israelitas, enseñándoles que no solamente este empecinamiento estaba previsto por Dios, sino que entraba en sus designios y serviría para poner más claramente de relieve su omnipotente protección hacia su pueblo y sus terribles juicios contra sus injustos opresores»

Vemos también al salmista atribuir sucesivamente a Dios y a los hijos de Jacob la venta de José y su presencia en Egipto. Primeramente dice que antes del hambre, «llamada» por él a la tierra de Canaán, Dios había enviado (a Egipto) un hombre (José). Después, en el versículo siguiente, el salmista vuelve sobre la misma idea: «José fue vendido (por sus hermanos) como esclavo (a mercaderes que iban a Egipto)». Así, la misma operación, el paso de José desde la tierra de Canaán a Egipto, es presentada primeramente desde la perspectiva de la Causa primera y después desde la consideración de las causas segundas. El mismo José afirma esta coexistencia de las dos causas cuando, ante sus hermanos que reconocen con estupor a su hermano menor en la persona del primer ministro del Faraón, les tranquiliza con delicadeza: «Dios me ha enviado delante de vosotros a fin de aseguraron remanente en la tierra y conservaros la vida para magna salvación. Así, pues, no me mandasteis vosotros acá, sino Dios».

José no habla como teólogo preocupado por presentar su pensamiento bajo una fórmula precisa, sino que se expresa como hombre de corazón, lleno de amor por los miembros de su familia, y como hombre penetrado hasta la médula de la idea de la trascendencia de Dios y de su soberanía absoluta sobre los hombres y los acontecimientos. Para tranquilizar a sus hermanos culpables, José afirma el papel preponderante de la Causa primera incluso en el delito: Dios ha permitido el pecado para servirse de él en sus designios de salvación de Israel: ¡Felix culpa!

«Este hombre es un vaso de elección»

Como José el salvador, Pablo el Apóstol no es en fin de cuentas sino un instrumento manejado por el Señor de la historia: «Este hombre, dice el Señor a Ananías, después de la conversión de San Pablo en el camino de Damasco, este hombre es vaso de elección para mí, destinado a llevar mi nombre delante de las naciones y los reyes y de los hijos de Israel». San Pablo anunciará el misterio de salvación a los judíos y a los gentiles y se convertirá en el Apóstol por excelencia, pero lo será como instrumento visible en la mano invisible del Señor. El mismo Dios lo define como «un vaso de elección». Dios es y sigue siendo la Causa primera en la evangelización, como lo han subrayado muchos Padres en el Sínodo de los obispos de octubre de 1974.

Vuelto a Jerusalén después de sus primeros viajes apostólicos, San Pablo cuenta a los ancianos, en detalle, y «una por una, todas las cosas que, por su ministerio, había obrado Dios entre los gentiles». Pablo viaja, sufre, habla, argumenta, ruega y suplica, multiplica los contactos, aprovecha todas las ocasiones de anunciar la salvación por Jesús de Nazaret y, sin embargo, la Escritura ve en Dios la causa principal de este apostolado. Pablo es un instrumento en las manos de Dios: él actúa, es verdad, pero en dependencia continua del Espíritu, que es el APOSTOL por excelencia. «Es más actuado que actúa», diría Santo Tomás.

Los santos, que obran bajo la moción habitual del Espíritu, ven las cosas en sus perspectivas sobrenaturales, y no atribuyen en absoluto a las causas segundas los frutos de un decreto de Dios. La víspera del capítulo general de los Carmelitas reformados, del 1 de junio de 1591, en Madrid, una carmelita, María de la Encarnación, creía poder abandonarse a sus pronósticos. «Padre -decía al Hermano Juan de la Cruz-, quién sabe si Vuestra Reverencia no será superior de esta provincia.»

«Seré arrojado a un rincón -replicó el santo-, prevenido interiormente por Dios, se me arrojará como a un guiñapo, como a un trapo viejo de cocina.» Y, de hecho, el P. Nicolás Doria, prepósito general, relegó al santo religioso a la soledad de La Peñuela. «Estas cosas -comentará el Hermano Juan de la Cruz no las hacen los hombres, es Dios quien sabe lo que necesitamos y las ordena para nuestra bien» . Dios era quien le había arrojado como un trapo viejo; más allá de las causas segundas, la fe viva del Doctor de las Noches veía el brazo de Dios que conducía las manos de los hombres, siempre en sus designios de amor. ¿Acaso no es Dios «quien coordina toda su acción al bien de los que le aman, de los que según su designio son amados?».

En el Apocalipsis, libro fundamental para una teología de la historia, se lee que Dios es «el Rey de reyes, el Señor de los señores», es decir, el Rey que, sin que ellos lo sepan, gobierna a todos los reyes, y el Señor que, sin que ellos lo sepan, domina a todos los señores de la tierra. Todo lo que ellos tienen de poder y todo el empleo que de él hacen, está sometido a la sanción de Dios. No serían capaces de hacer caer un cabello de la cabeza de sus adversarios si Dios no lo permite.

Dios manipula a los manipuladores

En el momento más álgido de la «guerra del petróleo», desencadenada por los productores árabes en el otoño de 1973, un periodista francés observa que «al manipular a los manipuladores del arma del petróleo», la URSS conseguirá obtener de la Europa occidental el alienamiento de sus directivos. Rusia manipula a los manipuladores árabes del petróleo, de acuerdo, pero ¿tiene ella la última palabra? AQUEL que la Escritura denomina el «Rey de reyes», ¿no manipulará a su vez a la URSS para realizar sus designios superiores, que escapan a nosotros, sin duda, pero que llenan de admiración a los santos ángeles y a los elegidos?

El Consejo Ecuménico de las Iglesias se expresa así en un estudio sobre «Dios en la naturaleza y en la historia» (1968). «Confesamos inseparablemente dos cosas: la soberanía de Dios sobre el hombre y su historia, la libertad del hombre en la historia. Estos dos artículos de fe, que con frecuencia han sido presentados como opuestos, son las dos caras de la misma realidad para la fe cristiana». Y aplicando estos principios a la historia de la salvación, el Consejo Ecuménico de las Iglesias prosigue: «El conjunto de la historia de Israel y, en particular la vida, la muerte y la

resurrección de Jesús, reflejan la unidad de la autonomía humana y de la soberanía divina. La libertad del hombre en la historia es limitada. El hombre puede eludir la presencia de Dios. Y, sin embargo, Dios no resulta batido, sino victorioso. Se sirve de la voluntad rebelde del hombre plegando los objetivos y las empresas del hombre a sus propios designios.

Si muchos cristianos admiten en teoría la coexistencia de la soberanía de Dios y de la plena libertad del hombre, ¿la reconocen también en la vida cotidiana? ¿Y se comportan en consecuencia? Ocurre en este dominio, con mucha frecuencia, un singular fenómeno psicológico. Después de haber dicho sí a las premisas planteadas por la fe, el hombre dice no a una conclusión concerniente a su vida práctica. Y ello no por mala fe, sin duda, o por irreflexión, sino porque, al pasar de las premisas a la conclusión, el hombre, al abandonar la esfera de la fe y descender al plano de la razón discursiva y al dominio de la afectividad, se ve asaltado por dudas y detenido por inhibiciones. Para justificar su reserva viene a negar confusamente la armonía entre la soberanía divina y la libertad humana y a poner en duda el que la voluntad del hombre permanece libre incluso cuando Dios la dirige. Y en apoyo de sus puntos de vista minimizará determinadas afirmaciones de la Biblia.

«Tratan de interpretar a su modo las Escrituras»

Santo Tomás denuncia esta exégesis mutiladora de la Verdad: «Algunos no comprenden cómo Dios puede causar en nosotros los movimientos de nuestra voluntad sin causar perjuicio a nuestra libertad. E intentan interpretar a su modo las autoridades de la Escritura y lo hacen mal. Así, explican que Dios causa en nosotros el querer y el hacer (Filipenses 2,13) en el sentido de que produce en nosotros la facultad de querer, pero no que Él nos haga querer esto o aquello; tal es la posición de Orígenes en su defensa del libre albedrío contra las autoridades de la Escritura precitadas.»

Otros, añade Santo Tomás, niegan la influencia determinante de Dios sobre las facultades espirituales del hombre y la reducen a las circunstancias exteriores que condicionan el éxito de nuestras actividades. «En efecto, el que decide realizar algo, por ejemplo, construir, ganar dinero, no podrá siempre llegar a sus fines; así, pues, la consecución de nuestras acciones no depende de nuestra voluntad, sino de la Providencia.»

«Todo esto- declara el Doctor Angélico - está en oposición evidente con la Sagrada Escritura. Isaías dice, en efecto: «Todo lo que hemos hecho, sois Vos quien lo habéis hecho» (26,12). Es decir, no solamente recibimos de Dios nuestra facultad de querer, sino también su operación. Las palabras de Salomón: «Cual arroyos de agua es el corazón del rey en la mano de Yahvé: doquiera le place, Él lo inclina» (Prv 21,1) prueban que la causalidad divina no se extiende únicamente a la facultad que es la voluntad, sino también a su acto.»

Seguro de estos datos escriturísticos, Santo Tomás establece estas normas generales: «Dios no solamente da su virtud a las cosas, sino que además, ninguna de ellas puede ejercer su propio poder sino por la virtud de Dios. El hombre no puede utilizar, si no es por la virtud de Dios, este poder de voluntad que le ha sido dado. Ahora bien, aquello de que un agente es tributario en su obrar es causa no solamente de su facultad de obrar, sino también también de su acto. Es el caso del obrero que se sirve de un útil, aunque el obrero no da al útil su forma propia, sino solamente su aplicación al acto. Dios es causa no solamente de nuestra voluntad, sino también de nuestro querer».

Todo esto significa no que Dios sea la única causa de las acciones del hombre, sino que Él es su causa preponderante. Todo esto significa no que haya -según la expresión original del P. Sertillanges- como una tarta a repartir, es decir, que se trate de distribuir un porcentaje de resultados (digamos, por ejemplo, sesenta) a Dios y el resto (cuarenta) al hombre, como si, operando en un mismo plano, Dios y el hombre hubieran trabajado codo con codo, como dos obreros, levantando juntos el mismo peso. Se da cooperación, pero en dos niveles diferentes, como cuando los «Petits Chanteurs a la Croix de Bois» dan un concierto de música sacra; el éxito no se atribuye mitad al director y mitad a los pequeños cantores, sino enteramente al uno y a los otros .

¿Destruir... para salvar?

Si Santo Tomás, eco fiel de la Escritura, no deja de subrayar la causalidad universal de Dios, que obra en todo ser que obra, se cuida muy bien de señalar, asimismo, que esta moción divina se produce según la naturaleza propia de cada ser. El Creador actúa en las criaturas, no para coartarlas, sino para ensancharlas. Dios obra en el hombre, dotado de inteligencia y de voluntad, de manera distinta a como lo hace en el zorro o en la golondrina, privados de facultades espirituales.

Lejos de lastimar o suplantar la libertad del hombre, Dios, por su acción, la conserva, la mueve y la orienta. Algunos, afirma San Agustín, creen salvaguardar la libertad del hombre sustrayéndola a la moción de Dios, como si moción divina y acción humana fuesen dos concurrentes incapaces de coexistir. Por esta sustracción, en vez de salvaguardar la libertad humana, la aniquilarían, si eso fuese posible. Y la razón es bien simple: si es de Dios de quien tienen la existencia, la vida y el movimiento, se reduciría a los hombres a la parálisis, a la muerte y a la nada al separarlos de esta fuente del ser, de la vida y del movimiento, como en medio de la noche se reduciría a la oscuridad a una lámpara si se le cortara el hilo que la une a la central eléctrica. Es decir, y en resumen, sustraer las criaturas al imperio de la Providencia equivaldría a aniquilarlas'.

Nunca se insistirá bastante en esta verdad, tan magníficamente ilustrada por las intuiciones de San Agustín y por las argumentaciones de Santo Tomás. El haber comprendido, en la escuela de estos maestros, la dependencia connatural de las criaturas respecto a su Creador, libera de investigaciones vanas y de discusiones estériles para salvaguardar celosamente la libertad del hombre. ¿Por qué tanto empeño en defender contra usurpaciones imaginarias por parte de Dios, una libertad humana que es un don continuo del mismo Dios?

«Dios obra en nosotros, pero no obra sin nosotros... Lo que se hace por Dios en mí, se hace también en mí por mí mismo», declara Santo Tomás. A la vez que Dios me dirige según sus decretos eternos, yo mismo me dirijo siguiendo mis planes. «Ni el querer pertenece a aquel que quiere, ni la carrera a aquel que corre», pero una y otra acción son dones de la misericordia de Dios, dice la Escritura. «No hay que entender este texto en el sentido de que el hombre no pueda querer o correr libremente, comenta Santo Tomás, sino en el sentido de que el libre albedrío no es suficiente si no recibe el impulso y la ayuda de Dios» .

Oigamos a un teólogo moderno conocido por sus avanzados puntos de vista: «Es imposible encontrar nada en este mundo, incluso en el acto humano libre, que sea plenamente comprensible en sí y por sí: Dios es la fuente última de todo. No solamente nuestro poder de poner un acto libre, sino incluso la libre iniciativa por la cual nosotros ponemos este acto, procede de Dios. Asimismo, es imposible concebir la acción y la reacción entre Dios y el hombre del mismo modo que la que se produce entre dos criaturas libres.» «Nuestra libre iniciativa tiene su fuente en la iniciativa absoluta de Dios, que nos precede siempre, si bien no cronológicamente, porque Dios no está en el tiempo.

Además del mérito de afirmar claramente el predominio de la causalidad de Dios en los movimientos libres del hombre, el teólogo holandés posee también el de poner de relieve un motivo frecuente de desprecio en este campo: querer representar la acción de Dios sobre el hombre como la influencia de una criatura humana sobre otra, lanzándose sobre una pista falsa, porque cuando su acción encierra a la criatura, Dios actúa como Dios, según un modo incomprensible, en tanto que el hombre, actúa como hombre, según las leyes naturales de la psicología. Por lo tanto, un abismo separa ambos modos de actuar, que pertenecen cada uno a un orden distinto.

En la fuente de la fuente

Guardémonos, advertía el P. Joret, O. P de concebir la causalidad divina a la manera de una influencia humana, que no puede ser eficaz sobre nuestra voluntad sino por nuestro consentimiento. Hay un abismo infinito entre este modo de obrar y el de nuestro Creador. Dios no

es algo exterior a nosotros, sino interior a todo, más íntimo a cada ser que cada ser es a sí mismo. Y el dominico francés señalaba también, como el P. Schillebeeckx, el peligro constante que nos amenaza a todos, simples fieles, teólogos y predicadores, cuando tratamos de la intervención de la Providencia en la historia: medir a Dios con criterio humano, hacer de Él una especie de super-hombre, de super-diplomático o de supergenio.

¿Cómo se realiza esta intervención de Dios sobre la voluntad del hombre? Oigamos a un teólogo contemporáneo: «El Creador, gracias a su misma trascendencia, es inmanente a su criatura. Sólo él la puede determinar por una moción verdaderamente espiritual en su sustancia y en su modo, extremadamente eficaz y, sin embargo, sin violencia alguna. Sólo Dios tiene el secreto de sus mociones a la vez vigorosas y suaves, que determinan infaliblemente el acto libre... Toda criatura mueve, forzosamente, desde el exterior». Así, puede decirse que, al mantener al hombre en la existencia, dándole sin cesar vida y movimiento, Dios es más íntimo al hombre que el hombre lo es a sí mismo.

Un gran teólogo de los tiempos modernos, el alemán Matthias Scheeben, aclara esta presencia íntima y operante de Dios por una serie de comparaciones. «El poder de Dios, escribe, es la fuente, la raíz, el fundamento y el alma de todas las potencias y de todas las fuerzas fuera de Él. El poder de Dios es la fuente de la que manan todas estas energías; es el fundamento que las sostiene y conserva; es la raíz de la que extraen interiormente el impulso de su actividad; en fin, el poder de Dios es el alma de todas las actividades del hombre en el sentido de que Dios actúa inmediatamente en cualquier actividad de las fuerzas creadas y que posee y domina interiormente esas fuerzas hasta el punto de que ningún poder puede actuar contra su omnipotencia».

Solamente la fe nos hace penetrar en estas profundidades a la luz de la Sagrada Escritura y de la enseñanza de los maestros espirituales. «Sal de ti mismo. Toma mi puesto. Desde el tuyo, no comprendo nada. Desde el mío se contempla todo»: hemos de seguir este consejo que Dios da a Job para entrever la presencia actuante del Creador en las criaturas. Es preciso, en cierto modo, ver el mundo «como con los ojos de Dios» según la vigorosa expresión de Santo Tomás.

El más ausente y el más presente

Una vez más podría decirse que, paradójicamente, Dios es el ser a la vez más ausente y más presente en el cosmos y en medio de las actividades humanas. Los psicólogos pueden multiplicar sus análisis, los sociólogos sus encuestas, los periodistas sus reportajes: jamás llegará ninguno de ellos a ver al dueño de la historia, a entrevistarle o a fotografiarlo. Y, sin embargo, este Dios obstinadamente invisible es el que lo sustenta todo, lo contiene todo, lo mantiene todo, lo mueve todo, aquél sin cuya acción continua el cosmos se disolvería en la nada, en un abrir y cerrar de ojos, como una pompa de jabón.

Se ha puesto de relieve que en las consideraciones de uno de los doctores que han hablado con mayor profundidad de la Providencia, San Agustín, el adjetivo occultus (oculto) aparece una y otra vez: occultus es aquello que escapa a los sentidos y que no se alcanza si no por «los ojos iluminados por la fe», «ya sea que discernan los detalles de esta verdad (la Providencia), ya que no la alcancen sino al modo de una masa oscura, como es el caso de la Predestinación».

El creyente es un hombre que tiene por verdad lo que no ve, basado en la fe de Aquél que ve. Dios, visiblemente ausente y por ello inexistente para el ateo, está invisiblemente presente y actuante para el cristiano. «Oh, Dios, que invisiblemente sostienes todas las cosas», dice la liturgia. «Dios es el distinto, el misterioso. Quien busque a Dios en el dominio de lo que se puede medir, constatar, conseguir, lo perderá sin remedio. Podrá encontrar a lo más un ídolo, pero jamás encontrará a Dios. Dios no puede ser una grandeza entre las otras grandezas de la historia; sólo la fe puede aprehender la acción de Dios en ella. Por la fe en la palabra de Dios el hombre puede captar la acción de Dios oculta al ojo natural».

Santo Tomás se coloca a igual distancia del panteísmo, que confunde el mundo con Dios, que del inconsciente paganismo, que los separa. Dios es, a la vez, inmanente y trascendente; trascendente por su naturaleza, que hace de Él, el gran separado, el inaccesible; e inmanente

por el carácter inmediato e íntimo de su acción, que da todo el ser". Comparado con los hombres, Dios es «infinitamente otro, pero también infinitamente próximo», escribe el cardenal Suenens.

En una oración de Completas, la Iglesia pide a Dios que visite nuestros hogares y que haga que en ellos habiten los ángeles. Pero, explica Santo Tomás, los ángeles no moran en nuestra casa al modo como lo haría una persona que viniera a instalarse en ella. «Habitan» por una acción de vigilancia, de defensa, de iluminación que ejercen sobre sus protegidos. Del mismo modo, «Dios está en las cosas al modo como un agente se halla presente en el ser sobre el que obra».

Así, podría decirse, los rayos del sol están «presentes» en un enfermo tumbado en el balcón de un sanatorio no en tanto que permanecen en él, sino en cuanto que actúan sobre él.

En un trabajo colectivo sobre «Dios hoy» Walter Kaspar hace notar acertadamente que la negación de la inmanencia (o presencia) de Dios en las cosas tiene un doble efecto: «el de hacer a Dios extraño al mundo y a la historia y el de hacer al mundo y a la historia extraños a Dios. Estos dos errores se corresponden mutuamente». «Dios se convierte así en una reliquia, que se venera, pero que está muerta. Así, el axioma "Dios ha muerto" ese convierte en la divisa de muchos de nuestros contemporáneos».

Este desconocimiento de la presencia activa de Dios en la historia, ¿no es acaso, en muchas ocasiones, entre los cristianos, el fruto de una preocupación ansiosa, señalada ya muchas veces, por salvaguardar la libertad del hombre y defender «la inocencia de Dios»? Una consideración asidua de los atributos de Dios podría defendernos contra este error. En efecto, visto a través de la Revelación divina y a través de la experiencia de los santos y de los místicos, Dios aparece como la fuente misma de todas las criaturas y de todas sus actividades. Dios aparece como un hogar de luz: «Del mismo modo que el sol emite sus rayos para iluminar los cuerpos, así la bondad divina expande sus rayos, es decir, sus participaciones, por la creación de las cosas» 1. «Toda esencia aquí abajo deriva de la esencia de Dios».

Como el Sol emite sus rayos

Sin embargo, debemos tener bien claro que participación no significa ni partición ni emanación ». Dios no se priva de aquello que da a los hombres y a las cosas, como el sol no se priva de luz cuando ilumina un paisaje de verano. Participación no significa emanación. El agua que brota de una fuente la pierde la fuente; Dios, empero, no se empobrece en modo alguno manteniendo en la vida los millones de hombres que pueblan la superficie de la tierra. Enriquece a los hombres actuando sobre ellos, concediéndoles el tener alguna parte -participar- en lo que Él mismo es. Dios es el ser por esencia, mientras que el hombre es el ser «por préstamo» o por participación. Dios no es solamente bueno, inteligente, poderoso; es la bondad, la inteligencia, el poder mismo. Es la fuente de toda bondad, de toda inteligencia, de todo poder. La perfección no constituye la esencia misma del hombre, en tanto que constituye la esencia de Dios.

Es decir, Dios está en todo como la Causa y en los efectos que participan de su bondad. «Una cosa no es buena sino en la medida en que es una cierta participación del bien soberano». Si Dios es la fuente de la luz, el hombre es la luz reflejada. «No se podría concebir la existencia de una cosa cualquiera sin admitir una fuente primera trascendente, y esta fuente es Dios. Esto es absolutamente cierto».

Con un profundo acento de sinceridad, un médico católico expresa las mismas convicciones en respuesta a una encuesta: «¿Qué es Dios para usted?» «Dios es quien me ha dado toda ciencia, todo poder, toda curación, todo amor, todo don, toda esperanza, toda voluntad, toda oración, toda investigación moral, religiosa o científica, toda fuerza, toda serenidad, toda certidumbre, toda alegría».

«Yo soy el que soy», dice el Señor a Santa Catalina de Siena, repitiendo la definición que había dado de sí mismo a Moisés en la zarza ardiente; «y tú, añade, tú eres la que no es»: tú eres la que tienes de Otro todo lo que es: vida, cuerpo, alma, actividad. «Tú no tendrías ningún poder sobre mí en este momento», dice Jesús a Pilatos, muy seguro de su autoridad, «si no te hubiese sido dado de lo alto» por la mano invisible de Dios que rige los acontecimientos. Así lo de-

claraba el profeta Daniel a otra autoridad política, el rey Nabucodonosor, que le había amenazado de muerte, él y los otros «sabios» de Babilonia: «La sabiduría y el poder pertenecen a Dios. Él es quien hace cambiar tiempos y horas, depone a los reyes y los entroniza, da sabiduría a los sabios y conocimiento a los inteligentes ».

«Yo vi el universo reposando en su mano»

Una mística contemporánea, Lucie - Christine, cuenta en su diario una experiencia semejante acerca del «todo» de Dios y de la «nada» del hombre: «Mi corazón ha sido iluminado otra vez y penetrado de Aquél que es: "Yo soy tu todo, tu único... Yo soy el todo del mundo." Y vi el Universo reposando en la mano de Jesús: "Yo soy y tú no eres." Y mi alma se llenaba de admiración y de alegría a la vista de esta magnífica simplicidad de El que es por sí mismo». «Vi interiormente a Dios, había escrito la mística tres años antes". Dios, principio de todas las cosas, poseyéndolo todo, fuente de todo lo que es la verdad, el bien, lo bello, y no siendo todas las cosas sino por él.» De esta visión profunda de Dios y de la criatura, saca esta conclusión: «toda especie de idolatría parece una cosa espantable y (...) todas las cosas creadas pierden su prestigio en relación con el Principio increado».

En otra ocasión volverá sobre este tema, con una serie de precisiones y de aplicaciones a su vida cotidiana. «Mi alma fue iluminada y vi una vez más como todas las cosas son en Dios. Y vi después una fuente purísima y abundante que brotaba del seno de una montaña y se expandía después sobre la tierra, dividiéndose después, y una infinidad de hilos de agua muy delgados y más o menos límpidos o fangosos, según el terreno por el que pasaban. Y muchas personas corrían a la búsqueda de estos hilos de agua, pero pocas iban a llegar a la altura de la fuente.»

Jesús me dijo: «Mira cómo los hombres, en lugar de remontarse al principio puro e increado de todas las cosas, van a los arroyos fangosos o insuficientes para aplacar su sed. Todas las cosas están en mí como en su principio, de una manera excelente; así, los que lo dejan todo por mí lo encuentran todo en mí».

Entre los santos de los tiempos modernos, pocos más convencidos que San Vicente de Paúl de esta verdad: que Dios existe y obra por sí mismo, en tanto que el hombre tiene una existencia y una actividad prestadas. Dios es el que es por definición, el hombre es un ser sacado de la nada y que debe a Otro todo lo que es, todo lo que tiene y todo lo que hace de positivo. Jean Calvet, excelente conocedor de Monsieur Vincent, resume así el pensamiento del santo: «Dios es todo, nosotros no somos. Tal es la verdad fundamental de la que hay que persuadirse. No es una verdad de sentimiento, de razonamiento; no es una verdad abstracta: es un hecho».

Pero dejemos la palabra al propio San Vicente de Paúl dirigiéndose a sus colaboradores: «¡Cómo! ¿Fiaros de vosotros más que de Él? Él lo puede todo y vosotros no podéis nada; ... y, no obstante, osáis apoyaros más bien en vuestra industria que en su bondad, en vuestra pobreza más que en su abundancia» ". Y quien habla así de la impotencia congénita del apóstol fue uno de los más grandes -si no el más grande- hombres de acción que la Iglesia de Francia haya conocido jamás. Por lo que Daniel Rops concluía que es a la mística a la que debemos los gigantes de la acción.

Leídas bajo esta iluminación de lo alto, ciertas máximas de la Sagrada Escritura no deberían extrañarnos por su tono aparentemente paradójico, del mismo modo que otras no deberían dejarnos indiferentes por su aparente simplicidad. «Ni sabiduría, ni prudencia, ni consejo caben frente al Señor». ¿Cómo podrían los hombres volver contra los designios de la Providencia los dones que Dios les ha distribuido para la ejecución de sus planes? «Todo viene de ti, exclama el rey David en un impulso de reconocimiento hacia Dios, y lo que te hemos dado procede de tu mano».

De esta actitud de agradecimiento radical, se hace eco el reproche de la Escritura a nuestras actitudes de orgullo y suficiencia: «¿Qué tenéis que no hayáis recibido? Y si lo habéis recibido, ¿porqué os vanagloriáis como si no lo hubierais recibido?». A algunos de sus familiares que murmuraban al ver cómo San Luis empleaba grandes cantidades en limosnas más que en fiestas

y vanidades, el rey respondió: «Callaos. Dios me ha dado todo lo que tengo. Lo que empleo de esta manera es lo mejor empleado».

La roca y las rocas

En medio de una vida rica en vicisitudes dramáticas, David ve y canta a la mano de Dios que le salva de la muerte: «Yahvé es mi peña, libertad y alcázar, Dios mío, Roca mía, a que me acojo; Él es mi escudo, cuerno salutífero, mi fortín más seguro y mi refugio. Tú, Salvador, me libras de violencia».

La acumulación de atributos que enriquece la expresión del rey, expresa la intensidad de reconocimiento. Sus expresiones se inspiran en la naturaleza del suelo de Palestina, cuyas rocas casi inaccesibles habían servido de refugio más de una vez a David en el tiempo en que era perseguido por Saúl. Pero al mismo tiempo que buscaba un abrigo en las peñas y en las alturas, ponía su única esperanza en Dios, su verdadera roca espiritual y su verdadera ciudadela. «Tú eres mi salvación, porque tú me das la salud, explica San Agustín; tú eres mi refugio, porque refugiándome en ti encuentro la seguridad; tú eres mi fuerza, porque tú me das la fuerza; tú eres mi misericordia, porque todo lo que soy lo debo a tu misericordia».

Un denso texto de Santo Tomás resume esta doctrina: «El ser de Dios envuelve con su virtud todo lo que es, sea cual fuere su forma y su manera, puesto que todo lo que es lo es por participación de su ser. Del mismo modo, su inteligencia, en cuanto a su acto y a su objeto, comprende todo conocimiento y todo lo cognoscible. Asimismo también su querer y el objeto de su querer comprenden todo deseo y todo lo deseable... todo lo que es deseable cae bajo su voluntad».

Teresa de Ávila emplea un lenguaje semejante en el último capítulo de su autobiografía espiritual, señalando que Dios es la verdad misma, sin comienzo ni fin, y que «todas las demás verdades dependen de esta verdad, así como todos los demás amores de este amor y todas las demás grandezas de esta grandeza, aunque esto va dicho oscuro para la claridad con que a mí el Señor quiso se me diese a entender.» La gran Doctora de la Iglesia subraya este último punto: la fe ordinaria no es suficiente, sino que tuvo necesidad de una gracia extraordinaria para captar tan vivamente que Dios es la única y soberana fuente de todos los valores y de todas las grandezas. Por estas gracias extraordinarias, dice, «entendí grandísimas verdades sobre esta verdad más que si muchos letrados me lo hubieran enseñado. Paréceme que en ninguna manera me pudieran imprimir así, ni tan claramente se me diera a entender la vanidad de este mundo».

Vanidad del mundo, vanidad de las cosas, vanidad de las actividades humanas: este vocablo puede prestarse a equívoco y chocar a nuestra sensibilidad moderna. No significa en absoluto inexistente, sino frágil, desprovisto de solidez, inconsistente, a merced de otras criaturas, a merced, sobre todo, de Dios.

Aquello que es, señala un maestro espiritual de principios de este siglo, no depende en absoluto de nadie: «Es por sí mismo el Eterno, por sí mismo el Inmenso, el Omnipotente, por sí mismo la Vida, la Verdad, la Belleza, el Amor, la Santidad. Los otros seres no son lo que son sino por Él; dependen de Él en todo; no viven, no se mueven, no existen sino gracias a Él. Por independientes, orgullosos... y opulentos que pretendan ser, no son sino los eternos mendigos de Dios. No tienen en absoluto nada de bueno que no lo tengan de Él; su opulencia, su grandeza, si es que las hay, no es sino prestada; su inteligencia, su talento, es un reflejo que les llega de Dios; su belleza, si es verdadera, no es sino un reflejo de Dios».

La impotencia de los poderosos

Dios puede prescindir de mí; yo no puedo prescindir de Él. «Dios puede prescindir del mundo, y si el mundo dejase de existir Él sería siempre el mismo. Su ser no sufriría cambio, su vida no sería turbada, su gozo no sería alterado. Pero el mundo no puede prescindir un solo instante de Dios, ni un solo instante». A una joven brasileña que le había pedido un pensamiento para su álbum, George Bernanos respondió así:

«Concede un recuerdo y una oración al viejo escritor que cree cada vez más en la impotencia de los poderosos, en la ignorancia de los Doctores, en la simpleza de los Maquiavelos, en la incurable frivolidad de las gentes serias. Todo lo que hay de bello en la historia del mundo se ha hecho, sin saberlo nosotros, por el misterioso acuerdo de la humilde y ardiente paciencia del hombre con la dulce Piedad de Dios». Con lo que quería señalar la vanidad del hombre dejado a sí mismo y a la vez la fuerza de los hombres apoyados por Dios.

El Cura de Ars llevaba más allá el diagnóstico de la vanidad básica del hombre sobre la cual una luz de lo alto le había iluminado, y decía a una confidente: «Si Dios no me hubiese sostenido entonces, hubiera caído en la desesperación inmediatamente. Me espantó tanto conocer mi miseria que imploraba ardientemente la gracia de olvidarlo. Dios me ha escuchado, pero me ha dejado luz bastante acerca de mí nada como para hacerme comprender que no soy capaz de nada».

El conocimiento de la vanidad de las criaturas es un antídoto contra el miedo y la angustia: «Hacia aquel tiempo -escribe Lucie-Christine- me angustiaron bastantes miserias y Nuestro Señor, entrando en mi alma por la Santa Comunión, me dijo estas palabras: "¿Qué te hacen los hombres?" En el mismo instante mi alma fue investida del sentimiento de la grandeza divina, de suerte que todo lo creado desaparecía ante esta grandeza.» Después de una tal experiencia, «el alma ve el universo como un punto próximo a convertirse en humo y le resulta mucho más fácil y como natural despreciar todo lo que viene de los hombres aparte las cosas que Dios quiere que sean consideradas» .

Tan pequeño como una avellana

Una delicada mística inglesa del siglo XIV, Juliane de Norwich, relata como Nuestro Señor le hizo comprender la nada de las criaturas y su fundamental dependencia con respecto al Creador: «Nuestro Señor me mostró, en la palma de su mano, una cosita tan pequeña como una avellana y redonda como una canica. Mientras que yo la miraba con los ojos de mi entendimiento, diciéndome: "¿Qué será esto?", se me respondió: "Es una representación de todo lo creado." Y como yo me extrañase de que aquello pudiera subsistir, porque me parecía que una cosa tan pequeña podía ser aniquilada en un abrir y cerrar de ojos, he aquí la respuesta que recibí en mi entendimiento: "Esto subsiste y subsistirá siempre porque Dios lo ama. Así, todo lo que es, debe su existencia al amor de Dios." En esta cosa tan pequeña -concluye nuestra mística-, yo vi tres propiedades: que Dios la había creado, que Dios la amaba y que Dios le conservaba la existencia».

El hombre moderno, testigo de los viajes interestelares, ¿acaso no se irritará al oír a la mística inglesa comparar la inmensidad del cosmos a «una cosita tan pequeña como una avellana»? ¿Acaso no verá en esta expresión una menor estima, si es que no un desprecio del mundo, actitud medieval superada por el progreso de las ciencias y por los milagros de la técnica? Y sin embargo, la «cosita tan pequeña como una avellana» se sitúa en la línea de una visión bíblica de las realidades terrestres.

En el libro de Isaías, Dios compara las grandes potencias políticas y militares a la cosa más minúscula para las gentes de entonces, desconocedores de la física nuclear: un grano de polvo, una gota de agua. «...los pueblos son como gotas de un cubo y como polvillo en la balanza son reputados». Y Dios va más lejos para hacernos comprender mejor la pequeñez de las grandezas humanas: «Todos los pueblos son como nada delante de Él, como nulidad y vacuidad son por Él reputados» `.

Ninguna de estas verdades ha perdido su valor en nuestra época: Pío XI juzgó oportuno recordárselo al Führer en su encíclica *Mit brennender Sorge*, del 14 de marzo de 1937. Parece que Hitler montó en cólera viendo al «viejo del Vaticano» comparar las grandes potencias del mundo a una gota de agua suspendida de un cubo .Lo que, con la Biblia, decía de las naciones Pío XI vale igualmente para los individuos. «Estamos continuamente suspendidos de la omnipotente y gratuita acción creadora de la Causa primera». «Existimos, por así decir lo, en el borde de la nada, sin consistir por nosotros mismos».

Se comprende así que los santos, considerando que por ellos mismos son incapaces de toda acción, se complacen en reconocer su impotencia, para afirmar en consecuencia más vigorosamente la omnipotencia de Dios: «Yo no soy nada, yo no puedo nada, yo no valgo nada...», dice San Juan Eudes. El demonio nos hace gran daño, haciéndonos creer que tenemos virtudes; «no las tenemos», dice Teresa de Ávila; «esto es pestilencia». Si un día, bajo la moción de la gracia, la santa se siente llena de valor y de audacia, al día siguiente, reducida a su debilidad, no se siente capaz de «matar una hormiga por Dios si en ello hallase contradicción».

Digna hija de una tal madre espiritual, Teresa de Lisieux usará el mismo lenguaje confesando hacia el fin de su vida que ella no tiene virtud alguna y que es el mismo Dios quien, en cada instante, le procura las fuerzas necesarias para practicar la virtud.

Estas enseñanzas de la Sagrada Escritura, del Magisterio y de los Doctores sobre la nada congénita a los hombres, incluso a los más grandes, hace percibir mejor la naturaleza profunda de los acontecimientos de la historia y su último sentido. «Es necesario que Dios actúe y conduzca a su término lo que ha hecho, porque si el mundo no estuviese gobernado por el que lo ha creado, se hundiría de nuevo en la nada.»

Como no ha añadido nada a la creación, la Escritura dice que Él descansó en todas sus obras; pero como no cesa de gobernar lo que ha creado, Nuestro Señor ha podido decir con toda verdad: «Mi Padre obra siempre.» Es así como San Agustín explicaba a sus fieles en un sermón la acción incesante de Dios: si la creación se terminó después de la sexta época, el gobierno del mundo, creación continuada, prosigue desde entonces sin detenerse. Es de cada día, de cada hora, de cada instante, de cada fracción de segundo, y encierra la totalidad de las criaturas, desde los abismos oceánicos hasta las profundidades del cielo estrellado, desde los rascacielos de las ciudades bulliciosas hasta las tiendas levantadas en el desierto:

«Si Dios retirase esta operación a las cosas, cesaríamos de vivir, de movernos, de ser.» «Por el reposo de Dios el séptimo día, entendemos que Él ha cesado desde entonces de hacer nuevas criaturas, no de mantener y gobernar las que había hecho». No se ha retirado del cosmos después de haberlo creado, como un arquitecto se marcha después de la construcción de un edificio. Éste puede subsistir muy bien sin la presencia del arquitecto, mientras que el mundo no podría subsistir una millonésima de segundo sin la presencia operante del Señor.

Una página de la Gran Enciclopedia Soviética

Los rusos de la ex-uni6n sovi6tica, si no disponian de otras fuentes, podían aprender de la Gran Enciclopedia Sovi6tica que «la religi6n se dirige a inspirar a los creyentes el sentimiento de que el individuo no puede hacer nada sin la voluntad de Dios, que todo su destino se encuentra entre las manos de Dios. El hombre no es nada m1s que la criatura de Dios, un gusano, el esclavo de Dios. Todo depende 6nicamente de Dios. La moral religiosa hace al hombre impotente y le priva de su voluntad; condena al hombre a una sumisi6n pasiva a su destino. Priva al hombre de todas las cualidades que le son indispensables a quienes luchan por la felicidad terrenal de las gentes...»

¿Qu6 pensar de estas aserciones? Sin duda alguna un San Agustín, un Santo Tom1s, un Pío XI y un Pablo VI no hubieran dudado un instante en rubricar totalmente la primera frase, que es de una ortodoxia perfecta. A trav6s de ella se creería percibir el eco de la voz de los profetas del Antiguo Testamento. El error se manifiesta en la segunda frase: si es verdad que el hombre no es sino una criatura de Dios, es, en cambio, falso que sea un esclavo o un gusano: la Encarnaci6n y la Redenci6n han elevado al hombre al rango de hijo de Dios. Es asimismo totalmente falso ver en el sentimiento religioso un factor de alienaci6n. Este reproche puede aplicarse a la deformaci6n de la fe, pero no vale para la vida cristiana aut6ntica.

La afirmaci6n «Todo depende 6nicamente de Dios... » puede ser entendida en un sentido perfectamente ortodoxo. Se la encuentra a veces en los labios de los amigos de Dios, sobre todo cuando, llegados al t6rmino de su camino aquÍ abajo, reconocen que es Dios quien ha hecho todo el bien que el mundo ha admirado en ellos: «Él lo ha hecho todo» en tanto que Causa primera, que actúa sobre las causas segundas para hacerlas operar a su nivel: si éstas han

actuado, ha sido bajo la moción de Aquélla, que ha tenido no la parte exclusiva, pero sí la preponderante.

Es curioso constatar el peso de esta objeción del materialismo ateo incluso en medios cristianos: obsesionados por el deseo de salvaguardar la autonomía de las iniciativas y de las actividades del hombre que paralizaría la fe en una soberanía total de Dios sobre la historia, algunos cristianos llegan a afirmar tan fuertemente el papel de las causas segundas que niegan la influencia preponderante de la Causa primera, manteniéndose en posiciones deístas. Si, a la luz de la Biblia y de la Tradición, descendiesen a las profundidades del problema, constatarían con estupor que al cortar así el lazo entre la causalidad divina y la acción del hombre, lo paralizan. Arruinan lo que pretenden salvar, diría San Agustín.

Juan XXIII, cuando era nuncio en París, hizo esta confidencia a su sobrina Ana: «Desde que me persuadí de que yo soy verdaderamente nada y de que el Señor es quien lo hace todo, me dispuse a todos los renunciamentos. Este hábito es un sacrificio, es como un cilicio que se lleva continuamente. El Señor, entonces, nos trata bien» (Carta del 24 junio 1947). «Obrar el bien es algo tan imposible sin el socorro de Dios como hacer brillar el sol en la noche» (Cfr. SANTA TERESA DEL Niño JESÚS, Manuscrits autobiographiques, B, folio 22, recto).

Tal como lo pone de manifiesto un maestro espiritual, Charles Sauvé, la omnipotencia de Dios es afirmada más de setenta veces en la Biblia. ¿Cómo no deducir de ello que Dios, autor principal de los Libros Sagrados, quiere inculcarnos profundamente esta verdad? San Juan Crisóstomo nota que en el Antiguo Testamento el Padre es llamado continuamente Señor (Kyrios). La Escritura le llama Rey de reyes, Señor de señores, y más fuertemente aún, el único rey, como para insinuar que los monarcas de la tierra reciben todo su poder del «rey de los siglos, inmortal e invisible».

Una gran potencia desconocida

Pero las expresiones rey, señor, omnipotencia, pueden prestarse a equívoco. La tentación nos lleva a medir a Dios con los cánones humanos y a ver en Él no lo trascendente, sino un ser simplemente superior. Este peligro concierne especialmente al sentido de las palabras potencia y omnipotencia.

Preguntad a un niño de la catequesis, interrogad a un cristiano practicante acerca de lo que significa esta expresión: Dios es omnipotente. Y os responderán que significa que Dios ha creado el mundo y que puede hacerlo todo. Por ejemplo, que podría crear un pájaro del tamaño de una carabela o tomar el Montblanc y arrojarlo al océano Atlántico. Sobre este tema, la fantasía ha tenido libre curso en el pasado para llegar a la conclusión de que Dios puede hacer todo aquello que en sí no encierre contradicción. Dios no trazaría un círculo cuadrado ni crearía un conejo matemático; el concepto de círculo excluye la cuadratura, del mismo modo que el de conejo excluye la idea de inteligencia.

Sin embargo, a fuerza de preguntarse lo que ha hecho Dios en el pasado de los hombres, lo que podría y lo que no podría hacer, se ha llegado a veces a olvidar una realidad infinitamente más interesante y más estimulante para la vida cristiana: que el poder de Dios actúa realmente, lo que hace en este instante preciso; en otros términos, lo que significa esta palabra tan simple y tan profunda de Jesús: «Mi Padre obra siempre.»

El teólogo católico americano John Courtney Murray, S. J., experto en el Concilio Vaticano II, señala que la palabra omnipotente (pantocrátor) tiene dos sentidos: uno antiguo, bíblico; el otro moderno, teológico. Cuando nosotros, cristianos modernos, afirmamos la omnipotencia de Dios, reconocemos simplemente que su fuerza no tiene límites; por el contrario, entre los judíos y los primeros cristianos aquella palabra tenía un sentido más concreto, digamos un sentido existencial; significaba: Dios actúa todo. «Entendían por ello una acción directa de la omnipotencia de Dios, por su creación y por su Providencia, omnipotencia que penetra y envuelve todos los mundos y todos los movimientos, el cosmos y la historia».

Un abismo separa ambas acepciones. La omnipotencia, tal como la entendemos corrientemente hoy, es más bien una realidad abstracta, en tanto que la omnipotencia, como la entendían los

judíos y los primeros cristianos, así como los santos y los místicos, ricos en experiencia personal de Dios, es una realidad tremenda.

«Mi alma entrevió el poder de Dios, y a la vez que esta omnipotencia incomparable, su infinita dulzura. Y comprendí que si esta dulzura divina no me hubiera sido mostrada entonces, no hubiera podido soportar la visión de la omnipotencia». Lo que significa, sin duda, que el poder de Dios sobre la creación en general y sobre los hombres en particular es tal, que ante este poder el hombre se siente como anonadado: es una hormiga ante la pata de un elefante, un guijarro al pie del Montblanc, una gota de agua frente al océano.

En fin, escribe la mística francesa, es la nada frente a Aquél que es. «Mi corazón ha sido iluminado y penetrado por Aquél que es: Yo soy tu todo, tu único... Yo soy el todo del mundo. Y vi el universo reposando en la mano de Jesús: Yo soy y vosotros no sois. Y mi alma se llenó de admiración y de alegría a la vista de esta magnífica simplicidad de Quien es por él mismo».

Por otra parte, ella reconocía asimismo que «es una locura intentar algo fuera de Él» de este Dios que le había dicho: «Hagas lo que hagas, estás entre mis brazos». En una época en que no había roto enteramente con la Iglesia Católica, Martín Lutero compuso un comentario al Magnificat que ha sido reeditado y hasta traducido estos últimos años. La profundidad espiritual de esta obra emocionó al Papa León X. Al acabar la lectura diría, sin conocer al autor: «¡Bendita sea la mano que ha escrito estas páginas!» Pues bien, una de las páginas más bellas de este librito es, seguramente, la que Lutero consagra a la omnipotencia de Dios:

«Dios es el todopoderoso, porque nada, sino su poder, opera en todos, y por medio de todos y por encima de todos. Él obra todas las cosas. Todo esto es fácil de decir, pero difícil de creer y difícil de practicar en la vida cotidiana. Los que lo hacen son las personas pacíficas, pacientes, simples, que no presumen en absoluto de sí mismas porque saben que todo ello no proviene de ellas, sino de Dios. Tal es, pues, el pensamiento de la Santa Madre de Dios cuando afirma: "El Todopoderoso hizo en mí maravillas. En todas estas cosas y todos estos bienes no hay nada mío, sino que todo proviene de Aquél que realiza estas cosas y que con su poder obra en nosotros: Él ha hecho por mí estas maravillas."

En efecto, la palabra poderoso no significa aquí un poder inerte como cuando se dice de un rey terrenal que es poderoso mientras que está sentado y no hace nada, sino que se trata de un poder en obra y en continua actividad, puesto que Dios no se detiene, sino que actúa incesantemente, como lo dice Cristo en el Evangelio de San Juan: «Mi Padre sigue hasta el presente obrando y yo también obro» (5,17).

Nerón, «Señor del mundo entero»

Los exegetas han puesto de manifiesto que al llamar a Dios «el bienaventurado y único soberano, Rey de Reyes y Señor de los señores, el único que posee la inmortalidad, que mora en luz inaccesible» la Sagrada Escritura invitaba a los cristianos a reaccionar contra los títulos divinos usurpados por los emperadores de Roma. Nerón se denominaba «Señor del mundo entero». Según Suetonio, Domiciano era aclamado como «Nuestro Señor y Nuestro Dios». Dion Casio cita un decreto de Tiberio que declara al emperador inmortal y digno de los honores divinos: «Por encima de esos señores, pequeños en sus poderes, pero grandes en sus pasiones, está el Dios único y el Señor universal. Y es por voluntad suya por la que aquellos comparten el poder limitado que ejercieron en la tierra».

Si es históricamente cierto que los reyes gobiernan, también es teológicamente verdadero que a su vez ellos son regidos por una potencia superior que los utiliza para la realización de sus propios planes, de tal manera que, para utilizar la vigorosa expresión de un exegeta alemán contemporáneo, «aquellos que sobre la tierra piensan dirigir a los otros son, en definitiva, llevados y conducidos por Dios». «No por estar asentados en su trono están menos bajo su mano y bajo su autoridad». «No hay ninguna potencia humana que no sirva, a pesar suyo, a otros designios distintos de los suyos. Solamente Dios sabe reducir todas las cosas a su voluntad». En definitiva, «nadie domina sino Dios».

Dios saca de sí mismo todo su poder, y lo posee en un grado tan eminente que comparado con Él, los reyes y los príncipes de la tierra no parecen tales reyes y príncipes, sino servidores de Dios a quienes Él comunica durante un breve lapso, una minúscula parte de poder. Lo que la Sagrada Escritura y los exegetas afirman de los reyes y los príncipes podemos aplicarlo igualmente al mundo político, económico y financiero de hoy. Dictadores, jefes de Estado, presidentes de consejos, dueños de los instrumentos de comunicación social, escritores, etc., todos poseen medios de acción durante algunos años o algunos meses; pero son las suyas fuerzas prestadas, y estos personajes sirven, sin saberlo, a designios distintos a los suyos. La política humana está secretamente integrada en una política divina.

Este dominio de Dios sobre los hombres y sobre la historia es tal que San Agustín pudo escribir: «Dios domina las voluntades de los hombres más que los propios hombres». No hay que extrañarse, pues, de que la Escritura afirme en muchas ocasiones la fuerza «irresistible» de la voluntad de Dios. En efecto, es tal que nadie puede hacerle frente, y separa todo lo que se opone a su paso. Se sentiría uno tentado a compararla a un golpe de mar o a un ciclón, si no fuera porque la voluntad de Dios no sólo actúa con fuerza, sino también con dulzura, es decir, tratando a los hombres según su naturaleza. Su omnipotencia actúa sobre los hombres también desde dentro. Dios les infunde sentimientos y movimientos, y les orienta a su voluntad.

La plegaria que Mardoqueo dirige a Dios para pedirle que salve a los israelitas amenazados por Aman es de una riqueza teológica y de una intensidad espiritual extraordinarias: «Señor, Señor, todo está sometido a tu poder, pues en tus manos está el universo entero, ni hay quien pueda oponerte resistencia, como tú quieras salvar a Israel; pues tú hiciste el cielo y la tierra y todo cuanto hay de maravilloso bajo el cielo. Señor eres de todas las cosas, ni hay nadie capaz de resistir a ti, el Señor».

«Todo está sometido a tu poder», no en teoría, en el sentido edulcorado que damos con frecuencia a tu palabra «poder de Dios», considerado solamente como una posibilidad de intervenir, sino en la práctica, en el pleno sentido del vocablo, tal como lo entendían los judíos y los primeros siglos cristianos: «todo está sometido a tu poder», es decir, que todas las cosas, en este mismo momento, hoy como ayer, mañana como hoy, todas las cosas ejecutan tus designios, todos los hombres realizan tus planes misteriosos, aunque la mayor parte de ellos lo ignoran y aunque, con mayor frecuencia, infrinjan tus mandamientos.

En definitiva, Dios no ha puesto a los hombres en la tierra sino para hacerles ejecutar su plan de amor hacia Él, libremente, pero también infaliblemente. Todos obedecen a su decreto eterno. Aún no había aparecido sobre la tierra la primera pareja humana cuando Dios, en sus planes eternos, había escrito ya la «historia» del género humano del mismo modo que un autor compone un drama mucho antes de su representación. Dios, al ver los periódicos colgados en los quioscos o siguiendo la actualidad en las pantallas de televisión no aprende absolutamente nada de nuevo. Dramaturgo soberano, sabe de antemano lo que se representará en la escena del mundo, a lo largo de los días y de los años, del mismo modo que un Paul Claudel, asistente a la primera representación del *Soulier de satin*, conocía desde la primera escena todo el desarrollo de la obra.

La sonrisa de los ángeles

Isaías denuncia la inanidad de los esfuerzos emprendidos por los poderosos de la tierra contra los designios de Dios. Tras haber anunciado la opresión de Israel por parte de los Asirios predice que llegará un día en que el Señor hará fracasar a los enemigos de Israel y de Judá. El profeta judío interpela directamente a los Asirios: «Podéis tomar las armas. Ceñíos y seréis quebrantados; tomad un consejo y será deshecho; dad una orden y no subsistirá, pues `Dios está con nosotros". Sólo un profeta iluminado por el Señor de la historia podía expresarse con una seguridad tal. ¿Quién resistirá a la voluntad de Dios?'. Nadie. «Vano será pedir a alguien una cosa que no esté en su poder -comenta Santo Tomás-. Así, nada está originariamente en poder del hombre, puesto que es de Dios de quien recibe no sólo el querer, sino el hacer, y todo procede de la voluntad de Dios»

«Conozco bien, oh Señor, que no es el hombre dueño de su camino ni corresponde al varón caminar y enderezar sus pasos». Obstáculos imprevistos e insuperables pueden surgir en el

curso del camino. El alpinista más avezado y mejor equipado no está seguro de escalar la cima que ambiciona conquistar, así como el turista más rico, que sube a un avión, no está seguro de llegar unas horas más tarde a su lugar de destino. Pero cuanto más aleatorios son los proyectos del hombre, más ciertos y seguros son los designios de Dios. «Ninguno se salva de mi mano. Cuando yo obro, ¿quién podrá impedirlo?» dice el Señor. En fin de cuentas, Dios «ha tomado decisión y ¿quién le hará volver a atrás? Lo que su alma ha deseado, Él hará».

«Así como ningún ser humano puede comprender las disposiciones de Dios -comenta Santo Tomás-, así tampoco ninguna criatura podrá resistirlo» . El que es por Sí mismo, desde toda la eternidad, domina y anonada, por así decirlo, con toda su trascendencia a aquellos que surgen en un momento dado de la historia y todo lo toman de prestado: existencia, vida, movimiento. «Yo soy el Alfa y la Omega -dice el Señor Dios-, el que es, el que era, el que viene». Es el autor del pasado, del presente y del porvenir.

Él hace ejecutar sus designios incluso por aquellos que rehúsan obedecer a sus mandamientos. Un prelado eslovaco, que vivió durante largos años clandestinamente en la Rusia soviética, decía, tras la ordenación en Roma de un sacerdote eslavo: «Dios encuentra siempre el camino para conducir al altar, aunque sea a través de mil dificultades, a los que ha escogido... » Del mismo modo, aquellos que tienen a Dios de su lado porque se dirigen únicamente a la ejecución de Sus designios, a medida que van descubriendo Su voluntad sobre ellos, tienen un no sé qué de invencible. Participan de esta omnipotencia, de la que Mardoqueo decía que nadie podría resistir. En muchas ocasiones la Sagrada Escritura atribuye los éxitos de determinados personajes del Antiguo Testamento al hecho de que «Dios estaba con ellos».

«Señor, vuestro designio permanece eternamente -dice San Agustín-. Desde lo alto os reís de nuestras resoluciones y realizáis las vuestras.» El Salmista nota que el que mora en los cielos se divierte viendo a los poderosos de la tierra alzarse contra Yahvé y contra su Cristo. Dios se ríe de los ardidés de sus enemigos. Este «reírse» es una expresión figurada que marca la desproporción entre el esfuerzo realizado y el resultado conseguido. ¿Qué diríamos si viésemos a un niño, hijo de un ateo militante, avanzar por la plaza de San Pedro de Roma con un fusil de juguete, con el propósito de derruir la Basílica y aplastar la religión? Sin duda alguna, excitaría en algunos la compasión, pero en otros provocaría la hilaridad. Asimismo, los ángeles sonreirían de compasión -si su imperturbable serenidad pudiese abandonarlos- al ver la enorme disparidad entre los esfuerzos de los hombres y los resultados que logran. Sonreirían al ver cómo el hombre se agita, mientras que Dios le conduce, y de qué modo los mortales proponen y yerran mientras que solamente Dios dispone.

Desde este punto de vista superior, Santa Teresa podía escribir a la intención de sus hijas espirituales: «Sabed que Dios lo puede todo y que nosotros no podemos nada más que lo que se nos concede de poder... Todo nuestro mal nos viene de que no tenemos la mirada fija en Dios» ". Si tuviera su mirada fija en el Creador, el hombre se guardaría de construir sobre arena y de apoyarse sobre cañas. Refiriéndose a los proyectos de una determinada familia para el porvenir, Teresa de Ávila nota finamente que «nuestro Señor tiene otros caminos y aquellos proyectos servirán de poco. Lo que quiere Su Majestad, no dejará de realizarse» ` . Y lo que no quiera no habrá fuerza alguna aquí abajo capaz de forzar su realización: Nadie abre donde Él cierra y nadie cierra donde abre".

En suma, «los accidentes, los retrasos, los fracasos no pueden entorpecer la acción de Dios. La causa de todas las causas no puede ser trabada por ninguna causa puesto que ella las envuelve a todas, puesto que es ella la que les proporciona su eficacia» .

«Combatida, ella triunfa»

Todo esto es magnífico, es mucho, ciertamente, pero no es todo. El brazo de Dios va más lejos. No solamente la Providencia realiza todos sus designios, sino que hace concurrir y cooperar a su realización incluso a la oposición del mundo y al odio de Satán. De buen grado o a pesar suyo, los hombres trabajan de un modo o de otro en la realización del designio supremo de Dios: la multiplicación de los elegidos, la construcción de la Iglesia.

Para llevarlos a contemplar desde este punto de vista superior las vicisitudes humanas, San Juan Crisóstomo invita a sus fieles a meditar una vez más en la historia de José, hijo de Jacob: «No os imaginéis que estos acontecimientos fueron el efecto de un concurso fortuito de circunstancias, la consecuencia de una revolución repentina. Dios ejecuta sus designios por manos de aquellos mismos que se oponen a él y le combaten ; se sirve para la elevación de José del ministerio de sus enemigos, a fin de que aprendáis que nadie puede impedir lo que Dios ha resuelto, y que nadie puede detener su potente brazo a fin de que cuando os veáis expuestos a alguna persecución no sintáis desfallecimiento ni despecho, sino que sepáis que la persecución tendrá un final feliz, siempre que soportéis valerosamente sus asaltos». La envidia de sus hermanos alejó a José del país de Canaán y en las manos de Dios este alejamiento se convertía en un instrumento de promoción. ¡Qué enseñanza!

Del mismo modo, «los obstáculos mismos favorecen la realización de los designios de Dios. Él se sirve de las persecuciones para extender la fe» ". Su táctica desconcierta nuestros razonamientos demasiado humanos... En Su mano todo se convierte en medios para realizar Sus planes de salvación. «Tal es la grandeza de la Iglesia: combatida, triunfa; ultrajada, aparece más brillante. Recibe heridas, pero no sucumbe a ellas; es agitada por las olas, pero no desaparece» . Dios está con ella, la sostiene, la edifica día tras día; ¿acaso no es Su obra maestra? Cristo salva a los hombres por medios que parecen opuestos al fin propuesto: la traición, la flagelación, la ignominia de la muerte en la cruz traen a los hombres la salvación y la verdadera alegría. Como Dios estaba con su Cristo, ¿quién hubiera podido modificar eficazmente sus planes de redención? «Si Dios es para nosotros, ¿quién pues estará contra nosotros?» Lo que se produjo en la Vida de Jesús. se reproduce de alguna manera en la de los cristianos: «Nuestros enemigos están lejos de perjudicarnos; a pesar suyo nos trenzan coronas, nos procuran bienes infinitos: la sabiduría de Dios cambia sus asechanzas en gloria y salvación nuestra. ¿Veis cómo nadie está contra nosotros?» Por poderosos que sean, los reyes no se benefician de sus ventajas temporales; ¿acaso no están expuestos a las traiciones, a las revueltas y a las guerras? «Ni los hombres ni los demonios pueden verdaderamente dañar al cristiano atento a observar las leyes de Dios.»

Ante el espectáculo de la omnipotencia de Dios que hace que todos los acontecimientos, favorables o no, se tornen en beneficios para los amigos de Dios, San Juan Crisóstomo exulta de admiración y alegría: «¿Qué hay de comparable a esta vida en la que nada puede hacernos daño, en la que los mismos que nos tienden lazos no son menos útiles que los bienhechores? Así, San Pablo dice: si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?» ". «Gloria a Dios en todo», era una máxima familiar al obispo de Constantinopla. La pronunciará al morir, en Comana, camino del exilio, después de una vida muy rica en pruebas. El santo vivió lo que enseñaba y enseñó lo que vivía.

Los seminarios superpoblados de Polonia

Al evocar las persecuciones de todas clases que atormentaron la vida apostólica de San Pablo, Bossuet muestra que a pesar de los propósitos de los autores de aquéllas, ellos contribuyeron a la difusión del cristianismo a través del mundo. Bossuet apostrofa en estos términos a los adversarios del Apóstol: «¿De qué os sirve, oh perseguidores, perseguirlo con tanta saña? Hacéis avanzar la obra de Pablo cuando pensáis destruirla. Porque dos cosas son necesarias para ganar a las naciones infieles: palabras para instruirlos y sangre para emocionarlos. Él puede darle sus instrucciones por la sola fuerza de la caridad, pero no puede darles su sangre si no es por el suplicio: ahí que vuestro furor fuera necesario. Le dais el medio de vencer, dándole el de sufrir. Sus heridas hacen sus conquistas».

«Vuestro furor le es necesario» tal como había sido necesario que con los gentiles y los judíos, Herodes y Poncio Pilatos se uniesen para realizar los designios que la mano y la voluntad de Dios habían establecido para la salvación de los hombres».

«Silenciosa, lenta, secreta, la Providencia de Dios está en el fondo de todo. Ella lleva las cosas a su fin, los seres a su destino. Ella hace la historia. Ella utiliza los hombres. Y ellos no se dan cuenta. Si se les dijera, responderían: «No es verdad.» ¿Cómo habrían de saberlo? El plan divino está oculto para ellos. Dios no tiene por qué explicarse. Pero obra».

César está al servicio de Dios al ordenar el censo de su imperio. Es como consecuencia de esta medida por lo que Jesús nacerá en Belén y se cumplirá la profecía. Al dar aquella orden, «César sabe lo que hace. Y no lo sabe, a la vez. No sabe que esta idea del empadronamiento que se le ocurrió un día, de repente, hablando consigo mismo, estaba preparada en él, desde siempre, por Dios. Con esta historia del empadronamiento, Dios iba a hacer otra historia. Una historia grande y eterna. Y esto es lo que ignoraba César. Él era un instrumento... de los más inconscientes. Trabajaba para Dios en tanto que, seguramente, Dios era, en este caso, absolutamente indiferente para él.»

También los fariseos trabajaban, sin saberlo, para la expansión del cristianismo que querían yugular. «Cuando envían a Pablo a Damasco ellos saben -y no saben- lo que hacen. Saben que va hacia Damasco, pero no saben que en el camino Alguien espera y que una luz cegadora, desde la cual Alguien hablará, va a iluminar a su delegado para la iluminación del mundo». «Nuestros enemigos -pueden decir, con palabras del P. de Causade, quienes aman a Dios de todo corazón-, nuestros enemigos son galeotes que nos llevan al puerto a todo remo.» Y con Bossuet pueden añadir: «Veremos un día cuántas personas que nos crucifican nos son útiles.» Los veremos en el más allá; en esta tierra, lo creemos, siempre que nuestra fe sea vigorosa, porque el mismo Dios nos garantiza que él «coordina toda su acción al bien de los que le aman»

San Pablo señalaba a los primeros cristianos de Filipo esta ambivalencia de las hostilidades y los tormentos que, más o menos numerosos, jalonan la vida de todo cristiano coherente: «... no dejándoos amedrentar en nada por los adversarios, lo cual es para ellos señal de perdición, mas para vosotros de salud, y esto es obra de Dios, ya que a vosotros se os concedió graciosamente no solamente que creyeseis en Él, sino también que por Él padeciéseis». Es en fidelidad a esta línea de conducta del Apóstol por lo que los santos consideran como bienhechores a quienes la opinión pública tiene como adversarios.

«Dios hace servir a sus fines los medios que los hombres maquinan contra él -observa Jean Guittou-. Del laicismo saldrá sin duda una élite de cristianos más ilustrados, más conscientes de la verdad, porque la habrán encontrado no en la costumbre, ni en el impulso del corazón, ni en los beneficios que reporta a la sociedad, sino en el estudio de sus títulos».

Para arruinar definitivamente la fe de su esposa Elisabeth, Felix Leseur, ateo agresivo, le dio a leer la «Vida de Jesús» de Renan. De este instrumento de destrucción, la Providencia haría un medio de salvación. «Con su inteligencia fuera de serie y equilibrada, con su juicio certero, con un sentido común extraordinario, y una gran cultura, Elisabeth no se deslumbró por la magia de las palabras, sino que, por el contrario, se impresionó por la indigencia del fondo», como dirá más tarde su esposo, convertido después al cristianismo. Por instinto, ella retornó a las fuentes: los Evangelios. Y en la pureza de la fuente, reencontró la integridad de su fe. Elisabeth se complacería en reconocer esta omnipotencia de Dios que actuaba con una dulce e irresistible lentitud, convirtiendo los obstáculos en medios: «Vuelvo a ver la acción lenta y silenciosa de la Providencia en mí y para mí, esta obra admirable de la conversión interior, provocada, guiada, cumplida por Dios sólo, fuera de toda influencia humana, de todo contacto exterior, a veces por medio de lo que me hubiera debido arrancar toda fe religiosa, en una obra cuya inteligencia y voluntaria belleza no se aprehende hasta que está terminada».

Lo que realiza en los individuos, Dios lo hace también en las comunidades. Es conocido de qué modo los regímenes de inspiración materialista atea se ocupan de ahogar la vida cristiana. Sin embargo, nos encontramos con que en los países en donde la Iglesia estuvo oprimida conocieron una gran floración de vocaciones sacerdotales y religiosas, en tanto que algunos países occidentales libres padecen una cruel penuria de sacerdotes y de religiosos.

«La situación de las vocaciones en Polonia es verdaderamente excepcional -declaraba a su regreso de Varsovia el cardenal G. M. Garrone, prefecto de la Congregación para la Educación Católica-. Es altamente emocionante el contemplar los seminarios superpoblados y constatar que no falta ni número ni calidad en los candidatos al sacerdocio. Estoy hablando, evidentemente, de los grandes seminarios, porque las circunstancias actuales no permiten la posibilidad de otras casas de formación. Se vive estrechamente, pero en un clima de evidente serenidad y alegría.

Estos jóvenes, que han conocido todos ellos largos períodos de prueba, están allí para responder a la llamada del Señor. Su fe es verdaderamente impresionante. Proviene casi todos del mundo obrero, que con su dinero sostiene valerosamente la existencia de las casas de formación de sacerdotes»

Voltaire trabajó para el Código de Derecho Canónico

Hay que considerar la historia «como con la mirada de Dios» para comprender que a su modo y a su nivel, uno de los peores enemigos de la Iglesia en el siglo XVIII trabajó para el bien de los amigos de Dios. He aquí cómo lo explica Jacques Maritain ...: «Todo lo que sucede en la historia del mundo sirve de una manera u otra al progreso del reino de la gracia (y a veces al precio de un gran mal) a un cierto progreso del mundo. Proponiéndose «écraser l'infame», Voltaire estaba dentro de la cristiandad y en la historia de la cristiandad, como estaba dentro del universo creado y en el gobierno providencial. Y les sirvió a pesar suyo. Su campaña en pro de la tolerancia se batía por un error, porque él pensaba en la tolerancia «dogmática», como si la libertad de pensar fuese un fin absoluto, sin una regla superior a la opinión subjetiva. Pero al mismo tiempo, combatía contra otro error: me refiero al principio moderno, que ha encontrado su expresión en la fórmula *cujus regio, ejus religio*: que la fuerza del Estado y las presiones sociales tienen por ellas mismas fuerza de derecho sobre las conciencias. En este sentido, Voltaire trabajaba, sin saberlo, para el artículo 1.351 del Código de Derecho Canónico: «Nadie puede ser obligado a abrazar la fe católica contra su voluntad.» Esto ha sido un instrumento que ha servido para que las sociedades modernas reconozcan los principios de la tolerancia civil.

«Encuentro una ilustración de las verdades que acabo de señalar, añade Jacques Maritain, en el precioso libro de G. H. K. Chesterton, *El hombre que fue Jueves*, donde se ve a los policías y a los anarquistas, que se combaten a conciencia, obedecer a un mismo señor misterioso llamado por el autor `Señor Domingo'... » (Mr. Sunday).

Estas consideraciones de Jacques Maritain sobre la impensada cooperación de Voltaire a la redacción del artículo 1.351 del Código de Derecho Canónico, así como las elevaciones de Bossuet y de San Juan Crisóstomo, son una ilustración impresionante de las palabras de la Escritura sobre la universal soberanía del Verbo: «Porque de Él, y por Él, y para Él, son todas las cosas». «De Él las cosas han recibido el ser; por Él subsisten; hacia Él tienden como hacia su fin último»". «Todo depende de Dios y él sabe realizarlo todo como ha previsto. Todo es su obra; nada se hace sin él; todo viene de él; todo subsiste por él; nada se le escapa; por el contrario, todo desemboca en él», observa otro exegeta contemporáneo". «Si todo esto es verdad de Dios, añade, autor de la naturaleza; con cuánta mayor razón de Dios autor de la gracia que lo ha hecho todo para que todos los hombres puedan recibir su misericordia.»

Qué emoción embargaría a los telespectadores si en la noche de fin de año, en el último diario hablado, después de las melancólicas consideraciones de rigor acerca del tiempo que se va, irreversible, el locutor leyera lentamente el versículo de la Epístola a los Romanos citado más arriba: «De Él, y por Él, y para Él, son todas las cosas.» Y qué saludable efecto para los lectores de un periódico de gran tirada si encontrasen, en el primer número de año nuevo, este mismo versículo estudiado y comentado de modo pertinente. Según la cualidad de sus disposiciones morales, lectores y telespectadores entreverían, más o menos, lo que podría ser este «sentido de la historia» del que tanto se habla en nuestros días.

Resulta interesante destacar que por poderosos que ellos se crean, los jefes políticos y militares sienten a veces oscuramente su dependencia de un Ser superior al que ellos llaman destino, fatalidad, buena estrella, etcétera. Como lo pone de manifiesto Herbert Butterfield en su estudio «Cristianismo e historia» este fue, muy particularmente, el caso del Canciller de Hierro. «Bismarck, cuyas reflexiones sobre la política revelan no sólo una visión penetrante, sino también un espíritu religioso, subrayaba este pensamiento mucho más que todos los hombres de Estados modernos: «Los hombres de Estado –decía- no pueden crear el curso de los tiempos; no pueden sino navegar sobre él. Cuando a través de los acontecimientos los hombres oyen el rumor del manto de Dios, que se apresuren a aferrarse a su borde.»

Cuando se presionaba al canciller Bismarck para que acelerase la unificación de Alemania, éste observaba: «Podemos acelerar el péndulo, pero el tiempo no avanzará por ello.» Pero en el año

1869, que precedió a la unificación, decía: «Intervenir de modo arbitrario y simplemente voluntario en el curso de la historia no ha tenido jamás otro resultado que el de hacer caer los frutos que aún no estaban maduros.»

Con mayor profundidad y más unción que el canciller alemán, San Vicente de Paúl expresaba los mismos puntos de vista: «Abandonémonos a la Providencia y guardémonos bien de precederla. Las obras de Dios se hacen ellas mismas y las que Él no hace perecen pronto; aseguraos de la verdad de una máxima que parece paradójica: quien se precipita retrocede en las cosas de Dios» «Honran soberanamente a Nuestro Señor quienes la siguen (a la Providencia) y no quieren ir delante de ella».

Los guías de la Revolución francesa

Bossuet se esforzó por inculcar estas ideas al joven príncipe que parecía llamado a suceder a Luis XIV. En tanto que Realpolitiker creyente, Bismarck partía de las cosas de la tierra para elevarse a las del cielo, Bossuet, cimentado en otro realismo, partía de las cosas del cielo para esclarecer las cosas de la tierra. Comentando las palabras de San Pablo «Dios es bienaventurado, el único poderoso, Rey de reyes, y Señor de señores», el preceptor del Delfín escribía: «Bienaventurado, porque su reposo es inalterable, ve cómo todo cambia sin cambiar. Él mismo y hace todos los cambios por un consejo inmutable; da y quita el poder que lo transporta de un hombre a otro, de un pueblo a otro, para mostrar que no lo tienen sino de prestado, y que Él es el solo ser que reside naturalmente.»

El preceptor del delfín encuentra en la historia universal ilustraciones de estas verdades reveladas. «Así es por lo que todos los que gobiernan se sienten sometidos a una fuerza mayor. Hacen a veces lo que no pensaban haber hecho y sus consejos han tenido en ocasiones efectos imprevistos. Ni son dueños de las disposiciones que los siglos pasados han puesto en los asuntos ni pueden prever el curso que tomará el porvenir, al que no pueden forzar ni de lejos. Quien lo tiene todo en su mano es aquel que sabe el nombre de lo que existe y de lo que aún no existe: el que preside todos los tiempos y previene todos los consejos.»

Y Bossuet cita algunos ejemplos de la Antigüedad: Alejandro, «que no creía trabajar para sus capitanes, ni arruinar su casa con sus conquistas». Bruto, que inspirando a los romanos un amor inmenso por la libertad, abrió camino a una tiranía aún más dura que la de los Tarquinos; los Césares, que halagando a los soldados «no tenían el designio de dar dueños a sus sucesores». «En una palabra, no hay en absoluto poder humano que no sirva, a pesar suyo, a otros propósitos que los suyos. Solamente Dios sabe reducir todas las cosas a su voluntad».

Sin remontarse a la Roma antigua, ¡qué fácil sería ilustrar con la historia de los tiempos modernos la sumisión de los hombres políticos a una invisible fuerza mayor! «Se ha señalado, con gran razón, que la Revolución francesa dirigió a los hombres más bien que al contrario. Esta observación es absolutamente justa, y aun cuando se haya podido aplicar más o menos a todas las grandes revoluciones, jamás ha sido más evidente que en esta época.» «Incluso los desalmados que parecen conducir la Revolución no entran en ella sino como simples instrumentos; y en cuanto tienen la pretensión de dominarla, caen innoblemente. Quienes establecen la república lo hacen sin quererlo y sin saber lo que hacían; fueron conducidos por los acontecimientos.» «Cuanto más se examinan los personajes aparentemente más activos de la Revolución, más se encuentra en ellos algo de pasivo y mecánico. Nunca se repetirá bastante: no son los hombres los que conducen la Revolución, es la Revolución la que emplea a los hombres» y ella misma es misteriosamente conducida por Dios. Estas reflexiones de Joseph de Maistre ilustran explícitamente, sin duda, el pensamiento de la Sagrada Escritura: «Muchos son los proyectos en el corazón de los hombres; pero en definitiva es el designio del Señor el que se realiza».

Pensemos en el hundimiento del fascismo y en la ruina trágica del Tercer Reich que pensaba ser milenario. Acordémonos de la destitución de jefes como Churchill y De Gaulle. Y más simplemente, comparemos las realizaciones de un nuevo gobierno con el programa que presentó al parlamento". La historia de la Alemania contemporánea presenta un caso singular, revelador de la impotencia de los poderosos. Nombrado en marzo de 1945 alcalde de Colonia por los norteamericanos, Konrad Adenauer fue destituido poco después, acusado de incapacidad, por el

gobernador británico, a instigación del partido Laborista, que apoyaba a los socialdemócratas alemanes. Relegado por los aliados, como ya lo había sido por los nazis, Adenauer consagró todas sus fuerzas a la organización de un partido -la Unión Demócrata Cristiana (CDU)- capaz de enfrentarse con el socialismo renaciente. Cuatro años más tarde, en las elecciones de agosto de 1949, los demócratas cristianos vencían a los socialistas. Si Adenauer no hubiera organizado la CDU, ¿habría triunfado tan brillantemente? Y si los ingleses no lo hubieran destituido, ¿hubiera podido dedicarse a esta tarea de organización? Así, al provocar la destitución de Adenauer, el partido Laborista trabajaba a largo plazo contra los propios intereses del socialismo. Hasta tal punto es verdad, que en los planes de la Providencia un fracaso puede conducir a un éxito

Sí, Dios, sólo Dios lo reduce todo a su voluntad. Dirige a los dirigentes, domina a los dominadores. ¿Cómo hace servir la política de la tierra a su propia política? ¿Cómo sucede para que los hechos económicos, los acontecimientos financieros, los cambios políticos, las presiones secretas, las intrigas y las maquinaciones de los ambiciosos cooperen infaliblemente al bien de los amigos de Dios y al crecimiento de su Iglesia, fin supremo del gobierno divino? Nosotros lo ignoramos. Pero Dios lo afirma, sin explicarnos el mecanismo. ¿Acaso no será suficiente su garantía? Praestet fides supplementum: a la fe pertenece suplir con sus luces superiores las insuficiencias del conocimiento natural. En marcha hacia la eternidad, el cristiano cree en la absoluta soberanía de Dios; los elegidos y los santos ángeles contemplando a Dios, ven, en sus detalles, las articulaciones y los engranajes de esta soberanía. El cristiano, en la tierra, tiene un conocimiento fragmentario; el elegido, llegado a la cima de la montaña, posee una visión panorámica: comprende cómo «Dios crea la vida con la misma muerte y el orden con nuestros desórdenes».

La realidad suprema desconocida por el comunismo

Entre los cristianos que creen y los elegidos del cielo que ven, se sitúan a veces, por una gracia especial de Dios y por tiempo breve, las almas privilegiadas a las que les ha sido concedido el entrever. Tal fue el caso de la bienaventurada Angéle de Foligno: «Vi una plenitud divina en la que abrazaba todo el universo, más acá y más allá de los mares, y el océano y el abismo de todas las cosas, y no veía en todas partes sino el poder divino; el modo de la visión era absolutamente inenarrable. En un transporte de admiración, exclamé: "¡Pero está lleno de Dios, está lleno de Dios, este universo!" Y al momento, el universo me pareció pequeño. Vi el poder de Dios que no lo llenaba, sino que desbordaba por todas partes».

Un maestro espiritual contemporáneo, el P. Marie-Eugène OCD, autor de *Je veux voir Dieu*, nos invita a elevarnos a esta visión superior del cosmos y de la historia: «La presencia de la inmensidad activa de Dios es la gran realidad del mundo. Pero es una realidad que solamente la fe percibe, una realidad soberana y trascendente».

Esta verdad tocante a la potencia divina no está reservada a la contemplación de algunas almas selectas; concierne a todos los cristianos. Y debería interesarnos más que nunca en este tiempo de secularización y de materialismo ateo. Pío XI, en su encíclica sobre el comunismo, afirmaba rotundamente que: «Por encima de todos los seres está el Señor único, supremo, soberano, es decir, Dios, creador omnipotente de todas las cosas, juez infinitamente sabio y justo de todos los hombres. Esta realidad suprema es la condenación más absoluta de las impudentes mentiras del comunismo».

Como un tiro de artillería

Si es verdad que hay un ser único, soberano, todopoderoso, hay que concluir, para emplear las expresiones de San Roberto Belarmino, que todas las criaturas son servidores de Dios.

Pero, ya se sabe, como un tiro de artillería, una barrera de objeciones se levanta aquí: ¿Cómo conciliar esta soberanía absoluta de Dios con la libertad del hombre? ¿No se dice que Dios respeta la libertad del hombre? Por otra parte, la intervención de Dios en las cosas humanas, ¿no está condicionada por éstas? Como todo poder, ¿acaso Dios no ha de tener en cuenta las situaciones concretas sobre las que quiere obrar?

A decir verdad, tales cuestiones no se suscitarían en almas del temple de una Teresa de Lisieux. Su vigor espiritual es tal que superan la dificultad por un acto de fe sumido en la omnipotencia y

sabiduría de Dios. O, si se prefiere, remontan la dificultad manteniendo fuertemente los dos extremos de la cadena,. «aunque no puedan ver el centro en el que la cadena se continúa», porque «jamás se deben abandonar las verdades una vez conocidas, aunque surjan algunas dificultades cuando se quieren conciliar entre sí». Pero todas las almas cristianas no tienen la envergadura espiritual de una Teresa Martin, como todos los pájaros no son águilas: están los gorriones que vuelan a media altura y las gallinas que vuelan a ras de tierra.

«Dios respeta la libertad del hombre»: esta es una afirmación de todo punto ortodoxa, puesto que se la encuentra en los documentos del Magisterio. Pero también se halla en labios y en plumas que le dan un sentido que no es el del Magisterio. Por ello este «respeto» de Dios por la libertad del hombre puede encerrar una significación ambigua. Perfectamente ortodoxa en sí, puede enmascarar una herejía, del mismo modo que un ladrón puede ponerse un hábito de monje y no despertar así ninguna sospecha en una iglesia en la que prepara su golpe.

¿Qué significa respetar?: el diccionario Robert responde que es considerar como digno de ser conservado, testimoniar deferencia, no atacar. Es decir, tener cuenta de la naturaleza particular de un objeto o de un ser. Se respeta un fresco antiguo, se respeta un niño, se respeta a un sacerdote. Así, ¿cómo se traduce el respeto a la libertad del hombre? ¿En el hecho de no actuar de ningún modo sobre ella? O ¿en el hecho de actuar sobre ella teniendo en cuenta su estructura y sus mecanismos? ¿«Respeto» es sinónimo de «abstención escrupulosa», de «neutralidad» o más bien de «tratamiento delicado y deferente»?

La respuesta está clara: mantenerse neutral ante una criatura, conducirse como si no existiera, no es respetarla; es, más bien, ignorarla. No es esta la actitud de Dios ante los hombres. Él no los ignora, aunque fuera con el fin de salvaguardar su libertad. Él no puede ignorarlos sin que, en el mismo instante, se suman fatalmente en la nada puesto que -no nos cansaremos de repetir lo que no se deja de olvidar- es de Él, y sólo de Él de quien obtenemos continuamente vida, movimiento y existencia. Así, volvemos a la puntualización tan profunda de San Agustín, repetida por Santo Tomás: sustraer los hombres a la acción de Dios, sería precipitarlos en la nada, si es que tal operación fuera posible. Sería como cortar la corriente que alimenta el alumbrado público y sumir a una ciudad en la completa oscuridad. Dios respeta la libertad del hombre no absteniéndose de influir sobre ella, como lo querrían ciertos ignaros de la nada congénita del hombre, sino actuando sobre ella conforme a su naturaleza espiritual, es decir, iluminando la inteligencia del hombre y moviendo su voluntad desde dentro.

Dios respeta la libertad del hombre actuando sobre él por una operación interior infinitamente dulce y suave: despierta en el alma pensamientos y suscita en ella sentimientos que se convierten en los pensamientos y sentimientos del hombre. Al determinarse a obrar conforme a estos pensamientos y sentimientos suscitados por Dios, el hombre obra bajo la moción de un principio interior y no por una coacción exterior. Y realiza asimismo la definición clásica del acto libre: libre de toda coacción exterior y que brota de una convicción íntima, de un principio intrínseco. Que esta convicción sea el fruto de una misteriosa influencia de Dios, no quita nada a su naturaleza de convicción. Si es verdad que el hombre es movido por Dios, es también verdad que al mismo tiempo obra él mismo; si es exacto que está predeterminado por Dios, es también manifiesto que se determina a sí mismo. El análisis psicológico lo evidencia.

«Cuanto más santa es una mujer...»

Sólo Dios es capaz de influir así desde dentro y de suscitar actos libres. Un hombre puede actuar sobre la imaginación y sobre la sensibilidad de otra persona, pero no sería capaz de penetrar en la intimidad de su alma ni ejercer una influencia directa sobre su inteligencia y su voluntad. Por otra parte, la historia muestra que son precisamente quienes están más claramente bajo la influencia de Dios -los santos- los que dan la impresión de poseer una voluntad humana más vigorosa. Son personalidades de gran envergadura, en quienes la gracia ha llevado muy lejos el desarrollo armónico de las facultades. «Cuanto más santa es una mujer, más mujer es» .

Tal como lo señala con profundidad el antiguo teólogo llamado Dionisio Areopagita, Dios ha creado los seres vivos no para debilitar sus potencias, sino más bien para desarrollarlas y expandirlas. «Dios hace que nosotros hagamos», dice San Agustín. «Dios hace libre lo que es libre», añade Bossuet. «Si Dios cambia una voluntad, no le hace violencia, simplemente le da una

inclinación nueva» porque «la determinación del acto a cumplir es siempre el hecho de la razón y de la voluntad»".

En términos claros y simples, respetuosos con afirmaciones tan claras de la Sagrada Escritura referidas a la acción de Dios sobre la voluntad del hombre, el P. R. Mulard intenta explicar un poco la armonía entre la infalibilidad de los designios de Dios y la libertad de las decisiones del hombre. «La causalidad trascendente de Dios, ya se trate de una moción natural o se trate de la gracia, se ejerce... en vista de un resultado preciso y determinado. Desde entonces, nuestra voluntad escogerá este resultado preciso y determinado. Libremente, pero ciertamente. Santo Tomás no duda en afirmarlo, puesto que la voluntad omnipotente de Dios no conoce trabas y jamás se detiene. Se trata en este pasaje de la preparación del hombre para la gracia. «Esta preparación, dice, es a la vez obra de Dios que obra como motor, y del libre albedrío, que es movido por Dios... Del hecho de que sea obra de la moción divina, alcanza el resultado que debe alcanzar como consecuencia del orden divino; no es que haya coacción, sino infalibilidad, porque los designios de Dios no pueden dejar de realizarse (I.H.112,3).»

Y el teólogo concluye, con sagacidad: «He aquí la fórmula que debemos retener: infalibilidad, pero sin coacción. Santo Tomás descarta siempre la idea de una supresión o una reducción de nuestra libertad, sin dejar de mantener la seguridad del resultado querido por Dios... Sin duda esta coexistencia de la infalibilidad de los decretos divinos, de nuestra libertad ejerciéndose sin coacción es un misterio. Misterio, pero no contradicción, puesto que lo uno y lo otro se encuentran en planos diferentes, ya que Dios es la Causa primera y nosotros no somos sino causas segundas».

O, para expresar de otro modo esta coexistencia jerarquizada de dos causalidades: «existe la predeterminación eterna, que es obra de Dios, y nuestra determinación temporal, que, es obra nuestra; una y otra pertenecen a ordenes distintos, se encuentran en planos diferentes, pero la segunda se conforma firme e infaliblemente a la primera... Es el misterio del encuentro de lo finito y de lo infinito.

El encuentro misterioso de lo infinito y lo finito

¿Es este un punto de vista teológico, inaccesible al común de los cristianos? Creemos que no. Quien transcribe estas consideraciones, adhiriéndose a ellas con toda su alma, porque percibe en ellas un eco fiel de la Sagrada Escritura y del Doctor Común, no es teólogo. Es un seglar comprometido, que siente cada día las presiones de un mundo contaminado por la secularización y por el materialismo ateo. Y que estima que para reaccionar victoriosamente contra estos peligros resulta insuficiente una doctrina cristiana edulcorada, sobre todo en lo que concierne a la Providencia y al sentido de la historia. Piensa que sería degradar la gloria de Dios, hacer un flaco servicio a la causa de la Iglesia, y, en fin, privar a las almas del pan de la verdad, detenerse a medio camino en la presentación del pensamiento auténtico de la Iglesia, que extiende la acción determinante de Dios hasta los más pequeños movimientos buenos del hombre.

Instruido por multitud de ejemplos en sus contactos con seglares y religiosos, el autor está persuadido de que la obsesión de salvaguardar la libertad del hombre, así como el temor de ver a Dios cooperar en el mal, aunque sólo sea indirectamente, sin sofocarlo, impiden con frecuencia a muchos predicadores, directores espirituales, autores y teólogos presentar en toda su pureza la espléndida doctrina bíblica de la Providencia. Se quedan del lado de acá. Al no aceptar por un acto de fe la integridad de la Revelación, admiten la existencia de una vaga Providencia, que planearía por encima de las vicisitudes humanas dispuesta a intervenir en ellas solo excepcionalmente. ¡Qué gran abismo, a veces, se abre entre la enseñanza de nuestros predicadores y de nuestros autores sobre el papel de Dios en la historia y la doctrina elaborada por los Padres y los doctores de la Iglesia, y vivida por los santos! Esta confrontación permite medir toda la diferencia existente entre una teología petulante, de tendencia racionalista, y una teología llena de respeto y encendida de amor ante el misterio de Dios.

Las controversias de la gracia y las discusiones sobre las relaciones de la omnipotencia de Dios y la libertad del hombre son algo más que estériles querellas de clérigos: son cuestiones que, resueltas a la luz de la Revelación aceptada de manos de la Iglesia, son capaces de dar una orientación nueva y un vigor insólito a la acción de los sacerdotes y seglares comprometidos. No

es en absoluto indiferente haber comprendido que el hombre no es nada por sí mismo, que no puede nada sin ayuda de Dios y que metido en la estela de Sus decretos, es omnipotente. Una doctrina incompleta sobre la Providencia apaga la expansión del amor, fin de toda vida cristiana: «la voluntad no puede tender a un amor perfecto hacia Dios si la inteligencia no posee una fe precisa en Dios», observa Santo Tomás. Y prosigue: «Cuando el hombre posee un falso conocimiento de Dios, lejos de acercarse a Él, se aleja». Es natural, sin embargo, que estas verdades comporten zonas de sombra mezcladas con rayos de luz: Dios es inaprensible en su naturaleza tanto como en su señorío sobre la historia. Quien crea haberlo aprehendido plenamente, muestra que confunde a Dios con una imagen que se hace de Él y de Sus intervenciones en la historia.

En cuanto a la otra objeción, que en definitiva querría subordinar las intervenciones de Dios a las situaciones concretas, rebaja a Dios al nivel de los hombres, limitando su omnipotencia. Las situaciones concretas han sido determinadas por los hombres, es cierto, pero bajo la predeterminación de Dios. Tras la mano de las causas próximas se disimula el brazo de la Causa lejana. «No es ésta la verdadera causa», oímos al Abate Cintra decir a un eclesiástico que atribuía la muerte de León XIII a un paseo del Papa nonagenario por los jardines del Vaticano. La verdadera causa es que Dios había dicho: ¡Basta! Y la Providencia se había servido de esta imprudente salida como de un instrumento para cumplir un decreto promulgado mucho antes de la elección del sucesor de Pío IX, pues tan verdad es que Dios, «desde toda la eternidad prepara los acontecimientos: no los ha dejado al azar; ha pensado en ellos, ha creado las circunstancias para que los acontecimientos se realicen en la historia... ».

Un desprecio de Mussolini

Citemos un ejemplo histórico sobre el pretendido condicionamiento de la política de Dios por las situaciones humanas. El tema, por otra parte, posee un interés general. En un discurso agresivo, el 13 de mayo de 1929, Mussolini presentó a la Cámara italiana los Acuerdos de Letrán que regulaban de modo definitivo e irrevocable la espinosa Cuestión romana. Extendiéndose en fanfarronadas nacionalistas, el Duce creyó poder atribuir a la antigua Roma lo que era el hecho de una institución divina: la universalidad de la Iglesia católica: «Esta religión nació en Palestina, pero se hizo católica en Roma. Si hubiera permanecido en Palestina, probablemente no habría pasado de ser una de las numerosas sectas que florecían en aquel clima ardiente, como la de los Esenios y la de los Terapeutas y probablemente se hubiera extendido sin dejar huellas» . Habiéndole hecho algunas advertencias el Cardenal Secretario de Estado, Mussolini, en su discurso al Senado, modificó un tanto sus puntos de vista sobre los orígenes del Cristianismo, recurriendo a algunas distinciones inconsistentes.

Pío XI protestó:: «Distinguir entre afirmación histórica y afirmación doctrinal sería caer en la especie del peor y más condenable modernismo: la misión de evangelizar a todos los pueblos es anterior a la vocación de San Pablo; anterior a ésta es la misión de San Pedro a los Gentiles; la universalidad se encuentra ya de derecho y de hecho en los primeros inicios de la Iglesia y de la predicación apostólica; ésta, por obra de los Apóstoles y de los hombres apostólicos, desbordó bien pronto el Imperio romano, que, como es bien sabido, estaba lejos de abarcar todo el mundo conocido. Si se quisiera recordar las facilidades providencialmente preparadas para la difusión y organización de la Iglesia en la organización del Imperio romano, bastaría con citar a Dante y León el Grande, dos grandes italianos, que en magníficas palabras han dicho lo que otros, innumerables, han dicho después con más o menos abundante erudición mezclada con frecuencia con inexactitudes y errores, en razón de infiltraciones protestantes y modernistas».

«Facilidades providencialmente preparadas para la difusión de la organización de la Iglesia dentro de la organización del Imperio romano»: Mussolini, y con él otros autores, desprovistos de una consideración profunda, es decir, teologal, de las cosas, olvidaban que es el mismo Dios quien por el juego de las causas segundas había organizado las condiciones política y jurídica, en medio de las cuales nacería el cristianismo. La perfección de la organización jurídica de la Roma imperial no fue la causa de la elección de Roma como sede de Pedro -tal como lo ha dicho excelentemente un prelado francés-, sino más bien el efecto de una elección anterior de Dios. «No es porque Roma tuviera el sentido del gobierno por lo que llegó a ser la sede del Papado; fue más bien porque Dios quería que Roma se convirtiera en el centro espiritual del mundo por lo que le aseguró, desde antes de la llegada de su Hijo al mundo, tales calidades de gobierno».

No pongamos jamás a Dios a remolque de los hombres; Él los precede siempre por su decreto eterno y los hace servir siempre a Sus designios. Dios no es como un presidente de consejo recientemente investido por un voto del Parlamento, que debe actuar y maniobrar, practicando el arte de lo posible, en una situación política, tal como le ha sido dada concretamente, con sus sombras y sus luces. Dios jamás es cogido de improviso. Dios se encuentra constantemente ante situaciones en todo punto conformes con su Decreto eterno, con sus luces y con sus sombras, es cierto, pero sombras que Él tolera para sacar de ellas, a la hora escogida por Él, fulguraciones de luz.

Cuando Stalin y Hitler invadieron Polonia

Subrayemos de pasada -volveremos más tarde sobre el tema- las consecuencias prácticas de este no-condicionamiento de Dios por las situaciones humanas o, para expresar lo mismo de manera positiva, las consecuencias de este imperio absoluto de Dios sobre la totalidad de los hombres y de las cosas. Algunos cristianos de fe languideciente se muestran a veces tan desamparados ante ciertas situaciones trágicas en la vida de los individuos y en la de los pueblos, que compararían de buen grado los malvados a fieras escapadas de un circo, sembrando el terror en la ciudad. Mas, en realidad, ningún gángster, ningún ladrón, ningún tirano, ningún potentado, ningún agente del demonio escapa jamás al control total de Dios. Ninguno de ellos, a pesar suyo, deja de estar en ningún momento al servicio del Rey de reyes y de cooperar a pesar suyo en la extensión del reino de Dios.

Hitler estaba bajo el control absoluto de Dios cuando invadía Polonia conjuntamente con Stalin, como lo estaba Mussolini cuando conquistaba Abisinia u ocupaba Albania. San Agustín afirma de Satán, la mayor potencia del mal que jamás haya existido, que «su poder está sometido a otro poder». Y Santo Tomás precisa que si el Señor no lo precipitó, a Satán y a los otros. ángeles rebeldes, al fondo de los infiernos, en el momento mismo en que se rebelaron, fue porque Dios quería, por un tiempo, y antes de infligirles un castigo eterno, utilizarlos para poner a prueba a los justos. A su modo, Satán es así, a pesar suyo, un cooperador de la obra de la Redención. Santo Tomás va a poner en paralelo, incluso, los servicios que los ángeles buenos prestan a los hombres y los que les prestan, a su modo, los malos, porque unos y otros están al servicio de Dios, Causa primera universal.

El plano de la Providencia, centrado en la salvación del hombre, engloba la colaboración directa de los ángeles buenos y la cooperación indirecta de los ángeles malos. Los primeros se emplean en llevar al hombre al bien y desviarlo del mal; los segundos se afanan en tentarlo. Al hacer esto, dan al hombre la ocasión de resistir al mal y de unirse así más fuertemente a la ley de Dios. Por ello, Satán contribuye indirectamente, pero realmente, al avance espiritual de los hombres.

¿Acaso no sucede, sin duda, que muchos talentos se quedan en estado de germen por no haber tenido ocasión de desarrollarse y expandirse?

Dios no está condicionado por nada ni por nadie; es Él quien condiciona a todos los hombres y a todas las cosas. No está contenido por nadie ni por ninguna realidad, sino que es Él quien contiene todo lo que existe. Es Él quien lo sostiene todo y no es sostenido por nada. No tiene necesidad de nadie, en el sentido más riguroso del término, sino que todos tienen necesidad de Él. Y si tiene «necesidad de los hombres», como lo afirma el título de una gran película, es porque para «conferirles la dignidad de causas», Dios ha decretado su elevación al rango de libres colaboradores en su obra de edificación de la Iglesia y ha determinado, en consecuencia, dotarlos para tal empresa.

EL ANGUSTIOSO PROBLEMA DEL MAL

Un sacerdote que ejerce su ministerio en un hospital narra la tremenda impresión que le causa la desesperación de muchas personas ancianas:

-Yo voy a morir, y después de la muerte, no hay nada -le dice una de ellas.

-¿No cree usted en el más allá, en el paraíso?

-No. He sufrido demasiado en mi vida para creer en ello.

«Estas palabras de desesperación me han trastornado», comenta el sacerdote. Después de un momento de silencio le digo: «Mire: el problema del mal y del sufrimiento es el mayor problema que existe, y los creyentes no pueden decir gran cosa sobre ello... Lo único que puede decirse seriamente es que Cristo, que para los creyentes es el Hijo de Dios, ha sufrido y murió abandonado de los suyos.» Tales explicaciones no parece que convencieran al enfermo: «He sufrido demasiado en mi vida para creer en ello... »

Albert Kastler, premio Nobel de física, llega a conclusiones semejantes en su respuesta a una encuesta de Christian Chabanis. La presencia del mal físico en el mundo le lleva a concluir la ausencia de un Dios-amor: «Si admito que existe un universo, que un Dios omnipotente y omnisciente lo gobierna, verdaderamente él no es amor. La observación del mundo me fuerza a constatar que la vida de los seres está basada sobre la muerte de los seres, desde lo más alto a lo más bajo de la escala.»

-Y ¿usted ve una contradicción entre el amor y la muerte?

-Sí. Si yo me pusiera en la situación de un creador, pienso que habría sido posible hacer un universo sin que el progreso estuviera basado en la destrucción y el sufrimiento.

«Se verá del otro lado»

María de la Encarnación, la ursulina francesa del siglo XVII, que ejerció su misión en Norteamérica, cuenta que los indios Hurones convertidos morían todos de la peste, en tanto que los otros indios escapaban de ella. En tales condiciones, evidentemente, no resultaba fácil ni agradable predicar el Evangelio: quienes lo aceptaban parecían castigados por Dios. ¡Qué problema tan doloroso para aquella joven comunidad cristiana! Y María de la Encarnación respondía: «Se verá desde el otro lado... » En efecto, desde éste, el problema es insoluble.

En verdad, para creer, y para creer con la firmeza del acero, que el problema del mal tiene una solución, una solución que la fe entrevé aquí abajo y que verá plenamente «desde el otro lado», es preciso adherirse con toda el alma a la palabra de Dios. Sin una fe viva, el cristiano tropieza inevitablemente con el problema del mal, porque la razón, dejada a sus solas luces naturales o débilmente iluminada por una fe vacilante, encuentra una manifiesta contradicción entre la presencia del mal en el mundo y la existencia de un Dios de bondad; si Dios fuese verdaderamente bueno impediría las guerras, no permitiría la explotación de los pobres por los ricos, no toleraría la ola de criminalidad y de corrupción que se abate sobre el mundo, mitigaría el sufrimiento de los inocentes.

El problema no data de la era atómica, ciertamente. Es de todos los tiempos. Constituye incluso la trama del Libro de Job, uno de los más punzantes del Antiguo Testamento. Y se puede pensar que el problema del mal atormentará a la humanidad hasta el fin del mundo. Y, sin duda, se planteará con mayor intensidad cuando llegue el tiempo de los triunfos del Anticristo.

Uno de los grandes obispos de los primeros siglos cristianos, San Juan Crisóstomo, cuya vida fue un tejido de difíciles pruebas, abordó el problema del mal en muchas ocasiones. Sus fieles se lo planteaban y él necesitaba darles respuestas satisfactorias. Y como era un santo que hablaba a creyentes, extraía sus mejores argumentos no de una encuesta de sociología religiosa realizada en Antioquía o en Constantinopla, ni de un análisis psicológico de la angustia del hombre frente al mal, sino de la revelación divina. Si no hay mal en la ciudad que Dios no haya permitido ¿no resulta razonable interrogar al mismo Dios sobre los motivos de sus disposiciones?

El santo dibuja primero el cuadro de los males que afligían entonces a su comunidad: enfermedades, pobreza, duelos y otras secuelas de la guerra: «¿A cuántos hombres no veis sufriendo de elefantiasis durante toda su vida? Cuántos, desde la infancia hasta la ancianidad, siempre ciegos; otros, ciegos por accidente; otros, víctimas de la pobreza; otros, languideciendo en las prisiones; otros, enterrados vivos; otros, llevados a la guerra. ¿Son éstas las señales de la divina bondad, os pregunto? ¿Acaso no podría Dios prevenir estos males, si hubiera querido hacerlo? Por el contrario, los ha permitido... ¿Entonces?» Con las correspondientes variantes, el problema podría ser planteado del mismo modo en nuestros días por el arzobispo de París, por un obispo hispanoamericano o por un sacerdote clandestino en la China.

Y ¿qué responde el obispo de Constantinopla? Con el vigor varonil de San Pablo, modelo predilecto del santo, va directamente a la fuente: «Para tales cuestiones no hay más que una solución posible: la fe, la fe que cree que Dios lo hace todo con justicia, con bondad, con utilidad para nosotros, y que la razón de su conducta es incomprensible. He aquí la única solución; no hay otra mejor.» Y el santo condensa su pensamiento en algunas frases, maravilla de profundidad y de claridad: «¿Cuál es, decidme, la mejor solución? La de no buscar solución, porque todo está explicado. Si estáis bien persuadidos de que todo está administrado por la divina providencia, que permite determinadas cosas por razones que sólo ella conoce, y que actúa en otras, estáis liberados de toda búsqueda y gozáis del beneficio de la solución».

Es bueno hasta cuando castiga

Remitirse ciegamente a la sabiduría, a la bondad y a la omnipotencia de Dios: éste es, para el obispo de Constantinopla, el remedio de los remedios. Es la solución sobrenatural que engloba y sobrepasa todas las soluciones naturales, en lo que tienen de valiosas, como la luz del sol abarca y sobrepasa en intensidad las otras luces.

Sin embargo, Juan Crisóstomo no se limita a este solo argumento, sino que invoca también otras razones que, sin poseer la consistencia de la solución por excelencia, el acto de fe, contribuyen, sin embargo, a iluminar el espíritu y a tranquilizar el corazón.

¿Por qué permite Dios que suframos sin venir inmediatamente en nuestra ayuda? Porqué? Para obligarnos a recurrir a él sin cesar, a reclamar su apoyo, a buscar refugio cerca de él, a invocar perpetuamente su asistencia. He aquí lo que explica los dolores físicos, la escasez de los frutos de la tierra, el hambre; con todas estas calamidades, Dios nos muestra que dependemos enteramente de él y por las desgracias de los tiempos nos hace conquistar la herencia de la vida eterna. Nosotros debemos dar gracias a Dios incluso por estos males, que son empleados por él como medios para la curación y salvación de nuestras almas».

«Dios es bueno cuando favorece más aún cuando castiga». Y el santo obispo invita a sus fieles a comparar los rigores del Padre celestial a las severidades de un buen padre de familia, inspirados ambos por el amor. «Los padres, incluso los que más quieren a sus hijos, los privan a veces de alimento, los castigan, les infligen humillaciones y corrigen de mil maneras sus vicios. Y sin embargo siguen siendo padres, tanto cuando los castigan como cuando los acarician. Y es sobre todo en los castigos cuando se muestran verdaderamente padres. Así, si no se atribuye a crueldad y barbarie, sino a sentimientos de amor y solicitud los castigos, llevados a veces más allá de los límites de la razón, ¿no se debe tener, con mayor motivo, la misma idea de Dios, puesto que no hay amor paterno comparable a su infinita ternura? » .

Intentemos considerar el problema más de cerca. Se admitirá que en casos excepcionales Dios se sirve de los buenos e incluso de los malvados para corregir a sus amigos y para liberarlos de aficiones peligrosas. Pero ¿qué decir de la corrupción que se manifiesta sin vergüenza y que llevó a Juan XXIII a hablar de manifestación universal del «antidecálogo». Y qué decir, en fin, del mal que se ha deslizado en la Iglesia, por los caminos de la contestación, de la desacralización y la secularización, hasta el punto de que Pablo VI llegó a hablar de una «autodestrucción» en la Iglesia misma, fenómeno que nadie habría sospechado antes del Concilio destinado, sin embargo, a la renovación espiritual de la Iglesia". ¿Qué decir de la persecución de los cristianos en una parte del globo? ¿Qué decir de esta acumulación de males? Una vez más, ¿cómo conciliar su presencia con la existencia de un Dios bueno y omnipotente?

¡Feliz culpa!

La respuesta a nuestras preguntas se encuentra en una famosa frase de San Agustín: «Dios no permitiría Jamás un mal en sus oras si no fuese lo suficientemente poderoso y, bueno para hacer surgir el bien del mismo. El obispo de Hipona afirma dos perfecciones de Dios, el poder la bondad, cuya envergadura desafía la imaginación y extrae de aquí una conclusión lógica. Dios deja correr el mal, que tan fácilmente podría detener, porque éste mal será a ocasión de un bien más grande. ¡Qué fácil le hubiera resultado a Dios impedir que el patriarca Jacob enviase a José con sus hermanos, que le arrojaran en un pozo y que le vendieran a unos mercaderes en

ruta hacia Egipto! Hubiera bastado un contratiempo, una enfermedad del patriarca, una de esas mil pequeñas naderías que en la vida cotidiana nos llevan a modificar nuestras decisiones. ¡Y qué fácil le hubiera resultado a Dios impedir que Judas fuese al Huerto de los Olivos y traicionase a su Maestro! ¿Acaso no relata Juan en su evangelio que un día, después que hubo enseñado en el Templo, los judíos intentaron detener a Jesús, «mas nadie le echó mano, pues todavía no había llegado su hora»

Sin el gesto criminal de los hijos de Jacob contra su hermano menor, José no hubiera sido llevado a Egipto, para llegar un día a ser primer ministro del Faraón y salvar del hambre a su familia y a toda su raza. Y sin la traición de Judas, ¿se hubiera dado el arresto de Jesús, su condena y su crucifixión, y la salvación de la que aquélla es la fuente? Sin el pecado de Adán, ¿hubiera conocido la humanidad la venida de un Salvador? Con toda justicia, la liturgia de la Semana Santa nos invita a calificar de feliz la falta de Adán -Feliz culpa- ¡que nos ha valido un tal Salvador!

Y ¿acaso la sabiduría cristiana no nos sugiere aplicar la misma calificación a otras faltas y otros crímenes de los que Dios ha sacado maravillas? Felix culpa, se puede decir de la traición de Judas, como se puede tratar de feliz la vida de pecado de un San Agustín, ya que con aquellos antecedentes, y por ello, el hijo de Santa Mónica llegó a ser una de las más grandes lumbreras de la Iglesia.

Felix culpa, pecado feliz, no porque el pecado sea algo amable y feliz en sí mismo: el pecado es y sigue siendo un hecho odioso, sino que es feliz en tanto que sirve de ocasión a Dios para distribuir sus gracias. El pecado puede tener felices repercusiones. Dios no quiere el mal moral. En ciertas circunstancias, impide que surja; en otros casos, le permite afirmarse, durante más o menos tiempo, porque ha dispuesto servirse de él como de un medio. «Dios utiliza la malicia, no la produce», dice Santo Tomás". No permite al mal imponerse sino en la medida en que el mal será explotado para contribuir de algún modo al desarrollo del reino de Dios. Dios no sería Dios, no sería el Todopoderoso, su Providencia no sería universal, si cualquier criminal pudiera hacer daño sobre la tierra sin servir al mismo tiempo, y sin saberlo, la causa de Dios.

Los dictadores se encuentran con oposiciones más o menos clandestinas y más o menos eficaces. Pero entre los centenares de millares de pecadores extendidos por la faz de la tierra, ninguno escapa ni se resiste aunque sea mínimamente al Señor de la historia; los pecadores violan los mandamientos de Dios, pero jamás contrarían sus planes eternos. Nadie se resiste a los decretos de Dios; todos los hombres, de un modo u otro, ejecutan sus designios. La historia no es sino la realización progresiva e infalible de los planes de Dios por la libre cooperación de los hombres.

«Incluso de quienes no hacen lo que él quiere Dios hace lo que quiere». Los obreros y los empleados de una empresa no trabajan todos con el mismo ardor; algunos ni siquiera trabajan: leen el periódico, hacen crucigramas, charlan, se aburren. Llegan hasta a declararse en huelga. Nada de esto ocurre en este inmenso taller de Dios que es el universo. Cada ser actúa en él continuamente al servicio de Dios. No hay ningún parásito, ningún ocioso, ningún desocupado, ningún saboteador, ningún huelguista, ningún peso muerto. El divino Empresario sabe hacer cooperar continuamente a todas las criaturas, directa o indirectamente, en su obra, que es la construcción de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo. Muy lejos de poder detenerlos jamás, las criaturas secundan el desarrollo de los planes de la Causa primera universal.

¿Cómo entonces puede Dios tolerar los crímenes atroces, en tanto que el hombre no los permitiría? Bossuet nos lo explica, comparando la debilidad del hombre con la omnipotencia de Dios. «Las reglas de la justicia de Dios y las de la justicia humana son bien diferentes. Dios debe actuar como Dios, el hombre como hombre. Dios obra como Dios cuando actúa como una Causa primera, omnipotente y universal, que hace servir al bien común lo que las causas particulares obran de bien o de mal; pero el hombre, cuya debilidad no puede dominar el bien, debe impedir todo el mal que pueda. Tal es, pues, la razón profunda por la que Dios no está obligado a impedir el mal del pecado: porque puede sacar de él un bien y hasta un bien infinito, por ejemplo, del crimen de los judíos, el sacrificio de su Hijo, cuyo mérito y perfección son infinitos» ".

Dios actúa como Dios, y el hombre como hombre. Ante el mal, el hombre se da cuenta de sus propios límites, se nubla y retrocede, mientras que Dios domina el mal; hasta el punto de extraer

de él el bien. «Porque lo propio del ser omnipotente e infinitamente bueno es dar a los demás, correr en su ayuda, levantarlos de sus miserias, hacer no solamente algo bueno, sino sacar bien del pecado: el arrepentimiento y el amor, un amor tanto más intenso cuanto más profundo ha sido el pecado.

Así, pues, lo propio de la misericordia infinita es expandirse y sobre todo remediar los males de los hombres. Esta verdad, que Santo Tomás, el «doctor de la misericordia», afirma con tanta fuerza, la explícita Santa Teresa de Lisieux en sus escritos, y más aún, con su vida. Comprendió como pocos santos antes que ella, que la misericordia del Creador está al tanto de las miserias de sus criaturas y que una manera de honrarle es proporcionarle, por así decirlo, la ocasión de ejercer su «oficio» de Dios. Si hay un atributo de Dios que importe considerar cuando se suscita el angustioso problema del mal es el de su omnipotencia. Así como un niño, al contemplar un cielo estrellado, no se haría idea adecuada de los millones y millones de astros que pululan en la inmensidad del firmamento, así el teólogo más erudito no sería capaz de hacerse una idea mínimamente aproximada de la omnipotencia de Dios, que sobrepasa todo lo que se puede concebir de más poderoso. Y se la comprende mejor cuanto más perfectamente incomprensible se la supone.

«Si os conociéramos bien... »

¿No es culpa nuestra si nos sumimos en el abismo sin fondo de esta omnipotencia cuando tantas veces nos inquietamos ante los fracasos, las contrariedades y las hostilidades? Tal como dice Santa Teresa, si conociéramos bien al Señor, nada sería capaz de -causarnos pena. «Nada», porque veríamos que todo, -fuerzas de la naturaleza, hombres, acontecimientos- está al servicio de Dios y que, directa o indirectamente, todo concurre a la realización de sus designios. Por ello, un cristiano deseoso e amar a Dios con todas sus fuerzas, ¿puede entristecerse porque se cumplan los decretos de la Providencia? Santa Teresa había pasado los últimos años de su vida recorriendo España para fundar conventos; achacosa, sin recursos materiales, haciendo frente continuamente a dificultades de todo género, y, a veces, acorralada por obstáculos aparentemente insuperables. Y, sin embargo; la doctora mística estaba convencida de que si conocemos verdaderamente a Dios, su bondad, su sabiduría y su omnipotencia, nada en el mundo sería capaz de inquietarnos. Nada te turbe, dice el primer verso de una de sus composiciones más conocidas. Invisiblemente, Dios gobierna.

Esto es también lo que el mismo Jesucristo recordó a la mística francesa Lucie-Christine, llena de angustia ante el progreso de descristianización de Francia tras la guerra del 70: «Como yo rogué a mi Jesús, con una gran angustia, por las almas de Francia -escribe en su Journal-, Él me aseguró que no podía permitir que una sola de esas almas se perdiese por falta de ayuda, puesto que no permite tampoco que las almas de los infieles, si buscan sinceramente la verdad, pierdan a Dios, por no haber tenido el medio de conocerlo.» «Pero, Dios mío, le dije entonces, ya veis los peligros y las malas influencias de nuestros tiempos tan turbulentos. ¿Acaso no perjudicarán a la virtud, si es que no a la salvación misma de las almas?» «Pediré menos a las almas que han vivido en este tiempo, me respondió Jesús, pero ¿sabes tú hasta qué punto yo puedo hacer brotar el bien del mal».

He aquí un punto delicado: «¿Sabes tú hasta qué punto...?» El cristiano, si está iluminado, confesará su ignorancia. Y la confesará con una convicción tanto más profunda cuanto más elevado sea su sentimiento de Dios. Esta ignorancia en el ámbito de la inteligencia puede tener como contrapartida un saber oscuro en lo más recóndito del alma. Conocemos tanto mejor el juego de la omnipotencia de Dios en los acontecimientos de la Historia cuanto más reconocemos que la envergadura de esta omnipotencia escapa a las capacidades de nuestro espíritu.

Una palabra de San Pablo aclara maravillosamente el problema del mal: «Dios ha encerrado a todos los hombres en la rebeldía para tener misericordia con todos». Y el exegeta alemán contemporáneo E. Kalt comenta: «Dios deja pasar a los paganos y a los judíos por un período de desobediencia y de incredulidad, a fin de hacerlos maduros para acoger sus gracias.» Dios quiere sumir las almas en una situación de miseria para hacerlas sensibles a sus adelantos. De lo que se sigue cómo dice San Pablo en la misma epístola que donde abundó el delito sobreabundó la gracia. Dios deja que la miseria excave vacíos que colmará después con su misericordia.

Su amor tiene, por decirlo así, necesidad de abismos de pecado, como el sol tiene necesidad de la inmensidad e los espacios para derramar su luz y su calor. Así, San Juan de la Cruz puede establecer un paralelismo, que aclara singularmente la historia: diciendo que el Señor ha descubierto siempre a los mortales los tesoros de su sabiduría y de su espíritu. Más ahora, que la malicia va descubriendo más su cara. Las efusiones de la bondad de Dios están hechas a la medida de las miserias de los hombres; cuanto más crecen éstas, más aumentan aquéllas. Al exceso de miserias, Dios responde por el exceso, aún mayor, de sus misericordias, diría Santa Teresa.

Dios no duerme

San Pablo y San Juan de la Cruz nos ayudan a pasear la mirada de nuestra fe sobre la situación presente del mundo en general y sobre la de la Iglesia en particular. Evidentemente, el mal es grande, y se comprende que ante la desvergüenza de las costumbres y el triunfo de la irreligión, los cristianos se pregunten angustiados: «¿Adónde vamos?», y que vislumbren un futuro catastrófico. Esta actitud es ciertamente comprensible, si bien no hay que participar de sus pronósticos pesimistas.

Porque, en fin, es verdad y sigue siendo verdad que todos estos males -pornografía, erotismo, hedonismo, injusticias sociales, explotación de los pobres- han sido permitidos por quien con un simple papirotazo los hubiera podido impedir. Y si permite tan grandes males, es para sacar de ellos el día de mañana bienes mucho mayores. En ningún momento de la historia ha dejado Dios de tener en sus manos las riendas de la situación. En cada momento de la historia, la Causa primera ha dominado a todas las criaturas. En cada instante de nuestra era atómica, las causas segundas libres ejecutan libre e infaliblemente los decretos eternos de Dios. «No duerme ni dormita el que guarda a Israel», es decir, a la Iglesia de Cristo.

La enormidad del mal hace presagiar una enormidad de bienes, así como la enormidad del pecado de Adán y la del pecado de Judas abrieron la vía a las inconmensurables riquezas de la Redención. Si la gravedad del mal aterra a nuestra razón natural debería en cierto modo alegrar nuestro espíritu sobrenatural, a causa del partido que Dios podrá sacar de él. La miseria es el campo de acción de la misericordia. «Dios es tan bueno que incluso los males le sirven para el bien. No permitiría a los malos actuar si no pudiese utilizarlos por su soberana bondad», afirma San Agustín. Hoy vemos, consternados, el mal. Posiblemente mañana, más probablemente pasado mañana, con seguridad, y más completamente en la eternidad, nos daremos cuenta del bien que la omnipotencia de Dios ha extraído de él. Lo que hoy constituye un problema para nosotros será mañana la causa de nuestro maravillado gozo.

Uno de los personajes más atrayentes de la historia de la espiritualidad ha escrito a este propósito páginas deliciosas y llenas de profunda doctrina: se trata de Juliana de Norwich, mística inglesa del siglo XIV. Sus Revelaciones, aprobadas por la Iglesia, no han cesado de alimentar la contemplación de una serie de almas escogidas. Incluso en estos últimos años han sido traducidas al francés, al alemán, al italiano. Al igual que nosotros, Juliana de Norwich conoció el problema del mal. Y sin embargo, aporta un mensaje de alegría y confianza a este siglo XIV azotado por los males más diversos. «La herejía de los "lollards" ha invadido y devastado Inglaterra; bajo el reinado del desgraciado Eduardo II, a las guerras exteriores y a las prolongadas hostilidades con Escocia se unen las disensiones interiores, las luchas de los barones contra la autoridad real, las sediciones populares, en fin, la famosa peste de 1348. Después la escasez y el hambre que conducen a una miseria general, y los auténticos ejércitos de salteadores en los caminos. Por doquier, agitaciones y desórdenes en las costumbres, confusión en los espíritus. Y he aquí que una religiosa de clausura, que parecería estar separada, puesta al abrigo de un mundo calamitoso, está unida a él por lazos invisibles, y desde el rincón de su celda comprende mejor su inquietud, trabaja más para apaciguarlo y ayudarlo que quienes conducen los asuntos humanos.

Ella no interviene en estos asuntos, no tiene en la mano los acontecimientos como su contemporánea, la virgen de Siena. Lejos de entrar en la historia como Santa Catalina, casi no se sabe nada de ella, ni siquiera un rasgo que pudiera perpetuar la pintura, ni siquiera un episodio que pudiera embellecer la leyenda. No es más que una voz que sale de este pequeño oratorio, en

Norwich, para extender por el mundo olas de confianza, o más bien para penetrar en los corazones, dulcemente persuasiva, y recordarles que el mundo está envuelto en la inmensa Bondad divina; que la miseria que nos rodea y la que se instala en el mismo corazón del hombre no son otra cosa que el campo de acción de la Misericordia y de la Gracia; que, en fin, Dios, a través de todo este sufrimiento, prepara y quiere nuestra salvación; que el mal desaparecerá y que todas las cosas, un día, todo, un día no será sino orden, armonía y bienestar. In the end, all shall be well».

Juliana, que conversaba familiarmente con Nuestro Señor, le señaló ingenuamente que habría sido mejor que no hubiera existido el pecado de Adán, con toda su secuela de faltas a lo largo de los siglos. Jesús la corrigió: «Conviene que exista el pecado; pero estate tranquila: todo irá bien; todo terminará bien.» «En estas palabras -escribe Juliana- yo vi un maravilloso misterio, profundamente oculto en Dios; misterio que nos será revelado un día en el cielo. Veremos entonces la verdadera razón por la que Dios ha permitido que se cometiera el pecado y nos alegraremos eternamente de conocerla».

Para ayudarla a penetrar en el abismo de este misterio, el Señor emplea una comparación: «El pecado de Adán fue la cosa más dañosa que ocurrió jamás y que ocurrirá hasta el fin del mundo; ... esto es bien sabido por la Iglesia... (Pero conviene) considerar la gloriosa satisfacción ofrecida por esta falta; satisfacción que fue incomparablemente más agradable a Dios y le rindió más honor que mal le había causado el pecado de Adán. Lo que equivalía a decir, llamándonos la atención sobre ello: "Puesto que yo he reparado el mayor mal, tened por seguro que repararé también los otros, que son mucho menores"»

«Imposible para ti; posible para mí»

Todo esto sobrepasa enormemente nuestro modo de ver y de juzgar, y no sabríamos «entrar» en los puntos de vista de Dios como deberíamos. Esto proviene de que nuestra razón es ciega, demasiado poco elevada como para comprender la sobreeminente Sabiduría, el Poder y la Bondad de la Santísima Trinidad. Por las palabras «Tú misma lo verás», Nuestro Señor quería decir: «Por el momento sé fiel y confiada; llegará un día en que tú verás esto en toda su verdad, en el seno de una alegría perfecta.» Estas palabras deben consolarnos, pues, con el pensamiento de lo que Dios hará más tarde. «Es una obra que la Santísima Trinidad cumplirá el último día. ¿Cuándo y cómo? Ninguna criatura podrá saberlo antes de que se cumpla».

Sin embargo, nuestra religiosa tiene aún una objeción, fundada en la fe católica, y la expone a su divino interlocutor: «La fe nos enseña que muchas almas serán condenadas, como lo fueron los ángeles que, por orgullo, cayeron del cielo y son ahora los demonios; muchos hombres, sobre la tierra, viven fuera de la Iglesia, es decir, como paganos, y otros muchos también, entre los bautizados, no viven en cristiano y no moran en unión con Dios. Todos éstos serán condenados al fuego eterno, como enseña la Santa Iglesia. Me parece, pues, imposible que todo pueda estar bien, como Nuestro Señor me reveló.»

He aquí la objeción y he aquí la respuesta que él me dio: Lo que te parece imposible a ti no lo es para mí. Mis palabras se realizarán en todo; sí, yo lo repararé todo. Nuestra mística concluye «sujetando fuertemente los dos extremos de la cadena», sin tratar de ver cómo se encadenan entre sí los eslabones; se adhiere a la enseñanza de la Iglesia y a las palabras del Maestro: «Aprendí entonces, por la gracia de Dios, que era preciso mantenerme firmemente en la fe, y creer con no menor firmeza que todas las cosas saldrán bien, según la revelación que Nuestro Señor me hizo». All shall be well! Un día todo estará bien. Juliana lo repetía solemnemente en muchas ocasiones, como un cántico alegre y gozoso.

San Agustín y Santo Tomás, ecos seguros de la Revelación cristiana, dicen lo mismo que la mística inglesa del siglo XIV, cuando afirman que Dios no permite la existencia del mal sino para extraer de él bienes mayores, al modo divino. Igual que Nuestro Señor hablando a su confidente

de Norwich, estos maestros nos invitan a buscar la solución del problema del mal arrojándonos sin miedo en las tinieblas de la fe, allí donde Dios reside.

Contemporánea de Juliana de Norwich, Catalina de Siena es la autora de una obra denominada *El diálogo*, una de cuyas partes trata de la divina Providencia. En el otoño de 1970, Catalina de Siena, junto con Teresa de Ávila, fue proclamada Doctora de la iglesia por el Papa Pablo VI. Esta promoción realza el valor de los escritos de las dos santas. Mucho más que el mensaje de dos místicas, sus escritos son la obra de dos Doctoras de la Iglesia. Así, una de las ideas básicas del tratado de Santa Catalina sobre la Providencia es que las disposiciones de ésta, por duras y crueles que parezcan, están siempre inspiradas por el amor. Dios se queja dulcemente a la Santa de Siena de que los hombres acojan como un mal lo que es en realidad un bien. «Todo procede del amor, todo está ordenado a la salvación del hombre; Dios no hace nada si no es con ese fin. ¡Qué cegados están por el amor a sí mismos quienes se escandalizan y se sublevan contra lo que les ocurre... Toman a mal y creen que lo que yo hago por amor a ellos, por su bien, para salvarlos de las penas eternas y darles la vida que nunca pasa, lo hago para su ruina, y por odio a ellos. ¿Por qué murmuran contra mí? Porque no han puesto su esperanza en mí, sino solamente en ellos; por eso es por lo que todo se les vuelve tinieblas. No conocen las cosas tal como son; odian lo que deberían venerar, y en su orgullo quieren juzgar mis juicios secretos que son la rectitud misma.»

Y el Padre Eterno, cuyo pensamiento expone Catalina de Siena, recurre a una comparación impresionante para poner mejor de relieve la locura de los hombres que se erigen en jueces de los designios de Dios: «Son como ciegos que solamente por el tacto, o por el gusto, o por el sonido de la voz, quisieran juzgar el valor de las cosas, basándose únicamente en las impresiones de estos sentidos inferiores y limitados. No quieren venir a mí que soy la luz verdadera; a mí, que los alimento espiritual y corporalmente; a mí, sin quien nada tienen. Cuando reciben algún servicio de una criatura, soy yo quien ha dispuesto esta criatura, quien le ha dado aptitudes y saber, voluntad y poder de ser útil.» Tras haber afirmado de este modo que las criaturas son instrumentos en manos del Creador, que las emplea todas a su servicio (sin mengua de su libertad), el Padre Eterno vuelve a decir: «Estos insensatos necesitan tocar con sus manos para obrar. Pero el tacto es engañoso; falta la luz, que hace discernir los colores; de igual modo, el gusto puede inducirles al error, porque no se ve el insecto impuro que a veces se posa en el alimento. El oído puede ser engañado por la dulzura del sonido, porque no ve al que canta, y si nos confiamos a él fiándonos solamente de la voz, puede darnos la muerte.»

«Así actúan los ciegos que han perdido la luz de la razón iluminada por la fe; sólo quieren creer en las impresiones de sus sentidos; son como aquellos que se contentasen con palpar con sus manos».

Ante esto se dan dos posibles géneros de reacción extrema: una, inspirada por la razón; otra, fundada en la fe. La razón puede llevar a la protesta y la rebeldía; la fe, cuando es viva, invita al abandono en Dios, con la seguridad plena de que si permite el mal, es únicamente para extraer de Él, en un plazo más o menos largo, un bien para aquellos que le aman. «Yo estaba maldiciendo... »

La noche del 5 de mayo de 1972, un terrible accidente de aviación se produjo en Sicilia. Un DC-8 de Alitalia, procedente de Roma, con 115 personas a bordo, fue a estrellarse contra la montaña que domina el aeropuerto de Palermo. En Roma, algunos pasajeros habían perdido el avión, entre ellos el ingeniero S. C. En el momento de dejar el hotel para dirigirse al aeropuerto, quedó bloqueado durante cuarenta minutos en un ascensor, donde pasó las «penas del infierno» pensando que el avión partiría sin él. Llegó al aeropuerto poco después de que el DC-8 hubiera despegado... Después de la catástrofe, S. C. consideró como una gracia extraordinaria lo que le había ocurrido en el ascensor del hotel. «Yo estaba maldiciendo mi suerte por haber perdido el avión -confesaba C. A., médico, también con pasaje para el avión siniestrado cuando tuve noticias del accidente ocurrido en Palermo... »

Dentro de unas perspectivas exclusivamente naturales, el ingeniero y el médico tenían razón en sus actitudes por los contratiempos que les habían sucedido y que venían a trastocar sus planes. Pero los puntos de vista humanos son incompletos; cubren realidades auténticas, es verdad, pero no abarcan toda la realidad. El conocimiento, al menos implícito, de la realidad integral, es el privilegio de una fe viva. «Perder el avión es un molesto contratiempo», hubieran podido decir nuestros dos pasajeros. Pero, inspirados por la fe, hubieran podido añadir: «Este mal no se ha

producido sin el permiso de Dios, que, más o menos tarde, sacará de ello un bien. Él tiene Sus razones que nuestra razón no conoce.» Y el acontecimiento no hubiera tardado en confirmar la justeza de sus reacciones.

El bien que extrae Dios de un acontecimiento desagradable no siempre aparece claramente. Incluso puede no aparecer jamás ante nuestros ojos naturales. Sin embargo, a veces puede ser discernido, al menos en parte, después de algún tiempo. Es una cuestión de paciencia y de abandono en Dios. «Siempre me ha impresionado mucho -dice un lector de «La Croix» de París, en su Tribuna de los lectores el hecho de que el juicio que hacemos sobre una determinada prueba después de un cierto tiempo, a veces muy largo, la aclara de una manera totalmente nueva y mucho más sensata que lo haría un juicio inmediato. En efecto, para juzgar válidamente hemos de esperar á que el proceso se desarrolle y que las implicaciones se pongan de manifiesto».

Esto es lo que enseñaba Pío XII en un mensaje sobre la Providencia radiodifundido el 29 de junio de 1941, en lo más álgido de la Segunda Guerra Mundial: «Todos los hombres no son sino niños a los ojos de Dios, incluso los pensadores más profundos y los más experimentados conductores de pueblos. Ellos juzgan los acontecimientos con mirada temporal, del tiempo que pasa y desaparece sin retorno, en tanto que Dios los considera desde las alturas y desde el centro inmóvil de su eternidad. Los hombres tienen ante los ojos el estrecho panorama de unos cuantos años; Dios tiene ante él el panorama completo de todos los siglos. Los hombres pesan los acontecimientos humanos según sus causas próximas y sus efectos inmediatos; Dios los ve en sus causas más lejanas y profundas y los mide en sus más lejanos efectos.»

Y el Papa exhorta a los cristianos a dar crédito a Dios. ¿Y cómo? «Con toda la fuerza de una voluntad sostenida por la gracia y el amor, a pesar de todas las dudas sugeridas por las apariencias contrarias; abandonándose a la omnipotencia, la sabiduría, el amor infinito de Dios.» Dar crédito a Dios «es creer que nada en este mundo escapa a su Providencia, tanto en el orden general como en los detalles; que nada sucede, grande o pequeño, que no esté previsto, querido o permitido, y siempre dirigido por la Providencia a sus fines elevados y que en este mundo son siempre fines de amor hacia los hombres. Es creer que Dios puede permitir a veces en este mundo, por un tiempo, el predominio del ateísmo y de la impiedad, dolorosos oscurecimientos del sentido de la justicia, violación de derechos, tormentos de personas inocentes, sin defensa y sin apoyo. Es creer que Dios deja así a veces abatirse sobre los individuos y sobre los pueblos pruebas cuyo instrumento es la malicia de los hombres, en un designo de justicia, para castigar los pecados, para purificar individuos y pueblos por las expiaciones de la vida presente y llamarlos así a Él; pero es creer, al mismo tiempo, que esta justicia es siempre, en este mundo, una justicia paternal, inspirada y dominada por el amor. Por dura que pueda parecer la mano del cirujano divino cuando hace penetrar el acero en la carne viva siempre guiada y empujada por el amor; es únicamente el verdadero bien de los individuos y de los pueblos lo que la hace intervenir tan dolorosamente. Es creer, en fin, que las pruebas, en toda su acuidad, como el triunfo del mal, no durarán aquí abajo sino un cierto tiempo y nada más; que llegará la hora de Dios, la hora de la misericordia, la hora de la santa alegría, la hora del cántico nuevo de la liberación y del gozo (Salm. 96); la hora en la que, después de haber dejado que el huracán ruja un momento sobre la pobre humanidad, sea detenido y disipado por la omnipotente mano del Padre celestial, con un gesto imperceptible; la hora en la cual, por vías insospechadas para las inteligencias y los espíritus humanos, las naciones verán restablecerse la justicia, la calma y la paz».

El mensaje de Pío XII sobre el cirujano divino que por amor hace penetrar el acero en la carne viva de la humanidad, figura entre los textos más profundos y más bellos que hayan sido escritos en el siglo XX sobre el sentido de la historia. Estas páginas hacen pensar en San Agustín y merecerían ser comentadas frase por frase. Desgraciadamente, el tumulto de las armas ahogó la voz del Papa, así como su mensaje sobre la Providencia, perpetuamente actual en sus líneas de fondo, parece hoy universalmente ignorado. Es un tesoro enterrado en un injusto olvido.

Siempre a propósito del problema del mal, Tomás de Aquino hace una observación cuya serena audacia podría, en un primer momento, alarmar nuestros espíritus. El santo constata que, para el avance espiritual de las almas, Dios permite que algunas almas fervientes cometan faltas graves. Que Dios permita a sus amigos imperfecciones y hasta faltas leves, es comprensible. Pero que sus planes sobre los elegidos lleguen hasta permitir pecados graves,

parece sobrepasar nuestro entendimiento. ¿No estará exagerando Santo Tomás? Ciertamente, no. Aquí, como en otros lugares, como siempre, el santo argumenta a partir de la realidad, abierto a las luces de la razón tanto como a las de la fe.

En este punto, la inspiración del Doctor Angélico proviene de las confidencias de San Pablo acerca de la táctica de Dios: «Y a causa de la sublimidad de las revelaciones, por esto, para que no me levante sobre mí, se me dio una espina en mi carne, emisario de Satanás, para que apuñee, a fin de que no me levante sobre mí. Sobre esto tres veces rogué al Señor que lo separase de mí. Y me ha dicho: "Te basta mi gracia, porque la fuerza culmina en la flaqueza." Con sumo gusto, pues, me gloriaré más bien en mis flaquezas, para que fije en mí su morada la fuerza de Cristo. Por lo cual me complazco en las flaquezas, en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones, en los aprietos, por el nombre de Cristo. Porque cuando flaqueo, entonces soy fuerte»

A la manera de un buen médico

Citando una práctica en uso en su tiempo, Santo Tomás comenta: «Para prevenir o para curar un mal más grande, un buen médico permite o dispone que el paciente sea afligido por un mal menor. Así, para curar los espasmos, el médico provoca la fiebre. San Pablo muestra que el médico de las almas, Nuestro Señor Jesucristo, obra precisamente de este modo.» «En efecto, Cristo, para curar a los enfermos graves del alma, permite que un grandísimo número de elegidos se vean afligidos por enfermedades graves; y lo que es aún más digno de poner de relieve, permite que para separarlos de faltas más graves, caigan en pecados menos graves, aunque sean mortales.» «El pecado más grave, fuente de muchas otras faltas, es el pecado de orgullo, que aparta de Dios. Así, para obligar a sus elegidos a humillarse y prevenirlos así contra el orgullo, Dios permite que sean probados por una enfermedad o por cualquier otro defecto y a veces hasta por un pecado mortal. Vienen así a experimentar su debilidad y a apoyarse aún más en Dios, conforme a estas palabras de la Escritura: «Todo coopera al bien de los que aman a Dios» (Rom 8,28). Todo, no por su pecado, sino por una disposición de Dios.»

«Dios -prosigue Santo Tomás- actuó así respecto al Apóstol de los Gentiles: como la eminencia de su ciencia podía llevarle al orgullo, Dios puso una espina en su carne.» ¿Qué hemos de entender por «espina»? Santo Tomás propone dos interpretaciones, la primera, literal, simbólica la segunda. Esta espina podría ser o bien una enfermedad psíquica, permitida para la salvación de su alma, o bien el ardor de la concupiscencia. Los exegetas han discutido mucho a este respecto. Sin querer obstinarse en un sentido literal más que en otro, Santo Tomás retiene sobre todo la lección espiritual: Dios permite, para el progreso espiritual de sus amigos que su vida esté erizada de dificultades, de humillaciones y de sufrimientos. Cada una de estas pruebas tiene una misión de purificación y de afinamiento que cumplir, aun cuando muy frecuentemente esto no se comprende sino mucho más tarde.

Al no haber conocido el sentido profundo de la prueba que le afligía, San Pablo suplicaba a Dios que lo liberase de ella: «por tres veces supliqué al Señor». Y Dios le otorgó lo que pedía, no materialmente, suprimiendo el mal, sino espiritualmente, dando al Apóstol las energías necesarias para hacer un buen uso de su sufrimiento.

De un lado, repelente; de otro, atrayente

Para mostrar la ambigüedad del mal, Santo Tomás recurre de nuevo a una comparación tomada de la medicina de su tiempo. Una realidad, dice, puede ser considerada bajo dos aspectos: en sí misma y en relación con otra cosa. Un objeto repugnante por sí mismo puede ser atrayente en razón de su utilidad. Es el caso de un brebaje amargo, prescrito por los médicos: repugnante en sí, es aceptable en tanto que factor de salud. Así ocurre con las tentaciones carnales; en sí mismas, en tanto que sujeto de tormento, son un mal; en tanto que ocasión de practicar la virtud, pueden ser un bien.

Esta observación proyecta haces de luz sobre el problema del mal. El santo mantiene que los encuentros con el sufrimiento y los enfrentamientos con la tentación representan una ventaja, no en sí mismos, sino en razón de lo que de ellos se sigue, a poco que se haga buen uso de esas pruebas. Se comprende así que grandes santos, como Ignacio de Loyola y Vicente de Paúl, hayan apreciado la presencia de dificultades en sus comunidades religiosas y cómo, por otra parte, se han sentido inquietos ante la ausencia de tales pruebas. Hasta tal punto estaban convencidos de que el sufrimiento es una ocasión de progreso espiritual y de conformidad mayor con Cristo, y de que la ausencia de sufrimiento, ocasión de estancamiento y, a veces, hasta de retroceso. «Porque a quien ama corrígele el Señor, y azota a todo hijo que por suyo reconoce». No ciertamente para su ruina, añade Santo Tomás, sino para su salvación... Asimismo, aquellos a quienes no castiga no están en el número de sus amigos... y la ausencia de graves pruebas es «como un signo de reprobación eterna».

Estas revelaciones sobre el sentido profundo de las pruebas nos invitan, en verdad, a la serenidad ante los males que pululan en la sociedad y ante las faltas que abundan en la Iglesia. Porque vemos los males y las faltas, pero ignoramos el bien que la omnipotencia de Dios obtendrá en ello. Si nos es absolutamente imposible hacernos una idea ni siquiera aproximativa de la omnipotencia de Dios, ¿cómo podríamos tener un concepto mínimamente adecuado de su presencia actuante en la Historia y de su capacidad soberana para sacar bien del mal?

Después de sus confidencias sobre sus pruebas íntimas y sobre la negativa de Dios a liberarlo de ellas, San Pablo se eleva a consideraciones generales: el poder de Dios toma libre curso en la debilidad del hombre que acepta sus miserias y confía en el Señor. Asimismo, San Pablo llega a complacerse «en las debilidades, en los apuros, en las persecuciones y las angustias sobrellevadas por Cristo», porque cuando flaquea, entonces es cuando es fuerte. ¡Qué paradoja! Hace falta que un hombre esté completamente loco, o que esté iluminado por una luz superior a todas las luces humanas, para considerar como ventajas lo que el común de los hombres entiende por males de los que hay que huir: enfermedades, debilidades, enemistades, insultos, vejaciones, persecuciones, angustias, todo ello soportado con Cristo y por Cristo.

Es preciso haber perdido completamente la cabeza o estar dotado de facultades sobrehumanas para lanzar este desafío al buen sentido: «Cuando flaqueo, entonces es cuando soy fuerte.» Pero el Apóstol habla por experiencia. Ha medido hasta qué punto la debilidad del hombre, reconocida y aceptada, atrae la fuerza de Dios. Ha sido inundado de fuerzas y luces extraordinarias. Es un privilegiado.

Lo que San Pío X consideraba como la santa más grande de los tiempos modernos, Teresa de Lisieux, ¿tiene acaso un lenguaje distinto que el del Apóstol cuando afirma que lo más grande que la Omnipotencia divina ha hecho en ella es haberle mostrado su pequeñez, su impotencia para todo bien? Al igual que el Apóstol, la Carmelita siente que la aceptación de su nihilidad, acompañada de una confianza sin límites en Dios, es fuente de fuerza espiritual y que, para operar maravillas en ella y a través de ella, Dios esperaba que se presentase ante Él con las manos vacías.

Una, gime; la otra, exulta

Teresa de Lisieux tenía un modo propio de considerar las faltas de los amigos de Dios y este modo no era precisamente el de la mayor parte de los cristianos. Nos lo pone de relieve un episodio, tomado del proceso de beatificación de la santa. El testimonio lo debemos a sor María-Magdalena del Santo Sacramento, quien en su testimonio subrayó el carácter sobrenatural de Teresa por sus tres hermanas carmelitas «y especialmente por la Madre Inés de Jesús, a la que amaba muy tiernamente». Un día estalló «una escena violenta» entre la Madre María de Gonzaga y la Madre Inés de Jesús, antigua y nueva priora, respectivamente, del Carmelo de Lisieux.

«Como yo me lamentase de ello, la hermana Teresa del Niño Jesús me dijo: «Me alegro: cuanto más veo sufrir a nuestra Madre (Inés de Jesús), más feliz soy.» Y consciente de haber expresado un pensamiento paradójico, que desafiaba todo buen sentido, sor Teresa añadió:

«¡Ah, sor María Magdalena, no conocéis el precio del sufrimiento; si supierais el bien que hace a su alma!» (a la Madre Inés de Jesús) .

La Madre María Magdalena se lamenta, la santa se regocija; la una llora, la otra se llena de júbilo. Y Teresa se alegra tanto más cuanto más sufre la Madre Inés, como si la desgracia de su hermana causara su felicidad. ¿Acaso nos encontramos aquí en presencia de una persona desequilibrada o frente a un ser superior?

«No conocéis el precio del sufrimiento», afirma la santa; lo que significa: No veis lo que yo veo; no discernía el bien que el Señor sacará de esta escena violenta, llevando a las dos religiosas, la antigua y la nueva priora, a humillarse ante Dios, a contar menos con su virtud y a apoyarse más en la fuerza de Él. La carmelita de Lisieux pensaba, seguramente, en la reflexión de su Madre, Teresa de Jesús: cuando en su Camino de perfección afirma que Dios conduce al que ama por «camino de trabajos y mientras más los ama, mayores».

Teresa de Lisieux, por el vigor de su fe teologal, reforzada por los dones del Espíritu Santo, participaba de algún modo de la visión que tienen los ángeles custodios de las vicisitudes de sus protegidos y de los acontecimientos de la historia. Los ángeles custodios, explica Santo Tomás, jamás se afligen por las pruebas y las faltas de sus protegidos, sino que permanecen imperturbablemente serenos. No por apatía, no por indiferencia, no por distracción, sino gracias a una visión más penetrante de los hombres y de las cosas. Los ángeles ven claramente que la Providencia dirige todas las cosas para gloria de Dios y para el verdadero bien de sus amigos. Por lo mismo, nada puede ocurrir aquí abajo que no esté de todo punto conforme a las disposiciones de Dios, porque «es imposible que la presencia de Dios se engañe y que su voluntad o sus planes sean contrariados». Nada, pues, se produce aquí abajo que pueda contrariar la voluntad de los ángeles, que está en todo punto conforme con la voluntad de Dios.

Del mismo modo que el ángel guardián de la Madre Inés de Jesús no se afligía por la «escena violenta» evocada en el proceso de beatificación por un testigo ocular, Teresa del Niño Jesús tampoco se entristecía. Ella se alegraba visiblemente, como exultaría invisiblemente el ángel guardián, convencida de que Dios extraería un bien mayor de aquel mal: las faltas cometidas por las dos religiosas. Teresa veía las cosas «como con los ojos de Dios».

Esto no quiere decir que la santa no sufriera con estas faltas. Debió, sin duda alguna, entristecerse por ello, puesto que tales faltas ofendían a Dios. Pero en Teresa la tristeza no predominaba como en sor María Magdalena. La alegría la transportaba, inspirada por una visión superior del incidente. Lejos de dejarse absorber por el aspecto negativo percibido por la razón, Teresa consideraba más bien los elementos positivos aprehendidos por la fe. Hubiera podido exclamar: Felix culpa. Su alegría íntima no podía explicarse de otro modo.

La extraña reacción de Teresa, ¿no proyecta, sinceramente, una luz singular sobre el problema del mal?

Stalin al servicio del Señor de la historia

En sus exposiciones sobre la Providencia, y más especialmente sobre el problema del mal, los autores espirituales y los predicadores suelen poner de relieve las ventajas de las pruebas. Citan hechos en apoyo de sus tesis, como las benéficas repercusiones morales de un revés de fortuna o de una larga enfermedad. Este proceder es excelente. Aquí la razón puede hacer grandes servicios a la fe. Los ejemplos tomados de la historia, y más especialmente de la hagiografía, pueden disponer al cristiano a acoger de buen grado las pruebas. Mas, sin embargo, sería un grave error señalar exclusivamente las ventajas visibles de aquellas pruebas. Los frutos más apreciados del «buen sufrimiento» son de orden invisible. Escapan a toda aprehensión. Ninguna estadística puede registrarlos, ningún análisis psicológico podría describirlos. Porque nos encontramos en el dominio de lo sobrenatural.

Se trata de tener confianza en Dios, cuyos planes difieren totalmente de los nuestros. Él ve desde más arriba, va más lejos, tiende hacia fines más elevados, como él mismo lo dice: «Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestras sendas las mías, mas como los cielos son más altos que la tierra, así mis caminos son más elevados que vuestros caminos» La

solución del problema, diría San Juan Crisóstomo, es la de no buscar, porque ya se ha encontrado: es la fe, la fe en la omnipotencia de Dios y en su sabiduría, una y otra al servicio de su amor, un amor inconmensurable, siempre en acción.

Teresa de Ávila afirma que el demonio causa un gran perjuicio al alma cuando la conduce a no creer que Dios tiene poder bastante para realizar cosas que van más allá de nuestro entendimiento. La santa pone en guardia contra una tentación sutil: «Así que, hermanas, las cosas ocultas de Dios no hemos de buscar razones para entenderlas, sino que como creemos que es poderoso, está claro que hemos de creer que un gusano de tan limitado poder como nosotros que no ha de entender sus grandezas. Alabémosle mucho, porque es servido que entendamos algunas».

Pablo VI puso de relieve que una lectura de la Biblia sin una guía segura puede ser más perjudicial que provechosa para los fieles. Tal observación se aplica sin duda a los pasajes de la Biblia, sobre todo del Antiguo Testamento, en los que se lee que Dios ciega al pecador, que endurece el corazón del Faraón, que abandona a los descreídos. Tomados literalmente, estos pasajes de la Escritura parecen hacer recaer sobre Dios la responsabilidad de ciertas faltas, y, en consecuencia, disculpar a sus autores. ¿Cómo hemos de entender esto?

Intérprete de la tradición cristiana, Santo Tomás explica que estos pasajes de la Escritura, que parecen poner en cuestión la inocencia de Dios, no deben ser tomados a la letra. Marcan, no una intervención directa de Dios, que endurecería un corazón o cegaría un espíritu, sino más bien una permisión de Dios, ya que, aunque pudiera hacerlo, no impide que un corazón sé endurezca o un espíritu se aparte de la luz.

Estas vigorosas expresiones, aparentemente paradójicas, son queridas por Dios, autor principal de los Libros Sagrados. Y tienen la ventaja de afirmar la extensión universal de la Providencia. Recuerdan al lector que tal episodio penoso, tal gesto criminal, tal actitud odiosa, han sido formalmente permitidos por Dios, que los ha insertado en los planes de su gobierno universal. No son hechos que se hayan producido a pesar suyo, o que se salgan de sus planes. Dios lo ha integrado en la historia de la salvación, que se desarrolla al hilo de los siglos. Tienen un papel que jugar en ella; son los ministros del Señor de la historia. Sin saberlo, Nerón y Calles trabajaron para Cristo; sin saberlo, Juliano el Apóstata y Stalin cooperaron indirectamente, con su odio por la fe, a la purificación de la fe de los cristianos.

Parece sin embargo que debe evitarse un doble peligro en este dominio. En primer lugar, una interpretación demasiado literal, extraña a la tradición católica, imputaría indubitablemente a Dios responsabilidades morales que caen únicamente sobre los pecadores: Dios no produce el mal, sino que lo permite y lo utiliza. El hombre obra el mal libremente; por lo tanto, es responsable de él. En el otro extremo, una visión superficial de las cosas puede llevar a sustraer el mal moral del gobierno divino, a cortar toda relación del mal con Dios, como si todo lo que existe no dependiera de Aquél que en cada instante da a todos los hombres vida, movimiento y existencia.

El gángster que comete un atraco, el blasfemo, el seductor, cesaría de pecar si Dios dejase de mantenerlos en la vida, como la lámpara eléctrica dejaría de iluminar mi cuarto si la central eléctrica cortase la corriente. Los pecadores emplean contra su Creador las energías que han recibido de él. Sin la ayuda material de Dios, el ateo militante no podría aventurarse a probar la inexistencia de Dios. En consecuencia, si Dios tolera -en vez de impedir- el atraco, la blasfemia, la seducción, la labor de zapa del ateo, es que en Sus planes el mal cumple una función. Dios no permite nunca el mal sino en vistas de un bien superior conjunto. Esto se nos escapa la mayor parte del tiempo, mientras que Dios lo conoce, pues su mirada abraza todas las cosas, pasadas, presentes y futuras.

¿Quién es responsable de las disonancias?

Aún se plantea un problema más delicado conexas con la presencia actuante de Dios en todas las cosas. Si coopera directamente al delito, al dar vida y movimiento al criminal, ¿no asume Dios alguna responsabilidad en ello? ¿Cómo conciliar su santidad con su sostén indirecto del mal?

Algunas comparaciones tomadas de la vida cotidiana nos ayudarán a delimitar mejor las responsabilidades. Un padre de familia que provee de una fuerte suma de dinero a su hijo,

estudiante universitario en una ciudad lejana, ¿es responsable del mal que hace su hijo, si, en lugar de comprar los libros, se dedica al desenfreno y a la ociosidad? Si un músico, por una distracción, comienza demasiado pronto o demasiado tarde a ejecutar su parte en la orquesta y produce así disonancias en el concierto, ¿incumbirá acaso la responsabilidad al director? Otro ejemplo: ¿a quién imputará su defecto un hombre cojo como consecuencia de una malformación de la tibia?, se pregunta Santo Tomás. ¿A la vitalidad del hombre o a la curvatura de la tibia? La respuesta está clara: es la malformación de la tibia la que provoca la claudicación, así como la distracción del artista es lo que provoca la disonancia en el concierto, y como son las pasiones desordenadas las que llevan al estudiante a emplear en sus diversiones el dinero destinado a los estudios.

En vez de la alta santidad que estalla a lo largo de la historia de la Iglesia, la humanidad no hubiera conocido sino una modesta honestidad moral. «Dios -afirma San Agustín- tenía en cierto modo necesidad de los abismos de las miserias humanas para verter en ellos los abismos de las riquezas divinas. Ha preferido sacar el bien del mal, en lugar de impedir todo mal». La sobreabundancia del dar sin cesar, dar con abundancia, dar con sobreabundancia. Su misericordia infinita va en demanda de miserias, como un trapero va en busca de trapos.

Internado en un hospital

Esta conducta de Dios parece desconcertar la razón del hombre abandonada a sus propias luces. Esta manera de actuar de Dios parecería si no una locura, al menos una paradoja a los ojos de quienes ignoran todo acerca de las «costumbres de Dios». Pero los santos juzgan de otro modo. Participan de algún modo de la consideración divina sobre la utilidad de las faltas y de las pruebas. Esa es la razón por la que los santos aprecian el sufrimiento. «Morir o sufrir» dirá una Santa Teresa de Ávila, a quien una vida desprovista de sufrimientos le parece una vida desprovista de alicientes. San Juan de la Cruz responderá: «Padecer y ser despreciado por vuestro amor», cuando Cristo le pregunta qué quiere en recompensa de sus servicios, porque para el Hermano Juan el amor vale más que todo, y el amor florece sobre todo en las pruebas y en el sufrimiento.

Sin las religiosas de su convento, que pusieron a prueba su sensibilidad y su paciencia y sin la tuberculosis que la minaba, ¿hubiéramos tenido hoy una santa y una maestra espiritual de la envergadura de Teresa de Lisieux?

Cuando su padre fue internado en un hospital de Caen, Teresa Martin escribió a su hermana Catalina, abatida por el golpe: «Te vas a extrañar si te digo que estoy muy lejos de tenerte lástima, sino que, mira tú, encuentro tu suerte digna de envidia.» Esta prueba hará madurar a Celina. «Ah, hermanita querida, lejos de quejarme a Jesús de la cruz que nos envía, no puedo comprender su amor infinito sino porque nos trata así. Es necesario que nuestro querido padre sea muy amado de Jesús para padecer estos sufrimientos. Pero, ¿no te parece que la desgracia que ahora le golpea es precisamente el complemento de su bella vida? «Siento... que digo verdaderas locuras, pero no importa, pienso muchas más cosas sobre el amor de Jesús que posiblemente son aún más fuertes... ¡Qué felicidad ser humilladas! Es el único camino que lleva a la santidad... La vida no es sino un sueño y pronto nos despertaremos, y ¡qué alegría!..., cuanto mayores sean nuestros sufrimientos, mayor será nuestra gloria... Oh, no perdamos la prueba que nos envía Dios; es una mina de oro que debemos explotar, no perdamos la ocasión... es el martirio que comienza, entremos juntas en la lid».

Cuando escribía esta carta, que algunos encontramos asombrosa, diametralmente opuesta a nuestro modo ordinario de ver las cosas, Teresa acababa de entrar en el Carmelo de Lisieux; tenía dieciséis años. Dotada de una precoz ciencia infusa, tenía los mismos puntos de vista sobre el problema del mal de su padre espiritual Juan de la Cruz. Y al exponérselos a su hermana, la joven religiosa sabía bien todo lo que había de paradójico y de aparentemente inhumano en sus consideraciones. Sabía que decía «verdaderas locuras». Sin embargo, ella siguió adelante, con el dulce vigor de su afección sobrenatural, persuadida de que las crueles exigencias de la cruz son más saludables que los compromisos de la tibieza.

El papel de las pruebas y los sufrimientos es tan importante en la vida cristiana que Santo Tomás de Aquino llega a afirmar, incluso, con su imperturbable serenidad, que Dios da a los justos la parte de bienes temporales y también de males temporales que necesitan para alcanzar la vida eterna. Y el arcángel Rafael explica al viejo Tobías que precisamente porque era agradable al Señor es por lo que éste le había enviado los sufrimientos: tan verdad es que Dios parece reservar las penas más crucificantes a sus mejores amigos: «Créme, hija mía -dice Nuestro Señor a Teresa de Ávila-, cuanto más amada es una persona por Dios y ella responde con su amor, más pruebas recibe de él»

¿Por qué quejarse?

La conclusión, para Santo Tomás, es «que no son los que sufren los que deben quejarse, sino quienes pierden los méritos de sus sufrimientos resistiéndose a la voluntad de Dios.» Lo que significa decir, una vez más, que las personas que Dios, para su salvación o su perfeccionamiento espiritual, envía un padecimiento, una larga enfermedad, un mal incurable, un duelo, una pérdida económica, una desgracia, etc., no deben quejarse por ello, así como no debe quejarse el paciente a quien se prescribe una severa dieta para curarlo de una hepatitis. Quienes en realidad debieran quejarse son aquellos que se revuelven contra las disposiciones tomadas por Dios para su bien, como el enfermo que se resiste a obedecer las decisiones tomadas por los médicos para su curación..

Notemos, sin embargo, una diferencia: el enfermo ligeramente versado en medicina percibe lo bien fundado de las prescripciones de su médico. Conoce la utilidad de los medicamentos y adivina la urgencia de una intervención dolorosa, en tanto que cuando estamos en las manos de Dios, el «médico de las almas», nos encontramos sumidos, con frecuencia, en las nos escapa el lazo entre el sufrimiento o la prueba y nuestro verdadero bien. No sabemos reconocerlo -a lo sumo lo entrevemos en algunas circunstancias- mientras que Dios lo ve perfectamente. En fin de cuentas, se trata de tener confianza en él y reconocer la infinita superioridad de su saber sobre el nuestro.

«Por grande que la sabiduría humana pueda parecer al hombre, comparada con la sabiduría de Dios, no es casi nada: quasi nihil est», observa Santo Tomás. No dice que es nada, sino que es casi inexistente, pues tan pequeña es en relación con la de Dios. Algo semejante podría decirse de un grano de arena, que no es casi nada, junto la Gran Pirámide. Santa Matilde, apareciéndose después de su muerte a su amiga Santa Gertrudis, le explicaba cómo las proporciones se esclarecen a la luz del cielo: comparado con el amor del Salvador por las almas; el afecto de una persona por sus amigos es como una gota de agua en medio del océano.

Los designios y los planes de Dios desembocan en una felicidad situada en el más allá, mientras que los deseos y los proyectos del hombre no movido por la fe tienden a una felicidad terrena. ¡Cuántas disposiciones de la Providencia que aquí abajo nos aparecen duras, e incluso crueles, nos aparecerán, a la luz de la eternidad, tiernas y saludables! Asimismo, veremos que la Providencia no extiende su acción sobre el mundo de un modo general, sin ocuparse en los detalles de los hombres y de las cosas, abandonándolas al juego de las leyes de la Naturaleza, después de haberles dado la existencia. Nos aparecerá entonces que la Providencia de Dios cubre hasta las más pequeñas células del ser y hasta los movimientos de los más pequeños insectos. Una de las grandes alegrías de los elegidos, afirma San Agustín, será constatar cómo todas las vicisitudes de sus vidas, y más especialmente las pruebas, han contribuido a encaminarlos hacia su último destino: la visión de Dios cara a cara. Ocasión de tropiezo para tantos hombres en esta vida, el problema del mal será para los elegidos un motivo suplementario de admiración y de alabanza de Dios, Señor de la historia. Lo que les hizo llorar sobre la tierra, los hará exultar perpetuamente en el cielo.

Los forzados de las galeras de Dios

Y los elegidos verán que a su santificación no habrá contribuido poco, a pesar suyo, y, sin saberlo, el que la Sagrada Escritura denomina el Maligno por excelencia: Satanás. Cuando, en nuestro lenguaje humano a veces impreciso e incapaz de expresar la vehemencia de nuestras pasiones y la delicadeza de nuestros sentimientos, queremos afirmar de una persona o de un acto que son verdaderamente malos, decimos que son satánicos. Esta es la palabra elegida al final de la guerra por un sacerdote alemán, Monseñor J. B. Neuháusler, vicario general de

Munich, para calificar el nacionalsocialismo. Ninguna otra palabra de nuestro lenguaje humano, parece calificar el mal tan vigorosamente como aquélla: satánico.

Del mismo modo, un poeta ha sabido crear un verso de una profundidad doctrinal y de una belleza literaria maravillosas. Define a Satán como el que quiere siempre el mal y hace siempre el bien. La fórmula es digna de un San Agustín, quien seguramente hubiera precisado que es por su malicia por lo que Satanás quiere siempre el mal, así como es por influencia de Dios por lo que en fin de cuentas contribuye indirectamente al bien; Dios sabe utilizar la malicia del demonio. Le deja actuar en la exacta medida en que sus obras son útiles a la salvación de los elegidos. Ni más ni menos. «Llegaréis hasta aquí, manda Dios a las olas desatadas de la mar; aquí se romperá vuestro furor». Un mismo orden de Dios regula los desencadenamientos del odio de Satanás contra los hombres.

Satán tiene que cumplir una misión muy precisa en la historia de la salvación. Según Santo Tomás, Dios, después del pecado, hubiera podido precipitar en lo más profundo del infierno a Satanás y a los otros ángeles rebeldes. No lo hace entonces, sino que lo hará más tarde. En ese tiempo, Dios utiliza a los demonios, haciéndolos trabajar como forzados para el progreso de su Iglesia, fin supremo de su «política». Satisfaciendo su odio, realizan indefectiblemente los designios de amor de Dios. Así los demonios se encuentran reducidos a la extraña ambigüedad de acumular en su persona un papel de destrucción y otro de construcción: quieren siempre el mal y, a pesar suyo, sirven siempre a la causa del bien, porque del mal que ellos quieren, Dios saca infaliblemente el bien que ellos no quieren.

«Dios tiene necesidad de los hombres», dice el título de una de las más bellas películas de Pierre Fresnay. «Dios necesita a Satanás», podría afirmarse igualmente. Pero con ciertas precisiones. Absolutamente hablando, Dios no tiene necesidad de los hombres para su felicidad, como tampoco necesita del concurso de Satanás para realizar sus planes de salvación de la humanidad. Podría muy bien pasarse sin Satanás, pero no lo ha querido así, sino que ha decidido utilizar las fuerzas del Malo, insertando esta aportación en sus planes. Admitido esto, se puede afirmar con toda verdad que el concurso de Satanás es en adelante necesario para la economía de la salvación: Dios necesita de los demonios porque ha decidido utilizar para el bien de la Iglesia su acción, dirigida siempre hacia el mal. Satanás juega de este modo un papel en la historia de la salvación.

Así, el mundo de los demonios es una potencia, una gran potencia, muy superior a los Estados Unidos de América, a Rusia o a China, pero una gran potencia controlada por una superpotencia: potestas illa est sub potestate dice San Agustín -. Este poder (el de los demonios) está controlado por otro poder. «Los demonios no pueden hacer lo que quieren sino en la medida en que lo permite Aquel cuyos planes no pueden ser ni comprendidos, ni justamente criticados por nadie».

En los mares del Japón y de la China

San Agustín, San Gregorio el Grande y Santo Tomás subrayan la riqueza de enseñanza de los dos primeros capítulos del Libro de Job, que revelan el papel secreto de Satanás en las pruebas que se le presentan al justo. La virtud de Job irrita a Satanás, que la encuentra intolerable y querría abatirla. Las pruebas le servirán de instrumento para realizar su designio. Pero para desencadenar las pruebas sobre Job, Satanás necesita el permiso previo de Dios. Lo pide, y Dios se lo concede, pero rigurosamente limitado: «Ahí está cuanto posee a tu disposición, salvo que no pongas en él tu mano». Luz verde en una determinada dirección, sí; carta blanca, no.

Con esta autorización, Satanás puede actuar. Y desencadena sucesivamente cuatro desastres: los Sabeos arrebatan a Job las reses vacunas y las asnas y pasan a cuchillo a sus servidores; fuego del cielo cae sobre su ganado; los Caldeos se apoderan de sus camellos y también asesinan a los servidores; por último, los hijos de Job perecen bajo los muros de la casa que se derrumba. Como Job acepta estas pruebas con una perfecta sumisión a Dios, Satanás, enfurecido, lleva más adelante su ofensiva. En una segunda conversación con Dios obtiene de éste el permiso de golpear a Job en su propio cuerpo, si bien respetándole la vida. Satán vuelve a fracasar: Job sigue sometido a Dios. Y es que detrás de las causas inmediatas de aquellas

calamidades, Job sabe discernir, claramente, la mano de Dios. Detrás de los Sabeos y los Caldeos, detrás del rayo y del huracán que derriba la casa, Job ve al Señor. Job sobrepasa las causas segundas para remontarse a la Causa primera: «Yahvé me lo dio y Jahvé me lo ha quitado; el nombre de Yahvé sea bendito» .

Job no atribuye sus riquezas a conjunciones favorables ni a su prudencia ni a su virtud; del mismo modo que no acusa a los Sabeos y a los Caldeos, al rayo o al huracán de haberle privado de sus hijos y de sus riquezas. Lo que Dios le había dado, Dios se lo ha quitado, cada vez por el juego de las causas segundas. A este propósito, Santo Tomás señala un error sutil: creer que fueron las iniciativas de Satanás las que llevaron a Dios a permitir que Job fuera tentado. No, la iniciativa vino de Dios. Desde lo alto de su eternidad había designado hacer resaltar la virtud de Job y a este fin utilizó la malicia de Satanás.

La observación tomista es de un valor práctico considerable. No imaginemos a Dios como un jefe de Estado que cediera a pesar suyo ante las propuestas de su primer ministro o que de buen grado consintiera en una iniciativa en la que él no hubiera pensado. La omnipotente sabiduría del Creador jamás es adelantada o sorprendida por una iniciativa de las criaturas. Es Él quien inserta el juego de las criaturas en el suyo, y no ellas quienes insertan su juego en el juego de Dios. Las pruebas parten, primordialmente, de la iniciativa de Dios; las criaturas, buenas o malas, no hacen sino ejecutar sus designios.

«El Señor permitió por bondad lo que Satanás demandaba por malicia.» Hay que saber, en efecto, que «la voluntad de Satanás es siempre mala, pero que su poder no es jamás ilegítimo. Porque su voluntad proviene de él, pero su poder proviene de Dios. Lo que él quiere hacer por maldad, Dios, por justicia, permite que lo haga» Comentando las palabras de Satanás a Job: «Alarga tu mano y toca todo lo que él tiene. ¡Veremos si no te maldice en tu misma cara! » San Gregorio observa: «Cuando Satanás desea tentar al santo, dice, sin embargo, al Señor, que extienda su mano. Es muy de notar que no se atribuye a sí mismo la fuerza de dañar, él, que no cesa jamás de alardear orgullosamente contra el autor de todas las cosas. El diablo sabe que por sí mismo no es capaz de nada...».

Es decir, Satanás llama «mano de Dios» al poder solicitado y recibido de actuar contra los bienes de Job. Y así, Gregorio el Grande concluye invitando a los cristianos a no temer desmesuradamente a quien no puede actuar sino en los límites del permiso recibido de lo alto.

Esta es la línea de conducta seguida en sus viajes en Extremo Oriente por San Francisco Javier. Zarandeado por los tifones, que atribuía a la malicia de los demonios confabulados contra su obra de evangelización, escribía que las tempestades de estas regiones son las más violentas que jamás hayan sido conocidas; pero Dios Nuestro Señor es el dueño; Él reina en estos mares del Japón y de la China. Los vientos aquí son temibles, los escollos nada pueden sino lo que Dios quiera. Sólo permanece el temor de Dios, puesto que lo que las criaturas tienen de poder temible no se extiende más allá de los límites que el Creador les ha trazado. En suma, tempestades, bárbaros y demonios no pueden... hacernos mal, causarnos penas, sino cuando Dios se lo permite y no más que Él lo permite.

Las legiones de demonios que pueblan el universo están al servicio de Dios para la purificación y el progreso espiritual de los elegidos. Satanás, el príncipe de este mundo, se encuentra así reducido al papel de esclavo del Rey de los siglos. Necesita del brazo de Dios para llevar a cabo sus propósitos.

PARA LLENAR EL CIELO DE ELEGIDOS

Reconocer la mano de la Providencia en la historia está bien. Afirmar que la acción de Dios no pone trabas a la libertad de los hombres, sino, que, al contrario, la despierta y la sostiene, está muy bien. Profesar que Dios no permite el mal sino para extraer de él, misteriosamente, el bien, es rendir homenaje a Dios y, al mismo tiempo, contribuir a serenar los espíritus y a estimular las voluntades.

Pero estas afirmaciones sobre la presencia actuante de Dios en la historia de la humanidad no bastan. El viajero que, desde París o Berlín, debe encontrarse rápidamente en Roma, no se detiene en Turín o en Milán, sino que va directamente al fin de su viaje. La presencia de Dios en los acontecimientos no es una presencia inactiva, como la de una estatua, sino una presencia dinámica, a la manera de un motor. Empuja hacia un fin. Vemos que el hombre se agita, pero es Dios quien le lleva para conducirlo a algún sitio. El hombre propone, pero es Dios quien dispone con vistas a un fin, su fin.

Se ha puesto de relieve muy justamente que dos grandes «teólogos de la Historia», San Agustín y Bossuet, no se limitan a afirmar la acción de Dios en el mundo, sino que ponen el acento en el fin de esta acción: construir la Ciudad de Dios, o dicho de otro modo, procurar la salvación de las almas. San Agustín y Bossuet hubieran rubricado, sin duda, este pensamiento de María Teresa de Soubiran, fundadora de la Sociedad de María Auxiliadora, sobre el fin supremo de la acción de Dios en este mundo: «Dios ha hecho el mundo y él lo trastorna únicamente para hacer santos, sólo por eso».

La importancia de subrayar este fin sobrenatural se impone por muchas razones. En efecto, la causa final, que marca el fin de la acción, es justamente denominada la «reina de las causas». Predomina por su importancia; es una clave de arco. En una operación bien concertada, todo se dispone y organiza con vistas al fin que se quiere conseguir. Y para Dios, el fin a conseguir es la edificación de la Iglesia: salvar a los hombres identificándolos a todos con Cristo Jesús, en la unidad de su Cuerpo Místico.

«La Iglesia es el fin de todas las cosas»

Un gran contemplativo contemporáneo explica de qué modo este fin supremo -la formación del Cuerpo Místico, llamado también el Cristo total o el Gran Cristo, por oposición al Cristo personal- domina todas las iniciativas de Dios respecto a los hombres.

«En la eternidad, Dios contemplaba ya el Cristo total, la Iglesia, y encontraba en él sus complacencias como en la obra maestra de su misericordia. *Finis omnium Ecclesia*, la Iglesia es el fin de todas las cosas, según el testimonio de San Epifanio. Las mismas vicisitudes: caída de los ángeles, pecados de los hombres, no son permitidos por Dios sino como ocasión y medio de desplegar toda la fuerza de su brazo, toda la medida del amor que quería dar al mundo. ¿Acaso no ha dicho San Agustín que Dios no permite la caída de los ángeles sino para poder crear al hombre? El pecado del hombre es una «feliz culpa» que nos ha valido el Redentor» .

En esta visión cósmica, ¿qué papel tiene el Espíritu Santo? «El Espíritu de amor es el intendente encargado de ejecutar el designio eterno de Dios. Ha puesto los sillares realizando el Misterio de la Encarnación en el seno de María. Desde entonces, continúa su obra expandiendo en nuestras almas una caridad filial que nos identifica con el Verbo encarnado, Cristo Jesús. Esta gracia nos sitúa en Cristo para que constituyamos con él el Cristo total».

Habiendo mostrado así cómo la formación del Cuerpo Místico es la esencia misma del Cristianismo, el Padre Marie-Eugène marca el lugar de los hombres en la realización del designio de Dios sobre la humanidad. Cada uno tiene un preciso papel que desempeñar. «No hemos venido al mundo para que actuemos a nuestro antojo en él o para que realicemos nuestros fines personales. La Sabiduría divina nos ha colocado en él para que seamos los agentes humanos de su designio divino y los obreros de la tarea precisa que nos ha fijado en su plan.» «Seremos, con seguridad, agentes, amorosamente sometidos o rebeldes -esto dependerá de nosotros-, pero sea la que fuere nuestra actitud, el plan de Dios se realizará con nosotros o contra nosotros. Cuando se haya realizado, el curso del tiempo se detendrá; el mundo habrá vivido, porque la Sabiduría habrá realizado la obra para la que lo había creado.»

Desde estas alturas de Dios, nuestro contemplativo esclarece lo que la prensa y la televisión nos ofrecen cada día de desconcertante en la actualidad política, nacional e internacional: «Dictadores e imperios, pueblos e individuos se agitan. Sus agitaciones se inscriben en la

realización del gran diseño de Dios y son ordenados a él por su sabiduría, que penetra todo y lo dispone todo de un extremo a otro del mundo».

Un patrimonio del cristiano

Este descubrimiento del sentido profundo de la historia es un privilegio del cristiano. «Es sorprendente, nota un pensador cristiano, que los historiadores anteriores a Cristo, un Herodoto, un Tucídides, un Tito Livio, etcétera, jamás se preguntaran si la historia tenía un sentido. Ni siquiera en Polibio, el más curioso de todos. Ni Platón, ni Aristóteles, creyeron que la historia obedeciera a leyes generales que ordenasen los hechos contingentes. Herodoto, como en nuestros días Burckhardt, estima que el único fin de la historia es salvar del olvido los acontecimientos del pasado. Polibio centra sus escritos sobre el acrecentamiento del poderío romano, esbozando así una cierta significación -muy limitada- de la historia» .

Las cosas cambian con el advenimiento de Cristo. Inspirándose unos mucho, otros menos, en las luces de la Revelación, los pensadores antiguos y los modernos intentan descifrar el «sentido de la historia»: San Agustín, Orosio, Joaquín de Fiore, Bossuet, Voltaire, Vico, Condorcet, Hegel, Augusto Comte, Carlos Marx, etc. «Son numerosos, como puede verse, prosigue L. Cristiani. Y son, asimismo, extremadamente divergentes en sus opiniones respectivas. Y esto es lo que hace bajar la cabeza a los historiadores profesionales que tratan con escepticismo los andamiajes de este tipo, estimando que están basados sobre otra cosa distinta a los simples hechos».

Pero ¿está justificado el escepticismo para un historiador creyente cuando el mismo Dios se cuida de revelarnos el secreto de la historia? «La Biblia pone en todo momento a Dios en primer plano. Hace de él, por decirlo así, el primer personaje de la historia. Es Dios quien ha hecho el cielo y la tierra. Es Dios quien ha castigado a Adán culpable y le ha fijado su tarea, redentora de su pecado. Es Dios quien guía a los patriarcas, el que salva a Noé, quien llama a Abraham, quien conduce a José a Egipto, quien inspira a Moisés, establece su pueblo en Palestina, suscita los profetas, hace consagrar a Saúl y lo reemplaza por David. Es Dios, sobre todo, quien prepara y anuncia desde lejos la Encarnación, la realiza, se muestra a los hombres en Jesucristo, su Hijo unigénito; los rescata en el Calvario, funda una Iglesia infalible e indefectible para continuar su misión redentora hasta la consumación de los siglos. Desde la Creación hasta la Parusía de Cristo, Soberano Juez, todo está reglado, conducido, dominado por Dios». Es decir, que desde las primeras páginas del Génesis, historia de la creación, hasta las páginas finales del Apocalipsis, relato de las últimas peripecias de la Iglesia, la Biblia proclama esta gran verdad, con una precisión cada vez más creciente: Dios, y sólo Dios es el dueño de la historia, y él la conduce con mano dulce y fuerte, hacia el fin que le ha asignado: su gloria para la salvación eterna de las almas.

«El fin que Dios se ha propuesto al crear el mundo es necesariamente el mismo que persigue con su gobernación, escribía el cardenal Amette, arzobispo de París. Todo lo ha hecho para llenar el cielo de elegidos. Tal es, también, el término a que tienden todos los designios de su Providencia sobre los individuos y sobre los pueblos.»

En un sermón que causó sensación en la Universidad de París, donde fue pronunciado, Santo Tomás afirmaba que sobre las grandes realidades que son el objeto de nuestra fe, una viejecita (vetula) tenía un conocimiento más amplio que todos los filósofos juntos de la antigüedad'. Precisamente, una de las verdades familiares al pueblo cristiano y desconocidas para la cultura pagana, antigua y moderna, concierne precisamente al fin de la vida. Ya habiten en un rascacielos o vivan en chozas, la viejecita y el niño formados por un buen catecismo saben hoy que el hombre ha sido creado para conocer, amar y servir a Dios y por este medio conseguir la vida eterna". Acerca del sentido de la historia, el niño de la catequesis y su anciana abuela saben más que los hombres, por cultos que sean, formados fuera de la fe cristiana, sean diplomáticos, ministros, filósofos, premios Nobel o miembros de cualquier academia.

¿El destino, el dinero o la política?

En su encíclica *Ad salutem*, Pío XI exhorta a los católicos a meditar la doctrina del obispo de Hipona sobre el papel de Dios en la historia. El Papa alaba al autor de la Ciudad de Dios por haber puesto en claro, de manera patente, que la historia está verdaderamente dominada por el Dios de amor: «La historia de la sociedad humana no aparece al espíritu investigador de Agustín sino como el cuadro de la incesante efusión en nosotros de la caridad divina, dirigida al crecimiento de la ciudad celestial fundada por él, a través de los triunfos y de las tribulaciones, pero de tal modo que los excesos de la ciudad terrena contribuyen a la prosperidad de la ciudad celestial, según las palabras de la Sagrada Escritura: «Y sabemos que Dios coordina su acción al bien de los que le aman, de los que según su designio son llamados» .

Es decir, Dios conduce la historia hacia el crecimiento de la ciudad celestial, la familia de los elegidos, el Reino de Dios. El brazo de Dios dirige invisiblemente los pasos de los hombres hacia esta realidad escatológica. La afirmación de la primacía del papel director de Dios entraña la negación de la primacía atribuida a otros agentes, ya sea por el común de los hombres, ya sea por parte de los filósofos. «Insensatos -prosigue Pío XI- son, pues, aquellos que no ven en el curso de los siglos sino un juego ciego, sea del azar, sea de las pasiones y ambiciones de los poderosos de la tierra, sea, en fin, de la perpetua agitación de los espíritus a la búsqueda del progreso económico, cultural o material.»

En otros términos, la historia no está finalmente dominada ni por el azar, ni por la política, ni por la economía, la cultura o la búsqueda del bienestar. Todas estas fuerzas se encuentran puestas por Dios al servicio de los elegidos: «Los acontecimientos no tienen más que un papel: contribuir a la prosperidad de la ciudad de Dios, es decir, a la difusión del Evangelio y a la salvación de las almas, según los consejos secretos, pero siempre misericordiosos, de Aquel que abarca de extremo a extremo vigorosamente y lo gobierna todo con suavidad». Todo está, pues, en función de la marcha de los hombres hacia el más allá. «Pues no tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos en busca de la venidera»". «Porque nuestra ciudadanía en los cielos está»

Hegel, Marx, Mao...

En su discurso a la Asamblea General del Comité Internacional de Ciencias Históricas, Pablo VI dio, en síntesis, acerca del sentido de la historia, la misma enseñanza que Pío XI en su Encíclica sobre San Agustín. Solamente varía la forma. Pío XI, que se dirigía al mundo católico, procede por afirmaciones. Pablo VI, que habla a un auditorio ideológicamente pluralista, trata el tema con ciertos miramientos, por temor de disgustar a algunos sectores de su auditorio, y así, menciona por alusión el crecimiento de la ciudad celestial. Cuando Pablo VI plantea la cuestión articulada y matizada del sentido de la historia, se detiene en la autonomía de los hombres a la que nuestro tiempo es tan sensible. Planteada la cuestión, el Papa ofrece la única respuesta válida, apelando a aquellos asistentes que reconocen en Dios «el Dueño y Señor de la historia».

Se trata de una cuestión que ningún hombre de fe puede esquivar: «esta historia, tan múltiple, tan progresiva y tan ordenada en su desarrollo en ciertos aspectos, ¿está empujada por una fuerza ciega? ¿Es el fruto del azar, el campo de acción de sólo las libertades humanas enfrentadas las unas a las otras? O no deberíamos más bien intentar descubrir una sabiduría superior, ordenadora, que, permitiendo que se ejerciese libremente el juego de las libertades humanas en los límites que aquélla les asigne, controle, sin embargo, aquel juego y lo oriente hacia fines que les son conocidos y por medios a los que anima un amor inmenso por la humanidad?» «Más de uno, entre vosotros, y Nos lo sabemos, confiesa la existencia y la acción de este Dios oculto, pero misteriosamente presente, actuante a través de los acontecimientos de este mundo, y le rinde homenaje reconociendo en Él al Padre celestial, Dueño y Señor de la historia»

Formar elegidos, a través de las vicisitudes de la tierra, para poblar el cielo: tal es, pues, el fin hacia el que la Providencia hace converger todos los acontecimientos de la historia. «A los ojos de Hegel -escribe Jean Guilton-, la historia se ordenaba en torno al destino de Prusia, que al filósofo le parecía la finalidad de la historia. Para Marx, todo se ordena alrededor del reino del

proletariado. Seguramente que para Mao todo se ordena en torno de la prevalencia de un nuevo tipo de hombre, lo que justificaría lo que se ha hecho antes de él. Y Prusia, el proletariado, el hombre de mañana, son las imágenes (laicas) de lo que los judíos llamaban "reino de Dios" .

«La causa final es la causa de las causas»: los millares y millares de causas, que entran en liza a lo largo de los siglos, han sido orientados por Dios, con una mano a la vez dulce e irresistible, hacia esta causa final: producir elegidos para poblar el cielo. Dios, que es amor, no ha querido estar solo, según la profunda palabra de Dionisio Areopagita; ha creado los hombres por amor, y, después del pecado de Adán, los ha rescatado para hacerles compartir su felicidad.

«Pienso -escribe Jean Guitton- que los "santos" (elegidos) son la razón última de la existencia de las cosas. Me digo á veces que el mundo es un "hagiostat", un "hagiodromo", es decir, como pensaba Bergson (y estas fueron las últimas palabras que de él se imprimieron), "una máquina de hacer dioses". Mi viejo maestro M. Pouget me decía en el mismo sentido: "Dios ha creado el mundo para un puñado de almas que lo adoran"»

Un sacerdote, Claude Roffat, que sabe unir la atención a los acontecimientos del mundo y la adhesión a la fe, citaba también este pensamiento de Bergson, pero en un contexto paradójico. «Periódicos, radio y televisión se conjugan para proporcionarnos a diario su paquete -yo diría su "poubelle"- de noticias dolorosas, alarmantes, a veces atroces; cuidadosamente etiquetadas, publicadas en varias columnas en los unos, orquestadas en la radio, fotografiadas en televisión. Todas las desgracias invaden nuestros oídos y ofuscan nuestros ojos. Accidentes mortales, atracos sangrientos, raptos y asesinatos. Esto en el dominio privado; en el plano universal, guerra civil en Irlanda, guerra internacional en Vietnam, amenazando a la India y al Paquistán, presta a inflamar de nuevo el Próximo Oriente, y la tortura policíaca en Hispanoamérica, y las instituciones racistas en Africa del Sur, y esas máquinas de hacer locos en que se han convertido, en Rusia, los hospitales psiquiátricos» ' .

Y un pequeño golpe teatral: este desfile de «noticias dolorosas, alarmantes, a veces atroces», se termina con la entrada en escena de las palabras de Bergson: «Dios ha querido y concebido el mundo como una máquina de hacer dioses». Y esta máquina de hacer dioses funciona perfectamente, sean cuales fueren las impresiones de las gentes que ignoran su mecanismo. Cuando escribía esta frase, nota Claude Roffat, «Bergson era ya cristiano, y vivía en la esperanza». Su fe le llevaba a estar por encima de los acontecimientos -Stalin, Hitler y Mussolini triunfaban entonces- para descubrir la mano de ese «Dios que conmueve el mundo únicamente para hacer santos».

Como un solo hombre que avanza

En su elaboración de una grandiosa teología de la historia, escribe R. Jolivet, «San Agustín saca plenamente a la luz la idea, ya presente en el universalismo de los profetas judíos y esencial al cristianismo, de que la humanidad entera es como un solo hombre que avanza, a través de las pruebas y de las tentaciones, hacia un fin sobrenatural. La historia es como si estuviera dirigida por un pensamiento o una Providencia que, a través de las contingencias temporales, conduce al hombre y a toda la humanidad hacia unos fines que sobrepasan la naturaleza. Desde este punto de vista, el progreso es continuo, en tanto que el tiempo es irreversible: todos sus momentos tienen un valor y encierran un peso de eternidad; ninguno recuerda a otro y todos son solidarios. Todo colabora a la salvación del mundo. La historia no tiene vacíos: bajo sus rupturas aparentes, una continuidad real encadena todos los instantes de la duración»

En una notable obra sobre *El destino y la Providencia*, Edouard Stakemeier, teólogo alemán contemporáneo, subraya el dinamismo que traspasa los acontecimientos de la historia: todos están dirigidos hacia el más allá y todos son objeto de una opción de los hombres. Estos no pueden escoger entre la tierra y el más allá, sino entre un más allá con Dios y un más allá sin Dios. Quiéranlo o no, están embarcados en un navío que navega hacia la eternidad; y lo quieran o no, contribuyen a que la nave avance hacia su destino".

Theodor Haecker, filósofo alemán, pone de relieve la subordinación de la historia profana a la historia religiosa, o para emplear una expresión moderna, a la historia de la salvación: «Toda historia es la historia de un encaminamiento que conduce a la salvación, o de un encaminamiento

que aleja de ella; es la historia del acercamiento o del alejamiento de Dios... La historia no existe sino para la historia de los elegidos. A esta historia de los elegidos sirven indefectiblemente la fundación y el ocaso de los imperios, las guerras, las revoluciones... Todo lo que acontece está al servicio de esta finalidad. La felicidad y la desgracia de los pueblos, la paz y la guerra están subordinados a la salvación de los elegidos, cuya comunidad forma el reino de Dios». En él todo ha sido creado, dice San Pablo. Toda la historia de los pueblos tiende secretamente hacia Él, y los caminos del Imperio Romano han sido construidos para sus mensajeros no en los proyectos de los emperadores, sino en los designios de Dios, que hace trabajar hasta a los grandes de la tierra para la extensión de la Iglesia.

La historia religiosa está misteriosamente en el fondo de la historia profana; ésta existe para aquélla; se compenetran misteriosamente la una y la otra. «Historia profana e historia sagrada no son, pues, dos realidades separadas que se desarrollasen paralelamente, sino que están imbricadas la una en la otra. No hay concretamente sino una sola historia humana que se desarrolla a la vez en dos planos. La gracia de la Redención trabaja en pleno corazón de la historia. Puesto que el advenimiento del hombre nuevo en Jesucristo es el fin último hacia el que todo tiende, se puede decir que bajo una determinada consideración, la historia sagrada integra toda la historia profana».

Desde entonces, Jesús de Nazaret está verdaderamente en el centro de la historia. Y el «Cristo total», es decir, el Cristo difundido y extendido a través de los espacios y a través de los siglos, en una palabra, la Iglesia terminada es el objeto final de la historia. Todo lo que existe antes de Cristo está orientado, en el pensamiento de Dios, hacia su venida, y todo lo que sucede después de su primera venida, se beneficia de ella y está orientado hacia su segundo y definitivo advenimiento, que marcará el fin de los tiempos. Nosotros, hombres del siglo XXI, vivimos en una época situada entre estos dos polos.

la historia de los individuos y la de los pueblos. En definitiva, no es hacia el crecimiento del poder temporal del clero, ni hacia el aumento de las pretendidas riquezas de la Iglesia, ni tampoco hacia la consolidación de sus estructuras. Conviene precisar esto, porque la máxima: la Iglesia es el fin de la historia, podría prestarse a equívoco. Las estructuras jurídicas y los recursos materiales son, sin duda, necesarios para la vida de la Iglesia, pero con una necesidad subordinada a su crecimiento espiritual.

En la vía del crecimiento, la Iglesia comprende tres categorías de miembros, cuya participación de la vida de Cristo es diferente: los miembros de la Iglesia terrestre, que presentan aún impurezas; los de la Iglesia purgante, en vías de purificación, y los de la Iglesia celestial, plenamente purificados. El Concilio Vaticano II presenta esta visión grandiosa de la Iglesia: «En espera de que el Señor, escoltado por todos sus ángeles, venga en su gloria, y que, una vez destruida la muerte, todas las cosas sean sometidas a Él, algunos de sus discípulos caminan sobre la tierra, mientras que otros, después de esta vida, sufren la purificación, y otros, en fin, gozando de la gloria, contemplan claramente a Dios uno y trino, tal como es» (Lumen gentium, n. 49).

¿Catástrofe... o bendición para la Iglesia?

Esta orientación universal e irresistible de la historia hacia Dios nos invita a ser prudentes en la interpretación de los acontecimientos. «El Cuerpo Místico de Cristo es el verdadero sujeto de la historia, del mismo modo que la coronación de su crecimiento es la razón de ser y la medida del tiempo que fluye», escribe Irénée Marrou en su Teología de la historia. Pero debe añadirse que el modo concreto cómo se realiza este crecimiento permanece para nosotros en gran medida oculto. El cristiano sabe por la fe que la historia tiene un sentido, pero nada le permite unir este sentido a los aparentes éxitos de la historia, y menos aún a los de la civilización. «¡Cuántos santos permanecen desconocidos, cuántas acciones han originado consecuencias felices o nefastas que nosotros no hemos podido ni medir ni prever! Tal acontecimiento, tal acción..., puede aparecernos como catastrófica para la Iglesia o, al contrario, benéfica para ella mientras que... su influencia ha actuado finalmente en sentido opuesto.» La humanidad avanza «en la penumbra». El cristiano no conoce el sentido concreto de los acontecimientos de la historia, aunque sabe que ésta tiene un sentido, ciertamente.

En resumen, «la historia de la salvación se entrecruza con la de los hombres y la de las ciudades. Están entremezcladas. Lo que aparece poco a poco no es un sentido, sino que son sentidos fragmentarios».

Durante un Congreso de Teología de la Historia, celebrado en Roma en enero de 1971, el P. Yves Congar, O. P., citaba algunas interpretaciones aventuradas de hechos históricos dadas por eclesiásticos de la Edad Media. Del mismo modo, continuaba, un sabio eclesiástico pensaba, «después del desastre de Francia en 1870, que los obispos pertenecientes a la minoría del Concilio Vaticano I, habían sido castigados, porque los prusianos ocupaban su ciudad episcopal y no la de los buenos obispos, favorables al Papado. No se planteaba la cuestión de saber si la ocupación de Roma por los ejércitos del Piamonte tenía o no un sentido de castigo del cielo... Pero en el Concilio, como es bien sabido, una tormenta formidable acompañó la solemne declaración del dogma de la infalibilidad: «Es la protesta del cielo contra la nueva idolatría», murmuraban en voz baja los adversarios de la definición. «Es como en el Sinaí el acompañamiento de la revelación divina», decían triunfantes sus partidarios. Pero, simplemente, no era más que una tormenta de verano. No es la teología, una pseudoteología, la que podía pronunciar aquí una palabra razonable, sino la meteorología. ¿Qué lección extraer de estos menosprecios?

«El teólogo ve las cosas desde el punto de vista de Dios, pero no es Dios; está ligado a lo que Dios ha dicho. Es verdad que Dios habla por y en los acontecimientos, pero, salvo un carisma profético que ni el teólogo ni el historiador están seguros de poseer, no tenemos, para interpretar los acontecimientos como "signos del tiempo", más que la luz de la Revelación testimoniada en las Escrituras y contemplada por la Iglesia en la secular meditación de su Tradición, a su vez moderada por su magisterio pastoral. Esta Revelación es obra del Espíritu Santo, y está centrada totalmente en Jesucristo. Él es quien posee el sentido global y envolvente de la historia. Es la puerta de toda teología de la historia, y su Cruz es la clave de ella».

El P. Congar toma de la literatura francesa una comparación que traduce bien el carácter fragmentario de nuestro saber histórico. «Es verdad, conocemos el plan de salvación de Dios en sus grandes líneas: sabemos, por la fe y por la esperanza, a qué término se encamina el mundo. Textos como los de las epístolas a los Romanos (8,18-30) o a los Efesios (1,3-23) lo señalan de un modo brillante. Nuestra situación es, en cierto modo, inversa a la del hombre natural, que podría ser ilustrada con el caso de Fabricio, el personaje de La Cartuja de Parma, de Stendhal, asistente a lo que más tarde se dijo que había sido la batalla de Waterloo: sosteniendo la brida de un caballo en medio de un campo, no vio sino hechos banales en el pequeño cuadro en que se encontraba; se le escapó totalmente el sentido del conjunto. En la fe nosotros conocemos el sentido de la totalidad, pero en el pequeño marco de nuestra existencia cotidiana se nos escapa con frecuencia el sentido de los hechos particulares. Y es que la historia de la salvación o de la santidad y la historia contemporánea o cósmica se encuentran mezcladas sin confundirse»

Un historiador católico de la primera mitad de este siglo, Georges Goyau, invita también a mostrarse reservados ante la interpretación de los acontecimientos de la historia: «No negaré que con frecuencia se da cierta indiscreción en pretender leer, detalle por detalle, lo que Dios pretendió al permitir o determinar un acontecimiento o una serie de acontecimientos o al concertar una coincidencia; y tales indiscreciones se asemejan a una intrusión en los consejos divinos mucho más que a un homenaje respecto a la Providencia».

La ocupación de Roma por las tropas del Piamonte en septiembre de 1870 y la caída del poder temporal de los Papas merecería figurar como un ejemplo clásico en una teología de la historia. Esta ocupación constituyó un delito contra el derecho internacional; fue una grave ofensa a la Iglesia Católica y a su Jefe. En consecuencia, todos los Papas protestaron contra este delito, desde Pío IX, testigo de ello, hasta Pío XI, a quien la Providencia reservó el poner fin a la espinosa Cuestión Romana y la conclusión de un concordato que «devolvía Dios a Italia e Italia a Dios». La ocupación de Roma fue un mal, pero un mal del que Dios sacó un bien -y qué bien: un papado liberado de la ganga, útil en otro tiempo, del poder temporal; un papado despolitizado, un papado dedicado solamente a su papel espiritual. Si se considera la caída de los Estados

Pontificios desde una luz puramente humana, los católicos tenían el derecho -e incluso el deber- de quejarse. Pero si, elevándose a un plano superior, consideraban los hechos bajo la iluminación de la Revelación y más especialmente a la luz del capítulo III de la Carta del Apóstol Pablo a los Romanos, tenían el derecho de abandonarse a la Providencia, que todo lo volvía en favor de sus amigos. Firmes en las seguridades que el mismo Dios les daba en la Escritura, estaban en el derecho de esperar el bien que tarde o temprano extraería Dios de aquel mal. La espera se prolongó desde el 20 de septiembre de 1870 hasta el 11 de febrero de 1929, fecha de la firma de los Acuerdos de Letrán por el cardenal Gasparri, secretario de Estado de Pío XI, y por Benito Mussolini, primer ministro del Rey de Italia, Víctor Manuel III.

La Historia vela y desvela

Aludiendo a la feliz solución de la Cuestión Romana, Juan XXIII hablará de la historia que «vela y que desvela todas las cosas». En el momento de la prueba, la ganga de los acontecimientos oculta con frecuencia el designio de Dios que utilizará el mal. Después, los días y los meses y los años pasan. Y he aquí que, por el juego de los acontecimientos, Dios levanta lentamente el velo que cubría su intención. Y ésta aparece. Y se descubre entonces con estupor que si el mal había sido grande, el bien extraído de allí por la mano omnipotente de Dios es más grande todavía.

En el pensamiento de algunos de sus partidarios, la anexión, por parte del Rey de Italia, de los Estados de la Iglesia significaba un golpe fatal para el Papado, y por lo mismo, para la Iglesia Católica. Mas lo que se produjo fue exactamente lo contrario. Lejos de ser destruída, o al menos debilitada, por la pérdida de los Estados Pontificios, la Iglesia salió de esta prueba purificada y revigorizada. Dios «prende a los sabios en su propia astucia», dice la Santa Escritura, y Santo Tomás comenta: Dios agencia las cosas de tal suerte que al dejar actuar a los sabios de este modo, impide el éxito de sus empresas y cumple al mismo tiempo sus propios designios. Así, al vender a José a los mercaderes egipcios para desembarazarse de él e impedir que se convirtiera en jefe de ellos, sus hermanos realizaron el designio de Dios que consideraba hacer de José gobernador de Egipto y salvador de su raza. Los políticos que a finales del siglo pasado se envanecían de haber asestado un golpe mortal a la Iglesia figuran así, a pesar de ellos mismos, entre sus insignes bienhechores.

Inspirado por una visión superior de las cosas, San Juan de la Cruz tenía, pues, razón para dar a sus lectores este consejo aparentemente paradójico: «Mira que no te entristezcas de repente de los casos adversos del siglo, pues que no sabes el bien que traen consigo ordenado en los juicios de Dios para el gozo sempiterno de los escogidos.» Vosotros no sabéis: he ahí la clave. El hombre ignora; Dios sabe. Pero si Dios lo quiere, el hombre puede saber, puede participar en esta ciencia de Dios: por la fe puede saber que Dios hace cooperar y concurrir todas las cosas al bien de sus amigos. Todas las cosas; la afirmación es categórica y no admite excepción. Esta máxima no emana de la especulación de un filósofo o de los sueños de un poeta, sino que tiene al mismo Dios por autor y fiador de ella.

La fe en este «Dios oculto, pero misteriosamente presente y actuante a través de todos los acontecimientos del mundo» con vistas a la edificación de la Iglesia es un antídoto contra el desaliento y la desesperanza. Es también un poderoso estímulo para la acción. De Moisés, la Sagrada Escritura afirma que se mostró inquebrantable ante las amenazas del Faraón: El Invisible había llegado a ser para él casi visible; tan vigorosa era su fe. Sabía que Dios estaba a su lado. Del mismo modo, el bien que Dios extraerá un día del mal puede ser percibido en alguna medida por una fe heroica: de una manera confusa, sin discernir aun la forma y los colores. Son como los pasos de un amigo misterioso que se oye venir en la oscuridad de la noche.

Guevara y Castro, ¿agentes de Dios?

Una cuestión, planteada a veces en el pasado, ha sido aireada de nuevo en el Congreso Tomista Internacional de 1974 y en el Coloquio Internacional sobre Teología de la Historia (1971): ¿en qué medida se puede presentar a los políticos y a los jefes militares como agentes de Dios? ¿Se

puede hablar legítimamente de la Gesta Dei per Francos, es decir, de la historia hecha por Dios a través de las empresas militares de los francos?

«Cuando leo que `en la acción revolucionaria es el mismo Dios el que derriba las estructuras antiguas para crear las condiciones de una nueva existencia más humana' (Shaull) o que `los revolucionarios realizan la obra de Dios' (Cardonnel), leo en realidad lo mismo que se expresa en Gesta Dei per Francos: la historia estaba hecha por Dios a través de las acciones políticas, militares, etc., de los francos en el siglo IX, volviéndose a utilizar después el adagio para justificar el imperialismo político del siglo XVII. Yo no sé si puede admitirse fácilmente desde un punto de vista teológico que Carlomagno y Luis XIV eran en verdad, ante Dios y por Dios, los fabricantes de la historia de Dios; pero si no se admite, se puede discutir el que lo sean Guevara o Castro»

Creemos que es preciso hacer aquí una distinción para no confundir los decretos de Dios y los designios de los hombres. Existe entre ellos identidad material, como diría un filósofo escolástico, pero no-identidad formal. Es cierto que, desde el momento en que se realizan, los hechos políticos, las empresas coloniales, las campañas militares, las revoluciones, forman parte del plan de Dios, en el que se encuentran insertos. Son piezas en esta máquina de fabricar santos que es la historia de la humanidad. Así, la traición de Judas se inscribe en el plan de Dios del mismo modo que la negación de San Pedro o las dudas del Apóstol Tomás. Pero -y aquí está el punto neurálgico- los políticos, los conquistadores, los revolucionarios, no siempre se lanzan a sus empresas para realizar lo que ellos tienen por la voluntad de Dios. Solamente los jefes santos, dóciles a la moción del Espíritu, actúan al «hacer política» dentro de estas perspectivas sobrenaturales.

Por detestables que sean las maniobras de un jefe de Estado maquiavélico, por odiosos que parezcan los métodos de un dictador sanguinario, por indignante que sea el cinismo de un revolucionario sin fe ni ley, no es menos cierto que al realizar sus proyectos ejecutan a la vez, sin saberlo, los designios eternos de Dios. Sus obras son ambivalentes. Si se rebelan manifiestamente contra la voluntad-mandamiento de Dios, no cumplen menos su voluntad-decreto. Todos los jefes son, así, instrumentos y agentes del Dueño de la Historia. En las manos del «Rey de reyes y Señor de los señores», las crueldades de un Stalin o las locuras de un Hitler cooperan misteriosamente al crecimiento del Cuerpo Místico como cooperan a él la política de inspiración cristiana de un Konrad Adenauer, de un Alcide de Gasperi o de un Robert Schumann. Sin pronunciarse sobre las intenciones de los artesanos de la historia, solamente conocidos por Dios, el cristiano juzgará, sin embargo, sus actos públicos a la luz de la ética natural y de la ley evangélica. Y constatará con satisfacción que tales jefes, preocupados por obedecer los mandamientos de Dios, han sido colaboradores deliberados del Señor de la historia sin que por ello merezcan ser canonizadas cada una de sus iniciativas, tributarias siempre de la incurable debilidad humana.

Al creyente pertenece, sobre todo, afirmar con fuerza -con una certeza de fe- que el plan salvífico de Dios engloba y utiliza todas las cosas, tanto los hechos y las gestas de un Carlomagno y de un Luis XIV como las empresas de un Castro y de un Guevara. Gesta Dei per...: las altas acciones de Dios realizadas por los hombres...; la fórmula puede prestarse a equívocos. La interpretación abusiva que se le ha dado, al justificar empresas moralmente injustificables, no debe cegarnos sobre las verdades profundas cubiertas por esta expresión que se remonta al monje benedictino Guibert de Nogent, historiador de la primera Cruzada.

Uno de los frutos de la familiaridad con el Apocalipsis, contemplado bajo la luz de la Tradición, es el progresivo descubrimiento de que «toda la historia no es sino la cabalgada pacífica y triunfal de Jesús a través de los siglos. Cristo domina verdaderamente toda la historia y la hace servir a sus planes». «Los economistas, los jefes militares, los dueños del mundo, los políticos, creen trabajar para ellos mismos..., pero nadie puede sustraerse al poder del Cordero; todos concurren a sus designios, y no realizan sino lo que él sabe y dispone». «Incluso la guerra, el exterminio y después el hambre y la muerte están al servicio de Cristo, no solamente porque estas plagas anticipan la condenación final, sino porque la preceden a título de remedios: sirven a Cristo, que es el Salvador».

No nos dejemos embaucar por las apariencias, insiste nuestro comentador del Apocalipsis: «Parece, en efecto, que la historia vaya contra los propósitos divinos, si no promete otra cosa que la muerte, la peste, el hambre y la guerra. En realidad, todo está ordenado al cumplimiento del designio de Dios; incluso el caballero rojo, el caballero negro y el caballero pálido obedecen a Dios. Le obedecen en tanto que... todo está ordenado para que el cielo se abra y acoja a los elegidos... Toda la historia humana que se desarrolla entre los dos advenimientos de Cristo -el advenimiento en la humildad y el advenimiento en la gloria- no tiene otro contenido, otra Tazón de ser, que la salvación de aquellos a quienes Dios ha elegido».

El Concilio Vaticano II y el misterio de la Historia

La Constitución pastoral sobre «La Iglesia en el mundo actual» habla de un misterio de la historia humana que solamente puede ser percibido por la fe". Este misterio radica en la «compenetración (aquí abajo) de la ciudad terrenal y de la ciudad celestial». El Concilio señala así una presencia secreta, inaprehensible por la razón dejada a sus solas fuerzas, pero perceptible para la fe. Esta realidad misteriosa es la «ciudad celestial» oculta en la «ciudad terrena», de manera semejante, podríamos decir, a como la divinidad de Cristo estaba oculta en su humanidad. Es el reino de Dios el que se desarrolla secretamente en los reinos terrenos, en las dictaduras y en las repúblicas. En virtud de esta compenetración de lo divino y de lo humano, de lo eterno y de lo temporal, «la Iglesia marcha con la humanidad y comparte la suerte terrenal del mundo». Pero esta marcha no la hace a la manera de un viajero que, por respeto a la libertad de sus compañeros de camino, se abstuviese en su conversación de tocar los temas religiosos. La Iglesia marcha con la humanidad esforzándose por impregnarla del espíritu cristiano: «La Iglesia es como el fermento y, por decirlo así, el alma de la sociedad humana llamada a ser renovada en Cristo y transformada en familia de Dios». Esta gradual transformación de la humanidad en marcha, que es expresa en la multiplicación de los hijos de Dios viviendo de su vida y creciendo en su amor, es el objeto de la historia. En fin de cuentas, la historia universal no tiene otra razón de ser que suministrar a Dios la materia prima de la que saca los «santos» y cooperar con él a la construcción del Cuerpo Místico de Cristo.

El plan soberano de Dios acerca del mundo hace converger hacia un mismo fin, cada una a su nivel y a su manera, directa o indirectamente, todas las actividades culturales, políticas, diplomáticas, militares y económicas de la ciudad terrenal, así como todas las actividades caritativas pastorales y apostólicas de la Iglesia. Este fin supremo es la santificación de los hombres y la glorificación de Dios.

Es decir, que en la búsqueda del sentido de la historia, «la razón no puede avanzar sino a la zaga de la fe», escribe Etienne Gilson al presentar la síntesis de la historia universal elaborada por San Agustín en la Ciudad de Dios. «Es... la Revelación la que nos permite seguir en el curso de la historia la construcción progresiva de la ciudad celestial y prever su terminación. El fin último, en efecto, es el establecimiento de la ciudad de Dios perfecta, en la beatitud eterna de la que gozará el pueblo de los elegidos. La construcción progresiva de esta ciudad según los decretos de la Providencia es la significación profunda de la historia, lo que confiere a cada pueblo su razón de ser, le asigna su papel e ilumina su destino»

DE LA DOCTRINA A LA VIDA

Llegados a este punto de nuestras consideraciones sobre el sentido de la historia, los lectores podrán extrañarse por nuestro silencio acerca del pensamiento de un Hegel, de un Karl Marx y de otros filósofos modernos. Este silencio es premeditado. La presentación de las diversas filosofías de la historia hubiera desbordado el cuadro de este estudio. Y además, hubiera distraído al lector, inútilmente, de lo esencial.

En efecto, este libro se dirige no a filósofos o teólogos, sino a católicos fervientes comprometidos en el apostolado. Lo que ellos esperan, en fin de cuentas, no son exposiciones eruditas sobre las diversas concepciones del sentido de la historia, ni consideraciones nebulosas sobre la evolución, sino aclaraciones y luces acerca del verdadero sentido de la historia tal como el mismo

Dios ha querido revelarlo. Lo que esperan no son las opiniones o las hipótesis de autores en perpetua investigación, sino datos claros y seguros, aptos para disipar sus dudas, para estimular su acción, para sostener su confianza y alimentar su vida interior. ¿Para qué, entonces, agobiar a estos cristianos con elementos embarazosos? ¿Para qué levantar sempiternamente ante ellos problemas religiosos y filosóficos sin aportar la solución correspondiente?

Los cristianos de hoy, infraalimentados espiritualmente, reclaman pan y peces; ¿para qué ofrecerles piedras y serpientes? En esta misma preocupación de servicio y de verdad, nos hemos abstenido asimismo de hacernos eco de determinadas interpretaciones subjetivas de las visiones del Apocalipsis. Estas interpretaciones pueden satisfacer, en una cierta medida, a la inteligencia del creyente, siempre en busca de luz y alérgica al vacío, pero no están revisadas por el magisterio de la Iglesia, único intérprete seguro de la palabra de Dios. De este libro maravilloso, verdaderamente divino, que es el Apocalipsis, hemos retenido especialmente algunas ideas maestras: «El que es, el que era y el que viene» es también el Señor de la historia y el «rey de reyes». Es el que hace que las pruebas y las persecuciones sirvan para el bien de su Iglesia y para el triunfo final del Cordero. A las vacilantes luces de una interpretación arriesgada, nosotros preferimos las sólidas oscuridades de los maestros de la fe. La fe es el más seguro refugio del alma, porque el Espíritu Santo es entonces su luz.

Pero si las interpretaciones subjetivas de la Escritura, así como las filosofías de la historia extrañas a la fe católica son de una utilidad discutible para nosotros los laicos comprometidos en la lucha, los ejemplos de una fe viril en el Maestro de la Historia son, por el contrario, ricas en claridad y confortación. Citaremos algunas.

Después de la guerra apareció, en traducción francesa, la obra de espiritualidad de un autor judío que vivió en España probablemente en el siglo XI d. C. *Les devoirs du coeur*, por Bahya Ibn Paquda. La traducción del original árabe era de André Chouraqui, primer alcalde de Jerusalén tras la constitución del Estado judío, y llevaba un prefacio de Jacques Maritain. Con Bahya, el lector occidental se encuentra situado en la encrucijada del judaísmo, del cristianismo y del Islam. El autor se ha inspirado en doctores de las tres grandes religiones y ha compuesto una obra llena de sabiduría que contiene páginas profundísimas sobre la trascendencia de Dios. Es, en palabras del cardenal Daniélou, «una especie de Imitación de Cristo judía, de un indiscutible valor religioso. Con él nos encontramos propiamente dentro de la mística judía, que es contemplación de Dios trascendente, tal como se manifiesta en el Antiguo Testamento». «Estas páginas merecen, con el más alto título, alimentar la meditación de un espiritual monoteísta», afirma Louis Gardet. En cuanto a Robert Gamzon, estima que ciertos pasajes de Bahya son «literalmente asombrosos» por su modernidad.

Una de las ideas claves de esta obra maestra de la espiritualidad medieval es, precisamente, la preponderancia de la Causa primera sobre las causas segundas, es decir, la supremacía absoluta de la acción del Creador sobre la actividad de las criaturas y por vía de consecuencia, la necesidad, para el creyente, de liberarse de un miedo injustificado a las causas segundas. ¿Por qué temer a los hombres y a los acontecimientos como si fueran dueños de sí mismos cuando no son otra cosa sino los ejecutores de los designios de Dios?

Los contemporáneos del místico judío del siglo XI no se planteaban la cuestión del sentido de la historia al modo como lo hacen los pensadores de hoy. La filosofía y la teología de la historia no ocupaban entonces los espíritus como lo hacen en la actualidad. Y, sin embargo, al conducir a sus lectores a las profundidades del misterio de Dios, Bahya los lleva al corazón mismo de una teología de la historia. No hace sino plantear las premisas; a los lectores toca lanzar una ojeada a las vicisitudes de los hombres y de los pueblos y sacar las consecuencias. Bahya afirma con decisión la trascendencia de Dios, que está más allá de toda conciencia y de toda imaginación. Se Le conoce tanto mejor, dice, cuanto más incognoscible se Le sabe. El autor pone en guardia contra la ambigüedad de las expresiones humanas aplicadas a los atributos de Dios. «Debemos saber que estas expresiones son empleadas en un sentido metafórico y retórico, a la medida de la receptividad de nuestra razón... Dios es más grande y más alto; infinitamente elevado por encima de todas las bendiciones y de toda alabanza». De esta infinita superioridad de Dios resulta la dependencia fundamental de las criaturas. «Dios tiene siempre razón contra el hombre, y el hombre jamás la tiene contra Dios».

Del mismo modo, «debemos abandonarnos en el Todopoderoso con una fe lúcida en su gobierno de todas las cosas y con la convicción de que el mal y el bien dependen solamente de su decreto, de su única voluntad, de su suprema palabra». «Cuando el hombre sienta que ninguna criatura puede hacerle ni mal ni bien sin la voluntad permisiva del Creador, cesará de temer a los hombres a de esperar nada de ellos, para abandonarse únicamente a Dios.»

«El hombre debe saber que un estricto determinismo limita a todos los seres de este mundo, sustanciales o accidentales. Nada puede ser añadido o sustraído a lo que el Creador... ha decidido en cuanto a su número, su cualidad, su tiempo y su lugar. No se puede multiplicar lo que ha decidido disminuir, ni disminuir lo que Él quiere multiplicar. No se puede retrasar lo que ha decidido adelantar, ni adelantar lo que ha decidido retrasar. En el orden del tiempo, del lugar, de la cualidad y de la cantidad, todo se realiza según el decreto de Dios en su presciencia. Todas las decisiones preexisten en él y se concretan por medio de causas que a su vez tienen otras causas. Quien no comprende esta economía del universo piensa que la causa segunda determina un cambio en los objetos y que es ella la que los transforma, siendo así que la causa segunda es por sí misma incapaz, por el hecho de su ineficacia y su debilidad». El pensamiento de Bahya alcanza alturas vertiginosas; para seguirlo hay que compartir su fe en la inefable trascendencia de Dios.

Mas, ¿cómo conciliar con la libertad del hombre lo que, inspirándose en los textos del Antiguo Testamento, denomina Bahya un «estricto determinismo»? Tal determinismo, inserto en la historia por la omnipotencia de Dios, ¿no excluye la libertad de las criaturas razonables? Como un San Juan Crisóstomo y un San Agustín, Bahya encuentra la solución de este problema de todos los tiempos en la insondable sabiduría de Dios afirmada por la Revelación: «Es verdadero y justo confesar nuestra ignorancia ante la sabiduría del Altísimo. Nuestro espíritu es débil, nuestra inteligencia mediocre, e inmensa nuestra ignorancia ante las gracias del Creador para que podamos comprender este misterio». «Hemos de creer estas dos verdades: determinismo y libertad, porque quien profundiza demasiado en la contradicción no escapa al pecado: desde cualquier lado que la aborde tropezará».

Un hombre feliz

Nuestro místico judío describe la dicha de quien renunciando a querer explicar lo inexplicable para el hombre se abandona a la omnipotente bondad del Creador. La alegría es el premio de la humildad. «El que se abandona totalmente ve en todas las cosas la voluntad del Señor. Le alaba en la felicidad como en la desgracia y canta su gracia durante toda su vida, tanto si Dios se muestra amoroso como justiciero. Los doctores nos dicen: «El hombre debe bendecir en la desgracia como bendice en la alegría».

«El que se abandona totalmente tiene el alma tranquila y el corazón confiado en la suerte que le espera. Sabe que Dios le conduce a su felicidad tanto en la tierra como en el cielo. El que no se abandona, vive en la angustia constante, en perpetuo cuidado, en una tristeza sin tregua, tanto en la buena fortuna como en la adversidad». Insatisfecho en la prosperidad y desesperado en las pruebas. «El que se abandona totalmente no se apoya jamás en las causas intermedias que utiliza; no espera ningún bien ni ningún mal que no sea querido por Dios. Su corazón se apoya en Dios y no en las causas segundas. El otro se ocupa de las causas segundas creyendo que pueden serle nocivas o útiles. Si le son útiles, las exalta y se alaba de sus esfuerzos y de su elección; se dedica a ellas sin límite ni medida y no sabe desligarse de ellas. En caso contrario, las abruma de reproches, las desprecia, las abandona, tan neciamente como el que ofrece sacrificios a su esparavel y quema incienso a su barredera, habiendo tenido por ello pesca abundante y suculenta comida. El pescador no piensa en dar gracias a Dios que conduce los acontecimientos.»

Este espíritu de abandono en el Señor de la historia previene a los creyentes tanto contra la adulación como contra el temor. «Si los hombres comprendieran que no está en poder de nadie el dar o el negar algo sin que ello sea conforme al decreto de Dios, no esperarían en nadie sino en Dios». «En los servicios pequeños o grandes que el hombre pide debe abandonarse a Dios

para que se realicen. Si los obtiene, debe estar agradecido a quienes se los conceden, sabiendo que han sido elegidos para esto por el Creador... Si sus deseos no se realizan por el intermediario previsto, que no lo recrimine y que no se le tenga en cuenta, sino que dé gracias a Dios, que escoge solamente el bien» «La felicidad y la miseria están solo en las manos de Dios» «Si sus enemigos, los que le envidian, sus adversarios, le causan un perjuicio, que no lo achaque a quien sólo ha sido el instrumento». En buena lógica, Bahya extiende estas consideraciones hasta los asuntos y negocios materiales: es Dios quien en definitiva decide si una cosecha será buena o mala: «El trabajo de la tierra y las siembras son las causas segundas del alimento... Si la tierra no produce nada o la cosecha ha sido destruida por un accidente cualquiera, no se debe en modo alguno incriminar al campo». «Que el hombre no multiplique sus ocupaciones ni se complazca en las causas segundas, porque si Dios no le diese más que el pan, los cielos y la tierra serían impotentes para añadir más, a pesar de todos los esfuerzos y por cualquier medio que fuese. En el abandono, el hombre goza del reposo del corazón y de la paz del alma, de lo que nada en el mundo le puede apartar. Su premio le llegará en el instante decretado, ni antes ni después».

En una palabra, «Dios lo dirige todo y nada ocurre a la más pequeña criatura que él no haya permitido, querido, decretado». Él es el Señor del universo y su brazo conduce la historia. Los hombres están sujetos a un misterioso determinismo que, lejos de limitar o trabar la libertad, la crea y la extiende. Como Santo Tomás, pero sin elevarse tan alto como él, el místico judío del siglo XI afirma con una convicción asombrosa que los hombres ejecutan infalible y libremente los designios de Dios.

La convicción de Bahya es contagiosa. Surgida de la vida, comunica la vida. Su fe es un fuego que ilumina y conforta. Este espiritual judío de la Edad Media, que descendió a los abismos del misterio de Dios y a las profundidades del alma humana, es singularmente actual. Su testimonio nos conmueve. Bahya tiene algo que decir a los hombres de la era atómica que se interrogan acerca del sentido de la historia; tiene algo que darles, aun cuando le falte el toque final que el Nuevo Testamento aporta al Antiguo y que se encuentra entre los santos y los místicos cristianos.

La mano por encima de todas las manos

En una de las más bellas páginas de su Diario, la mística cristiana contemporánea Lucie - Christine, de la que ya hemos hablado, pone asimismo a la luz la presencia actuante de Dios a través de las causas segundas pero con un fervoroso amor al que no podía elevarse Bahya. Lucie-Christine ve en los acontecimientos que nos afectan agradable o dolorosamente, como manos de Dios que nos acarician o que nos infligen saludables heridas. Y se propone, así, «amar todas las manos de la Providencia. Estas manos son las criaturas por las que Dios nos atiende y completa su acción sobre nuestras almas. Si sabemos ver a Él en ellas, las amaremos a todas».

«Hay manos que nos crucifican... Hay quien sin darse cuenta, nos tritura el corazón... Hay manos que nos flagelan... son las palabras venenosas... Y todas estas manos han trabajado para nuestra santificación. Hay también manos que nos consuelan... que nos expresan la bondad y la amabilidad de la Providencia...» «Hay manos que nos bendicen y que hacen que tenga éxito todo aquello que no podríamos lograr con nuestros esfuerzos... Son las oraciones de los pequeños y de los desgraciados... » «Hay manos, muy pequeñas a veces, que iluminan nuestro corazón con un rayo de sol y que, un día, en un instante, dejan este pobre corazón quebrado porque se han llevado la mitad al cielo con ellas... Pero por ellas, Dios concede el remedio con la herida; estas manecitas que adoran ya al Padre en su eternidad hacen descender al alma afligida el eco celestial de la beatitud... Hay, en fin, manos que nos conducen..., que nos llevan hacia Dios, y nos sostienen en el camino del cielo.»

Después de haber descrito así estas manos. de la Providencia, que son las criaturas de las que se sirve Dios para ejecutar sus planes, Lucie-Christine evoca «la mano que está sobre todas, sin

nombre que sea digno de ella». «Es esta mano la que con un signo puede pulverizar el universo, es la que llega al fondo del corazón humano, hasta este punto íntimo que nadie puede alcanzar» Los verdaderos amigos de Dios sienten su mano invisible y perciben por instinto la presencia actuante de la Causa primera tras las causas segundas. Este realismo sobrenatural aparece en la biografía de los santos fundadores de órdenes y de congregaciones, especialmente cuando se encuentran con resistencias o cuando la falta de recursos materiales, parece comprometer el impulso de su obra.

Dios se sirve de un oso

La vida de San José-Benito Cottolengo (1786--1842), fundador de la Piccola Casa della Divina Provvidenza (Casita de la Divina Providencia), en Turín, presenta un espléndido ejemplo de esta visión habitual de Dios como actuante a través de los hombres y de las cosas. La confianza alcanza en este santo un grado extremo, raro en las hagiografías. De una parte, el fundador recoge en su casa el desecho de la sociedad, es decir, los seres deformes, los enfermos, los pobres a quienes nadie quiere; de otra, confía únicamente en la Providencia, hasta el punto de rehusar establecer reservas de alimento y de dinero. Día a día espera de la Providencia los recursos con que alimentar a los pobres que ella le confía. Firme como el acero, cree en la palabra de Dios: «Pedid y recibiréis.»

Sus problemas con las autoridades civiles son reveladoras. J. B. Cottolengo pasa todas las penas del mundo para mantener su fórmula de no confiar más que en la Providencia, en tanto que se le presiona para que acepte apoyos humanos. Él se niega porque siente que éstos amenazarían con coartar su libertad espiritual. A las autoridades civiles les hubiera gustado, por ejemplo, que en vez de llamar a su obra Casita de la Divina Providencia, la hubiese denominado simplemente Casita de la Providencia; suprimiendo la referencia explícita a Dios. «No, dice, es únicamente la obra de Dios», de un Dios que se sirve de los hombres y de los acontecimientos para cumplir sus designios de amor. ¿Por qué considerar como señores a quienes no son sino sus ejecutores?

J. B. Cottolengo pone en guardia a sus discípulos contra el exceso en las manifestaciones de gratitud hacia sus bienhechores: que se les manifieste agradecimiento, sí, porque es un deber; pero que no se olvide jamás que ellos son también instrumentos de la Providencia y que si merecen nuestra gratitud, la Providencia le merece más aún. La preponderancia de la Causa primera sobre las causas segundas entraña la prioridad de la gratitud hacia Dios sobre la gratitud hacia los hombres.

La única moneda que el santo consintió en guardar fue una antigua moneda de Berna que por una cara presentaba un oso, emblema del cantón, y por la otra una máxima bíblica Dominus providebit (el Señor proveerá). «La máxima, comentaba el Santo, expresa la confianza de la Casita en el Señor, mientras que el animal significa que el Señor quiere servirse de un oso como yo para justificarla.»

Contemporáneo del santo Cottolengo, San Juan Bosco sufría al ver que su ecónomo no compartía plenamente con él su confianza en Dios. «No puedo encontrar -confiaba a Don Rua, su futuro sucesor, beatificado después por Pablo VI- un ecónomo que me secunde enteramente, que sea capaz de confiarse sin límites a la Providencia y que no pretenda guardar algo para el mañana. Si tenemos estrecheces, yo temo que es, precisamente, porque se quiere hacer demasiados cálculos.» Es así: «Cuando el hombre entra, Dios sale.»

Don Juan Calabria (1873-1958), fundador de los Pobres servidores y de las Pobres servidoras de la Divina Providencia, tenía también una fe total en la Providencia. Más de una vez se oyó gritar, con una hilaridad que contrastaba con su seriedad habitual: «No tengo nada, tengo vacía la cartera y siento que soy el millonario más grande del mundo.» Se asentaba en los millones de Dios; sentía que el vacío reconocido y amado atrae las efusiones de la Providencia; creía en la paternidad de Dios. «Vuestro Padre celestial sabe que necesitáis de todas estas cosas.»

Don Calabria sabía agradecer a sus bienhechores con una delicadeza exquisita, sin que por ello se privara, a veces, de hacerles comprender que ellos, a su vez, tenían una deuda con el Señor: «Dad gracias al Señor que os ha hecho comprender la gracia de ser un instrumento de la Providencia. Porque nuestra obra no la mantienen los hombres, sino Dios.» En momentos en que atravesaba grandes dificultades materiales, don Calabria llegó incluso a rehusar una importante suma ofrecida por un bienhechor a condición de que la prensa local fuese informada de aquella donación.

«Dueño de las rentas y de los renteros»

Por diferentes que los santos aparezcan entre sí están todos bajo la dirección del mismo Espíritu. Nada tiene de extraño, pues, que sus reacciones ante las dificultades se asemejen. Así, la reformadora del Carmelo escribe a sus hijas espirituales: «Jamás por artificios humanos pretendáis sustentarnos, que moriréis de hambre, y con razón... » «Los ojos en vuestro Esposo; Él os ha de sustentar; contento Él, aunque no quieran, os darán de comer los menos vuestros devotos, como lo habéis visto por experiencia.»

Para Teresa, Dios no era un vago Ser Supremo, sino El que nos ve, El que nos ama, El que todo lo puede. La Santa de Ávila hablaba por experiencia: «Dejad ese cuidado a quien los puede mover a todos, que es el Señor de las rentas y de los renteros... No le faltemos nosotras, que no haya miedo de que falte». Dios, dueño de las rentas y de los renteros, ¡qué profunda y deliciosa fórmula!

San Juan de la Cruz, colaborador de Teresa en la reforma del Carmelo y director espiritual de la Santa, pensaba también que para la solución de los problemas materiales es mejor apoyarse en Dios que en los hombres. En el capítulo provincial de Almodóvar, en 1583, un superior le reprochó por no visitar suficientemente a los seglares, con las repercusiones negativas que ello podría tener en las condiciones materiales de su comunidad, a lo que el santo respondió: «Padre mío, si el tiempo que yo he de emplear en hacer visitas y en persuadir a las gentes para que me den limosnas lo paso en mi celda rogando a Nuestro Señor que inspire a esas personas para que hagan lo que deben hacer, y si, en cuanto a mí, estoy persuadido de que Su Majestad me dará también lo necesario, ¿para qué hacer más visitas que las que la caridad o la necesidad exigen?».

En 1529, a la vuelta de su embajada a Cambrai, pocas semanas antes de ser nombrado canciller por Enrique VIII, Tomás Moro supo que un granero perteneciente a su casa de campo había ardido, por incendio. «No solamente debemos resignarnos, escribía a Lady Alice, su esposa, sino alegrarnos. No hagamos recriminación alguna, sino reverenciemos la voluntad de Dios y démosle gracias de todo corazón por la adversidad tanto como por la prosperidad. Porque es posible que tengamos más razones para agradecerle las pérdidas que las ganancias, ya que su sabiduría conoce mejor que nosotros mismos lo que nos es conveniente y saludable. Por eso, os pido que tengáis el corazón alegre y que llevéis a todos a la iglesia a fin de dar allí gracias a Dios lo mismo por lo que nos ha dado que por lo que nos ha quitado y por lo que nos ha dejado, que si Él quiere, nos lo acrecentará cuando le parezca conveniente. Y si le place dejarnos menos aún, que se haga su voluntad».

Si el canciller de Enrique VIII se expresaba con una visión tan cristiana de los acontecimientos es que Dios había respondido a una de sus más íntimas aspiraciones, formulada por él de esta manera en las meditaciones y plegarias escritas en prisión, poco tiempo antes de su martirio: «Dame... el tener por nada la pérdida de los bienes mundanos, de los amigos, de la libertad, de la vida y de todas las cosas, a fin de ganar a Cristo. Dame el que piense en mis mayores enemigos como en mis mejores amigos.» «Porque los hermanos de José no hubieran podido hacerle jamás por amor y favor tanto bien como le hicieron por maldad y odio.» Y el santo, con esa mezcla de sabiduría cristiana y humor británico que le hace aparecer tan simpático, añade: «Estas disposiciones son más deseables para todo hombre que todos los tesoros de los príncipes y de los reyes cristianos y paganos, aunque estos tesoros fueran reunidos y apilados en un solo montón».

No adelantar a la Providencia

Parece, sin embargo, que pocos amigos de Dios comprometidos en las obras hayan tenido en el mismo grado que San Vicente de Paúl el sentimiento de la trascendencia de Dios junto con la convicción de la absoluta dependencia de los hombres; pocos activos han sentido como Monsieur Vincent que la omnipotencia de Dios, su amor y su sabiduría sobrepasan infinitamente todo lo que nosotros podemos concebir. Resumiendo en una fórmula paradójica la espiritualidad del santo, uno de sus biógrafos, dom Paul Renaudin, escribe: «El hombre es una pura nada y; es Dios quien obra en el mundo».

Esta espiritualidad radical es el fruto de una larga maduración interior, señala Jean Calvet, crítico literario contemporáneo que ha tenido el mérito de sacar a la luz la vigorosa personalidad de Vicente de Paúl. «A medida que avanza en su obra y que su actividad se extiende a nuevos países, Monsieur Vincent, extrañado de lo que ocurría, reflexiona sobre su calidad de obrero del Señor y viene a pensar que no es realmente obrero, sino más bien instrumento. Para hablar propiamente, él no hace nada (por sí mismo); es Dios quien lo hace todo a través de sus manos.» «Esta doctrina del instrumento le parecía que convenía tan bien a sí mismo, a sus hijos y a sus hijas, que la reconsidera y la profundiza sin cesar. El instrumento está siempre dúctil y dispuesto entre las manos de Dios, dócil a la menor inflexión de su mano. No está orgulloso del trabajo que realiza con éxito; no se abate por sus errores y sus fracasos. Todo ello no es cosa suya, sino de Dios. El instrumento es humilde, pero está siempre en su puesto»

«No son los hombres los que hacen que las cosas vayan bien, sino Dios, escribe el santo. Honran soberanamente a Nuestro Señor quienes siguen su Providencia y no quieren pasar sobre ella» «Los asuntos de Dios se realizan por sí mismos, y los que él no hace, perecen pronto.» «Sabéis bien, dice a sus colaboradores, que Dios lo puede todo y que vosotros no podéis nada y, sin embargo, os apoyáis más sobre vuestra industria que sobre su bondad, sobre vuestra pobreza más que sobre su abundancia. ¡Oh, miseria del hombre!»

Lo que resulta paradójico, y revelador de la miopía de los juicios del hombre, es esto: precisamente a causa de esta ausencia de precipitación, Vicente de Paúl, uno de los más grandes hombres de acción de la Iglesia de Francia, al decir de Daniel-Rops, fue tratado de santo remolón.

Ganar perdiendo

Del mismo modo que la fe heroica de Tomás Moro estalla en el episodio del granero destruido por el fuego, así la santidad de Monsieur Vincent brilla en el asunto de la granja de Orsigny. «La granja de Orsigny, cerca de Saclay, había sido donada a la Congregación por uno de sus bienhechores, en contrapartida de una renta vitalicia. Como hubo que emprender importantes obras que afectaban a los elementos fundamentales de la posesión la Compañía debió hacer cuantiosos gastos.» «Y he aquí que años más tarde, en 1658, no se sabe por qué circunstancias, una instancia de anulación de la donación fue aceptada por los tribunales, que no tuvieron en cuenta, a la hora de dictar sentencia, la plusvalía de los trabajos que había realizado la Misión»' «¡Dios sea bendito!», exclamó el santo, cuando el hermano Du Corneau, su secretario, le comunicó la injusta sentencia. Y Monsieur Vincent repitió cinco o seis veces, con fervor creciente, este grito de resignación amorosa. Después se retiró a la iglesia, en donde permaneció largo tiempo en oración. Vuelto a su cuarto, escribió a un amigo:

«Señor, los buenos amigos deben ser partícipes del bien y del mal que nos sucede, y como vos sois uno de los mejores que tenemos en el mundo, no puedo dejar de comunicaros la pérdida del proceso y de la granja de Orsigny, mas no como un mal que nos haya acaecido, sino como una gracia que nos ha hecho Dios, a fin de que seáis tan amable, Señor, de ayudarnos a darle las gracias. Yo llamo gracia de Dios a las aflicciones que nos envía, sobre todo las que son bien recibidas. Así, su infinita bondad, habiéndonos dispuesto a este despojo antes de que fuera ordenado, nos ha hecho también aquiescer a este accidente con una resignación total, y me atrevo a decir con tanta alegría como si la sentencia hubiera sido favorable.

El padre Kolbe y el progreso

Preponderancia de los valores de la gracia sobre los bienes materiales, aunque éstos estuviesen al servicio del apostolado: se encuentra esta profunda convicción en la vida del bienaventurado Maximilien Kolbe, este apóstol de la Virgen, mártir de la caridad, muerto en el campo de Auschwitz durante la última guerra.

Por reconfortante que fuera el inaudito impulso de la obra de Niepokalanow, consagrado totalmente al apostolado de la prensa bajo la égida de la Inmaculada, el padre Kolbe estimaba todavía más los progresos de sus colaboradores en la vida espiritual. «Nuestro trabajo es bello e importante -decía a sus compañeros-, pero sobre todo debemos preocuparnos de nuestra vida interior, de la vida de la gracia, que debe ser la fuente de nuestras actividades exteriores. El progreso de Niepokalanow, ¿consiste acaso en aumentar el número de nuestras construcciones o ni siquiera en doblar o en triplicar nuestra tirada? Este es un progreso exterior, que puede engañar. Cada vez que nuestras almas registran una mayor conformidad con la voluntad de la Inmaculada, daremos un paso adelante en el desarrollo de Niepokalanow.» «Incluso aunque nuestra actividad cesara en la Ciudad de María -añadía, en previsión de la segunda guerra mundial, cuya inminencia sentía claramente-, incluso aunque fuésemos dispersados a los cuatro vientos, habría progreso, si esta prueba entrañase una adhesión más profunda a la voluntad de Dios. Cuando estalle la guerra, nuestra comunidad será dispersada. Mas no debemos entristecernos, sino más bien conformarnos enteramente con la voluntad de la Inmaculada. Si obramos así, la dispersión, lejos de perjudicarnos, acrecentará nuestra santidad» .

Pérdida de la granja de Orsigny, dispersión de la comunidad de Niepokalanow: Monsieur Vincent y el P. Kolbe reaccionan de manera semejante ante crueles pruebas. Uno y otro colocan el avance espiritual muy por encima del progreso material. Este mismo sentido de la primacía de lo espiritual llevaba al fundador de los sacerdotes de la Misión y de las Hijas de la Caridad a amar la pobreza y la enfermedad, objetos de repulsión universal, como instrumentos de elección en las manos de la Providencia.

«La pobreza -dice a uno de sus sacerdotes- nos hace pensar en Dios y elevar nuestro corazón hacia él; en tanto que si tuviésemos una situación acomodada es posible que nos olvidásemos de Dios. Por esto es por lo que me alegra grandemente el que la pobreza voluntaria y real se ponga en práctica en todas nuestras casas. Hay una gracia oculta bajo esta pobreza, que nosotros no conocemos».

Oculto a los ojos de los hombres, manifiesto a las miradas de los ángeles, iniciado en los secretos del gobierno divino. «Es en la enfermedad donde la fe se ejercita maravillosamente; en ella la esperanza brilla con esplendor; la resignación, el amor de Dios y todas las virtudes encuentran en ella una amplia materia para ejercitarse.» De este punto de vista sobrenatural 'obre la enfermedad, Monsieur Vincent extrae una conclusión que se opone a la actitud común, inspirada por consideraciones únicamente naturales: «He dicho ya muchas veces y no puedo dejar de decirlo, que debemos estimar que las personas afligidas por enfermedades dentro de la Compañía son la bendición de la misma Compañía» ". «Hemos, pues, de considerar todo lo penoso que nos ocurre como procedente de Dios para hacernos merecer; puesto que es por ello por lo que permite que seamos afligidos... Dios no es un tirano; no encuentra placer en hacer sufrir a quienes le sirven; no está satisfecho porque una hija esté abrumada de penas, de enfermedades, y afligida por sus enemigos si no es en tanto que esto sirve para hacerla más agradable a los ojos de su Divina Majestad.»

Y el santo explica por una ingeniosa comparación la «política de Dios» totalmente centrada en el avance espiritual de sus elegidos: «Hijas mías, vosotras sois como una piedra de la que quisiera hacerse una imagen de Nuestra Señora, de San Juan o de cualquier otro santo. ¿Qué debe hacer el escultor para llevar a cabo su propósito? Es preciso que tome un martillo y quite todo lo superfluo de la piedra. Y para ello, golpea fuertemente con el martillo, de suerte que al verlo diríais que va a acabar con la piedra; y cuando ha quitado lo más grueso, toma un martillo más pequeño y después el cincel para comenzar a formar la figura con todas sus partes y, en fin,

otros útiles más delicados para conseguir la perfección que quiere dar a esta imagen.» «Mirad, hijas mías, Dios actúa de modo semejante con nosotros. He ahí una pobre hija de la Caridad o un pobre misionero; antes de que Dios los retire del mundo, ellos se encuentran como en bruto, son como piedras sin desbastar; pero Dios quiere hacer de ellos bellas imágenes y para esto golpea sobre ellos con grandes martillazos. ¿Y cómo lo hace? Haciéndoles pasar calor o frío, yendo después a ver los enfermos en el campo, donde el viento silba en invierno. No se puede dejar de ir porque haga mal tiempo. Y bien: estos son los grandes martillazos que Dios descarga sobre una pobre hija de la Caridad. Quien no viese más que lo que aparece por encima, diría que esta hija es desgraciada; pero si se lanza la mirada a los designios de Dios, se verá que todos estos golpes no tienen más finalidad que formar esta bella imagen». «Cuando Dios ha resuelto perfeccionar un alma, permite que sufra tentaciones contra su vocación, que le llevan a veces a querer dejarlo todo. Después, como el escultor, toma el cincel y comienza a delinear los trazos de este rostro; la adorna y la embellece» .

Una lima de perfección

Lo que Vicente de Paúl percibía tan claramente y explicaba con tanta convicción a las hijas de la Caridad y a los sacerdotes de la Misión, lo enseñaba San Juan de la Cruz con no menos vigor a los religiosos y religiosas de la reforma teresiana. Les incitaba a ver la mano de Dios en los inevitables rozamientos y sufrimientos de la vida de comunidad: «Le conviene muy de veras poner en su corazón esta verdad, y es que no ha venido a otra cosa al convento sino para que le labren y ejerciten en la virtud, y que es como la piedra, que la han de pulir y labrar antes que la asienten en el edificio. Y así, ha de entender que todos los que están en el convento no son más que oficiales que tiene Dios allí puestos para solamente que le labren y pulan en mortificación; y que unos le han de labrar con la palabra, diciéndole lo que no quisiera oír; otros, con la obra, haciendo contra él lo que no quisiera sufrir; otros, con la condición, siéndole molestos y pesados en sí y en su manera de proceder; otros, con pensamientos, sintiendo en ellos o pensando en ellos que no le estiman ni aman».

En una carta a una carmelita, Juan de la Cruz incita a su dirigida a ver en el desamparo en que se puede encontrar una «lima de perfección» que Dios utiliza para realizar sus designios de amor. Insiste sobre este punto en las Precauciones que debe tomar siempre el que quiere ser un verdadero religioso y llegar prontamente a la perfección: «Y así, para librarte de todas las turbaciones e imperfecciones que se te pueden ofrecer acerca de las condiciones y trato de los religiosos y sacar provecho de todo acaecimiento, conviene que pienses que todos son oficiales que están en el convento para ejercitarte, como a la verdad lo son, y que unos te han de labrar de palabra, otros de obra, otros de pensamientos contra ti, y que en todo esto tú has de estar sujeto, como la imagen lo está ya al que la labra, ya al que la pinta, ya al que la dora.» Sin esto, no es posible la victoria sobre la sensibilidad, ni la paz entre los hermanos.

El santo, por otra parte, predicaba con el ejemplo. De los religiosos que lo habían llevado desde Ávila a Toledo y lo habían encerrado durante nueve meses en una horrible cárcel, hablaba «como de bienhechores». Y acerca de las decisiones desconcertantes tomadas por sus superiores, quienes en el capítulo general de Madrid le privaron de todo cargo en la Orden y lo enviaron como penitencia a la soledad de La Peñuela, el Doctor de las Noches escribía: «... estas cosas no las hacen los hombres, sino Dios, que sabe lo que nos conviene y las ordena para nuestro bien. No piense otra cosa, sino que todo lo ordena Dios y a donde no hay amor, ponga amor y sacará amor» Discernir la Causa primera bajo la amargura de las pruebas, es embalsamarlas de amor y transfigurarlas. «Es dulce soportar no importa qué sufrimiento, ya que ha sido enviado por Él, que es la verdadera bondad», escribe el Santo en las Sentencias.

Dios tortura a los santos

El mundo es «una máquina de fabricar santos», decía Bergson. «Más que nadie, se ha dicho, San Juan de la Cruz conocía este supremo arte de la Sabiduría, hecho de simplicidad y suavidad, que utiliza las causas segundas, personas y acontecimientos, para hacer de ellos los instrumentos de su omnipotencia de las almas. La acción de la Sabiduría está sumergida habitualmente en la vida cotidiana y se oculta bajo el velo de los acontecimientos más ordinarios»

Hace falta una consideración, una mirada de fe penetrante para discernir esta continua acción del escultor divino. «La agitación de las pasiones humanas, el velo más espeso aún de la simplicidad de los acontecimientos ordinarios, bajo los cuales se disimula, envuelven en el misterio la acción de la Sabiduría, un misterio que la diversidad de las formas exteriores hace aún más profundo.»

«En el activo la purificación será tan intensa, si no más (que en el contemplativo), porque se nutre de más dificultades exteriores y persecuciones, de más caídas personales y más angustias a consecuencia de las obras que comportan graves intereses espirituales y, por consecuencia, más ocasiones de humillación, de esperanza y de amor. Esta purificación podría incluso ser más rápida en estas condiciones si el alma supiera utilizarlas para huir de su tormento interior y dirigirse hacia Dios por la fe y el abandono.»

«La vida de los santos -precisa aún el P. Marie-Eugène de l'Enfant Jésus- podría ilustrar maravillosamente estas consideraciones. Se vería como la Sabiduría utiliza admirablemente las dificultades exteriores (dificultades económicas, oposición de los amigos, etc.) para obligar a los santos a realizar actos puramente sobrenaturales y a trepar así a los últimos grados de la perfección. Dios tortura admirablemente a sus santos para conducirles al término sobrenatural que les ha fijado» .

Sacar provecho de todo acontecimiento, puesto que todo acontecimiento es portador de un mensaje del Señor de la Historia: ¡qué realismo espiritual en esta consigna del doctor místico! Y en esta misma línea se encuentra la consigna de Pablo VI a los superiores religiosos que podían sentirse tentados de prestar demasiada atención a las sombras de nuestra época en lugar de discernir los motivos de un apostolado más generoso: «Feliz tiempo el que nos provoca a todos, a unos y a otros, a un amor más total, a una búsqueda cada vez más exigente de los medios de vivirlo y proclamarlo generosamente alrededor de nosotros. Es la hora, para vuestras comunidades, de una toma de conciencia, es la hora del discernimiento espiritual».

Un teólogo contemporáneo, el P. Marie-Dominique Philippe, O. P., estima que la voz de Dios, la gravedad misma de la situación presente, debería estimular a los cristianos a redoblar la vigilancia. «Debemos despertarnos como creyentes. Planteo la cuestión de saber si Dios no está autorizando estas grandes fuerzas del ateísmo (laicización, positivismo, marxismo, freudismo) para despertar nuestra fe. Para reaccionar contra las fuerzas de la propaganda, tenemos dos armas: la fe y el amor».

El P. Giuseppe de Rosa, redactor de la *Civiltà Cattolica*, de Roma, tras haber analizado la presente crisis de la Iglesia en *Una Chiesa nuova per i tempi nuovi* (Una Iglesia nueva para los tiempos nuevos), se interroga acerca de la solución. A diferencia de quienes examinan esta crisis desde un punto de vista puramente psicológico o sociológico, el autor se eleva al nivel superior de la fe y se esfuerza en considerar la situación con los ojos de Dios. Y señala que esta situación está inserta en los planes del Señor, que cumple sus designios a medida que van transcurriendo los meses y los años, según sus propios modos que no son ciertamente los nuestros. ¿Cómo saldremos de la crisis? Dios, que la ha permitido para el bien de la Iglesia, lo sabe. «La salida que nosotros ignoramos la conoce Él. Esta seguridad debe bastarnos. Él tiene su plan y lo ejecuta.» Y nosotros, podríamos añadir con Juliana de Norwich, veremos al fin que todo estaba bien y que secretamente todo concurría al crecimiento del Cuerpo Místico. Lo que puede parecer hoy una intolerable cacofonía se resolverá un día en una sinfonía espléndida.

«Esto parecería una paradoja a quien no estuviera versado, Señor, en los asuntos del cielo, y a quien no supiera que la conformidad con el deseo de Dios en las adversidades es un bien mayor

que todas las ventajas temporales. Os suplico muy humildemente permitirme que vierta así en vuestro corazón los sentimientos del mío.»

¡Así reaccionaba San Vicente de Paúl! Faltaba aún comunicar la noticia a sus colaboradores próximos y llevarlos a que, con él, asintieran a esta injusta sentencia como a una sentencia de la justicia celestial. Y lo hizo en una conferencia espiritual. Después de señalar el consejo que le habían dado de apelar la sentencia, exclamó: «¡Oh Dios mío, no hemos de hacerlo! Vos mismo, oh Señor, habéis pronunciado la sentencia: si os place así, será irrevocable»

«Vos mismo habéis pronunciado la sentencia»: al igual que los justos del Antiguo Testamento, que precisamente a causa de su fe atribuían primordialmente a Dios lo que les sucedía, los favores y las desgracias, así Monsieur Vincent atribuye al mismo Dios la desoladora sentencia pronunciada por un tribunal humano. Tras las causas segundas, sabe discernir el corazón y el brazo del Señor».

La conferencia espiritual del santo merecería ser transcrita en su totalidad; tan profundas, claras y de permanente actualidad son las consideraciones de Monsieur Vincent sobre la acción purificadora de Dios a través de las pruebas dolorosas de la vida. «Puesto que Nuestro Señor dice en el Apocalipsis: Ego quos amo castigo (Reprendo y corrijo a los que amo), ¿no deberemos amar los castigos como señales de su amor? Pero no es bastante aceptarlos y amarlos; hay que alegrarse con ellos.»

Como buen psicólogo, Monsieur Vincent adivina la repulsión de sus oyentes: «Pero ¿cómo podemos gozarnos de los sufrimientos, visto que naturalmente desagradan y que se huye de ellos? Al modo como nos quejamos de los remedios. Se sabe bien que las medicinas son amargas, y que las más dulces hacen saltar el corazón, incluso antes de tomarlas. Y, sin embargo, no dejamos de tragarlas alegremente, ¿por qué? Porque se desea la salud, que esperamos conservar o recobrar por las medicinas. Así las aflicciones, que son desagradables por ellas mismas, contribuyen, sin embargo, al buen estado de un alma y de una Compañía; por ellas Dios la purifica, como purifica el oro por el fuego.»

Después de haber citado el ejemplo de Cristo, quien, en su Pasión «se complace en hacer la voluntad de su Padre», y el ejemplo de los primeros cristianos, que aceptaban con alegría el expolio de sus bienes, San Vicente de Paúl traza un balance de la operación «granja de Orsigny»: «Estimemos que hemos ganado mucho al perder; porque Dios nos ha quitado, con esta granja, la satisfacción que teníamos de tenerla y la que tendríamos yendo allí de vez en cuando; y este recreo, por ser conforme a los sentidos, hubiera sido para nosotros como un dulce veneno que mata, como un cuchillo que hiere y como un fuego que quema y destruye. Hemos aquí liberados, por la misericordia de Dios, de aquel peligro; y estando más expuestos a las necesidades temporales, su divina bondad nos quiere elevar así a una confianza mayor en su Providencia y obligarnos a que nos abandonemos totalmente en ella para las necesidades de esta vida tanto como para las gracias de la salvación. ¡Oh!, si Dios quisiera que esta pérdida temporal fuera recompensada con un aumento de confianza en su Providencia, de abandono en su conducta, de un mayor desprendimiento de las cosas de la tierra y de la renuncia a nosotros mismos, ¡oh Dios mío!, ¡oh hermanos míos!, qué felices seríamos».

Afligirnos por lo que nos debería alegrar

San Ignacio estaba convencido de ello cuando escribía a uno de sus amigos, un seglar de Nápoles: «Para los acontecimientos, sería bueno tener el alma dispuesta a aceptar unos y otros, de muy buen grado, como procedentes de la mano de Dios. A nosotros nos basta hacer todo lo que podamos según nuestras débiles fuerzas. El resto debe dejarse a la Providencia divina, que ve estas cosas y de lo que los hombres no entienden nada, lo que les hace siempre afligirse por

aquello que debería alegrarles» ¡Qué gran enseñanza en tan pocas líneas, fruto de una experiencia de Dios y un conocimiento del corazón de los hombres verdaderamente singulares!

Pero surge una cuestión ¿cómo elevarnos a esta consideración teológica de las cosas y a esta aceptación confiada de las disposiciones de la Providencia que admiramos en los Patriarcas y en los Profetas del Antiguo Testamento, en la Virgen María y en los amigos de Dios?

Un gran maestro espiritual responde a esta cuestión: «La mayor parte del mundo no sabe ni buscar ni encontrar a Dios en las criaturas. No consideran en los acontecimientos de la vida sino las causas segundas, lo que hace que se emocionen y se turben, que se quejen y murmuren tan fácilmente. Quienes han llegado a la unión divina consideran todo lo que acontece como procedente de Dios, como ordenado por Dios, cuya sabiduría no puede ser sorprendida y cuya bondad lo conduce todo al bien de sus amigos» .

Y ¿cuáles son las consecuencias de esta visión sobrenatural de los acontecimientos? «Ellos (los amigos de Dios) hablan de ella como de una disposición de la Providencia y nada es capaz de causarles ni aflicción, ni inquietud, ni temor excesivo. Lo abandonan todo a Dios y ellos mismos se entregan enteramente a su voluntad.» Subrayemos esta precisión: con exceso. Las almas muy unidas a Dios no son insensibles al sufrimiento, a la inquietud y al temor. Esta soberana serenidad es el privilegio de los ángeles y de los elegidos en el cielo, que ven en Dios la razón profunda de las pruebas. Santo Tomás indica que en la tierra las almas muy unidas a Dios, aun conociendo el sufrimiento, la inquietud y el temor, no se dejan absorber por estos sentimientos. En ellas, lo teologal las eleva por encima de la afectividad natural.

Santa Magdalena de Pazzi, carmelita de Florencia, se enternecía ante una margarita que florecía en el jardín de su claustro; ella pensaba que desde toda la eternidad Dios había puesto allí aquella flor para ella. Y el P. Surin, de quien son los párrafos anteriores, cita este ejemplo tomado de la historia de la Compañía de Jesús: «Así, San Francisco de Borja, un día que llegaba muy tarde a una casa de la Compañía, como hubiera de soportar por el camino una gran nevada, la recibía con alegría pensando que Dios se complacía en arrojarle aquellos copos de nieve. Otro cualquiera, menos unido a Dios que él, y que no tuviese en cuenta sino las causas segundas, se hubiera impacientado en una ocasión semejante». Se podría resumir el pensamiento de Surin en la respuesta que dieron a San José-Benito Cottolengo dos señores de Turín, impresionados por la serenidad del Fundador de la Piccola Casa ante las dificultades económicas: «Señor Canónigo, perdónenos (por nuestras palabras); nosotros razonamos como hombres, mientras que vos habláis como un santo».

Ante semejantes dificultades, el razonamiento de los no creyentes es bien distinto al de los creyentes, y distinto también es el de los santos. Para el no creyente, la cuestión de una intervención de Dios ni siquiera se plantea. Todo se explica por las causas inmediatas. Para el cristiano medio, por el contrario, la idea de la Providencia existe, pero en estado vaporoso: Dios actúa más o menos en la historia, salvo cuando está en juego la libertad del hombre y el mal. Para el santo, para quien, según lo que dice San Pablo, está «habitualmente bajo la moción del Espíritu», los acontecimientos se presentan bajo una luz distinta: detrás de todas las causas segundas, sabe discernir la Causa primera que las utiliza; tras las manos de los hombres sabe adivinar el brazo de Dios; el santo está convencido de que si los hombres actúan es, en definitiva, Dios quien los mueve y los utiliza para poblar el cielo de elegidos ss. De grado en grado la acción de Dios conoce muchos grados. La gracia puede impregnar más o menos profundamente las facultades humanas: sensibilidad, voluntad, inteligencia. Santa Teresa de Ávila distingue hasta seis grados de oración correspondientes a otros tantos grados de penetración de luces y de energías divinas en el psiquismo del hombre. Muy débil al principio, esta penetración va desarrollándose y puede llegar hasta una transformación del alma: se produce entonces, en cierto modo, una divinización del alma. En virtud de esta transformación progresiva, poco a poco el alma tiende a pensar como Dios, a amar como Dios, a querer como Dios, a ver los acontecimientos de la vida cotidiana como con los ojos de Dios. En fin, participa de alguna manera de los atributos divinos; adquiere e irradia algo de la soberana paz de Dios. El alma vive en Dios y Dios vive en ella.

La mirada del santo, teologal, tiene una fuerza de penetración extraordinaria. El P. Joseph Sudbrack, jesuita alemán, revela la pobreza del saber exegético de dos gigantes de la santidad católica: Francisco de Asís e Ignacio de Loyola. Según el P. Sudbrack, la interpretación que da el Poverello a las palabras del Evangelio: «No llevéis bolsa, ni zurrón, ni sandalias...», sería inexacta. Y las ingenuas meditaciones del fundador de la Compañía de Jesús sobre el Evangelio estarían desprovistas de todo espíritu crítico. «Y, sin embargo, concluye el jesuita alemán, a pesar de sus lagunas exegéticas, estos dos santos han penetrado en el Evangelio mucho más hondamente que muchos exegetas mejor preparados que ellos».

He aquí, expresada en un lenguaje sencillo, una verdad muy elevada. Para comprender que sólo Dios gobierna el mundo de los hombres, para captar la orientación de la historia de los pueblos y de nuestra propia historia hacia el más allá, necesitamos una facultad suplementaria. Por sí misma, nuestra mirada natural no llega a esta visión sobrenatural, del mismo modo que un hombre desprovisto de un telescopio no sería capaz de penetrar en las profundidades de un cielo estrellado.

En una audiencia pública, Pablo VI explicaba a los fieles que el hombre pecador, abandonado a sus propias fuerzas, necesita de un suplemento de alma para comprender bien el mundo y sus historias: «El hombre necesita de una curación, de un rescate, de una rehabilitación. Necesita un perdón. Necesita volver a ser hombre, recobrar su dignidad, su verdadera personalidad. Es así como recobrará la paz, la alegría, el gusto por la vida, la esperanza. Es así como podrá tener de nuevo una clara visión del mundo, de los hombres, de la historia, de la muerte, del más allá».

Nunca se insistirá bastante sobre este presupuesto espiritual subjetivo para una visión cristiana de la historia. La ciencia, e incluso la teología, no son suficientes: se necesita la gracia divina. «Esta es de un orden infinitamente más elevado», se puede decir con Pascal. Y se podría añadir, modificando ligeramente su fórmula: «De todos los cuerpos y espíritus, no se podría extraer un acto de verdadera fe; esto es imposible y de otro orden, un orden sobrenatural.»

Cuenta San Ignacio en su autobiografía que algunos años después de su conversión, estando sentado junto al Cardonner, «comenzaron a abrirse los ojos de su espíritu..., comprendió muchas cosas, tanto espirituales como verdades de fe y de ciencia... » Llegado a la edad de sesenta y dos años, el santo reconocerá que todas las ayudas recibidas de Dios y todas las cosas aprendidas durante toda su vida reunidas en su conjunto, no igualarían lo que recibió en aquella sola ocasión.

Contemporánea de San Ignacio, Santa Teresa de Ávila revela, asimismo, haber recibido gracias divinas que sobrepasan todo el saber adquirido: «Entendí grandísimas verdades sobre esta verdad, más que si muchos letrados me lo hubieran enseñado. Paréceme que en ninguna manera me pudieran imprimir así, ni tan claramente se me diera a entender la vanidad de este mundo... Todas las demás verdades dependen de esta verdad, y es sin principio ni fin, como todos los demás amores de este amor, y todas las demás grandezas de esta grandeza, aunque esto va dicho oscuro, para la claridad con que a mí el Señor quiso se me diese a entender».

«Jamás he visto cosa igual»

No se piense, sin embargo, que Dios reserva sus iluminaciones únicamente para los «grandes santos», sino que las dispensa también a gentes muy sencillas. Unidos íntimamente a Dios por las virtudes teologales y por los dones del Espíritu Santo, estos cristianos poseen una mirada teologal. «Hijo mío -escribía durante la primera guerra mundial una campesina del Loira inferior a su hijo, soldado-, lo que el mundo llama desgracias, miseria y malos tiempos, cambia de nombre al pasar por las manos de Dios» El teólogo que refiere estas frases de una sencilla campesina, ve en ella «una pariente espiritual de Santa Catalina de Siena», quien, pocos días antes de su

muerte, revelaba a su confesor, el bienaventurado Raimundo de Capua, «que a la luz de una fe viva..., ella había visto y comprendido perfectamente que todo lo que le sucedía a ella y a los demás venía de Dios, quien no actuaba jamás por odio, sino siempre por un gran amor a sus criaturas» -".

El P. J. Surin, en una carta a su compañero el P. L. Lallemand, relata «la feliz aventura» con la que plugo a Dios favorecerle durante un viaje en galera: «Me encontré sentado frente a un joven de unos dieciocho años, sencillo y rústico en su exterior, y particularmente en sus palabras, y que no sabía ni leer ni escribir... Pero, por lo demás, lleno de toda suerte de gracias y de dones celestiales tan notorios, que jamás he visto cosa igual. Nunca fue instruido por los hombres en su vida interior y, sin embargo, me habló con tanta sutileza, abundancia y lucidez, que todo lo que había leído y oído no es nada comparado con lo que él me dijo».

En resumen, para ver a Dios actuando en los acontecimientos, para reconocer su brazo, o en otros términos, para liberarse de la fascinación de las causas segundas que impresionan la sensibilidad e impiden discernir la Causa primera, el cristiano tiene necesidad de una fe viva. Cuanto más viva sea su fe, mejor discernirá la presencia actuante del Amor que trabaja continuamente en la construcción de la Iglesia. Un punto de vista teológico de la historia no es patrimonio de un grupo de intelectuales, sino el privilegio de una «élite» espiritual. Y esta se recluta entre todas las clases sociales, porque Dios no hace discriminación de personas. Y puede conceder luces penetrantes a gentes sin cultura y privar de ellas a grandes intelectuales. «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes y haberlas revelado a los humildes y pequeños».

Opaca para unos, determinada palabra de la Sagrada Escritura, es transparente para otros. Conocemos a una persona que, habiendo sufrido graves dificultades en su apostolado, supo resistir al desaliento aferrándose durante años en algunas palabras de la Escritura, encontradas en su misal, y que repetía con frecuencia: «Señor, Señor, Rey, Dueño del universo, todo está sometido a tu poder, y no hay nadie que pueda oponerse a ti...» ". «Nadie puede oponerse a ti, repetía aquella persona, cuando las dificultades se hacían más insoportables; nadie puede resistirse». Y gracias al vigor de su fe pudo vencer su desaliento.

Recordamos, asimismo, haber leído en otro tiempo, en una biografía del fundador de los teatinos, un episodio muy curioso: San Gaetano fue llevado ante las autoridades religiosas por haber sido poco prudente en lo referido al porvenir material de su Congregación: y él invocaba para su defensa las palabras de la Escritura: «Buscar primero el reino de Dios y su justicia..., lo demás os será dado por añadidura... No os preocupéis por el porvenir...» «Si el Señor, decía a sus acusadores, me ordena que no me preocupe tocante al porvenir, ¿por qué se me inculpa? ¿Es una falta atenerse a la palabra de Dios y tener confianza absoluta en ella?» «En verdad, dijo el Papa Clemente VII del fundador de los teatinos, yo no he encontrado tanta fe en Israel».

Así, un mismo texto de la Sagrada Escritura suscitaba reacciones diferentes, según que fuese considerado por el alma de un santo o por el espíritu de teólogos y prelados de fe menos profunda; tan verdad es que un mensaje, por elevado que sea, incluso divino, es recibido según las disposiciones espirituales de sus destinatarios. Es el mismo grano el que el sembrador arroja al borde del camino, en la roca, entre espinas y en la buena tierra. Pero la semilla, símbolo de la palabra de Dios, no fructifica igualmente en todas partes. Algunos «viendo no ven», observa Jesús, y «oyendo no entienden»

Una palabra del canciller de Austria, Seipel

Ante las mismas pruebas, Job y su mujer reaccionan de manera diferente. Job bendice al Señor; su mujer llega a maldecirlo. Job se mueve en la esfera de lo teológico, su mujer en la esfera de lo natural. Como en el caso de Job, Jan Sobieski tenía una fe viva, que le llevaba a dar a Dios el mérito de la victoria de Viena, cristianizando la fórmula de Julio César: «Llegué, vi y Dios ha vencido», del mismo modo que una vida teológica intensa llevaba al médico Ambroise Paré a

atribuir a la Causa primera el éxito de sus curaciones: «Yo le curé y Dios lo ha sanado.» Igualmente, hacía falta la santidad de una Juana de Arco para anunciar: «Los soldados combatirán y Dios dará la victoria.»

El Canciller de Austria, Ignacio Seipel, necesitaba una fe viril para escribir: «Lo más inteligente que el hombre puede hacer es dejarse conducir siempre por Dios», del mismo modo que era precisa una fe heroica a un hombre de acción muy probado en sus obras y en su salud, como el P. Gustave Desbuquois, para ser capaz de decir: «Todo lo que me ocurre es para mí lo mejor.» El buen sentido, incluso ayudado por una dosis de fe común, no se eleva a estas alturas, del mismo modo que un león, por fuerte que sea, no puede volar. Para elevarse en el aire, hacen falta alas; para ver habitualmente los acontecimientos como con los ojos de Dios; hacen falta los dones del Espíritu Santo.

Un autor no cristiano inteligente puede escribir cosas interesantes sobre materias religiosas. Un profesor no católico puede impartir cursos universitarios sobre el dogma católico como podría hacerlo sobre el Islam o sobre el budismo. Un profesor de seminario completamente absorbido por su trabajo intelectual y olvidado de su vida de oración puede hacer doctas lecciones sobre la Providencia y exponer con perfecto rigor el pensamiento de San Agustín o de Santo Tomás, de Vico o de Bossuet. Y, sin embargo, cuando, al descender de su cátedra, estos maestros de doctrina se encuentren frente a crueles pruebas, es probable que, salvo intervención fulgurante de la gracia, imiten la actitud de la esposa de Job más bien que la aceptación de este último de las disposiciones del Señor.

Y es que el conocimiento teórico de la doctrina sobre la Providencia no es suficiente para afrontar cristianamente las grandes pruebas de la vida. Estas exasperan la sensibilidad, la cual, a su vez, conmueve la voluntad y turba la serenidad de la inteligencia. Un huracán se desencadena en el psiquismo, y solamente una fuerza superior puede calmar esta tempestad. Un pescador galileo cualquiera no podría como Jesús, aplacar con un gesto las olas desatadas del lago de Genesaret; hacía falta la omnipotencia de Dios. Del mismo modo, el hombre necesita la fuerza de la gracia para aplacar sus huracanes interiores. Las certidumbres de la fe deben dominar los gritos desordenados de la afectividad. Sólo el predominio de los dones del Espíritu Santo en un alma asegura esta victoria.

«Yo soy los acontecimientos»

Todo esto explica que en las horas sombrías de la vida de los individuos y en los días trágicos de la historia de los pueblos sólo las almas habitualmente bajo la moción del Espíritu Santo sienten la presencia del brazo de Dios oculto tras las manos de los hombres, y por ello viven en una imperturbable serenidad. Los cristianos menos unidos a Dios tienen una sensibilidad absorbida por el sufrimiento, el espíritu desamparado y la voluntad disminuida. Están como hipnotizados por las causas segundas. La idea de que Dios pueda, más pronto o más tarde, sacar el bien de las pruebas que les afligen a ellos, a su patria o a sus amigos, el pensamiento de que Dios es verdaderamente el Señor de la historia, la afirmación de que la prosperidad y la desgracia, la salud y la enfermedad son igualmente instrumento en las manos de Dios, todo esto sobrepasa su entendimiento, les parece una piadosa ilusión, si es que no un ultraje a sus sufrimientos.

Se ha dicho: los sufrimientos, y más especialmente las enfermedades, son el parámetro de la fe del cristiano. Es fácil adherirse a los decretos de Dios, cuando parecen coincidir con nuestros planes; pero ¡qué difícil resulta la conformidad con los designios divinos cuando contrarían nuestros proyectos! Saber reconocer la superioridad inconmensurable de la inteligencia de Dios sobre nuestra pequeña inteligencia, la superioridad de sus designios sobre nuestros cálculos, la superioridad de su omnipotencia sobre nuestras frágiles fuerzas supone una intensidad extraordinaria de vida teologal.

La cuestión del sentido de la historia plantea un problema de vida espiritual. Sin una fe viva y sin la actividad de los dones del Espíritu Santo, que penetran y sobreelevan las facultades naturales

del hombre, no hay en absoluto visión cristiana de la historia. Sin los dones de sabiduría y de ciencia, que habilitan al cristiano para «ver» el juego de la Causa primera detrás de las causas segundas y para gustar de esta presencia actuante de Dios en los acontecimientos, no puede darse una visión verdaderamente realista de las grandes líneas de la historia. Se tiende a lo inmediato, no se ve más que una parte del todo, falta la síntesis. Se ignora de dónde viene la historia; no se sabe adónde va.

Un químico puede hacer un análisis perfecto de un litro de agua tomado del Ródano en Lyon, pero este análisis científico, que le revelará mil cosas interesantes, no le dirá nada ni sobre el lugar de origen del Ródano, ni sobre su desembocadura, ni acerca de su curso. Así, si no nos remontamos a Aquél que el Apocalipsis denomina frecuentemente el Pantocrator, el Omnipotente, nos quedamos sin remedio en la superficie del problema del sentido de la historia, aunque poseamos títulos universitarios o pertenezcamos a una academia. Mientras que el no creyente se deja dominar por la actualidad, cuya orientación de fondo ignora, el creyente domina los acontecimientos, ya que la fe le dice que están totalmente al servicio de Dios para la construcción de su Iglesia. «Todo lo que acontece es adorable», afirma Bloy, mientras Péguy hace decir a Dios: «Yo soy los acontecimientos», Pascal había precisado: «Todas las cosas son velos que recubren a Dios; los cristianos deben reconocerlo en todo.»

Resulta impresionante ver la insistencia con que Dios, en la Sagrada Escritura, compromete a sus amigos a no temer a los acontecimientos ni a los hombres. Se diría que una de sus mayores preocupaciones es la de mantener a los creyentes en sentimientos de confianza y de optimismo, sentimientos que se armonizan, por otra parte, perfectamente con el temor (o el respeto) de Dios. ¡Cuántas veces pone Cristo a sus discípulos en guardia contra el temor! La fe en la omnipotencia de Dios inspira a San Pablo una de sus más bellas máximas: «Si Dios es para nosotros, ¿quién está (eficazmente) contra nosotros?». Dicho de otro modo: si Dios, Causa primera, universal, tiene en su mano todas las causas segundas, y las lleva a ejecutar sus designios y sólo sus designios, si este Dios está con nosotros, ¿quién podrá pues oponerse a nosotros, si nuestra voluntad se conforma a sus decretos? «¿Quién os hará mal, si vosotros os mostráis celosos del bien?», escribía el primer Papa a los cristianos perseguidos.

Y el primer apologista cristiano, San Justino, declaraba valientemente a los emperadores romanos: «Podréis matarnos, pero no hacernos daño». Porque Dios, el Pantocrátor del Apocalipsis, hace cooperar y concurrir todos los acontecimientos, felices o desgraciados, al verdadero bien de los elegidos, que es su crecimiento espiritual y todo lo que lo sostiene. En efecto, el Hijo de Dios se encarnó para que los hombres tengan vida de gracia, en la Iglesia militante, y para que la tengan un día, sobreabundantemente, en la visión beatífica.

Iluminado por esta visión cósmica de la historia, «el cristiano es, en principio, un optimista... No es que no vea las miserias de la vida..., sino que no puede dejar de tener confianza en la ejecución de los designios de Dios que tienden al bien del hombre y de la creación. Que Dios crea un mundo y no lo hace para llevarlo a un fiasco y que envió a su Hijo eterno al mundo a fin de llenar a la humanidad de una vida nueva, es un signo de que se está seguro del éxito» Más que todas las prácticas psicoanalíticas Es frecuente en la Sagrada Escritura la expresión: «El Señor está con él» o «Yo estoy contigo». Lo que es tanto como decir que el cristiano beneficiario de esta seguridad debe apoyarse no sobre sus amigos, ni en un grupo financiero, o en un partido político, sino en Aquél que es el más poderoso de los amigos; en el dispensador de todo poder económico, de toda fuerza política, de toda capacidad humana.

Estas sencillas palabras de Dios, «Yo estoy contigo», significan para el cristiano más que una fuerza atómica. La energía atómica más potente que podamos suponer no es más que una insignificancia, el ladrido de un gozque, comparado con el potencial infinito que representan estas tres palabras: «Yo estoy contigo.»

«Cuando salgas a la guerra contra tus enemigos y veas caballos y carros y un pueblo más numeroso que tú, no los temas, pues está contigo Yahvé, tu Dios, que te subió de la tierra de Egipto». Iluminado por el mismo Dios, Moisés da esta consigna a su pueblo, y pide al sacerdote que antes de la batalla recuerde a los combatientes la presencia del brazo de Israel: «Escucha,

Israel; os acercáis hoy a la lucha contra vuestros enemigos. No desmaye vuestro corazón, no temáis, ni os turbéis, ni os espantéis ante ellos, porque Yahvé, vuestro Dios, marcha con vosotros para pelear en favor vuestro contra vuestros enemigos y salvaros» . La fuerza de Israel del mismo modo que la fuerza de la Iglesia y la de cada alma en particular, de las cuales es figura Israel no reside, pues, en recursos humanos, sino en la presencia operativa de Dios.

Nunca se ponderará bastante qué arcano de serenidad e irradiación encuentra el cristiano en su fe en la presencia de Dios y de qué modo esta fe es beneficiosa incluso para la salud física. «El hombre más feliz de la tierra, dice San Alberto Magno, es el que se abandona a la voluntad de Dios y lo recibe todo de su mano, tanto los males como los bienes.» «Una confianza viril en Dios calma y fortifica los nervios más que todas las prácticas psicoanalíticas», escribe Dom Wohrmüller, benedictino alemán. Y San Bernardo observa que «el Dios tranquilo lo tranquiliza todo». Por su parte, el cristiano íntimamente unido al Dios de paz es un sembrador de paz. Se ha dicho que el hombre que sabe conservar la calma en todas las circunstancias de la vida irradia en torno a él una tranquilidad inaudita.

Se apreciará mejor la serenidad del cristiano que vive estas verdades de la presencia actuante de Dios en la historia, comparando su paz con la obsesión de un famoso naturalista, a quien su ciencia no le aportó respuestas a las grandes cuestiones de la vida. Se trata de Jean Rostand, biólogo ilustre, entrevistado por Christian Chabanis en el curso de una encuesta sobre la fe y el ateísmo entre los intelectuales franceses contemporáneos. De todos los personajes interrogados, nadie causó tanta impresión al entrevistador:

«-¿La cuestión de la fe? Me la planteo todos los días, sin cesar -dijo Jean Rostand-. He dicho no. He dicho no a Dios, expresándome un poco brutalmente, pero la cuestión se me plantea a cada instante. Yo me digo: ¿es esto posible? A propósito del azar, por ejemplo, me repito: no puede ser el azar lo que combina los átomos. Pero, entonces, ¿qué? Y aparece una cadena de preguntas, todas siempre las mismas. Las vuelvo a reconsiderar; estoy siempre disparatando. Estoy obseso, digámoslo claramente, obseso, si no por Dios, por el no-Dios. ¡Ah! ¡Sí!

-Así, pues, es un ateísmo inquieto, un ateísmo... -pregunta Christian Chabanis. -Habría que buscar la palabra... No es un ateísmo sereno, ni jubiloso, ni satisfecho, no. Ni satisfecho ni apagado; más bien vivo, siempre vivo: la llaga se reaviva sin cesar... ».

Una buena comida, un buen lecho...

Hay que volver a decirlo: jamás se insistirá bastante sobre las condiciones morales subjetivas para acceder a una visión teológica del mundo, y para saber discernir la mano de Dios en los acontecimientos. Las sutiles puntualizaciones de Romano Guardini sobre el problema del mal se aplican igualmente al problema del sentido de la historia. «Ningún sabio, ningún filósofo, ningún reformador ha dado la respuesta a la angustia de la existencia; solamente lo hace la palabra de Dios. Pero comprenderemos esta palabra en la medida en que la vivamos, y de manera absoluta, únicamente en la vida eterna».

Así, vivir la palabra de Dios es asegurar el primado de lo espiritual en nuestras ocupaciones cotidianas, es asignar a la plegaria el primer lugar en nuestra vida. «La Escritura no se comprende si no es de rodillas» (Maurice Zundel). «No se comprende verdaderamente la Biblia si no es en estado de oración» (Daniel-Rops).

Después de su resurrección Jesús no fue inmediatamente reconocido por todos sus discípulos. En esta diversidad de actitudes interiores hacia Cristo ve Santo Tomás de Aquino la explicación de la diversidad de reacciones exteriores. «Las realidades divinas, dice, son conocidas por los hombres según el estado de sus sentimientos. Porque aquellos que tienen el espíritu bien dispuesto, perciben aquellas realidades en su verdad. Pero quienes tienen disposiciones contrarias perciben tales realidades con una mezcla de duda y de error. «El hombre abandonado a su sola naturaleza no aprehende las cosas de Dios (1 Cor 2,14)»

El amor desordenado hacia sí mismo oscurece el juicio, porque cuando la voluntad y la sensibilidad se hallan mal dispuestas e inclinadas, por ejemplo, al orgullo o a la sensualidad, todo lo que está conforme con aquellas inclinaciones desviadas parece bien. San Juan de la Cruz hace un análisis penetrante de las consecuencias morales y de las repercusiones intelectuales del pecado. Algunas pasiones impiden al hombre la comprensión de verdades religiosas profundas. «Los cristianos que ceden a las pasiones de la carne -escribe por su parte François Mauriac- convienen fácilmente en que una criatura amada basta para ocultarles a Dios. Y dan cuenta de ello aquellos a quienes un vicio dominante simplifica atrozmente la vida. Pero se concibe más difícilmente que una pasión política, o ideológica, o estética, nos separe del Dios vivo, absorbiendo la totalidad de nuestro tiempo y de nuestras fuerzas» .

A estos motivos de obnubilación intelectual, enunciados por el novelista francés, podríamos añadir otro: el gusto por el confort material, acompañado con frecuencia por un rechazo del esfuerzo, ya sea físico o moral: «Tendemos con todas nuestras fuerzas a apartar de nuestra vida todo aquello que nos acarrea sufrimiento, dolor, enojo, constata Pablo VI. Vivimos orientados hacia una búsqueda continua de comodidades, de placeres de diversiones; queremos rodearnos de bienestar, de comodidades, de salud, de dinero; hacemos todo lo posible por reducir el esfuerzo y el trabajo; en el fondo, somos gentes que queremos gozar de la vida: una buena comida, una buena cama, un paseo agradable, un espectáculo bello, un buen salario... tal es el ideal. El hedonismo se ha convertido en la filosofía común, el sueño de la existencia para muchos de nuestros contemporáneos. Querriamos que todo fuese fácil, muelle, higiénico, racional, perfecto, en torno a nosotros».

Como lo expone un obispo contemporáneo, «el confort de este mundo adormece, primero, el cuerpo; después, la inteligencia y, al fin, el corazón, desecándolo». Un cristiano atrapado en una vida densamente confortable, ¿sería capaz de librarse de los lazos que encadenan sus sentidos, de liberarse de las tinieblas que oscurecen su espíritu y defenderse de los apetitos que ofuscan su corazón, para entrar en la visión cósmica de un Isaías o de un San Pablo, en los sentimientos de abandono de un Job, en las consideraciones sobre la Providencia de un Agustín o un Tomás de Aquino? Un clérigo sometido ante el mundo, una mujer católica preocupada por alinearse totalmente en las últimas exigencias de la moda, un parlamentario católico de conducta maquiavélica, ¿cómo podrían elevarse habitualmente hasta la contemplación de Dios, Señor de la historia? ¿Puede esperarse que un carnero rivalice en velocidad con una gacela?

De la carretera al sendero de montaña

Resulta impresionante ver cómo Santo Tomás, tan riguroso en su lógica, tan preocupado por apoyar cada una de sus tesis con argumentos extraídos de la fe y de la razón, en suma, tan preocupado por trabajar científicamente, se preocupa por la importancia de la afectividad en la aprehensión de las verdades religiosas. No se trata, sin embargo, de la afectividad natural, desequilibrada por el pecado original, separada de la gracia, en la que el Aquinate ve un principio de desviación. Se trata más bien del «corazón» habitado por las virtudes teologales y dirigido habitualmente por los dones del Espíritu Santo; es decir, se trata de un conocimiento experimental del mismo Dios.

En efecto, Santo Tomás distingue dos fuentes o dos vías en el conocimiento de Dios: la de la razón y la del corazón; la primera es una vía intelectual; la segunda, experimental o «vía vital». La primera es la teología en sentido estricto; la segunda, la teología mística. Santo Tomás utiliza un gran número de expresiones para caracterizar esta última. La teología mística conoce, dice el santo, por connaturalidad, por inclinación, por experiencia, por afinidad con las cosas divinas, por el contacto, por la voluntad, por la unión con Dios, por el amor; sin razonamiento, de una manera simplicísima,, como por instinto, etc..

Por ello, la vía del corazón, caracterizada por el predominio de la acción del Espíritu Santo, la eleva por encima de la vía de la razón, caracterizada por el predominio de la acción del hombre. El amor va más allá que la inteligencia, enseña Hugo de San Víctor. La inteligencia se detiene en el umbral; sólo el amor puede penetrar plenamente en la Verdad, porque «la capacidad de

captación del amor sobrepasa la de la pura inteligencia» -. Y Santo Tomás explica la razón de ello: «La unión realizada por el corazón se añade a la unión realizada por la inteligencia y la perfecciona».

En suma, «el amor sobrepasa la ciencia y es más perfecto que la inteligencia, porque se ama más que se conoce... El amor, con su gusto y su experiencia, puede mostrarnos más secretos y misterios que los ángeles podrían conocer por las solas luces naturales». ¿Quiere esto decir que los caminos de la razón, y el camino del corazón, son incompatibles, y que hemos de optar por uno de los dos? Ciertamente, no; estas dos vías no divergen, sino que más bien son convergentes. La vía de la razón encuentra en cierto modo una prolongación en la vía del corazón, del mismo modo que en las montañas una carretera encuentra su prolongación en un sendero que conduce a la cima de una montaña. Desgraciada la ciencia que no se vuelve al amor, dice Bossuet. ¡Desgraciado el saber teológico que no se encamine a la contemplación!

El gran teólogo alemán del siglo pasado, Matthias Joseph Scheeben, pone de manifiesto cómo los dos conocimientos, el de la cabeza y el del corazón, el saber discursivo y el saber experimental, se condicionan y se complementan recíprocamente. Salvo una intervención particular de Dios, la contemplación debe estar preparada y sostenida por el saber teológico. Recíprocamente, la contemplación estimula el estudio teológico y le asegura una eficacia tal que los santos, con menos estudios y menos esfuerzos, alcanzan mejores resultados que teólogos mejor dotados que ellos".

¿Es preciso añadir que, por elevado y exaltante que sea, el conocimiento experimental de las cosas de Dios jamás podrá sustraerse al control del magisterio de la Iglesia? Resulta significativo que doctores de la envergadura de un Tomás de Aquino, de un Juan de la Cruz o de una Teresa de Ávila, sometieran sus escritos al juicio del magisterio eclesiástico. Su conocimiento experimental de Dios les llevaba a descubrir al mismo Jesús persiguiendo misteriosamente su obra a través del magisterio: «El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha». ¿Acaso no es el mismo Dios quien ilumina a los verdaderos místicos y el que dirige el magisterio de la Iglesia?

.Ni vacaciones ni retirada...

Uno de los más fervientes defensores contemporáneos de la contemplación, el cardenal Jean Daniélou, señalaba que los hombres de nuestro tiempo han perdido casi totalmente el sentido de lo que llama «la intensidad del Ser divino». «Han exaltado increíblemente al hombre, han perdido el sentido de este carácter de criatura que es el suyo; por el contrario, han vaciado a Dios de su sustancia, hasta hacer de él como un fantasma abstracto que flota en una especie de cielo metafísico y del cual resulta normal, por consiguiente, liberarse como de un viejo residuo que no corresponde a ninguna experiencia viva, por lo que no se tiene pena alguna en ver licuarse este dios fantasmagórico. Porque, en efecto, nada hay de común con el Dios vivo del que la Biblia dice que no podemos ver sin morir». Y observaba que «es la familiaridad con la Biblia la que nos introduce poco a poco en las costumbres del Dios vivo, cuyos modos desconciertan los nuestros, porque son la expresión de un poder, de una sabiduría y de una misericordia que sobrepasan infinitamente todo lo que nosotros podemos concebir» ". Una palabra de la Sagrada Escritura, expresión de la «intensidad del Ser divino», arroja una luz fulgurante sobre la cuestión del sentido de la historia: «Mi Padre, afirma Jesús, sigue hasta el presente obrando, y yo también obro» ".

Afirmar que Dios está continuamente obrando es rechazar la tesis de algunos rabinos de que una vez que Dios hubo terminado la obra de los seis días, Dios habría cesado de actuar para entrar en un reposo total, a la manera de un arquitecto -diríamos nosotros- que pasa al retiro. Esto es un error. «El reposo de Dios debe entenderse en el sentido de que tras haber acabado la obra de la creación, Dios no ha creado de la nada otras criaturas», declara San Agustín. «Mas después de esta época, hasta el fin de los siglos, Dios conserva y gobierna todos los seres creados... El mundo no es como un edificio que el albañil puede abandonar después de haberlo construido y

que permanece en pie cuando aquél ha dejado de trabajar en él; el mundo desaparecería en un instante si Dios retirase de él su acción reguladora»...

Ir del todo a Dios

Afirmar que Dios está continuamente actuando, comenta por su parte Santo Tomás, es rechazar el error de quienes atribuyen una autonomía indebida a las causas segundas, como si éstas pudieran producir efectos por ellas mismas, sin la obra de conservación, impulso y dirección de la Causa primera. En otros términos, decir que Dios está continuamente actuando es afirmar que las leyes del mundo físico necesitan, para actuar, de la acción reguladora de Dios. Las realidades del mundo material y sus movimientos dependen totalmente de Dios: aquéllas no están por encima de él, ni siquiera junto a él, sino por debajo. Dios no cesa en ningún momento de conservar y de actuar, y es la Causa permanente de toda la actividad de sus criaturas.

Si Dios es, así, el motor universal, se comprende que Bossuet aconseje a los cristianos preocupados por una vida espiritual el que vean que «todo viene de Dios y todo va a Dios». Hay que afirmar, por otra parte, que esta continuidad de la acción de Dios se muestra a la fe y no a la experiencia. «Dios está continuamente en acción» sin que nuestros aparatos puedan registrar su acción, que escapa a los reporteros y a los sabios, y es advertida solamente por el creyente, y esto solamente en la medida de su fe. «Cristianos -decía Pablo VI-, sabemos que los hechos que tejen cotidianamente nuestra vida personal y la vida del mundo entero no son simples coincidencias fortuitas, debidas a la arbitrariedad de un destino ciego e inexorable. Sabemos que constituyen la trama de un misterioso designio, incompletamente desvelado para nosotros, pero por el cual Dios en cada instante nos reúne, nos interpela y nos solicita para la salvación. Esto nos incita a una aceptación generosa y alegre de todos los acontecimientos».

Por el desarrollo de los acontecimientos que nos afectan, de los hombres que nos rodean y de la atmósfera en la que vivimos, Dios nos rodea continuamente. Está siempre en acción, actuando sobre nosotros, como un escultor que trabajase un bloque de mármol; cada martillazo tiene su razón de ser. «No hay ningún momento en que Dios no se presente bajo la apariencia de un problema, de un consuelo o de un deber». «El momento presente es siempre como un embajador que declara (manifiesta) la voluntad de Dios».

En una existencia así organizada por Dios no hay nada que sea inútil; nada superfluo o ineficaz, o que no tenga su razón de ser. «Todo sirve a los predestinados para conseguir su fin». «Nada puede perjudicar a quienes Dios conduce». ¡Todo es obra de la gracia! Así se explica la serenidad de los santos, incluso en lo más violento de las tempestades. Tales verdades son capaces de transfigurar la monotonía de la vida cotidiana, revelando por todas partes la presencia de las «manos de Dios» y las «alas de la buena Providencia».

«En mi pueblecito natal de Sotto il Monte -escribía Juan XXIII a sus padres- la vida jamás era monótona, porque os sentíais, como yo, bajo las alas de la buena Providencia» Quien camina bajo las alas de la Providencia, sabe que está en camino hacia una felicidad sin límites y sin ocaso. Se sabe en buena compañía. «¿Acaso hay mayor dicha que tener a Dios por compañero de viaje?»; no se sufre con «la fría monotonía de una existencia programada y reducida a la condición de un robot». Se siente que el Señor está allí, en tal acontecimiento, es decir, en cualquier acontecimiento: ¡Es Él!

Romano Guardini subraya que este habitual estado de fe permite llegar a «vivir en presencia de Dios», a «ver» a Dios actuando en la historia. «El hombre tiene entonces una conciencia permanente de que Dios está actuando en todo lo que acontece. Si, a lo largo de la jornada, el hombre piensa sin cesar en este misterio silencioso, vivo, delicado, y, al mismo tiempo, poderoso, o si lo siente presente, está verdaderamente en oración y solamente depende de él prolongarla y extenderla a todo. No tiene necesidad, para orar, de evadirse de la vida y de sus actividades cotidianas, porque su plegaria se confundirá con ellas. En cada suceso él ve un don de Dios y orienta su vida de tal suerte que se hace una cosa con la acción de Dios. Tiene la

conciencia de la santidad de esta colaboración y de hora en hora, comprende mejor el sentido de la vida. Estos pensamientos le dan una sensación de seguridad que, sin embargo, no le impide actuar en el mundo. La misma vida se convierte en oración»

La contemplación desciende a las calles...

Jacques y Raissa Maritain escribían que una de las exigencias de la vida cristiana en la hora presente era en la contemplación, sin dejar los claustros y los conventos, se expande fuera de ellos y marcha a lo largo de los caminos. Nos parece que una comunión incesante con Dios, fruto de una mirada de fe sobre el transcurso de la historia y sobre los acontecimientos de la vida cotidiana, pequeños y grandes, agradables y dolorosos, cargados todos de un mensaje de Dios, todos ellos manos del Señor, nos parece, decimos, que esta comunión con el plan y la acción de Dios es uno de los elementos esenciales de la contemplación que Jacques y Raissa Maritain deseaban ver descender a las calles.

Desde estas perspectivas de fe se comprende mejor el sentido profundo de las palabras de la liturgia que en el prefacio de la misa invita a los sacerdotes y a los fieles a dar gracias a Dios «siempre y por todas partes» (semper et ubique). Si el Padre está constantemente en acción, y si «hace que todas las cosas concurren y cooperen al bien de sus amigos», resulta claro que éstos son objeto de una efusión incesante de su amor. Y pueden decir en verdad: todo lo que me acaece es gracia; nada es un mal definitivo; de los males reales, Dios sabrá extraer un bien superior haciendo que contribuyan a mi avance espiritual y al crecimiento de su reino.

San Agustín describe así el deber de gratitud respecto a Dios, que trabaja continuamente para formar en nosotros hijos a los que preparar su herencia: «Nos encontremos en la aflicción, en la angustia, o en la alegría y el gozo, hemos de alabar a quien nos instruye en la aflicción y nos consuela en la alegría. La alabanza de Dios no debe jamás faltar en el corazón ni en la boca del cristiano; lejos de bendecirlo solamente en la prosperidad y maldecirle en la adversidad, deberá decir como en el Salmo: Bendeciré al Señor en todo tiempo; su alabanza estará siempre en mi boca (Salm. 33,1). Si eres dichoso, reconoce un padre que quiere causarte placer; si en la aflicción, reconoce un padre que te corrige. Haga lo que haga, está formando en ti al hijo para quien prepara su herencia».

Para los no creyentes e incluso para los cristianos de fe debilitada, esta visión superior de la historia puede parecer una extravagancia, una quimera, una aberración, un desafío al buen sentido. Creer que en la situación internacional actual Dios opera, a pesar de todo, su obra misteriosa de santificación de las almas en los países donde la guerra hace estragos, como en los estados de Asia y de Europa oriental caídos bajo el régimen del ateísmo militante; creer que el Padre trabaja eficazmente en la construcción de la Iglesia en las regiones de África desoladas por la sequía, o en las zonas de Asia azotadas por el hambre o en los países de Occidente golpeados por la recesión y el paro; creer en esta presencia universal y en esta acción de Dios y afirmarlo con firmeza imperturbable parece una provocación para quienes consideran como supremo ideal la tranquila prosperidad material. Y asimismo parece una provocación para los intelectuales y los clérigos obsesionados por la preocupación de salvaguardar la libertad del hombre y preservar la santidad de Dios de todo contacto con el mal.

Mas mientras tantos factores contribuyen y conspiran a difuminar la fe en la Providencia, muchos cristianos, hoy como ayer, creen en el universal e irresistible señorío de su amor. Creen firmemente en esta soberanía de Dios, incluso cuando ella se contrapone a sus propósitos, desgarran sus corazones o les hunde en las tinieblas de la fe. Estos hombres y estas mujeres que funden su inteligencia en la Inteligencia de Dios y que sumergen su corazón en el Corazón de Dios, son las columnas invisibles de la Iglesia. Y dan a Cristo como una «humanidad de añadidura».

Antes de subir al cadalso

Para concluir, citaremos dos ejemplos emocionantes, que emanan de figuras sobresalientes de la historia de la Iglesia: un obispo y un seglar comprometidos. El primero es uno de los pastores más atrayentes y uno de los más eminentes doctores de la antigüedad cristiana oriental: San Juan Crisóstomo. El segundo, un hombre de Estado de la época del Renacimiento y la Reforma: padre de familia, humanista, canciller de Inglaterra, y mártir: Santo Tomás Moro.

Pocos Padres de la Iglesia han tenido una vida tan agitada como San Juan Crisóstomo. Acosado por las autoridades civiles, tuvo también que sufrir por parte del clero de su tiempo. Estas circunstancias dolorosas, así como las necesidades de sus fieles, le llevaron a profundizar en la doctrina bíblica de la Providencia, sobre la que llegó a tener penetrantes conocimientos, tomados todos de la contemplación de la Sagrada Escritura. La unión con el Dios de amor misteriosamente actuante en los acontecimientos se convirtió en habitual en el santo obispo y le llevaba a repetir a cada momento: «¡Gloria a Dios por todo!» «Hay que dar gracias a Dios por todo, incluso por lo que parezca penoso. Verdaderamente es entonces cuando se reconoce al corazón agradecido» a. Exiliado en Capadocia, felicitaba a su amigo Paeno por abrigar tales sentimientos de gratitud: «Me habéis llenado de valor y de alegría cuando después de haberme anunciado tan tristes noticias, habéis añadido estas palabras que deberíamos tener siempre en los labios: ¡Gloria a Dios por todo! Estas palabras son un terrible golpe para el demonio. En cualquier peligro en que nos encontremos, nos proporcionan seguridad. Basta con pronunciarlas para disipar las nubes de la tristeza. No dejéis de repetir las vos mismo y recomendádselas a los demás.» Al final de un exilio de tres meses, murió en Comana repitiendo hasta el último momento aquella su habitual oración de acción de gracias: ¡Gloria a Dios por todo!

Una misma fe en «la irreprochable Providencia» es la que inspirará a Tomás Moro, pocos días antes de su muerte, una emocionante carta a su hija predilecta, Margarita. Expresión de una fe heroica, este escrito figura como lectura en el nuevo breviario el 22 de junio, fiesta de San Juan Fisher y Santo Tomás Moro, mártires. Encarcelado en la Torre de Londres, el antiguo Canciller de Enrique VIII no se hacía ilusiones acerca de su suerte. Puesto en el trance de elegir entre la fidelidad a su soberano en una cuestión contraria a la ley de Dios y la fidelidad al Señor, optó por lo último. Condenado a muerte, Tomás Moro escribía a su hija: «Ten valor, hija mía, no pases ningún cuidado por mí. No puede ocurrir nada que Dios no haya querido. Todo lo que Él quiere, por malo que pueda parecernos, es, sin embargo, lo mejor que Él tiene para nosotros.» Con tan sencillas frases, brotadas de su fe viva, Tomás Moro explicaba a su hija Margarita el verdadero sentido de la historia.